

CIÓN

CASTELAR

MUJERES

CELEBRES

1

CT3210

C3

V.1

C.1

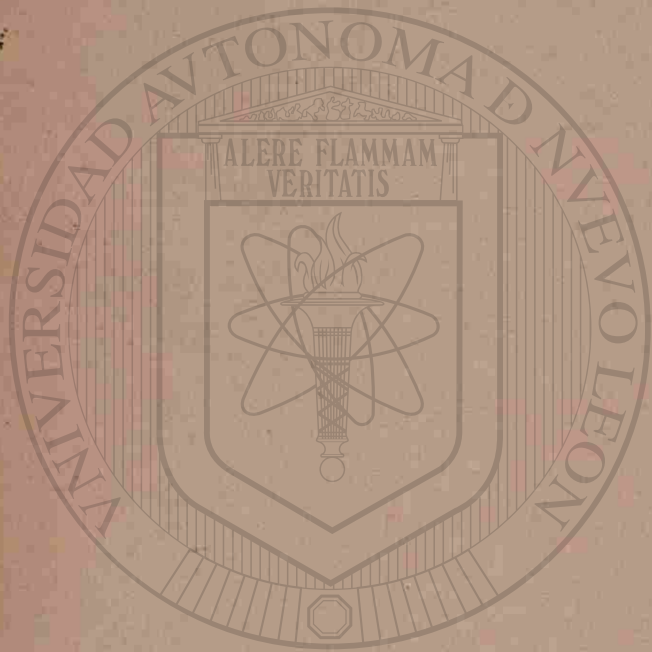
410  
C



1080043085

92(46)

E# 5 E# 121



UANL

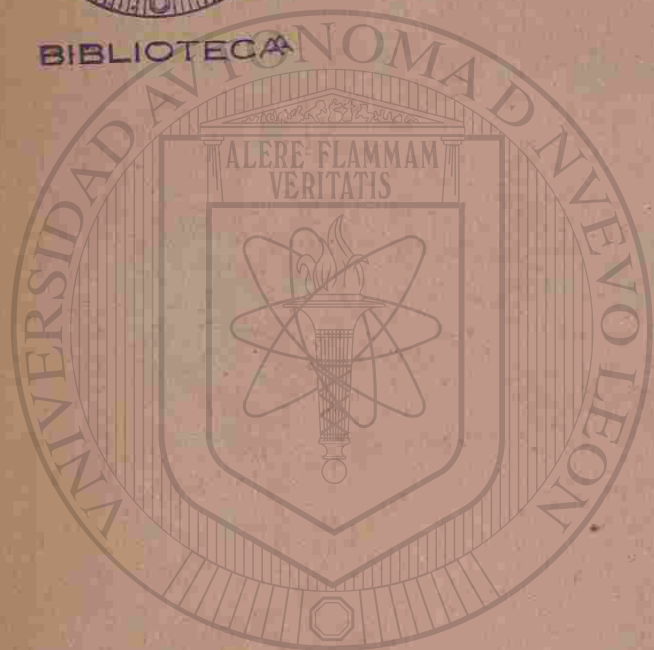
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

92-III



BIBLIOTECA



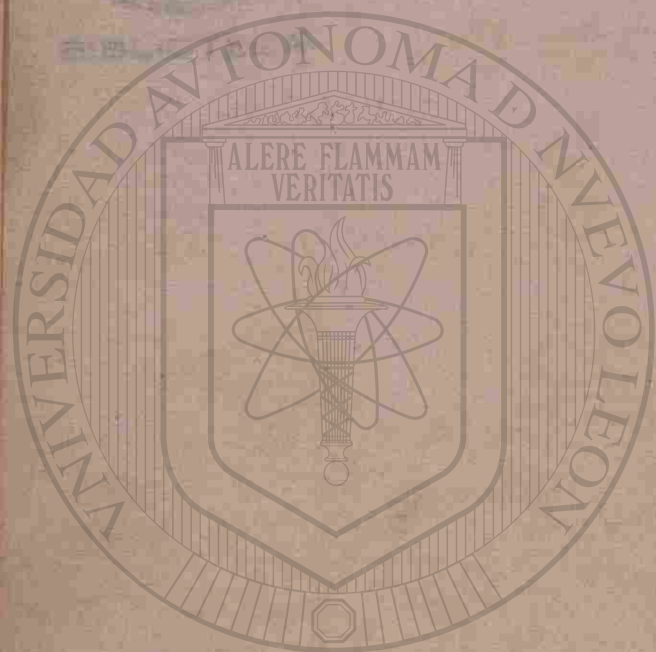
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Luís Castelar*





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Emilio Castelar*

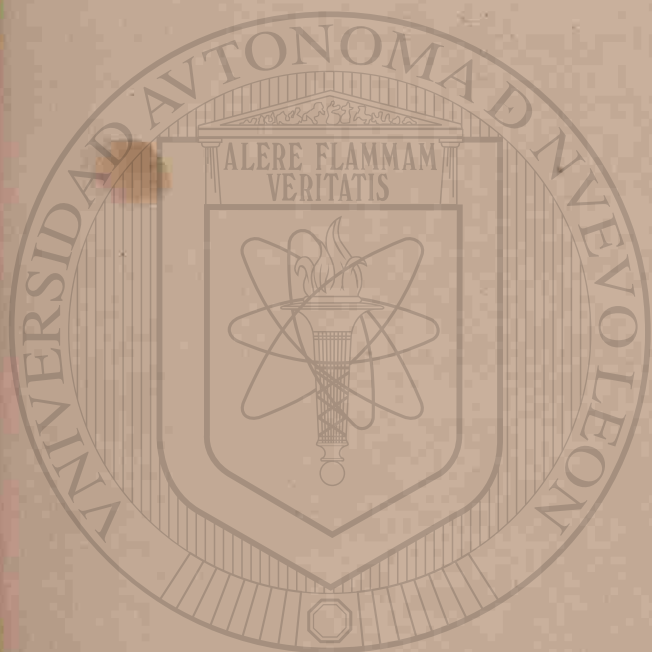




La compasión y la caridad  
suenan sobre nuestras  
ruedas y combates en  
la vida, porque todas  
las cuerdas melódicas  
han sido puestas  
en el férreo pedro  
varvil por la mano

delicadísima de una  
idolatrada mujer.

Emilio Castelar



GALERÍA HISTÓRICA

DE

MUJERES CÉLEBRES

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Original  
de la  
Biblioteca*

GALERIA HISTÓRICA

DE

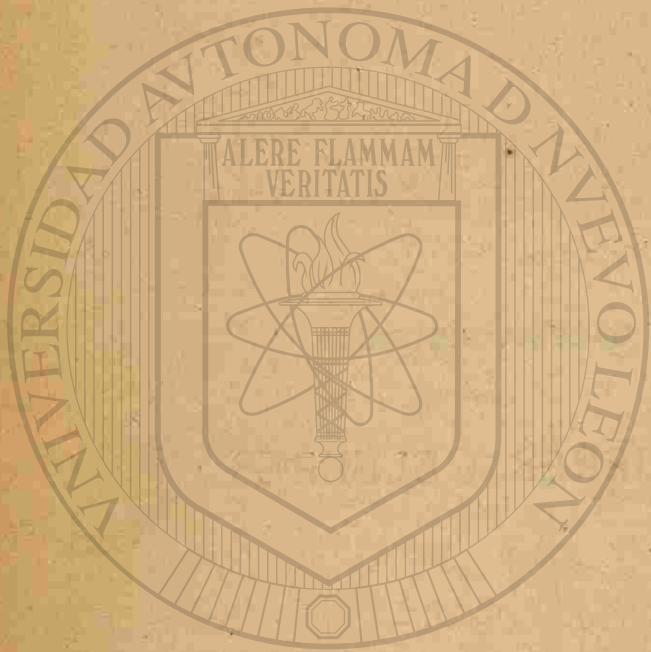


# MUJERES CÉLEBRES

POR

Don EMILIO CASTELAR

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

ESTAB. TIPOGRÁFICO DE ALVAREZ HERMANOS

15 - Ronda de Atocha - 15

1886

110362

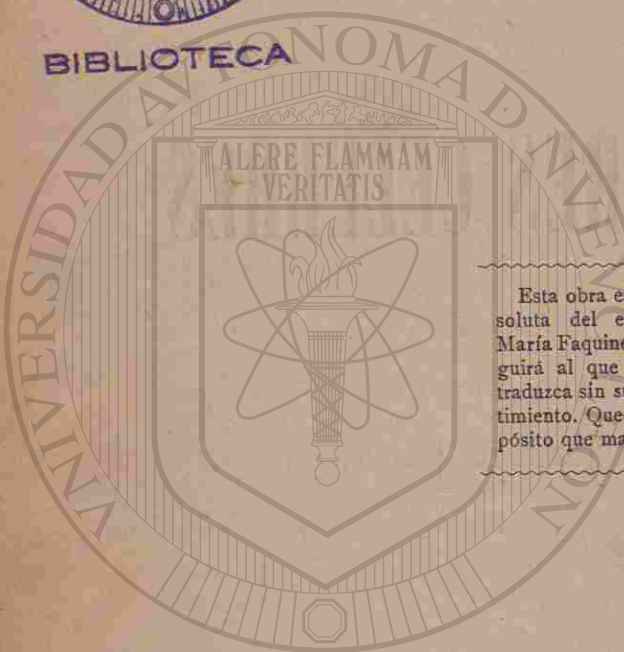


15611



CT3210  
C3  
U.L.

BIBLIOTECA



Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquinetto, quien perseguirá al que la reimprima o traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



## PRÓLOGO

I

Propóngome con esta obra enseñar á un tiempo la imagen de aquellas mujeres que han ejercido mayor y más conocida influencia en la historia del hombre y en la dirección del mundo. Naturalmente, como el amor gusta de misterio, de secreto, muchas mujeres soberanas en almas de gran poder sobre su sociedad y sobre su siglo habrán desaparecido de la memoria universal, ó no entrado nunca, recatadas por los arreboles de su propio pudor y hasta por los cariños ó celos de la voluntad á ellas rendida y sujeta. Hoy no sabríamos acaso la pasión del casto célibe Miguel Angel por Vitoria Colonna si este solitario, silencioso, sublime, creador, como el Dios de los semitas, no hubiera tenido el descuido de besar, al morir ya muy viejo, el nombre de la bella y altísima señora, confundiéndose con su postrer ósculo de puro amor el postrer suspiro de su férreo pecho. En cambio Dante ha logrado hacer con su genio sombrío de una mortecina muchacha, que apenas contaba diez años el día de su muerte, una especie de mística musa ideal, resbalándose como un ángel del

cielo extraviado en los infiernos, sobre nuestros dolores y nuestras penas. En cambio cuántos ignorarán cómo aquella Laura, que ha pasado en el consentimiento universal á representar el amor puro sugerido á un poeta y sacerdote por mujer casi etérea é ideal, fué matrona fornida y gorda, casada con patricio provenzal de su tiempo, madre nada menos que de nueve hijos, muy casera y muy prosaica, incapaz quizás de sentir curiosidad, entre los dolores traídos por sus frecuentes partos y los quehaceres con su numerosa familia, hacia las mismas poesías enrojecidas en el resplandor de sus ojos y en el recuerdo de su persona. Comprendamos, pues, cómo tantas mujeres, que habrán ejercido poderoso dominio sobre la ciencia y la política, yacerán ocultas por toda una eternidad en el secreto de corazones recatados y silenciosos. Para medir cuánto ignoraremos de las historias viejas, no hay como estimar y medir cuánto ignoramos de la historia contemporánea. Pocos sabrán entre nosotros qué célebre repúblico español, varias veces presidente del Consejo, se determinó á sus cambios políticos movido de amor nunca manifestado por él ni sabido por ella, pero amor profundo, aunque silencioso, á la regente doña María Cristina de Borbón. Hay cambios políticos de grave trascendencia ¿qué digo cambios políticos? sistemas filosóficos enteros, destinados á perdurar en la conciencia humana y dirigirla en el tiempo, determinados por el amor. Leopardi acaso no hubiera puesto á servicio del pesimismo su inspirado genio de haber debido al cielo una complexión más robusta. Pasábale al sin ventu-

ra lo mismo que Santa Teresa compadece con tan profunda compasión en Lucifer; estaba imposibilitado de amar, y esta imposibilidad le traía sus maldiciones á un mundo sin encantos y á una vida sin esperanzas. A decir verdad, cosa difícil es que no aparezca en la historia del hombre más retirado del mundo y aparentemente más apartado del amor, á causa de que otros objetos de la grande actividad humana lo hayan embargado, como á Santo Tomás la teología, y á Miguel Angel las artes, y á Newthon las ciencias, una faz bendita de mujer amada. Cómo la naturaleza universal saca de las dos electricidades opuestas la chispa eléctrica que, dominada por el hombre, á pesar de homicida, con tanto vasallaje le sirve, y de las afinidades ó desafinidades entre los átomos aquello que podríamos llamar creación química, y de las atracciones y repulsiones entre las moles enormes la mecánica celeste; de la división en las especies entre los sexos extrae la perpetuidad de las mismas, avivándose y manteniéndose aquel gran todo á que pertenecemos por obra y por milagros de amor. Las partículas afines en la cohesión, las gravedades cósmicas en la fuerza, el pareado de macho y hembra en las especies, el sol y la luna en los astros, el cielo y la tierra, el hombre y la mujer ¡oh! responden á universales armonías en que, no podemos dudarlo, entran el Criador anotándolas y las criaturas obedeciendo á esta increíble anotación cual el músico al pentágrama y el órgano al músico. Oigamos todas estas armonías, examinémoslas, pues ellas, y sólo ellas, podrán darnos la verdadera clave del influjo

ejercido por la mujer sobre nuestra vida y nuestra historia.

Lo infinito nos rodea en el espacio, lo eterno en el tiempo. Donde quiera que vuelvo los ojos me hallo sin más límites que los puestos por la debilidad irremediable de mis sentidos y borrados por la potencia inmensa de mi razón. Lanzad una piedra con el pensamiento á la inmensidad. Suprimid luego la fuerza de atracción que podría suspenderla por medio de las cadenas invisibles de la gravedad en guisa de lámpara, ó encerrarla dentro de un sistema solar ó planetario llamándola imperiosamente á sí como el sol llama la tierra y como la tierra llama los bólidos acercados á sus senos. Pues bien, la piedra no se detendría jamás si había de pararse ante algún límite, ante alguna frontera, puesto que los dominios del espacio inmenso no acaban en ninguna parte. Las exploraciones del telescopio por los cielos, y el cálculo respecto de las distancias recorridas con su celeridad por la luz de los astros hasta llegar á nuestra retina, enseñan prácticamente cómo vivimos anegados en la inmensidad material. Recorriendo los rayos luminosos millares de leguas por segundo, luce alguna estrella en el hemisferio nuestro, cuya luz visible, la que recogemos esta noche con los ojos, se transmitió por su disco en tiempo de Cleopatra, es decir, hace veinte siglos. Y lo que decimos del espacio decimos del tiempo, tan estrechamente relacionados, que casi resultan sinónimos en nuestra hermosa lengua. Un punto matemático genera el espacio, como un instante imperceptible genera el tiempo, como un átomo

casi abstracto genera el universo. Nosotros apenas concebimos el tiempo sino en sus referencias con la breve vida humana, ni el espacio sino en las limitaciones y fronteras que pone á las cosas extendidas por sus senos; pero el tiempo es eterno, como el espacio es infinito. La geología moderna y la historia crítica se han encargado una y otra de poner el origen de las tierras que parecen como de acarreo con el origen de los hechos que parecen de ayer allá en edades muy remotas y apartadas. Preguntad al que interpretó los jeroglíficos egipcios por las primeras dinastías faraónicas, y veréis que parecen tan viejas como el granito donde se han tallado las esfinges de aquellos solemnes y teocráticos altares; preguntad cuánto tiempo ha tardado el cuarzo de semejante mineral en cristalizarse ó enfriarse, y apenas tendréis cifras en que contener y encerrar tantos siglos de siglos. Todo se agranda según que la ciencia se agranda también. Así como en el breve planeta nuestro, en este átomo de polvo empapado de lágrimas, el mar conocido por los primeros argonautas es como un lago enfrente del mar revelado por Colón y Magallanes, en la historia, tal como la concibe nuestro siglo, y en la geología, tal como nuestro siglo la explica, y en las ciencias astronómicas mismas, tales como las vemos hoy, ha el tiempo crecido hasta confundirse con la eternidad, como esos ríos semejantes á océanos en sus desembocaduras y desagües. Pues bien, lo infinito del tiempo, y lo infinito del tiempo revelándonos lo eterno y lo inmenso, nos revelan á Dios, cuya idea no se contendrá jamás en ninguna otra

idea, cuya esencia en ninguna otra esencia, porque lo contiene todo el espacio, y tiempo, cosas y relaciones de las cosas, la infinidad así material como espiritual, y lo eterno y lo inconmensurable, siendo el conjunto de sus atributos como arquetipo de nuestro universo, iluminado por su mirar, sostenido por su aliento, puesto en la extensión inacabable por sus manos, vívido y animado porque lo vivifican y lo animan aquellos flúidos á cuya virtud un calor vivificante lo penetra todo, como efluvio emanado del sér, absoluto, perfecto, incomunicable, que ha dado á los orbes las leyes de su atracción y á los hechos las leyes de su providencia. Invoquémosle y adorémosle al principiar é iniciar una de nuestras obras.

Lo mayor, lo mejor, lo más perfecto que hay allá en lo increado es Dios; lo absoluto y lo mayor, lo mejor, lo más perfecto que hay en la creación, en los seres de nosotros conocidos, es el alma humana, lo espiritual. En el alma no hay como la mente y en la mente no hay como la idea. Los seres no serían sin Dios, y no serían comprensibles sin la humana inteligencia. Como para ser visibles necesitan las cosas de luz, para ser comprensibles necesitan las cosas de idea. Un pensamiento envuelve todo cuanto es á manera de misterioso éter impalpable. Y este pensamiento resulta más espiritual cuanto más se ahonda y profundiza en su esencia. El anatómico podrá sabiamente analizaros la humana cabeza en sus huesos parietales, con su masa encefálica, y, después de dividirla en cerebro y cerebelo, señalando en aquél todo lo intelectual y en éste todo lo

afectuoso, y mostrando éste contenido en la parte posterior y aquél en la parte anterior del cráneo, añadirá cómo la espina dorsal se deriva de tal origen superior y con ella los nervios de la sensibilidad, que transmiten las impresiones, y los nervios del movimiento, que impelen los músculos, resultando esa maravillosísima caja puesta sobre nuestros hombros y cuello como la caldera de vapor que mueve todos los cilindros y ruedas en complicada maquinaria, como la pila voltaica, que difunde la electricidad por las redes telegráficas; y si no basta el análisis de la grande anatomía, vendrá después el microscopio de la histología y os distinguirá la sustancia blanca de la sustancia gris, así en los sesos como en la médula, y os dirá para qué sirven estas dos materias en las transmisiones de los diversos fenómenos por todo vuestro cuerpo, y en la relación de unos órganos con otros y de unas sustancias con otras, pues en el microsmos de nuestro sér hay electricidad, como en la nube tonante; magnetismo, como en las rojas auroras boreales; oxígeno, como en la vía láctea; combustión, como en el sol; cristalizaciones, como en los minerales; jugo y savia, como en los árboles, y luego el resumen de todos los organismos y la fundamental animación que alienta y mantiene todo lo animado, pues si en Dios está lo infinito, lo eterno, lo perfecto, lo absoluto, todo lo creador, en el hombre, á su vez, el resumen y compendio de todo lo contingente, de lo condicional, lo criado. Pero el anatomista y el histólogo, que pueden mostraros prácticamente la materia, y aun aquellos flúidos, que por lo eté-

reos deberíamos llamar inmateriales, no podrán poner jamás en las alacenas donde guardan los cuerpos disecados, en las retortas donde analizan las sustancias químicas, en las pilas y en las botellas donde reciben de vuestros nervios y á vuestros nervios comunican la electricidad, en la lente de sus microscopios la sustancia de que se halla compuesto quien todo lo sabe, quien todo lo mueve, quien todo lo explica, la sustancia de que se halla compuesto el pensamiento, que no es ni la chispa nerviosa, ni la materia gris, ni el magnetismo animal, ni éter, ni fluido alguno, porque todo esto cae bajo la experiencia, y el telescopio para columbrar y el microscopio para descomponer lo espiritual está, no en los instrumentos materiales, no en los ojos de carne, sino en los ojos del alma. Así como lo mayor que hay sobre los cielos es la inconmensurable divinidad, lo mayor que hay bajo los cielos es la humana mente. Sin ella el universo no podría tener explicación, ni comentario, ni el complemento que dan á sus mundos materiales los hemisferios ideales del humano espíritu. Sobre la naturaleza está el alma, como sobre el alma está Dios. Los semilleros de mundos parecen pobres ante los semilleros de ideas, como las ideas parecen pálidas ante los creados arquetipos del Criador.

El pensamiento humano se abisma en las coincidencias históricas. Platón revelaba un día, bajo los plátanos del Pireo, á la vista del Hible y del Himeto, por los argenteos del alba esmaltados, á las orillas del hermoso mar de la Grecia, recorridas por procesiones de áureas barcas, cuando recién venido

de Asia, donde consultara con celo el espíritu del mundo encerrado en aquellos santuarios, parecía un profeta escapado á las cavernas del oráculo, guardando aún el escalofrío de las sublimidades contadas á su oído, cómo en el Verbo, en la palabra humana se contienen y guardan las divinas revelaciones, por ser la palabra, expresión de la idea, como un intermediario entre lo natural y lo sobrenatural; é Isaiás, en los desiertos de Palestina y en las cavernas henchidas de ideas proféticas, anunciaba también á Emmanuel, con cuyo nombre quería decir que Dios está con nosotros. Por manera, que mientras Platón en su Verbo revelaba cómo el hombre sube á Dios, Isaiás revelaba en su Emmanuel cómo Dios baja hasta el hombre. A los resplandores de tan grandes verdades veréis los átomos encenderse, como enrojecidos en las llamas divinas, y juntarse, relacionándose por medio de las afinidades entre sí, los más próximos hasta formar la cohesión, y relacionándose con los más alejados por medio de la gravedad hasta producir esa especie de grande sintonía sidérea, que se llama en el lenguaje de los hombres universal atracción. Y además el oxígeno, el hidrógeno, el carbono, el ázoe, á los cuales llamamos en el habla vulgar gases, mezclados con los metaloides y demás cuerpos simples, compusieron la primer levadura de la vida, por la cual en esa hermosa lengua griega, tan dispuesta para expresar en una sola palabra series completas de ideas, los llamamos biógenos ó generadores de la vida. Así, por ejemplo, el agua, indispensable al mundo vegetal y al animal, contiene de suyo en

cada molécula ó globulillo un átomo de oxígeno y dos átomos de hidrógeno, merced á las combinaciones químicas que la producen, como van produciendo todos los cuerpos orgánicos é inorgánicos donde late la vida. Estas cantidades múltiples de los primitivos simples en la composición de lo llamado por otras edades elementos; esos números factores de multiplicaciones misteriosísimas; esa química y esa matemática inconscientes, sin las que no llegarían los cuerpos á cristalizarse nunca, demuestran una vez más cómo suprema, infalible inteligencia rige todo el universo y lo mantiene vivo y proporcionado con armónica medida. Según la mayor ó menor cohesión que acerca las moléculas, se hallan los cuerpos en estado sólido, líquido, gaseoso. Y según otra relación, crecen por superposiciones de moléculas y son inertes, como los minerales; crecen por crecimiento interior, y viven, pero no sienten, ni se mueven, como los vegetales; crecen, viven, sienten, se mueven como los animales; crecen, viven, sienten, se mueven y piensan como los hombres; enlazados unos seres con otros seres por esencias y calidades que les son comunes, mientras los hombres se relacionan, á su vez, con un mundo espiritual, superior á las corrientes del tiempo, no limitado por ninguna frontera en el espacio, más etéreo que la luz esparcida por el universo, y en el que van como flotando las puras ideas, de donde copian su plan y su modelo eterno las impuras cosas. Esta espiral, que desde los átomos primeros, esos gérmenes del sér, se levanta, merced á fuerzas ingentes y á maravillosos organismos, has-

ta el cielo y su Dios, bien puede asombrarnos, por ser como una demostración viva y patente del sér absoluto y su razón suprema, que todo lo prevé y lo anticipa desde la eternidad, como de su providencia, que todo lo mantiene y sustenta en irradiaciones luminosas de la vida universal, vida que es como una especie de atmósfera en la cual todos vivimos, ó de Océano en el cual todos nos bañamos.

Todos los átomos se mueven. Este movimiento hace vibrar sus moléculas. Esta vibración engendra el calor. *Motus est causa caloris*. Este calor enciende la luz. Pues como la luz presupone calor, y el calor presupone movimiento, el movimiento presupone motor. Este motor es Dios. La creación química y la creación mecánica presuponen la existencia del Criador. Ni se ha demostrado la generación espontánea, ni se demostrará el movimiento espontáneo. La generación supone un generador supremo de la vida y el movimiento supone aquel motor inmóvil de que nos habló Aristóteles. No podéis dar un paso en el espacio y en el tiempo sin encontraros en todas partes, no á la verdad oculto, patente y manifiesto, á Dios. El amor, entre los átomos cercanos, afinidad, produjo la cohesión química; el amor, entre los átomos lejanos, atracción, produjo la gravedad mecánica. Á la luz difusa en el espacio se le llama éter. Por unas y otras fuerzas el éter se condensó en torno de núcleos, y estas condensaciones del éter en torno de núcleos produjo los soles. De los soles se desprendieron, como de una cabellera los cabellos, como de una flor los pétalos y los polenes, esos orbes llamados planetas, que todos tienen

una forma esférica, más ó menos perfecta. Estos se apartan del sol por un impulso, al cual podríamos llamar de odio y alejamiento, que les constriñe á precipitarse en los abismos del espacio, hasta que otro impulso de amor y unión les detiene pródigo en su caída y los llama con suave reclamo á revolar de nuevo y subir trazando elipses, como la nave luminosa estelas, por los mares electrizados, por los espacios inmensos, en derredor de su etéreo y divino foco. Además de todos estos grandes cuerpos, hay diseminados por el espacio, á modo que los insectos alados, las mariposas y las abejas; á modo que los insectos luminosos, las luciérnagas y las luciolas, asteroides, bólidos, planetillas semejantes á corpúsculos cuyos elementos resultan idénticos á los elementos terrestres, y que diseminados en la inmensidad, si entran en el radio de atracción propia que tiene la tierra, penetran en su atmósfera, y al contacto suyo se animan en calor y encienden á una en vívida luz. Muchas veces el número de tales astros es tan considerable, que le llaman á su presencia lluvia de estrellas, por asemejarse mucho á una granizada de luz, á un maravilloso nevasco de éter. En mis largos viajes por Italia he visto esas luciérnagas aladas volar en grandes enjambres sobre la superficie bituminosa de las lagunas pontinas, por las laderas verdes del monte Mario, y hame parecido asistir á una lluvia copiosa de misteriosísimos asteroides. Entre los planetas, cuatro, los menores, están más cerca del sol, y el mayor de los menores, al decir de los astrónomos, resulta la tierra; y cuatro, los mayores, más lejos del sol, y el

mayor de los mayores resulta Júpiter. Los asteroides ó planetillas no pueden calcularse, pues aparecen como innumerables en la inmensidad, y como cuerpos opacos sólo se ven cuando penetran en atmósferas que puedan facilitar en ellos una combustión más ó menos viva y encenderlos. Además del calor solar, poseen el calor central todos los planetas; pero ninguno puede poseer las condiciones vitales de nuestra tierra; los unos, como la luna, por carecer de aire y agua; los otros, como Marte y Venus, por hallarse demasiado cerca del sol; los otros, como Júpiter y Neptuno, por hallarse demasiado lejos. Además del sol, de los planetas, de los satélites como nuestra luna y como el anillo en Saturno, de los asteroides, hay las estrellas, alejadísimas de nuestro sistema solar, y á las cuales creemos encendidos soles, que tendrán quizás en torno suyo, también oscuros, y, por tanto, invisibles, pero grandes y numerosos planetas, si hemos de inducir por analogía y hemos de dar algún valor á la probabilidad. La estrella más vecina de la tierra es Pitágoras, ó sea el *alfa* del segmento de cielo á que damos el fantástico é impropio nombre de Centauro. Desde tal astro á nosotros hay doscientas mil veces la distancia que de nosotros al sol, y del sol distamos, como sabe hoy todo el mundo, en la mayor separación, unos ciento cincuenta millones de kilómetros. ¡Cuán bella y reveladora es la creación!

Dejemos de concentrar nuestros ojos en las luminarias del espacio inmenso. El carro marcha majestuosamente por las noches de nuestro hemisferio, no lejos de la estrella Norte, adonde miran las



puntas de nuestras brújulas y las retinas de nuestros ojos para orientarnos en los mismos espacios terrestres. La gran estrella de Orión, la estrella Sirio, reluce con tal brillo, que si pudiésemos acercarnos á ella, nuestro sol palidecería de seguro entre sus rayos como palidecen las miseras luciérnagas ante los rayos del sol. No temblemos por los cometas que vuelan arrastrados en una vertiginosa carrera y parecidos á plumas caídas de las alas esplendentes de un ángel invisible. No creamos gasas de materia cósmica, suspensas en los límites del universo visible, las vías lácteas inmensas que se hallan compuestas por polvo de soles y forman como inmensos arenales de divino éter. Aunque á los ojos de la poesía todos esos mundos aparezcan en visiones místicas cual áureos vasos consagrados al templo de Dios, escalas de diamantes y topacios por donde bajan los ángeles, místicas lámparas colgadas del firmamento, ó signos que trazan cabalísticamente los horóscopos de los mortales en sus astrológicas figuras, á los ojos de la ciencia resultan como gigantes hornos donde los metales aquí más fríos se hallan como volatizados, merced á las aglomeraciones de oxígeno en combustión, semejante á la producida por incendios inenarrables, tormentas tonantes, volcanes en erupciones capaces de acalorar y enrojecer espacios inmensos con su terrible irradiación ígnea. Mas ya lo hemos dicho; no tratamos de volar ahora por los cielos ni de arrobarnos en la contemplación estática del cruce de sus rayos y del resplandor con que iluminan nuestras noches serenas hasta las estrellas telescópicas, invisibles al dé-

bil alcance de nuestros pobres ojos. Limitémonos á la tierra para verla en la formación y deducir, después de vista y estudiada, las aplicaciones indispensables al tema de nuestro asunto. Esta tierra fué parte integrante del sol. Desprendida un día de su masa, fué durante mucho tiempo sol de ella misma, luciendo con luz propia, irradiando calor á causa del fuego voraz en que se abrasaba. Si hubiéramos podido verla desde un orbe cercano en aquel entonces, acaso nos consumiéramos en ella como se consume la mariposilla en el resplandor de la luz esplendente á que ciega se aproxima. La tierra fué sol á su vez, pequeño sol, pero ardió y lució como los grandes soles y en competencia con ellos por su vivo fuego. Hoy mismo este fuego, llamado central, se halla de su corteza fría tan próximo como los granillos de la película que rodea y envuelve las entrañas de las uvas. El espesor medio de nuestro suelo no puede pasar, según sabios cálculos, de 44 kilómetros. Por consecuencia, si pudiéramos abrirla como abrimos la naranja, encontraríamos dentro de su cáscara un sol ardiente que, á cierta distancia colocado, podría llamar otros planetas con su atracción, esclarecerlos con su luz, avivarlos con su calor y parecer en la noche de otros mundos una hermosa estrella, inspirando suaves y estéticas tristezas en música y poesía. Esta corteza puede muy bien dividirse, como nos enseñan todos los geólogos, en varias capas ó zonas, que deberán ser concéntricas allá en otros tiempos, mas que hoy se hallan muy diversamente colocados por la superficie de nuestro globo á causa de las innume-

rables revoluciones geológicas experimentadas en la sucesión incalculable de los siglos por este agitado y subvertido planeta. Pero ha prestado su calor, lo ha puesto en irradiación, lo ha ido por el espacio inmenso difundiendo, como no podía menos, y ahora, fuera de alguna boreal aurora ó de alguna erupción volcánica, semejantes á los blasones empolvados y á diadema rota de una reina ilustre, la tierra está envuelta en oscuridad completa, y para brillar necesita recibir sus días prestados de la lumbre del sol.

La historia dice que nuestra tierra no ha tenido en todo tiempo este aspecto de proporción y de armonía que ahora tiene. Su aire ha estado mucho más henchido que hoy de nubes acuosas y electricidad tonante, sumergidas en una especie de crepúsculo, por la resistencia que oponían sus capas varias á la luz diurna; volcanes innumerables, en guisa de antorchas, generaban un día extraño, como si eterna tempestad se hallara en el lugar del sol, mandándonos, con destellos siniestros y relampagueos continuos, su tormentosa lumbre, cernida por las humaredas de mil trombas dilatadas en espirales bituminosas por la inmensidad; del suelo húmedo surgían helechos gigantescos y lianas espesísimas, creciendo por los troncos, agarrándose á las ramas de ceibas ciclópeos y demás árboles tropicales, dotados con la estatura de montañas y ceñidos por follajes de grandor increíble; nubes de insectos carniceros poblaban estas exuberancias de la vida y estas irritaciones del calor; las ranas de aquellas lagunas, cuasi sólidas, parecían bueyes; los murcié-

lagos de aquellos crepúsculos águilas; los cuadrúpedos de aquellas selvas castillos ambulantes; extendía la girafa su desmesurado cuello entre las ramas espesas para coger algún tierno cogollo en las corolas de flores desmesuradas; los ornitorincos, reptiles con alas, discurrían por las atmósferas hirvientes, mientras los zoófitos de colores varios y formas innumerables, semivegetativos, semianimados, orlaban las orillas de negros ríos, parecidos á carbón liquidado; cocodrilos que medían quince metros castañeaban sus quijadas, compuestas de mil dientes, sobre lechos inmensos de algas, amontonadas por desecaciones súbitas; el colosal megaterio, en cuya comparación parece un faldero nuestro elefante de hoy, abrumaba el suelo bajo sus patas, seguido de marsupiales gigantes, llevando sus proles en bolsas hondísimas, y diluvios semejaban las lluvias, y grietas inmensas se abrían por el suelo, cortado en anchos y hendidos surcos, merced á aquella erupción tan gigantesca y perdurable. De aquí las rocas azoicas, en que hallamos, como el esqueleto de nuestras tierras, sin rastro alguno de vida orgánica y animal, y las rocas fosilíferas, donde se descubren ya las raíces del organismo destinado en evoluciones continuas y en series graduales á producir, como fruto maduro de semejante árbol divino, el humano cerebro, y las cuencas profundas carboníferas, que indican una catástrofe incalculable con la fría petrificación de tantos vegetales, y las conchas tribólitas incrustadas en montes sumergidos por otras edades en los abismos de un Océano, ya hoy desvanecido y evaporado; en fin,

de aquí toda esta estructura de nuestro planeta, con sus zonas de terrenos varios, líneas inmensas de su viviente historia, forjados y distribuidos por el gran arquitecto de la naturaleza, por el fuego, y esculpidos, estrados por el gran escultor, por el agua; que de uno y otra, como de matrimonio fecundísimo, provienen cuantos seres guardan y revelan la vida en esta serie concertada y armoniosa de fajas sobrepuestas y parecidas á los colores de un prisma cuyos átomos se compusieran de fósiles. Diríase que ha ido nuestro globo lentamente, con esfuerzos graduados y medidos, por series de terrenos indispensables á su desarrollo, pasando como de sol encendido á tierra fría, para disponerse y aparejarse de suerte que se hallase todo concertado y dispuesto á recibir la visita del humano espíritu, como la desposada ó prometida para boda próxima que se viste con sus mejores galas á fin de solemnizar el día más feliz y más decisivo de su vida toda en que venga el amante á llevársela consigo al hogar nuevo, en cuyos santuarios hallará el amor con todas sus delicias y aguardará prole, aperebida, no solamente á perpetuar su existencia y su nombre, sino á recordarle perpetuamente las dulces horas de tranquila felicidad y ventura.

Hemos contemplado rápidamente todo este poema de la creación para mostrar en él cómo lo anima el amor. No deben conocerse con diverso nombre que este santísimo de amor las afinidades misteriosas, aglomerando unos átomos sobre otros átomos y componiendo por medio de la cohesión los cuerpos. Amor se debe llamar esa fuerza de gravedad

que á distancias inmensas mantiene unidas las moles enormes en una gran familia sola, como la cohesión mantiene unidos los corpusculillos ó átomos en cada cuerpo. Los soles y las tierras se aman. La vida en éstas se mantiene, se difunde, se perpetúa y perdura merced á los besos de fuego que le manda el solitario y soberano sultán de los espacios. Nuestro planeta va seguido por la luna, pálida indudablemente de las tristezas y de las nostalgias que dan los celos. Cuando un sol ha dado alguna tierra de sí, no la despide y lanza irremisiblemente á los espacios inmensos para que se pierda en sus oscuros abismos; la llama y atrae á su centro, constriniéndola con su amorosa coerción para que dance amorosa en torno suyo y lo rodee con los abrazos de sus armoniosísimas elipses. Todas las estrellas quieren tener sus respectivos satélites, y todos los satélites dan á las estrellas, con sus concentrados movimientos, como una serenata movida por ardorosa pasión. Esas gradaciones en que los planetas están colocados, parecenme una especie de amorosa oda ó de cromática escala, como los requiebros del poeta en inspiraciones ardientes á su musa, como las elegías en suaves notas del músico á su amada. ¡Oh! Así que la vida vegetal comienza, también comienza con ella el amor. Cuando los capullos de un arbusto se vuelven hacia los cielos para romperse y abrirse, buscan un suspiro del aire, un ósculo del día. La palmera, desde lejos, pide á su compañero el effluvio, diluido en los aires, á cuyo contacto ha de producir los dátiles bajo las palmas, en guisa de un áureo chapitel coronando la esbelta y geométrica co-

lumna de su tronco. Subid en las escalas de la vida y veréis cómo el amor se difunde por doquier. Estremécese, como con sacudimientos nerviosos, el pistilo; arróbase como en éxtasis místicos la retina. Desde los primeros insectillos hasta los grandes mamíferos, todos los seres animados se completan á sí mismos y perpetúan sus especies respectivas al fuego del amor. Desde las mariposas, que vuelan en torno de la flor como las tierras en torno del sol, hasta las carniceras águilas, que tienden sus alas sobre las nubes, todos los seres, los delicados y los fuertes, obedecen al amor, nacen del amor y en amor se consumen y mueren. Él ha puesto la sedosa guedeja en el férreo cuello de los sanguinarios leones; él ha pintado con matices tan atractivos y con toques tan metálicos y de pedrería tan múltiple, abriantado las alas de las aves; él ha inspirado esa instintiva inconsciente arquitectura en el castor para la fábrica de su casa y en la golondrina para el arreglo de su nido; él ha hecho que los astros se sigan, que los gorjeos se sucedan, que los cánticos suban en himnos interminables á lo infinito, que por doquier se oigan arrullos y besos, que por doquier se vean los pequeñuelos unidos á sus madres y los machos á sus hembras, que todo suspire y todo arda, que aspiraciones universales á una ideal ascensión latan hasta en los seres más rudimentarios, que los agujijones del deseo muevan la partícula de polen áureo depositado en la blanca corola de las azucenas y la roja sangre agolpándose á los corazones, que un calor benéfico inunde los espacios como verdadero espiritual éter, á cuyo impulso

y á cuya lumbré sintamos todos por igual el precio de la vida y pugnemos por perpetuarla y difundirla en tiempos sin término á generaciones sin fin.

## II

La naturaleza por todas partes nos muestra contradicción y armonía. Junto al ser ponemos por incontrastable fatalidad una especie de abismo insondable con el no ser. Apenas concebiríamos el todo sin al mismo tiempo concebir la nada que lo acompaña como al sol sus manchas. El día va seguido necesariamente de la noche. La luz provoca en nosotros con sus resplandores el recuerdo de las tinieblas y de sus tenebrosidades. Luchan las especies en guerra interminable por la vida. Siempre que una idea se nos aparece á la mente, con ella se nos aparece también su contraria. Nuestros sistemas se dilatan entre afirmaciones y negaciones como las zonas centrales de la tierra giran entre polos opuestos, el boreal y el austral. Fuerzas centrífugas y fuerzas centripedas componen la mecánica misteriosa que sostiene los mundos en la inmensidad. Repulsiones y afinidades varias determinan en las moléculas su cohesión. Porque si hay contradicciones, de estas contradicciones mismas nacen las armonías. Si hay tesis con antítesis, de su contradicción provienen las síntesis. Si hay atracción y repulsión también hay equilibrio. Así ha separado la especie humana en los dos sexos opuestos. Pero si la espe-

cie humana, tan sabiamente separada por Dios, así no lo estuviera, seguramente no sería de vida tan múltiple, varia, multiforme, rica. De un sexo parece principal característica la fuerza, del otro la gracia. Predomina en el uno la razón, en el otro predomina el sentimiento. La virilidad parece producida para los empeños de la guerra, y la feminidad parece producida para los atractivos del amor. Las lenguas han creído á la compasión, y á la ternura, y á la delicadeza, y á la caridad mujeres, así como han creído al esfuerzo y al combate hombres. Por tal causa un paganismo instintivo, que se halla como depositado en los abismos de nuestro sér, nos lleva como de la mano á dar sexos aun á las cosas que no pueden tenerlo. Así los antiguos han creído, y nosotros seguimos creyéndolo todavía, al sol un hombre, como Apolo, y á la luna una mujer, como Diana. Vulcano y Hércules representan el trabajo, y como representan el trabajo, les damos aspecto masculino y forzado. El rayo vibra en las manos de Júpiter, mientras la diosa Iris se tiende con su arco de colores sobre las blancas nubes y se baña en el vivificante rocío. El poeta necesita de su musa. Todo pintor va desposado con una Fornarina ideal, cuyas gracias se reproducen como por milagro en las figuras de mujer que traza con sus pinceles. El Prometeo, encadenado por haber cogido al cielo su lumbré, resultará en la serie de los siglos desmedido titán; pero los consuelos que le sostienen ó que le compadecen, que lloran con él ó que sus lágrimas enjugan, se llaman las ninfas oceánicas. El Edipo, es decir, el dolor eterno pasa

por el mundo apoyado en la dulce Antígona. ¡Cuán bien responden á las contingencias de nuestra naturaleza tanto las religiones como las artes que han visto las ninfas en los arroyos, las nereidas en los oleajes, las ondinas en las cavernas, el ideal femenino en todas cuantas bellezas y gracias atesora el universo! Al género de la mujer se une involuntariamente lo melodioso en música, en pintura lo suave y delicado, en poesía lo tierno y melancólico. Hasta en los hombres, cuando su alma es dulce, la llamaríamos un alma femenina. Y es porque los ojos amados con sus miradas amorosas serenan las tempestades más bravas y convierten la hiel amarga en dulcísimas mieles. Flor, ave, poesía, música, religión, se nos aparecen como resplandores varios de la frase que Goethe inventó y que ha pasado á la lengua vulgar del ideal femenino. Para ver con mayor claridad cómo una propensión incontrastable del entendimiento nos impele á dividir en sexos hasta las familias de seres que no lo tienen para ir á contemplar vuestros fundamentales conceptos del sol y de la luna, contempladlos unos momentos.

El sol se nos aparece como un hombre. A nadie puede ocurrírsele llamarlo mujer. Hay lenguas que hacen femenino al sol y masculino á la luna. Pero creo evidentemente que tal contradicción, incompatible con el sentido común, jamás ha penetrado hasta los conceptos de las cosas universales á esos pueblos; por lo mismo que tiene la vida fecundante, sin la cual no quedaría fecundada nuestra tierra, por lo mismo que sustenta con su fuerza todos los planetas sometidos á su atracción soberana y suspensos

por él en sus respectivas elipses, por lo mismo se nos aparece como un patriarca celestial, á quien deben su obediencia y respeto la familia entera de mundos y de lunas, ó sea la familia entera de sus hijos y de sus hijas. Acontece con el sol y la luna exactamente lo mismo que acontece con el Océano y el Mediterráneo. Este mar de las ondulaciones ligeras, de las brisas blandas, de las espumas argéneas, del color celestial, de los corales y las perlas, parece como la mujer de los mares, mientras al Océano le atribuiremos siempre la masculina denominación de padre. Así el Océano se personificará en la fuerza de Neptuno y en su luenga barba, mientras el Mediterráneo en la hermosura de Vénus tendida sobre su concha de nácar y rodeada de nereidas. La lengua francesa nos parece más acertada que la nuestra en esto de hacer femenino al Mediterráneo, como la nuestra nos parece más acertada que el alemán en esto de hacer femenino á la luna. De todas suertes, por el ministerio que desempeña en el universo, parécenos el sol á los que, por nuestra religión, jamás le llamaremos Dios, padre, verdadero padre, bendito padre. Los antiguos le llamaron corazón del universo. Más le cuadraría cerebro, porque nada se parece tanto á la creadora idea despedida por nuestro cerebro como la creadora luz despedida por su disco. ¡Con qué amor ha colgado la tierra en el espacio, suspendiéndola de él á tal distancia que no se consume por exceso de calor, ni se hiela y petrifica por exceso de frío! Él nos esclarece con sus rayos, que parecen como las facultades intelectuales de nuestro sistema solar. Él presta

indudablemente á la tierra vida que no podría durar mucho tiempo con su mero calor central, como no podría durar mucho tiempo nuestro cuerpo con su mero calor propio. Así los gérmenes todos de la vida los ha depositado él en las entrañas de nuestra madre la tierra, y después de depositarlo con su pródigo cuidado, los fecunda con exaltadísimo amor, como el macho fecunda la hembra. Cuando sintáis retumbar el trueno y culebrear el relámpago, cuando en serenas noches el rojo color boreal enciende de púrpura vuestros horizontes, cuando efluvios misteriosos agiten vuestros nervios vibrantes, cuando el ámbar atraiga las moléculas ó la pila de Volta nos trasmite un telegrama, cuando veáis á la sensitiva plegar su corola, y á la brújula dirigirse al Norte, y á la serpiente fascinar al pajarillo, saludad con culto cuasi religioso, que bien lo merece, al divino generador de la electricidad y del magnetismo. ¡Cuán bueno es! Hasta las nubes que han de oscurecer su disco las extrae del mar, y después de dilatarlas en vapores por el aire las desprende y envía en lluvia fecundante sobre los campos. La corola de nuestras flores ¡qué materias colorantes no suponen! Los rayos del sol ¡qué matices no tienen, así cuando se descomponen por modo natural en los rocíos, como cuando se descomponen por modo artificial en las facetas de un prisma ó producen lo que han llamado las modernas ciencias el espectro solar! Unid á esto las perladas luces del alba con los rojos arreboles del acaso y veréis ¡qué pintor! Pero no es tan sólo artista; se consagra también á cosas más útiles que adornar con alfombras

de verjeles nuestro suelo y tender solios de sonrosadas gasas por nuestros horizontes. Madura las mieses para que nos den pan, y guisa los mariscos en salsas por ningún cocinero sobrepujadas. Y luego ¡cómo endulza las frutas! Ningún sabor de los artificialmente preparados en las confiterías puede compararse con el dulce de melocotones, acerolas, azofaifas, de todas las frutas. Y no hablemos de la uva y del vino, que unas veces parecen como sangre preciosísima de la tierra, y otras veces parecen como luz líquida, según lo que animan las venas y encienden é inspiran los cerebros; ¡oh, almo sol!

Así comprendemos que la mayor parte de las religiones antiguas hayan sido religiones astronómicas, y puesto al sol como á la cabeza de todos los dioses. La doctrina de Zoroastro ha quedado hasta en el fondo de nuestras creencias contemporáneas tan sólo por su adoración á esa eternal incommunicable alma del universo que se llama sol. De los templos levantados en los desiertos al astro del día dedujeron los dos fundadores del monoteísmo en la historia, Moisés y Mahoma, los fundamentos de sus respectivas creencias. Todas las religiones paganas tienen un sabeismo esencial; todos los sabeismos significan el culto á la luz en más ó menos grado, y toda luz proviene del sol. Cuando el mago de Asiria se había noches y noches atormentado para leer en las estrellas los secretos del universo desde las altas torres astronómicas, cuál no sería su regocijo al despuntar el sol por los cielos de Asia, construyendo con su lumbré y su calor los seres dormidos á consagrarle una sinfonía

sin fin. Por eso le proclama padre de los dioses. Y la religión solar pasó toda entera en transformaciones sucesivas á la religión helena. Los más antiguos himnos órficos dirigen sus estrofas al dogma y al culto de la luz. Apolo, no solamente preside el día desde su áurea carroza, tirada por las horas; preside también al coro de las musas y lleva en sus manos divinas la cítara del arte. Pero ¿qué hablamos de los antiguos tiempos? En los nuestros, en las religiones tan espirituales, engendradas por los dogmas semíticos y los dogmas helenos, la luz ocupa un lugar tal como en el mismo universo. El Evangelio de San Juan denomina en su inicio al Verbo luz de la luz, por no encontrar cosa etérea como este divino flúido para encarecer el resplandor vivificante que se halla contenido en la divina y creadora palabra. Nuestro calendario pone dos fiestas mayores en los dos días del año llamados solsticios por estar en uno el sol menos y el otro más tiempo sobre nuestros horizontes. En el solsticio de verano cae la natividad santa del Bautista, y en el solsticio de invierno cae la natividad, más santa todavía, del Salvador. El Viernes Santo será profunda las tinieblas. Para mostrar su dolor en la muerte de Cristo, la Iglesia no encuentra medio alguno más que vestirse de negro como la noche y extinguir luces y lámparas ante los altares desnudos. Y el Sábado Santo, si algo ha de mostrar la gloria de una resurrección, es el cirio pascual bendecido con sacramentales palabras é incensado como una divinidad. Por eso, en el instante de cantar á gloria, el templo toma, al rasgarse los negros

velos y aparecer la creadora luz, el aspecto de las risueñas alboradas. El órgano canta como el coro de las aves; los incensarios fríos se animan y encienden como los nidos acallados por la noche sienten al amanecer aletear y piar; el retablo mayor copia los espléndidos colores de un cielo inundado de increíbles resplandores; dejan los celebrantes sus vestiduras negras para vestirse las capas pluviales que parecen bordadas de gayos ramilletes; el himno inconsciente de todas las cosas creadas al Creador por haberlas devuelto la vida, el movimiento, suspensos en la inercia mortal del sueño, llega, por fin, á salmo consciente y expresivo de la gratitud universal. Pues bien; el sol representa el ideal masculino, como padre del sistema planetario. Pues, en verdad, si digo que representa la luna el ideal femenino, y con carecer de la fuerza, de la soberanía, de la majestad reconocidas en el sol, es mucho más bella, y debéis declararlo así, paladinamente, si es que no habéis perdido toda idea de verdadera hermosura.

### III

Mentiría como un bellaco el mortal capaz de aseverar que jamás fijó atención ó vista en el astro de los pálidos resplandores y de las perdurables tristezas. Cuando su argénteo disco nada en el sereno azul de la noche sin estrellas ni nubes, hasta los niños le buscan y le tienden sus anhelosas mane-

citás, abriéndolas y cerrándolas al instinto de adquirir y lograr, ya rudimentario en la niñez, cáscara ó película donde se contienen y encierran todas las simientes productoras de ideas y acciones para los estados sucesivos de nuestra existencia. En tal inclinación de los niños originase la frase vulgar, que los cree, por pedigüenos é interrogantes en la inquietud propia de su desarrollo intelectual, ó por juguetones y movedizos en la inquietud propia de su desarrollo material, tentados á demandar, si los consienten, miman y mal crían, hasta la luna en peso y en persona. Con frecuencia se me presentan á la memoria los vespertinos crepúsculos del valle meridional donde corrieron mis primeros años y despertaron mis primeras emociones. ¡Cuántas veces, al anochecer, en el regreso de las huertas á los hogares, cuando acababan de tocar las campanas á oración y de rezar nosotros el *Ave María*, descubriéndonos y parándonos, acompañados del jornalero que llevaba su azadón reluciente al hombro, y del leñador que llevaba sus tomillos olorosos á la espalda, surgía el astro de la noche por el Oriente, plateado á su luz, en contraposición al ocaso enrojecido por las reverberaciones últimas del sol, y al verla suspensa con tanta hermosura sobre la meseta de alta montaña, cual una hostia sobre las aras del sacro altar, nos arrobábamos como embobados sintiendo afanes incontrastables por subir hasta las cumbres y acariciarla con nuestras manos! Ignoro qué misteriosísima superstición inspiraba los frecuentes avisos dados por las niñeras de no mirar á la luna mucho, pues recordábanse casos de haber



bajado á comerse y tragarse los niños mirones. Podría repetir hoy graciosa disputa de hace cuarenta y más años sobre tal tesis entre una vieja del lugar y un astrónomo del campo, industriados los dos por decires antiguos en las cosas lunares. Juraba ella en Dios y en conciencia saber de cierto que descendía la luna en perseguiimiento de los niños malos, y achacaba el á embusterías de brujas tales consejas, provenientes de una cosa, de que la luna ofrece sobre su redonda superficie la imagen de un triste pastorcillo cargado con haces y circuído de ovejas en los días de su luz más viva y de su plenitud más completa. Y, en efecto, yo sé decir de mí que, mirando y remirando el disco, en los plenilunios, encontraba por su esfera de transparente alabastro reproducido el tal dibujo, como reproduce la plancha fotográfica los objetos sobre ella impresos por los correspondientes cristales. Y luégo, allá, en el examen de la ciencia instintivamente aprendida por la niñez, y análoga de suyo á la nutrición tomada por los poros en absorciones continuas, ya extraídas del suelo, ya del aire, preguntábame yo á mí mismo por qué veíamos un pastor, y no otro sér ú objeto, en la luna llena. Y me fué imposible de comprender y explicar tal misterio, hasta que vinieron á mis manos en la cátedra del latín las metamorfosis de Ovidio, las cuales muestran cómo las ninfas se convertían en las rocas de las marinas riberas ó en las adelfas de los secos torrentes. Y allí encontré la imagen del pastor, visto por nuestros ojos, conteniendo vagos recuerdos de la fábula del mísero Endymión, dormido al susurro de los arroyos, al borde

de la fuente, á la sombra de los árboles, y besado por su casta luna, en la voluptuosidad que presta de suyo, aun á los más castos, una tranquila noche de primavera ó estío, aromada por tantas esencias y henchida de tantas melodías. ¡Cómo se conservan las tradiciones universales en medio de su continua transformación! Los festejos con que celebramos los dos solsticios de invierno y estío, en las noches de Navidad y San Juan, provienen de las liturgias helénicas; al comienzo de Febrero, por la Candelaria, encendemos luces, como en sus lupercales antiguas las encendían los romanos por el mismo mes; ponemos, como los asiáticos, nuestros sepuleros á la sombra de los cipreses y de los sauces; coronamos nuestros poetas de laureles en el Parnaso moderno como en el antiguo, mientras á nuestros héroes los coronamos de roble bajo los arcos de triunfo; preferimos orientar la mayor parte de los templos, como los persas, hacia la salida del sol, y como los indios encendemos en Sábado Santo la lumbre divina y renovamos el agua lustral entre himnos y estremecimientos de natural alegría. Pues los dos aspectos de la historia de Endymión, las castas inclinaciones de Diana hacia él, correspondidas con amor audaz por el joven cazador, despedazado en castigo de tal audacia, se desparraman por las consejas de un pueblo, por los cuentos de sus ancianos, por los terrores de sus veladas. El culto y devoción á la luna existía en los apriscos y en las majadas mucho antes de que allá, en el templo de la misteriosa Éfeso, coronasen los sacerdotes orientales con una cabeza de ternera un tronco de encina y trasmis-

tiesen los *mithos* repetidos oralmente por los poetas y por los cantores populares á los poemas cíclicos, á las teogonías de Hesiodo, á las metamorfosis de Ovidio, donde han hallado luégo pintores y escultores los mármoles de rico Paros y las líneas de incomparable armonía para sus Dianas, adoradas en los templos y sobre los altares del arte.

A ningún astro han los poetas cantado como á la blanca luna, porque ni rayo de nuestro sol, ni centelleo de lejana estrella exhalan la poesía exhalada por el mudo y melancólico satélite. ¡Cómo se deslizan sus resplandores mustios entre las ramas de los olmos! ¡Qué argenteo dan sus rayos á las ondulaciones del arroyo! ¡Cuál baño el de la luna llena, cuando se refleja, desde su zenit en el silencio de la noche y en el misterio de las sombras, dentro de un lago tranquilo y celest! Quien haya visto la luna de Agosto y Julio en el Mediterráneo comprende toda la clásica perfección del mundo antiguo, aquella hermosura sin contrastes, aquellas armonías concertadísimas, aquellas proporciones acabadas, aquellas consonancias de cielo y tierra; el mar parecido á un horizonte y el horizonte parecido á un mar, lloviendo aquél su luz con tanta calma y reverberándolo éste á su vez en la superficie tranquila, como si recibiera por las rompientes y ondulaciones de sus aguas una lluvia de luminosas estrellas. El cementerio toma tristeza sublime del astro de las noches. Una estatua funeraria se reviste de grandeza sobrenatural en el incierto centelleo de aquellos rayos melancólicos. Los vascos llaman á la luna luz de los muertos. Así no

hay para los arcos rotos, para las estatuas destroza-  
das, para los acueductos interrumpidos, para todas  
las ruinas, entonación como las que suelen prestar-  
las, envolviéndolas en gasas fúnebres, las noches de  
luna. Ved á sus tintas el murciélago, la lechuza, el  
buhu, y os parecerán aves fantásticas recamadas de  
un destello ideal. Oid el ruiseñor y os creeréis trans-  
portados al Paraíso. Los rayos de la luna, y las  
cuerdas de la guitarra, y las canturias del amante, y  
los latidos del corazón de la amada, se corresponden  
á una en la serenata, como se corresponden las notas  
del pentágono y los calores del prisma en la natu-  
raleza. De aquí aquella impresión dejada en nuestros  
oídos por la célebre melodía de Norma cuando se le-  
vanta la luna llena por los bordes del horizonte, y  
la sacerdotisa, puesta de pie sobre las aras del dol-  
man rudo y bajo los ramajes del encinar sacro corta  
el muérdago de los troncos húmedos con su hoz áurea  
y lo reparte á todos entre las cadencias de sus him-  
nos, á cuyos acentos las sepulturas se abren como  
cálices de flores y las almas de los muertos se le-  
vantán para unirse al coro armonioso, demostrando  
la inmortalidad. Y con este himno se corresponde  
y enlaza la magnífica relación del Fausto, el cual,  
cansado de su ciencia, consumido en sus retortas,  
cubierto por el polvo de los libros como la momia  
por el polvo de los siglos, petrificado en su labora-  
torio de tristísimos esqueletos y varias redomas,  
siente que le llaman á la poesía inmortal de la natu-  
raleza los rayos de la luna cernidos por los vidrios  
góticos y reverberados en los losas frías, convidán-  
dole á subir por las cimas de las montañas y á

bajar por los senos de las selvas en busca del placer, bañándose así todo su cuerpo en los efluvios de la vida cósmica y encendiéndose toda su alma en las llamaradas del amor universal. La luna penetró en el pensamiento de Byrón y lo iluminó con sus rayos suavísimos. Una tarde venía del Lido por la entrada del gran canal que comienza en la *piazzetta* de San Marcos. La barca se deslizaba entre iris misterioso al reverbeo de un crepúsculo fantástico en los cielos y al reflejo de los cielos en las aguas arboladas, de cuyos cristales salían los monumentos como de bello engarce compuesto por guirnaldas de perlas y de ópalos. Todas las torres de Venecia echaron al vuelo sus campanas en la víspera de gran fiesta religiosa, y sus conciertos, dulcificados por las lagunas, parecían venir de otros horizontes y hablar al espíritu de otros cielos, de otros soles, de otros mundos. El escéptico, al eco del campaneo y al reverberar del crepúsculo, sintió cómo su alma tomaba sin quererlo alas de ángeles y propendía irresistiblemente á subir hacia lo infinito por medio de una oración que lanzaba de su seno tan espontáneamente como lanzan á las alturas sus vapores los hondos senos del mar. Y vió deslizarse, vestida de cielo, calzada con la luna, por los aires arbolados, sobre los lagos celestiales, entre aquellos edificios parecidos á evocaciones religiosas, la Madre del Verbo, saludada por coros de poetas, que llenaban todo el espacio, como las notas del órgano llenan todo el templo produciendo los melodiosos adjetivos de una letanía sin fin.

Los seres más vulgares, por manera inconscien-

te, alcanzan las misteriosas relaciones entre nuestra compleción y la nocturna esposa del planeta. Si otras revelaciones no dijeran cómo vivimos en la vida universal, diríanlo á una las tristes y dolorosas de los humanos achaques. La nube formada en la curva del horizonte pesa con abrumadora pesadez sobre la curva de nuestro cerebro, y el rayo fulminante, allá en lo alto, culebrea por nuestros nervios y los agita mucho antes de que hayan estallado sus estampidos y centelleado sus chispas en la tempestad. El hierro de las minas viene por misteriosos conductos á los glóbulos de nuestra sangre, la cal del camino se aglomera en las armaduras de nuestros esqueletos, los jugos de la tierra se transfunden á nuestros humores, y vivimos del aliento de los árboles, cual ellos, á su vez, viven de nuestro aliento. Pues lo mismo pasa con esa luna tan distante, que sólo quiere mostrarnos una de sus fases; lo mismo. Dejando aparte su relación sabida con las mareas, preguntadle á los pescadores y os dirán cómo influye sobre los mariscos; preguntadle á los jornaleros y os dirán cómo influye sobre la vegetación y sobre los frutos. En todo el Mediterráneo se reconoce cómo la luna del frío Enero tiene una especie de filtro, de calmante, de narcótico, tan eficaces para las aguas, que nunca duermen cual en ese mes, pareciéndose, por lo petrificadas é inmóviles, á turquesas unas veces, á esmeraldas otras, y las más á ópalos. El pobre labrador, cuando ve por Febrero madrugar tanto á su almendro y coronarse con las guirnaldas de rosáceas flores, tiembla por la terrible luna de Marzo. Roja la llaman los

franceses en su habla popular, imputándola todas las heladas que abrasan los brotes de los árboles y ponen maltrechas las cañas de los sembrados en las prematuras primaveras. Por el trópico no puede una herida quedarse á la luz de la luna á causa de lo mucho que se recruedece; y como nosotros padecemos de insolaciones, padécese de inlunaciones allí. Pero ¿qué más? Un gran poeta puso el juicio de cada mortal en los espacios de la luna, ni más ni menos que las partidas de bautismo en los libros parroquiales. Ha convenido el habla en llamar lunático á quien carece de madurez en sus pensamientos, de consecuencia en sus actos, de mesura en su vida, de fijeza en sus propósitos, dejándose arrastrar al acaso por el curso tortuoso de los acontecimientos, sin dominarlos ni dirigirlos. Cuando le asalta de súbito un arrebató á cualquier vehemente, apasionado, loco, suele decir con acierto el vulgo que le ha cogido mala luna, como se dice del borracho triste y pendenciero que le ha tomado mal vino. Comprendemos todas estas supersticiones, llegadas hasta constituir cierta liturgia de la luna, cuando rudimentaria ciencia, desprovista de auxiliares é instrumentos, creía los dos primeros astros del espacio á los dos que ven mayores nuestros sentidos en día y noche. Mas, creedlo, aumentando el conocimiento relativo de nuestro cielo y disminuyendo ese conocimiento la importancia del satélite, no disminuye por eso el poder atribuido á los rayos lunares sobre las cosas humanas. Prescindamos de aquella religión, esencialmente antipagana y monoteísta, que hizo como un símbolo de sus

victorias la media luna, tan brillante y hermosa por los desiertos y por los cielos de Arabia. Prescindamos de aquellos pueblos sabeístas que, reduciendo la teología y sus dogmas á nociones astronómicas, mejor dicho, astrológicas, personificaban en la luna todo el lado femenino de la divinidad. Prescindamos de aquellos otros pueblos sacerdotales que profesaron el dogma de la inmortalidad é hicieron de la luna tan dulce aquella Hécate sombría, conduciendo en los pliegues de sus sombras las almas de la muerte á los abismos infernales. No hablemos, pues, de las liturgias más santas entre los pueblos más cultos, que mueven ciertas fiestas mayores, en correspondencia con los movimientos lunares, y determinan días y semanas solemnes por la luna creciente y la luna llena. Podrá parecernos diminuta en nuestros cálculos matemáticos una mortaja de generaciones extintas, atada inseparablemente á nuestra tierra como el sudario de un muerto al caloroso cuerpo de un vivo, tosco pedrusco tan triste y tan pavoroso como la losa ó la inscripción de un sepulcro; pero por esto mismo quizás, á su luz confiarán los tristes las penas más hondas y más calladas de sus pechos, y los poetas las inspiraciones más elégicas de sus fantasías, y los músicos las serenatas más melodiosas de sus arpas, y los amantes sus vagos suspiros, sus inciertas esperanzas, sus dolores sin consuelo, todas las tristezas, compañeras inseparables de las grandes pasiones amorosas, las cuales preferirán la luna débil y triste al sol encendido y luminoso, y, aunque predestinadas en el plan de la Providencia eterna-

mente á propagar la vida y á mantener por su generaci3n las especies, sentirán invencibles propensiones á la desesperaci3n y á la muerte.

Así como todo planeta puede llamarse satélite del sol, se llama toda luna satélite del planeta. Cuando nuestros metereólogos experimentan las muchas perturbaciones traídas al aire terrestre por el satélite único de la tierra, miran á veces con horror verdadero aquellos mundos seguidos de varios satélites, como Júpiter, y ni por el oro de aquí, ni por el oro de allí sumados, emigrarían á tan subvertidas atmósferas. Y, sin embargo, ¿cuántos y cuán maravillosos secretos del universo no ha revelado la luna, y cuántos misterios no hemos sorprendido en sus miradas á nuestro mundo y en sus coloquios con nuestros reveladores y nuestros sabios! Terminaba el siglo décimoquinto cuando Copérnico dirigía su anteojo imperfectísimo al disco del satélite por reveladora noche de total eclipse. Sobre aquel romano foro, cuyas ruinas, sobrepuestas unas á otras, parecen fragmentos de un sol extinguido, el cura eslavo asestaba el instrumento que debía producir una revoluci3n en el cielo al rostro de nuestro satélite, pidiéndole indicaciones del misterioso Todo. Por los mismos años otro eclesiástico, un fraile germano, preparaba en la conciencia religiosa una revoluci3n, análoga de suyo á la concebida por el can3nigo polonés, en los conceptos del espacio, y la preparaba por los senos misteriosos de esa Roma, eterna madre de todas las maravillas del espíritu moderno, aun de aquellas al parecer atentatorias á su poder y á su grandeza. La noche de

aquellas observaciones, el melancólico astro, que brillaba con vivo resplandor, esclareciendo los arcos y los intercolumnios, recamando las cresterías y los relieves, y los triángulos, rompiéndose como en espejos en las lisas piedras de la Vía Sacra, comenzó á oscurecerse, porque la encubría del sol común á todo nuestro sistema solar el ingreso é interposici3n de las terrestres sombras en su disco. Mirando de hito en hito el paso de esta sombra planetaria por su satélite la vió esférica y alcanzó de esta visi3n la esferoidad de nuestro mundo. Y de tal esferoidad dedujo cómo era la tierra un astro parecido á los demás en los espacios, y no una extensi3n plana cual querían las nociones hasta entonces divulgadas. Y de pensamiento en pensamiento, de deducci3n en deducci3n, de hipótesis en hipótesis, llegó á concebir y divulgar el concepto entrevisto por algunos filósofos antiguos que, fijando nuestro sol en el foco de las elipses planetarias, imprime un movimiento á la tierra, comunicable al espíritu también, para prestarle con las apariciones sublimes de nuevo ideal el calor de nueva y más preciada vida. Desde aquel entonces anduvimos de invenci3n en invenci3n, y unas veces por el estudio de los satélites, otras por las circunnavegaciones emprendidas y acabadas alrededor del globo, ya siguiendo las oscilaciones del péndulo, indicadas por una hermosa lámpara bajo las bóvedas de la iglesia mayor de Pisa, ya levantándose desde la caída de una manzana sobre la frente hasta interrogar por qué la luna jamás cae sobre nuestra tierra, comprendimos y explicamos el sistema de

la universal atracción, completado por el sistema de las electivas afinidades, y creímos haber hallado en la mecánica celeste una clave para descifrar hasta el origen de los satélites, de los planetas y de los soles en la infinidad del espacio. De aquí la grande atención y cuidado con que seguimos al satélite y le arrancamos sus secretos. La vecindad tan próxima le pone más cerca del radio de nuestras experiencias y le hace preferente objeto de nuestras miradas, movidas por una inconsciente pero sana curiosidad. Créese mucho más fácil penetrar por medio de nuestros sentidos, ayudados de los modernos instrumentos, en ese astro, que allá en los apartados por espacios inconmensurables ó perceptibles sólo á la indagación de nuestros más intensos telescopios. Como hay un sistema filosófico muy célebre y muy vulgarizado que cree á la tierra templo y habitación única del espíritu, negando á los astros todos la presencia de seres libres y racionales en sus espacios, hay otro sistema conjetural, puramente conjetural, pero que induce por analogía la existencia en todos los planetas análogos al nuestro de seres orgánicos, unos más cerca de la materia, como nuestras especies inferiores, otros dotados de inteligencia, libertad y razón. La naturaleza no produce nunca seres únicos y singulares, los multiplica en su increíble fecundidad, exclaman los creyentes en la pluralidad de mundos habitados. Y así como no produce una flor sino muchas flores, no un ave sino muchas aves, no un átomo sino muchos átomos, no un sol sino muchos soles, no ha podido producir en ese arenal de

orbes, dilatado en el espacio infinito, un solo mundo habitable, sino muchos habitables y habitados. Era natural que la luna pudiese resolver esta conjetura y tornarla en realidad antes que ningún otro mundo, y por eso á la triste luna, con preferencia, se han dirigido las interrogaciones, y todos hemos echado, en broma ó de veras, nuestro cuarto á espadas sobre los habitantes de la luna, á pesar de la célebre interrogación de aquel baturro, que decía: «Si la luna estuviese habitada, compadre, ¿dónde se meterían sus habitantes cuando mengua?»

Nuestra compañera es un cementerio, donde la vida no pareció nunca ó se ha extinguido para siempre. Así la encendida luz del sol aseméjase, al tocar su disco, á la reverberación de pálida lámpara funeraria en marmórea losa sepulcral. Ved el resplandor de oro que ostentan todos los soles, más ó menos lejanos, enfrente del resplandor argénteo de la luna, y observad cuán diversos. Parecen los unos brasas, rubies; parece la diosa de nuestras sombras como el blanquecino fosforeo de los fuegos fatuos producidos por las frías osamentas desparramadas en las innumerables sepulturas de mundos, sobre los cuales no todas las regiones sirven para producir el calor de la vida y todas sirven para guardar los despojos de la muerte. ¡Oh! La media esfera, ofrecida en los plenilunios siempre á nuestros ojos, tomaríaisla, según resulta de la observación, por el abandonado laboratorio de un astrólogo y el museo de un anatomista, colección de fríos esqueletos, por los cuales pasaron hace siglos las encendidas burbujas del oxígeno y los rojos glóbulos de la san-

gre. Hasta las montañas, en su aislamiento, pues jamás componen cordilleras; en su aspecto extraño, que las asemeja de suyo á setas y esponjas; en su forma de conos truncados; en su color blancuzco, parecen funerarios túmulos. Aquellos átomos se confunden con partículas de ceniza y copos de nieve. Así no encienden, apagan; y no acaloran, enfrían. Sin embargo, examinados mediante los espectros solares, resultan en su composición química los rayos de la luna idénticos con los rayos del sol, por ser estos mismos, si bien reflejos. Mas el sol carece de poder bastante á vivificar aquella soledad espantosa. Esta continua ebullición de vida en los senos terrestres, los cuales hierven á modo de calderas gigantescas, ya encendiendo jugos, fácilmente convertidos en savia ó sangre; ya cuajando cristalizaciones, fácilmente convertidas en cuerpos geométricos, toda esta suprema y saludable agitación del planeta nuestro vuélvese abandono y silencio profundísimos en el satélite. Los indolentes podrían allí, de respirar, consagrarse al eterno descanso, como el imperturbable de los cadáveres: en ella no temerían los medrosos el huracán que troncha los mástiles, ni el ciclón que desarraiga los árboles, pues no hay tormentas, porque tampoco aire. Así el trueno aterrador, el relámpago culebreante, las granizadas asoladoras, la centella fulminada por nubes fragorosas y tormentosísimas, no se producen jamás en aquellas tristes petrificaciones y en aquellos mortales fríos. Nada hiede, porque nada huele. En vano abriríais las narices para recoger las moléculas imperceptibles que componen aquí los

aromas penetrantes; el mineral insípido, incoloro, inodoro, llena sus desiertos. Esta paleta bellísima que se llama tierra y que nos presenta desde las praderas hasta los iris, no tiene oficio alguno que cumplir en aquellos contrastes bruscos entre luz y sombra incapaces de colores y matizamiento. Calma eterna, sin correspondencia posible, aquí donde la vida penetra en los dominios de la muerte y un cadáver amontona gérmenes infinitos de seres nuevos por doquier, y la podredumbre resulta levadura nueva, y el fermento licor henchido de jugos vivificantes. Poneos en idea fuera del aire, y os encontraréis en esa inmensa máquina neumática donde no se respira. Más fácilmente nos formaríamos, pues, claro concepto del sobrenatural infierno soñado por nuestros místicos en el horror de sus visiones diabólicas, que del globo lunar por los adelantos astronómicos revelados á la ciencia. El desierto, donde caen los camellos exhaustos por no bastarles los odres naturales puestos por la Providencia en sus grandes buches, y donde la nave de semejantes soledades terrestres, el avestruz, cae asfixiado, parecería un edén de frescura y humedad junto aquellas arideces faltas del aire y agua vitales. Figuraos que así como los mares de nuestro polo se truecan en hielo, pudieran todos los mares planetarios trocarse á una en granito; pues con tal figuración acaso tuvierais una fotografía del Océano lunar. Y espantoso negror lo envuelve todo, como el paño fúnebre al mudo ataúd. Lo que aquí es cielo azul, etéreo, es allí abismo negro profundísimo. Las montañas se tienden aisladas por todas



partes junto á grietas insondables, fauces de monstruos parecidos á los engendrados en una pesadilla. Bien es verdad que hasta las montañas son huecas, á manera de inmensos apagaluces, puestos allí para extinguir la vida. Creedlo: este planeta nuestro va por el inmenso cielo desposado con un cadáver frío.

Naturalmente debemos, al describir la luna de tal suerte, jurar nuestra descripción por la palabra de los maestros, como Fonwielle. Tiempo, competencia, estudios preliminares, lo necesario para poseer conocimiento propio y seguro en la materia me faltan. Solamente un genio tan múltiple y vario como Echegaray, mi célebre inmortal amigo, escribe con idéntica maestría un drama romántico y una disertación astronómica. Juan Bautista Vico incapacitaba en su profunda *Ciencia Nueva*, tan leída en otro tiempo y tan olvidada hoy á pesar de su mérito, al hombre para conocer efectos de que no fuera él causa y obras de que no fuera él autor. Mas, á la verdad, si hubiéramos de proclamar como cosas verdaderas y sabidas tan sólo aquellas experimentadas en nuestras observaciones y experiencias personales, diariamente recomenzaríamos trabajos ya concluídos por otros, y lo que ganáramos en certidumbre habríamos de perderlo en sabiduría. Todas las ramas científicas exigen librar algo al criterio ajeno y estatuir con cualquier motivo una inevitable autoridad por mayor ó menor derecho. Ahora mismo recuerdo cómo no descubro, ni en las observaciones telescópicas de Leverrière, ni en los mapas lunares de Flammarión, todo cuanto notaban sus dos autores en sus sendas explicacio-

nes. Pero al observar ciertos fenómenos psicológicos, nada tan justo y natural como decir que no descubrimos en el cielo cuanto descubren los astrónomos, ni vemos en los paisajes aquello que ven los pintores, ni oímos las armonías advertidas por el músico en las consonancias del universo, ni hallamos de las cosas aquel incienso de poesía percibido por los poetas, ni consideramos al universo envuelto en las ideas pensadas por el filósofo y constitutivas del éter espiritual, difuso en lo infinito. Por tanto, hay que concederles algo en albricias á sus invenciones y en tributo debido á su incontestable superioridad. Ya lo veis por ellos, por los maestros, esa luna es fría momia. Su faz, dulce y poética, no tiene una gota de agua que llevarse al paladar, ni un soplo de aire que recoger en sus labios. ¡Pobre y triste petrificación! La vida no late allí tal como la experimentamos y la conocemos en nuestro planeta. Y cuenta que telescopios potentísimos han acercado hasta próximamente catorce leguas los humanos ojos al disco lunar. Pues ni á esas catorce leguas se columbran los gigantes atribuídos en el *Micromegas* de Voltaire á otros más grandes y más tardos planetas. La luna es inmovilidad, abandono, muerte, olvido, silencio, y en comparación de tanto sol como ilumina el espacio, un átomo de fría ceniza. He ahí cuanto alcanzamos del astro más próximo á nuestro bajo mundo y más sujeto á nuestras imperiosas preguntas. Y, sin embargo, la tal esfera, desierto cementerio, en su nudez, en su pneuma, en su soledad, es aquella luz que platea los cielos por las más hermosas



y serenas noches; aquel astro que retrata su faz purísima en los lagos celestes; aquella musa que despierta el gorjeo en la garganta de los ruseñores enamorados y el melodioso cántico en la serenata de los jóvenes enardecidos; aquella poetisa de quien aguardan las arpas un suspiro que agite sus cuerdas y los poetas un beso que haga vibrar en odas sus labios; aquella diosa que ha contado templos y aras en los promontorios más armoniosos de nuestro planeta, y sacerdotes y fieles entre los hombres más ilustres de la historia, presidiendo á los nacimientos que perpetúan las generaciones y velando sobre las cunas que prometen alegrías á los hogares como los capullos rosas al rosal; aquella confidente á cuyo regazo entregamos el secreto de nuestras penas, recibiendo, en cambio, consuelos, manantial eterno de poesía y de vida. Seguramente nuestra tierra desde otro mundo parece un astro ideal, y los infelices humanos ángeles ó bienaventurados. Cuando se observa cómo un cadáver, cual ese cadáver de la luna, vivifica, nos da ganas de gritar á cuantos lo estudian y observan: «Callad con vuestros análisis; no me quitéis mis ilusiones, más ciertas y más consoladoras que todas vuestras verdades.»

Hemos querido adrede pararnos á contemplar la contradicción entre las dos imágenes de la blanca luna, tales como el intuitivo arte y el consciente saber nos la ofrecen, á fin de mostrar cuánto una cualidad femenina, la dulcedumbre de luz, por ejemplo, importa cuando nos avasalla en tales términos que, sin deberle por ningún modo ni en senti-

do ninguno al astro de la noche todo lo que debemos al astro del día, mucho más que al mismo sol ¡ay! la idolatramos, y siempre la preferimos para explicar nuestras melancolías y dedicarle nuestros cánticos. Sucede con el sol y la luna exactamente lo mismo que sucede con Dios y con la Virgen. Blasfemo aparecería quien se atreviese á comparar grandeza con grandeza, la grandeza del Criador con la grandeza de sus criaturas, siquier sea esta la más perfecta, la más hermosa, la purísima entre todas. Pero á la complexión eternamente pagana de nuestro espíritu no le cuadra ese monoteísmo semítico en que aparece como solitario allá sobre su trono de astros el gran célibe de la eternidad. Hemos necesitado, para mejor comprenderlo, sentirlo en nosotros por medio de su Verbo divino, hecho carne, y por medio del sacramento de la Eucaristía, difundiendo su Trinidad, no sólo en el alma humana, en la sangre por nuestras venas circulante. Y además, hemos admitido su Espíritu Santo como para pedirle una revelación permanente que guardar en nuestro corazón y en nuestra inteligencia. Pero aun esto no podría satisfacer nuestras necesidades múltiples por completo si no viésemos divinizada también la parte femenina de la humana especie. No hemos hecho lo que hicieron los paganos creando seres á los cuales dieron la misma naturaleza y el nombre mismo de dioses con sólo afeminar tal nombre y tal naturaleza. La Virgen, ciertamente, no es una diosa como pretenden los protestantes extremos, sobre todo los unitarios en su odio al catolicismo. Hay en toda doctrina cristiana un fondo mo-

noteista y semítico templado por la metafísica helena. María ciertamente no es una diosa, pero es la mujer divinizada, reuniendo en sí los dos atributos más bellos que podemos en toda mujer discernir, la maternidad y la virginidad. Por eso la hemos puesto en nuestros altares, dotándola con aquella hermosura plástica greco-cristiana, cuyo secreto ha poseído el grande artista del Renacimiento, ó sea Rafael, ese Fidias de la pintura. Hemos visto pasar por sus ojos arrobados con el arrobado de Murillo todas las ideas místicas. Por sus espaldas cae una cabellera más luminosa y etérea que las centellas de las eternas luminarias en el empíreo. Una túnica más alba que las blanquísimas azucenas envuelve su cuerpo, y un manto azul de cielo pende de sus hombros. Estrellas la coronan y media luna en creciente la calza. Los ángeles, surgiendo á una de la luz increada en que va sumergida, la circundan como á los arbustos las mariposas, y el globo terráqueo la sirve de peana. Yace á sus piés como rota la serpiente del mal, y sobre su frente se alza la Trinidad Santísima. Muchos templos la han alzado en todo la redondez del mundo; muchos poetas de voces é imaginaciones angélicas la han consagrado bellas odas sin fin; muchos músicos de los que podrian anotar el concierto de las esferas han compuesto en su loor sinfonías dulcísimas; las almas impalpables y las cosas reales han entonado en sus oídos, á guisa de coros, letanías innumerables, y, sin embargo, todavía no ha podido agotarse cuanto puede con gran razón decirse del astro misterioso que, interponiéndose con su disco entre la tierra y

el cielo, nos trasmite más dulcificados los resplandores de Dios, como la luna llena en su hermosura nos trasmite más dulcificados los resplandores del sol. Para estudiar á la mujer divinizada de tal suerte maravillosa en la religión nuestra, estudiémosla primero en su historia, y luego la estudiaremos en su naturaleza intrínseca y en su influjo social.

Imposible conocer todo cuanto la sociedad, con sus leyes y costumbres, ha sobrepuesto en el ser de la hembra humana, si descuidamos el seguir y estudiar su desarrollo social en la historia y los diversos aspectos por donde han pasado sucesivamente sus condiciones en el tiempo, primer creador, bajo Dios, de todos los seres. Las revelaciones traídas por las ciencias contemporáneas acerca del hombre primitivo y de las edades prehistóricas mucho cambian la historia de nuestra especie, mostrándonos cuán misérrimo fuera su origen y cuán tardo y lento su gradual desarrollo. Mientras todas las teogonías convienen á una en paraísos ó edenes, dispuestos como albergues de una felicidad completa y sin mancha, el pecado los desvaneció de tal manera sobre la tierra y sus varias zonas, que solamente se encuentran huellas de tristísimos estados humanos, confinantes casi con la vida material de los animales y ejemplos de una especie sumida en las entrañas del planeta é identificada con la naturaleza casi en una confusión espantosa. Por los terrenos primario, secundario, terciario no aparece, no, el organismo humano, de todo punto incompatible con aquellos ambientes vitales. No podíamos vivir allí, como no podemos

vivir en hogueras voraces ó en Océanos hirvientes. El terreno cuaternario genera en su aire más puro y en su clima de mayor suavidad al hombre. Y en este mismo terreno han de ser sus Bautistas muchas plantas vivificadoras y muchas especies animadas. Antes de nuestra venida, las rosáceas debieron aromar los aires; las gramíneas aperebirse á trasmitirnos el jugo chupado á la tierra por sus raíces; las abejas, después de recibir en metamorfosis varias las dobles alas con que discurren de flor en flor, sacar á éstas, grandes elaboradoras y transformadoras de la vida, con punzantes aguijones, las mieles de sus respectivos cálices, pintados y olientes. Por los inmensos espacios, más ó menos desiertos, corría ya el gigantesco avestruz, con alas y sin vuelo, para los primeros transportes muy apropiado, ágil y celero, mientras de los picos inaccesibles á la tempestad y bañados en las superiores regiones de un aire puro y enrarecido bajaban á bandadas los condores, depositando en sus vientres insaciables los cadáveres é impidiendo así la putrefacción universal. Y poco á poco, modificadas las especies todas, vinieron aquellas varias, sin cuya cooperación apenas comprendemos la vida. El elefante abrió camino en las selvas espesísimas con su trompa gigantesca, y puso en precipitada fuga los animales carnívoros que nos combatían y que nos cerraban aquellas vías triunfales, conducentes á nuestra dominación sobre la tierra. El camello poníase de rodillas, como brindando su lomo seguro al viaje, y en los almacenes de sus buches y de sus estómagos guardaba el agua y el alimento neces-

rios á largas peregrinaciones. Aparecían los perros á guisa de un ejército de caza, disciplinado y sometido por instintiva providencial fidelidad. El pez y el ave, para cumplir las finalidades varias de las cosas, comenzaron á purificar aires y aguas, por lo que unos pudieran ser con facilidad respirados y las otras bebidas en la transformación universal. Cuando se observa esto, ya no parece maravilloso y extraño que pueblos poco dispuestos á comprender las causas primeras se detuvieran en las segundas y adoraran á las especies purificadoras de la tierra, cual adora el egipcio al perro bajo la forma de su dios Anubis, ese animal que le ha servido con sumisa docilidad y le ha preservado de tantas asechanzas. Lo cierto es que las espirales de los organismos van en progresión ascendente, como si convergieran todas de acuerdo en instintiva intuición á producir el fruto divino por excelencia en la creación, el humano cerebro.

La leyenda religiosa quiere que la cuna del hombre haya estado en las tierras extendidas entre las riberas del Éufrates y las riberas del Tigris, mientras la ciencia, en sus hipótesis más ó menos autorizadas por la observación, coloca este lugar en la zona tórrida, como sitio mucho más apropiado á nuestra primitiva desnudez y á nuestra conatural debilidad. Ninguna de tales suposiciones llegará jamás á esclarecerse, pues en torno de las ideas habrá siempre misterios, cual en torno de los astros espesísimas sombras. Lo averiguado es que, ora la debilidad primera del hombre proviniese de su pecado, como quiere la religión, para cohonestar

el mal humano con la divina bondad, ora proviniese de su naturaleza contingente, como quieren la mayor parte de los sistemas filosóficos, el comienzo de la humanidad está circuido por males sin cuento, y la vida primera, tal como nos la revela el estudio geológico aplicado á la historia, resulta por todo extremo bárbara y penosísima. Los animales debieran enseñar mucho al hombre con la construcción instintiva de sus nidos y con el picoteo sobre las frutas maduras y dulces. Como ha sucedido con todas las especies, nacieron macho y hembra para juntarse, y sostenerse, y difundirse, también instintivamente, por medio del amor. Al comienzo de su existencia, ya las diversas propensiones indicarían á cada cual cómo iban á repartirse los ministerios del trabajo correspondiente á los sexos y á sus mutuos pero armoniosos destinos y fines. El macho, impelido por su mayor fuerza, treparía de súbito á las copas y sacudiría las palmeras y los plátanos para que la hembra, más tímida, recogiese los frutos al pie de los árboles, inclinándose naturalmente sobre la tierra. Dotados á una de la observación que produjo con el tiempo la ciencia, el primer hombre y la primera mujer observarían cómo la oveja tetaba sus corderillos y cómo el pollo rompía su huevo. El contacto con las inclemencias del sol y del aire llevaríanlos á pedirles vestiduras á los vegetales propicios. Y en cuanto á su habitación, la caverna, donde se han encontrado los huesos del hombre gigantesco en confusión y mezcla con los huesos del oso gigante; la gruta, construída hoy mismo por los pieles rojas y

los indios salvajes en las pampas de América; el hogar lacustre bajo los lagos helvecios escondido á guisa de madriguera nos revelan bien claramente lo estrecho, y pobre, y rudimentario de las primeras habitaciones humanas. Una condición muy patente separa desde su origen á los primeros hombres de todos los demás animales y que parece como primer atributo de su racionalidad. El único, entre los seres terrestres, que acierta con sus manos á encender fuego y con su instinto á someterlo y apropiárselo para sus especiales usos ¡oh! es el hombre, destinado en las finalidades múltiples de la creación universal á modificar y metamorfosear las cosas. El mundo clásico, en sus artísticas intuiciones, ha dado tanta importancia natural á ese descubrimiento del fuego, que su descubridor mitológico ha sufrido bajo el nombre de Prometeo la pasión terrible y el martirio cruentísimo, compañeros de todos los redentores y naturales á todas las redenciones. Ese perro tan por extremo listo; ese papagallo que habla y se sirve de su pata como de una mano; ese castor tan arquitecto; el buey tan útil; el caballo tan por extremo noble; las industriosas abejas; las pintadas mariposas; el ruisenor, que parece como inspirado artista, no saben hacer fuego, y el hombre lo enciende cual si lo avivara en el calor de su idea.

Naturalmente, la especie humana debió comenzar por las alimentaciones vegetales. A lo sumo aprovecharíase de la sabrosa leche que los animales inferiores podían ofrecerle. Poco desarrollado el instinto cazador, y careciendo por completo de los

instrumentos necesarios á sus batallas con los animales, habría de apelar á los frutos, cual sucede ahora mismo en aquellas tribus más cercanas por su estado de infancia perdurable á la naturaleza. Una excavación prolija en los terrenos llamados con la denominación de prehistóricos encuentra la piedra, pulida por otra piedra, como el único instrumento cortante manejable allá en tan apartadas edades. Quizás el deseo congénito á la especie humana de guardar y conservar lo necesario para precaverse de futuras contingencias, llevaría las primeras tribus á tejer con mimbres los primeros cestos y amasar con agua y tierra las primeras vasijas. Pero sea de todo esto lo que quiera, pues únicamente por indicios nos guiamos en edades tan apartadas de las nuestras y tan sujetas aún á los contradictorios juicios de la crítica, no puede negarse como influiría el amor á la mujer, el deseo de protegerla y ampararla contra su propia debilidad y contra los rigores del universo, en las múltiples invenciones con que iniciara el hombre la maravillosa creación del trabajo. Pero no hay que olvidarlo: si bien la rudeza de ciertos pueblos, habituados á unir y asociar sus mujeres á los trabajos propios del sexo fuerte, induce á creer cuán identificados y confundidos estarían los esfuerzos comunes de las primitivas parejas en los tiempos prehistóricos, imposiciones fatales de la naturaleza siempre harían menos riguroso y menos continuo el trabajo de la mujer que el trabajo de los hombres, aunque sólo fuera en los períodos de irremediables achaques y naturales padecimientos á que las mu-

eres se hallan indefectiblemente condenadas por el ministerio propio y la condición irremediable de su hermoso débil sexo. La invención del fuego, que debió seguir al nacimiento del hombre, aparece como la clave maravillosa de todos los progresos materiales. Así los pueblos á una simbolizan la inteligencia en la llama. Sobre los altares arden los braseros y los incensarios, que expresan la revelación, y sobre las tumbas aquellas piras que, á su vez, expresan la inmortalidad. No hay religión donde no tenga, ya directo, ya indirecto, algún culto el resplandor de la luz, como no hay templo donde no resplandezcan místicamente los centelleos de alguna lámpara. El hogar llamamos á la casa, porque así como no hay cuerpo humano sin corazón, tampoco nos parece que puede haber familia humana sin fuego. En las más cultas y mayores civilizaciones, el sacerdocio procuraba guardar el fuego y mantenía colegios de vestales para sostenerlo y alimentarlo, no fuera que, apagándose, también se apagara la vida y la religión de su ciudad. Mas hoy no comprendemos la existencia nuestra sin el fuego, creyéndolo tan indispensable al sér humano como la sangre misma que discurre por nuestras venas, y hubo, sin embargo, épocas en las que no conociera nuestra orgullosa especie tal elemento de verdadera vida. Imposible calcular lo que la casualidad influiría en todas estas invenciones. Cuando recuerda uno que los movimientos del anca de una rana descubrieron la electricidad; que la caída de una manzana sobre un sombrero la gravitación; que un cristal, puesto en tubo de órgano, el telescopio; que un

papelillo de fumar, alzado á las alturas por las humaredas de una chimenea, el montgolfiero, no puede menos que atribuir á casualidades como el desarrollo de un gran calor por impulsos del movimiento, como la herida por el rayo de la tempestad abierta en el árbol y en la cabaña humeantes, como el incendio de una selva hojosisima, esta invención del fuego, por la cual parecería un Dios el hombre de los primeros tiempos, permitiéndole contrastar el clima con la llama, y procurarse abrigos y consuelos indispensables de todo punto al más sublime, pero también más débil quizás, por su delicada contextura, entre todos los seres humanos.

Tuvo la invención del fuego una importancia tan trascendental á la familia, que hizo el hogar, y haciendo ya el hogar, fijó la parte de soberanía perteneciente dentro de su recinto á la mujer. Macho y hembra fueron desde aquel entonces menos unidos que cuando andaban errantes, y se determinaron más sus respectivos trabajos. El hombre salió de la casa y se quedó en ella su hembra. La vestal, encargada por fuerza de atizar una lámpara y de guardar un rescoldo, surgió como evocada del fuego. Pudieron cocerse ya los alimentos vegetales, y á este trabajo tuvo que ocurrir la mujer. El horno llamó el pan, y para los amasijos del pan parecen haberse criado las manos femeniles. El experimento de asar las carnes animales para el humano sustento concluyó por hacer más necesaria cada día la presencia del sexo bello en el hogar, mantenido sobre su esférica y armoniosa cabeza. Con harina que cocer vino lejía para lavar. Y esta lejía, tan

útil á la familia, provino de la ceniza que guardaban los primeros patriarcas, cual si fuese un tesoro, en grandes vasos. El primitivo culto, doquier la memoria se dilata, por fuerza tiene carácter de fetichismo. La naciente inteligencia del hombre no se levanta mucho más allá de su fetiche. Pero al fetiche se le consagra una luz y una llama, las cuales no tienen sólo por fin esclarecer el ara, sino endulzar la vida del género humano, impeliéndole á crear la sacerdotisa, partícipe de la religión, y creando la sacerdotisa necesariamente se van idealizando los ritos, por tal manera bárbaros en los tiempos primitivos, que sus antropófagos dioses pedían sacrificios humanos. El fuego trajo la fundición del hierro, y la fundición del hierro trajo consigo el acero, y el acero trajo el anzuelo para pescar y el cuchillo para cazar, pesca y caza, las cuales, aumentando la necesidad imprescindible de una mujer en la casa, también aumentaban su poderío. Si el sol es como el alma del día y la luna como el alma de la noche, á su vez el fuego, que destierra las alimañas de las selvas, me parece como el alma de la primitiva sociedad, y la lumbre del hogar como el alma de la familia y de la religión. Desde tal hora predestinada en la Providencia para una revolución profundísima no encontraréis los huesos del hombre mezclados con los huesos del rinoceronte ó del hipopótamo allá en las cavernas primitivas. El hierro forjado le ha puesto una especie de cetro en el puño, poniéndole también las armas del combate con que había de someter y sojuzgar á los animales. No le bastaba para señorearse de las cosas tan sólo el

poder de su inteligencia; seguramente había menester de otros medios, y el progreso le procuró la espada del combate y la punta del arado. Con esto ya la vida nómada del salvaje, que se había metamorfoseado en el pastoreo, pudo metamorfosearse y progresar mucho más con la fijeza del trabajo agrícola. El hombre ya echó raíces en el campo, y echando raíces en el campo, comenzó á comprender cómo necesitaba sustituir á la guerra y á la caza con trabajo más activo y más sereno. Recolectó el hombre y guardó la mujer sus cosechas. Junto á la maza de los Hércules brotó el huso de las Onfalas. Un martillo demolió las rocas que cerraban la comunicación entre los hombres, pero una rueca los vistió. El hermoso lino contribuyó tanto con sus urdimbres á la civilización y al progreso como el martillo primero y la primer espada. Rueca y copo daban los varios medios de donde salían para su bella urdimbre las telas que iban á cubrir nuestra irremediable desnudez.

Desde la hora misma en que la naturaleza estaba sometida, comenzaron por necesidad las artes, y desde la hora misma en que comenzaron las artes, nacieron las musas con sus estrellas respectivas de ideales femeninos sobre las anchas frentes. El dios Pan sonó la flauta, que fué llenando é hinchando con sus acentos de melodías dulcísimas, así oteros como majadas. Y el dios Pan se prendó nada menos que de la ninfa Eco, es decir, de la repetición que daban montes y valles á sus deliciosos flauteos, llevados en los giros y en las alas del aire. Este amor del genio, que llenaba la naturaleza con su

voz melodiosa y suave; este amor á la ninfa Eco no significa otra cosa, realmente, sino el comienzo de la divinización en la mujer,alzada por este culto natural á los altares y compartiendo la divinidad ó sea el poder sobre los seres y sobre las cosas con los dioses tradicionales ó antiguos. Y al inventar Pan el primer instrumento de aire, cortándolo con su cuchillo, asoció Eco á su invención, y al inventar Febo el primer instrumento de cuerda, también asoció á su invención las musas. Por consiguiente, la mujer vino á formar con estos inventores de las artes una especie de Olimpo en el cual ya no fué solamente la hembra del varón, fué también como un matiz del humano espíritu, como una verdadera nota del concierto que llenaba con sus armonías, y como un verdadero reflejo de la luz que llena con sus colores todo el universo. Vestales guardando la llama del hogar, ninfas latiendo en el seno de las aguas y de las selvas, la hilandera con su rueca, la tejedora urdiendo los hilos para las telas; todo esto significaba la urdimbre de una vida mejor, tendiéndose alrededor de la tierra, que iba tornándose lúcente y blanda como un capullo de seda. Por consecuencia, en la excelsa mitología del trabajo la mujer tomaba con el hombre una cooparticipación bien natural, y en esta cooparticipación natural mostrábase cómo iba completando nuestra propia, íntima, interior naturaleza. El hombre, pues, ha divinizado así á la mujer. Y divinizando así á la mujer, ha mostrado el hombre cómo es tan indispensable su verdadera unión estrecha con la mujer, como la unión del alma y del cuerpo. Así la naturaleza

humana se ha dividido en estas dos esenciales partes, de cuyas contradicciones resulta una grande armonía, como del tono grave y del agudo, combinándose, resulta la música; como de las sombras y de los colores, el cuadro; como de la tesis y de la antítesis resulta la síntesis. En cuanto, merced á los progresos del trabajo, la casa pudo fijarse, y merced á este arraigo de la casa, pudo la familia robustecerse, y merced á este robustecimiento de la familia, pudo la tribu extenderse, y merced á esta extensión de la tribu pudieron las civilizaciones sucederse, vióse cómo la mujer, el marido y la prole formaban como una especie de trilogía, cuya reverberación se veía en los espacios del cielo, y desde los cielos se reflejaba en los altares, que iban vertiendo ideas sobre la naturaleza y el espíritu, esclareciéndolos y arrobándolos.

La cuna de las sociedades modernas, para mí, se halla en la India. El espíritu depositó en ella los gérmenes de donde todas las cosas espirituales debían salir. Quiso la Providencia que allí se originasen las familias arias, y que las familias arias fuesen como las madres del arte, de la religión y de la filosofía. Ese Partenón, que parece una grande oda tallada en mármol pentélico, tuvo su esbozo en la pagoda. Esos dioses que nos sonrían hoy en el Olimpo del arte, han mecido sus cunas de mimbres sobre las aguas del Indo y del Ganges. Los sistemas filosóficos, que han á una inspirado la jurisprudencia, la religión y la metafísica modernas, de allí derivan sus manantiales. Así las cinco civilizaciones capitalísimas que hay en el pla-

meta, civilización eslava, civilización griega, civilización latina, civilización sajona, civilización alemana, están en la India contenidas por sus diversos gérmenes, como todas estas familias de pueblos encerradas en la gran familia indo-europea. Naturalmente, una raza tan luminosa debió reverberar la luz de su espíritu en la religión, intuitiva filosofía de los pueblos. Y su religión divinizó esta trilogía: el padre, la madre y la familia ó posteridad. El Dios ario no se parece al Dios semita. Mientras este gran célibe se halla solo en la cúspide altísima del universo, aquél comparte su omnisciencia y su omnipotencia con la mujer, ó sea con la diosa madre de todos los seres. Por una ley natural de la historia y de la vida, el panteísmo encierra en su alta y superior unidad este amanecer del humano espíritu. En el gran todo está todo. Las cosas animadas é inanimadas aparecen como determinaciones de la sustancia única. La madre, y el padre, y el hijo, componen todos tres el universo, fuera de cuyo sér nada es, y fuera de cuya vida nada vive. Así la divinidad se aparece á los indios como padre, madre, hijo. Ya sabéis, por haberlas oído tantas veces, las letanías con que la Iglesia católica saluda en sus himnos sin fin á la Virgen Madre. Yo recuerdo las fiestas de María en la parroquia de mi valle. Sobre tarjetones azules resaltaban en letras argéneas todos los dulces calificativos á la mujer mística consagrados, y que creeríais expresión jeroglífica de amorosos suspiros. Todos los primeros días de Mayo oíamoslos repetidos en coro por nuestros sacerdotes, y nos parecían exhalar del cáliz



de las amapolas nacidas en las cañas de los trigos. Pues iguales dulces nombres dicen las antiguas letanías índicas á la madre de todos los seres creados é increados. Ella suma el misterioso número siete, que preside, como reunión de arquetipos, á las creaciones universales. Ella sustenta en sus pechos todos los seres. En cuanto levantamos los ojos al cielo, vemos el número y la medida. Pues ese número se borraría y suspenderíase también esa medida si la pareja sublime que reina sobre todas las cosas por un instante suspendiera el amor mutuo, cuyo fuego enciende y anima la creación universal. Por tales convicciones, y obedeciendo á ellas, el indio coloca su colegio de sacerdotisas sobre su colegio de sacerdotes. Cuando llega la hora del sacrificio, y arde sobre las aras el fuego sacro, y se amontonan las ofrendas, y el coro canta, y la poesía mitológica vuela entre nubes de aromas exhaladas por humaredas misteriosas, y los instrumentos místicos despiden y conciertan armonías sin fin, mientras los fieles alzan sus plegarias á las alturas y hunden sus frentes en el polvo, una voz misteriosa manda que pasen primero á prestar el homenaje debido á la divinidad las madres, ungi-das y santificadas por una predilección misteriosa de la naturaleza. He ahí, pues, cómo la mujer en el principio de las edades comparte, no solamente la humanidad con los hombres, sino la divinidad con los dioses. Y, en efecto, ¿qué sería sin su amor de todo el universo?

Pero hay que distinguir en la India los tiempos védicos de los tiempos brahamánicos, así como dis-

tinguimos en el catolicismo los tiempos evangélicos de los tiempos teócratas. Cuando el sublime libro de los vedas predominaba sobre todas las revelaciones religiosas, el culto á la madre universal se veía en el colegio de las sacerdotisas, como el culto al colegio de las sacerdotisas llegaba por inflexible lógica serie á todas las mujeres en toda la extensión de aquella sociedad. A tiempos tan puros sucedieron tiempos turbados. La religión se organizó por medio de una teocracia militante. La teocracia militante produjo las castas sociales. Y esta terrible organización de las castas trajo consigo una degeneración de la mujer, completamente corrompida bajo la inmensa pesadumbre del despotismo asiático. Pasaron los tiempos en que solamente la mujer podía presentar las ofrendas religiosas á la madre divina del universo, y solamente la mujer servía de intermediaria entre las criaturas y el Criador. Todavía hoy se ven las bellas estatuas de granito negro que representan la naturaleza bendecida y guardada perpetuamente por coros múltiples de mujeres hermosas. Concluyó este grandioso espiritua-lismo con el establecimiento de la teocracia, quien, para dominar mejor al pueblo y oprimirlo, dividiólo en castas apartadas por muros infranqueables. Lo primero que intenta toda tiranía es oprimir á la mujer, porque oprimiendo á la mujer oprime á la familia, y oprimiendo á la familia oprime á la sociedad. El despotismo de Oriente se conoce más todavía que por la organización de sus imperios por la organización de sus serrallos. Envenenando el corazón de la madre natural, envenenáis

la leche pura de las nutriciones morales, intelectuales y físicas, la educación, y envenenando la educación tenéis á vuestro arbitrio las generaciones futuras y lleváis vuestra opresión hasta los senos de lo porvenir. Un mundo, en que la madre queda esclava, resulta un mundo sin renovación posible, y un mundo sin renovación posible resulta un mundo sin esperanza. La educación será siempre como el botón y el capullo donde se halla encerrado lo porvenir, y trascenderá por necesidad á cien generaciones. El brahmanismo, al engendrar la casta y herir la más hermosa mitad del humano linaje, torció aquella civilización que hubiera podido procurar los mejores y más sabrosos frutos á las almas, anticipar con grande anticipación los desarrollos y la madurez del espíritu, atrofiado luégo en la parálisis del despotismo. Esta misma desgracia nos hace volver los ojos con más amor y entusiasmo al tiempo en que dominaban los vedas, y en sus inspirados versículos se leía la metafísica de su Trimurtí, ó sea su Trinidad incomunicable y divina. En esta Trinidad, como en la nuestra, la segunda persona, Vichnú, es el Verbo, en cuyas entrañas van como encerrados y contenidos los ideales de las cosas. Y como es el Verbo, hase por su virtud intrínseca encarnado en varias y diversas encarnaciones. Y entre estas encarnaciones las dos capitales resultan aquella que toma el nombre de Rama y aquella que toma el nombre de Krichna. En la que toma el nombre de Rama, la segunda persona de la Trinidad india reviste nuestra forma corporal é inspira el poema conocido por el Ramayana, que

tantas y tan luminosas ideas contiene y encierra. En aquella que toma el nombre de Krichna, la segunda persona de esta Trinidad inventa los números, de cuyos senos tantas escuelas han querido extraer y con cuyo auxilio explicar el origen y fuente de las cosas. En verdad, el hallazgo de la numeración india, vulgarmente conocida con el nombre de arábica, merece todas las apoteosis con que haya querido la especie humana engendrarla. Respecto de las matemáticas, cumple un destino tan alto como el destino de las escrituras alfabéticas respecto del lenguaje, y de su fijación depende también el desvanecimiento de los jeroglíficos, explicables tan sólo en aquellos tiempos apartadísimos por las castas sacerdotales. Tal es, en último resumen, la importancia trascendental del período védico en que dominaba por completo el culto á la madre naturaleza, y con el culto á la madre naturaleza el culto á la mujer santificada. Son estos paraísos purísimos tan raros que, cuando llegamos á uno, solemos pararnos y respirar sus perfumadas brisas para confortarnos y seguir el camino que conduce á la plenitud entera del tiempo.

Inmediatamente que las teocráticas y horribles castas sucedieron á la sociedad primera india, fundada en principios más justos, vino con ellas la esclavitud necesaria del sexo, que perpetúa la vida, no sólo con su fecundidad material, con la educación reservada siempre á él por la naturaleza. Cayó, pues, la mujer bajo el ajeno dominio perdurablemente. La jefatura del hogar, padres ó patriarcas, juzgola implacablemente animal doméstico, me-

nos aún, apropiable cosa. Bajo tal concepto, y en semejante condición, entregábanla bien pronto al marido, quien á su vez la creía joya de su ajuar y no parte de su alma. En cuanto, por la muerte del marido, sale de la tutela de éste, entra necesariamente bajo la tutela del hijo. Así en el pueblo de las castas no se comprendía que la viudez siquiera pudiese dar á las mujeres una triste y relativa libertad. El estado de viuda se consideraba un estado infame. Así la mujer quería morir casada y confiar entierro y honras fúnebres al marido. La que sobrevivía en tal régimen á su esposo, experimentaba en dolorosísima experiencia la imposibilidad completa de su estado. Al verla venir, apartábanse las gentes y acudían á los amuletos más preciosos para preservarse del maleficio de su encuentro. Los muchachos la decían toda suerte de injurias, y apedreábanla, como si la viudez equivaliese al adulterio. Afeitábanla también la cabeza después de vestirla con el sudario de los muertos. Prohibíanla asistir á las festividades faustas, así del pueblo como del hogar. Golpeábanla con crueldad todos sus parientes para castigarla de un estado tan ajeno á su voluntad y tan opuesto á su deseo. La obligaban á maldecirse á sí misma y á maldecir la hora en que nació. Así el resultado final de todas estas injusticias debía encerrarse dentro de un corolario terrible: la viuda india tenía el deber expreso de morir en la misma hoguera que consumía el cadáver de su marido, si deseaba preservarse al menosprecio público y dejar de ser en el mundo y en la vida ludibrio de las gentes. Untábanlas con colirios como si

fueran á casarse, ponían en sus manos los tarros de sacra manteca como si fueran á ejercer la profesión del sacerdocio ó presentar un sacrificio á los dioses, y entraban en el fuego, abrasándose y consumiéndose vivas. Indudablemente la casta religiosa de los brahmanes, deseando manifestar su omnipotencia, disponía esto y otros preceptos, igualmente contrarios á la naturaleza humana, y contrariándola y vencéndola tiranizaba la voluntad é impelía tristemente al giro de sus personales antojos el curso de la vida. La existencia de las castas combate la identificación primitiva de los estados y condiciones sociales. Cada familia debe quedar en su clase, cada clase aislarse dentro de sí misma y huir de aquellas que la subsiguen. Para esto nada como la prohibición del matrimonio entre personas desiguales. Mas como quiera que suelen abundar en las sociedades humanas más las mujeres que los hombres, expuestos por las guerras y otras calamidades á mil contingencias de muerte, imposibles en el sexo débil, disminuyendo el número de viudas, impedían los peligros de una comunicación entre las clases por medio del amor que á todos nos iguala y nos confunde. La prueba de que tal propósito movía esta disposición increíble hállese manifiesta en que coincide con el establecimiento y formación de las castas. El hermoso libro de los vedas dispone que la mujer acompañe al marido hasta la pira donde su cuerpo ha de consumirse, pero no dentro de la pira. Para deducir orden tal de aquellos puros preceptos, necesitó la teocracia tristemente alterar el texto. Y esta su crueldad crece mucho si consi-

deramos que, por una perversión frecuente allí, á la prometida se la creía casada, y estaban prometidas muchas infelices desde dos ó tres años á hombres de sesenta, exponiéndose así á entrar en la viudez mucho antes de haber entrado en la vida. Hasta semejantes extremos llega la barbarie increíble de ciertas supersticiones religiosas.

¡Qué diferencia entre las edades felices de los vedas y las horrorosas edades de las castas! Antes le sonreía todo á la mujer, como el alba sonríe de suyo en el día. Compañera de Dios, completaba la vida del hombre. Ésta jamás entraba en ningún ejercicio sin que lo precedieran las ceremonias religiosas, y toda ceremonia se hallaba precedida por la mujer, en cuya frente se veía el Verbo de la santa universal madre creadora. Pero, en cuanto vino la casta y rebajó á la mujer, alzose un despotismo sin entrañas sobre aquella sociedad sin ideal; y en cuanto este despotismo sin entrañas de todo se apoderó, con la corrupción de costumbres y el abatimiento universal vinieron las irrupciones continuas é imperó la guerra permanente, determinando en lo alto la conquista y en lo bajo la servidumbre. Antes de tal decadencia los indios obedecían aquella máxima que les recordaba como quien desprecia cualquiera mujer, desprecia en ella también á su propia madre. Y huían de maldecir ó desacatar á la que les había dado la primera leche de su nutrición con las primeras ideas de sus almas toda la vida. Procedieron como verdaderos conocedores de la condición humana los tiranos que, para oprimir á toda la sociedad, empezaron por tiranizar á

la mujer. Y, ya lo he dicho, no podían dar prueba mayor de su omnipotencia los opresores ni de su esclavitud los oprimidos, que un suicidio á la mujer impuesto en ciertas circunstancias de la vida. Y se lo impusieron á la viuda que, dadas las costumbres y condiciones de aquella sociedad, podía llegar á tal estado sin haber siquiera visto, y menos conocido, á su esposo. Llamábase al sacrificio de la mujer sobre la pira, donde se consumía el cadáver de su marido, con el nombre de Suthg. Sólo por el fanatismo religioso puede comprenderse y explicarse una semejante demencia. Realmente no estaba prescrita en las leyes, pero la triste habilidad sacerdotal habíala transfundido en tal modo á las costumbres, que superaba en fuerza este consejo á un precepto. La mujer abrasada se convertía en una especie de superior divinidad, y los fieles iban en tropel á erigirla altares y ofrecerle sacrificios. Ennoblecíanse registrando tal crimen espantoso entre sus recuerdos familiares las más ignoradas y humildes familias. Los sacerdotes presentan el holocausto como una grada espléndida y sublime de la escala que conduce á los astros, y desde los astros á los dioses. Como entre aquellos dogmas panteístas se halla la trasmigración, imaginaos qué forma y organismo tomará en sus encarnaciones sucesivas la mujer capaz del sacrificio, y á qué cuerpo tan inmundo irá la egoísta y devota de continuar una existencia maldecida. Así el fanatismo llegaba tan lejos y tenía tal intensidad, que allá en las castas inferiores, imposibilitadas de la cremación, sus viudas, no pudiendo ser puestas en la ho-

guera, para otras clases superiores guardada, enterrábanse vivas en la sepultura de su marido muerto. En pocos pueblos y en pocas edades puede verse tanto, hasta el extremo á que llega la superstición religiosa, como en este pueblo indio y en esta edad terrible de las castas. Mientras la mujer fué digna y respetada vivió la India en el bien moral y material; pero así que desconoció la dignidad en sus mujeres trajo la tiranía, y con la tiranía ¡horror! la conquista.

Entre las instituciones que han menguado el carácter de la mujer india y su influjo en las patriarcales familias, ninguna tan detestable como la especie de compañía sacra, reunida bajo el nombre de mujeres divinas ó esposas de los dioses. El fanatismo llega en sus desvaríos al extremo de trastocar el vicio en virtud y querer que pasen por méritos corrientes acciones abominables. Así el templo se trocaba en burdel y la liturgia en rito de prostitución. Las infelices creían que á sus oídos llamaban voces del cielo, y caían en brazos de carne, sí, en brazos de los sacerdotes. Tal estiércol abrigaba las raíces de sus divinas metamorfosis, que sólo duraban cuanto su juventud. Así que iban para la vejez despedíanlas del templo sus indignos explotadores y las dejaban en las orillas de los ríos ó en las umbrías de los bosques, á merced por completo del viandante, quien decoraba con el nombre de caritativa limosna el precio infame puesto á favores ofrecidos y aceptados en el abismo de tanta degradación. La diosa primitiva, la que habitaba en el cielo como en su hogar, descendió por estos pel-

daños de sucesivas degradaciones al fondo de su horrorosa servidumbre. Un principio tan bárbaro como el principio de las castas necesitaba para su desarrollo tomar como fundamento una perversión tan transcendente á todo el sér social como la perversión femenil, más horrible cien veces que la perversión del varón, por formar el pudor un aroma indispensable al vaso de las divinas elecciones que se llama mujer. Además de tal orden existía otra, religiosa también, llamada con el nombre de bayaderas ó danzadoras sacras. Las vulgares creencias, viendo cómo las estrellas centellean en el espacio y se mueven más ó menos aparentemente allá en sus cielos, idearon, para congraciarse con los dioses, jerarquías de mujeres consagradas á danzar ante los santuarios de la tierra. Cuando la teogonía en sus imperfecciones carece de poder para embargar el sentimiento, propónese con incontrastable firmeza embargar los sentidos. Rehaced el templo antiguo por un esfuerzo de vuestra fantasía y empapadlo en los colores que una luz tropical extiende por la flora india; por las alas de sus aves, parecidas á ramilletes; por sus insectos, parecidos á rica pedrería. Dícese que no ha visto colores quien, por su mal, no ha visto los bambúes cargados de lianas por las márgenes viciosas de ríos celestes, y entre los troncos las serpientes de brilladoras escamas, y sobre los cogollos de palmas, y plátanos, y cocos, las aves, agitando sus plumas mojadas en todos los matices del iris. Para formarse una idea de cómo el color penetra en la retina india, ved, ó las gualdrapas purpúreas puestas en

los lomos de sus elefantes, ó los velos rosa tendidos á la puerta de sus santuarios.

Pues en uno de los templos indios, brillantados por estos colores múltiples; ante los santuarios de oro puro, sembrados de piedras preciosas; entre los pebeteros, despidiendo nubes de aromas por los aires cargados de voluptuosidad, al compás de una música invisible y de unos coros místicos, la bayadera, vestida de blanco lino y adornada con cintas ligeras y guirnaldas multicolores, danza el baile litúrgico que acalora la sangre humana en las venas y hace bajar la cabeza sobre su pecho á los padres dioses para contemplar sus criaturas y recrearse atónitos en esta contemplación. La leyenda se ha gozado en ver las bayaderas surgiendo del seno de las aguas al amor entre las mortales y los dioses. Mas por una contradicción natural á los cultos, que muchas veces, en su desarrollo histórico, no han juntado al sentimiento religioso el sentimiento moral, tales bayaderas, indispensables á la sensualidad nativa de una religión del sentido, carecían de los respetos sociales concedidos á otros seres de inferior estirpe ó más baja categoría. Los mismos que las contemplaban extáticos danzar en el templo y creían estas danzas propicias á su suerte y como una especie de mediación religiosa entre la tierra y el cielo, despreciábanlas luégo en su vida vulgar y no consentían que se asentasen sobre la piedra del hogar junto á la mujer preferida y honrada. Está la historia humana rebotante de tales contradicciones, á primera vista inexplicables. En lo inconsciente hay propensiones indeliberadas, pa-

recidas, por lo infalibles, á los instintos animales. Y el pudor de la familia se antepone por completo á la misma fe religiosa. Como el sacerdote antiguo hacía de todas estas sacerdotisas una especie de harén sacro, no toleraba el creyente dentro de su hogar lo mismo que reverenciaba y creía cuasi divino en el templo y al pie del altar. He ahí uno de los principales errores á que se hallan sujetas las teocracias, el error de dividir la fe y la moral en dos términos contradictorios y opuestos, cuando deben responder á la unidad del espíritu y deben brillantar la unidad también de nuestra vida. Imposible que puedan desempeñar ministerios moralizadores y ejercer funciones sagradas y santas aquellos de quienes abominamos en nuestro corazón y en nuestra conciencia. El sacerdote indio, pervirtiendo á la mujer, había cegado el manantial más puro y más cristalino de las verdaderas y santas emociones religiosas.

El destino de la mujer india se alteró á medida que las instituciones políticas se alteraban también. Así, en la edad sublime de los vedas, á la cual podríamos llamar edad evangélica para conocerla mejor, aquel puro culto de la luz, tan cercana de la idea, purificó á la mujer, diosa en el cielo, sacerdotisa en el templo. Sus manos preparaban las hogueras de sándalo que ardían ante las aras de los dioses, y su voz, en agudas notas, iba subiendo, como una oración, desde los hondos pavimentos del altar á la excelsa cumbre del cielo. La flor más blanca de las harinas indias, la miel más dulce de los panales depositados en la corteza de sacrosantos

árboles, aquella leche, recogida en odres benditos y ordeñada de vacas que parecían pertenecer al rebaño de Indra, mezcladas en las artesas litúrgicas por sus manos sacerdotales, componían el manjar digno de las grandes ceremonias. Ninguno de los fieles hubiera gustado el pan sacro sin saber antes que manos femeniles en el templo lo amasaran, pues la mujer, solamente la mujer, tenía derecho á invocar el nombre de la madre santa y universal, en cuyo seno se hallan depositados los gérmenes benditos de la universalidad de los seres y de las cosas. Toda la poesía india compara el fuego sagrado, las chispas subiendo por los aires y el resplandor reflejándose sobre la frente de los dioses, con el alma de la mujer, que lo cuida y que lo atiza en el santísimo brasero y ante las aras divinas. Ella, sólo ella, puede arrojar en los sacrificios la manteca celestial, denominada soma, y que, diluída por las nubes exhaladas de los braseros sacros, disipa su vapor y su perfume divinos en la inmensidad. Aquel fuego, que alimenta el universo con su lumbré y lo esclarece con su éter, quema los perfumes ofrecidos á los dioses por mano de las sacerdotisas, y eleva y abriga los espíritus. Apoteosis verdadera de la mujer esta edad en que su arquetipo formaba parte de la Trinidad protectora del hogar y en que su voz concertaba las plegarias en los templos y sus manos apercebían la comida sagrada; cultura brillantísima lo pulfa todo, y el cielo se poblaba de astros, los astros de dioses, como la conciencia de ideas. El influjo de la mujer desde los tiempos más remotos ha dulcificado las costumbres

con las inspiraciones de su dulzura, y apercebido los hombres, así á las empresas heroicas como al cultivo de las ciencias y de las artes. Depositaria del amor, que todo lo ha creado y producido, por virtud y obra de tal fuerza, merece un culto como el prestado por los pueblos primitivos en esa dulce alba del humano espíritu que se llama la India. Edad pura de las revelaciones, edad creadora de las liturgias, edad del germen de todas las ideas fué aquella edad sublime del predominio de la mujer en el templo y del culto á la mujer prestado por los pueblos.

La primitiva religión se pervirtió por culpa de la teocracia invasora y absorbente. Corrompiéronse los dogmas, y de sus diversas corrupciones brotaron las castas. El clero, en su omnipotencia, intentó mantener divididos á los pueblos para mejor juzgarlos, y los pueblos, nacidos bajo el mismo cielo y criados por la misma tierra, dividiéronse y apartáronse, cual si en vez de estar en la patria común estuvieran en asoladora guerra. Compu-siéronse las enseñanzas teológicas á medida y por el patrón de las humanas ambiciones. El sacerdote, sabiendo como las riquezas prestan poder, acechó los tesoros de sus fieles, trasegando á sus arcas el ochavo de la miseria conseguido de limosna. Los favores de Dios justipreciáronse por tarifas y encabezamientos en la tierra. Una cantidad bien sonante rompe las puertas del abismo infernal y vence á la eterna muerte, transformados los precitos en dioses. La ciencia no cura las enfermedades que sólo ceden al rocío y al sorbo de las aguas lustra-

les, bendecidas en sacras liturgias por manos hieráticas. Hasta las fórmulas de los rezos públicos y privados se mercadean, por no decir chalanean, en apuestas y subastas. El exorcismo vale más que la farmacia, y en todo nervioso desarreglo late un diablo de los mismísimos infiernos. Las indulgencias procuradas desde las riberas de nuestra vida para las horas de nuestra muerte cuestan mucho y hacen de la bienaventuranza como un lugar de delicias usurarias. El templo parece un bazar, mostradores los altares, codiciosos mercaderes los sacerdotes. En el arroyo de aquí está recluso Vichnú, y en la fuente de allá guardadas las lágrimas celestiales, por lo que precisa beber sus aguas ó tomar sus baños. Y á medida que los cuerpos humanos enflaquecen bajo la edad y que los horizontes de la vida se cierran, pone la teocracia en los senderos conducentes desde las cunas á los sepulcros legiones de diablos destinados á ennegrecer los días y años postreros de todos los mortales y á tenerlos al conjuro de tal terror como adseritos á la servidumbre del sortilegio. Así ridículas y brutales ficciones materialistas llenaron el Olimpo indio, que se trocó en una especie de sentina de dioses, puestos en guisa de cadena sobre los hombros del pueblo. Y como toda vida material baja del seno de la mujer, y toda vida moral de su educación, viciaron á las mujeres los impuros sacerdotes para mantener sobre su corrupción y sobre su esclavitud las infames y protervas castas.

De aquí provino, como de fuente venenosa, la corrupción femenil en el paraíso de la tierra y de

la historia. Semejante perversión explica las prostituídas mancebas de los dioses indios, y en los templos y ante los santuarios las viciosas bayaderas. El sacerdote, comprendiendo cómo los placeres voluptuosos estragan, y cómo el estragamiento debilita, y cómo la debilidad sujeta el hombre á la servidumbre, primero del sentido, después del clero, enardeció todas las propensiones sensuales, tan fáciles de despertarse con cualquier reclamo. Los signos de la generación aparecieron en los templos y quedaron consagrados como prácticas religiosas los desenfrenos sensuales. Sacerdotes y sacerdotisas, designados por los instintos sociales á sacras funciones de virtud, tomaron las nocturnas sombras por cubierta de sus vicios y el templo santo por impura mancebía. Desnudábanse las unas en frente de los otros con menos pudor que los animales inmundos, y ya desnudos todos, untábanse con aceites y perfumes destinados á mover la sangre con empuje y abrasar las carnes sobre los huesos. Después ceñíanse las flores que más enardecen, y mascaban las especies que más incendian el corazón y trastornan los sentidos. Hasta en el aire mismo se recogía voluptuosidad, impregnándolo con emanaciones de incienso, mirra, canela, mandrágora, sándalo, cuyas emanaciones varias producían verdaderas embriagueces y daban como epilépticos sacudimientos. Luégo el zumo ardentísimo de las frutas más propias para los trastornos sensuales, en copas varias escanciado, centuplicaba todos los anteriores efectos y oscurecía los ojos de la conciencia interior, cegándola é impidiéndole perturbar con



sus reconvenções aquella regocijante fiesta. En los dos solsticios se verificaban estas ceremonias voluptuosas y se creía necesario renovarlas sin remisión cada seis meses. De aquí provenía un doble culto contradictorio á la muerte y al amor. Aquellas mujeres, que acababan de libar todas las impurezas del placer, se iban derechamente al patíbulo y se abrasaban en las hogueras litúrgicas. La que no había gustado el amor en vida, era profanada, ó bien al borde mismo de la hoguera, ó bien cuando su cadáver quedaba entero ¡parece imposible! allá en el fondo de su sepulcro y en el sueño de su muerte. Por esto descúbrese claramente la relación estrechísima que hay entre la condición del sexo débil y las transformaciones sociales del mundo antiguo. La religión india degeneró con las degeneraciones de la mujer. Así, de aquel tálamo conspuído y de su seno corrupto salieron las bárbaras castas que petrificaron aquella sociedad, poniéndola por completo á merced y arbitrio de los poderes y de los conquistadores extranjeros.

Y he aquí explicado el carácter general de la mujer en Oriente. A fin de quitarla todo influjo eficaz é inmanente, los imperios asiáticos encierran, por regla general, hoy mismo la mujer en el harén, tan opuesto y contrario de suyo al hogar. Ya en el harén halla defendidas dos ventajas propias de su sexo: primera, el influjo espiritual en el sexo fuerte, y segunda, la educación permanente y tenaz de sus hijos. Cuando sólo se puede ver y tratar á las propias esposas y no existe comercio social entre los sexos por ende, la dura condición del hombre

suele, por necesidad, endurecerse de suyo todavía más con áspero endurecimiento. Los legisladores antiguos, al separar los sexos, creían disponer así al fuerte para la guerra de un modo más eficaz y más activo. El ángel de la paz no intercedería entre los combatientes, su sonrisa no adormecería los odios, su canto melodioso no se mezclaría con los gritos agudos del combate. Ausente la mujer, no surgiría el culto á las formas plásticas que ha creado la escultura y la pintura helénicas, artes para los rudos milites muy afeminadoras. El número crecido de esposas, extendiendo su influjo y multiplicándolo, quítale toda intensidad. Una sola mujer domina el espíritu de un hombre solo, y lo doma, mientras la multiplicidad de mujeres, con aumentar las sensaciones, disminuye la espiritualidad y la eficacia de los afectos. Desterrando la mujer de toda sociedad ó prostituyéndola en todos los vicios, el Oriente cegaba los manantiales más puros de la humana cultura. Por el harén, y sólo por el harén, por la servidumbre del sexo amoroso y bello, por su apartamiento de nuestra compañía, por su reclusión celosa en estrechísima jaula, por su tristeza y por su miseria, explícate todo el despotismo asiático, implantado sobre razas sin verdadero ideal. ¡Con qué facilidades entra por todos los senderos de nuestra vida la triste servidumbre! Al esclavizar á un sér tan débil como la mujer, creíase más libre de suyo el hombre, ignorando que realmente con la cadena y argolla puestas á la esposa remachaba el penetrante clavo de la propia servidumbre.

Por regla general persistió en todo el Asia la situación del sexo hermoso subrogada completamente al sexo rudo. Entre los pueblos asiáticos, ninguno tan merecedor de atento estudio como el venido á sentarse por las orillas del Nilo en la encrucijada maravillosa donde se cruzan los tres viejos continentes, encrucijada conocida con este nombre sacro, con el nombre de Egipto. No ario del todo, no del todo semita, bastante cerca del Asia para guardar los caracteres asiáticos y bastante lejos para revestir otros más originales, á las puertas casi de Siria y de Grecia, donde las ideas de dos continentes inmensos con los dioses de dos religiones fundamentales se transformaban, el egipcio debía representar una especie de síntesis en los antiguos tiempos, y debía iniciar en los secretos y en los misterios orientales á toda la gente occidental. Bajo un cielo implacable por lo seco, sobre un arenal árido y sin límites, á los rayos de un sol voraz, las inundaciones del Nilo, tan fecundantes y pródidas, procuraban con la humedad indispensable á floras y faunas el agua querida y cantada en himnos incesantes por los pueblos tropicales, devorados de abrasadora sed. Esta inundación, que desciende al desierto desde Abisinia, y semejante á líquida paleta, ya toma colores purpúreos, ya verdes, ya celestes, como las reverberaciones del sol en las nubes del ocaso, granjeaba un clima tan benéfico al Egipto, que gentes de opuestas zonas podían habitarlo con holgura, bien halladas en tan pródida naturaleza. Este fenómeno del jugo necesario á las plantas y á su bienhadada savia, des-

cendiendo de Abisinia y circulando como vida que se mueve y se renueva, hizo creer á los antiguos en la descendencia del egipcio de las mismas tierras, de donde, por su parte, descienden los caudales del Nilo de la tierra de Abisinia. Pero aunque sus vecinos, los griegos del Asia menor, les creyesen oriundamente abisinios, y ellos se creyesen á sí autóctonos, engendrados por los limos de aquellas pródidas aguas, el conocimiento de las inscripciones, por una sabia descifración de los jeroglíficos, ha enseñado el origen verdadero de tal pueblo, venido al África pasando por el istmo de Suez, desde las mesetas centrales del Asia, ese vivero de gentes. Sus costumbres, como sus leyes, pues, hállanse coordinadas con su estirpe y con la genealogía de su estirpe. La mujer ocupaba el apartadísimo y subordinado sitio á que la tienen sujeta por fuerza esos terribles organismos llamados castas. Más ó menos alterado por las circunstancias históricas, el harén queda como queda la poligamia en Egipto. No tenían las mujeres acceso á las altas dignidades. Pero el tercer monarca de la dinastía Binotrhis declaró, con menosprecio de las tradiciones, apta de suyo á la mujer para reinar. Los reyes creíanse allí descendientes de los dioses, y juzgaban divina su familia, con sangre diversa de la circulante por los cuerpos plebeyos y con un alma encendida en el éter celestial. Pero la implacable naturaleza, que no responde á estos ensoberbecimientos del hombre, extingüía tan inmortales familias en la igualitaria muerte. Y entonces, antes que descender en busca de gentes inferiores, las graderías terribles

de sus castas, habilitaban á la mujer para el trono y la decían hábil hasta para dirigir los fuertes y vigorosos ejércitos.

Al concluirse la décimoctava dinastía, comenzó en Egipto una revolución religiosa que, no por frustrada y perdida completamente, dejó de tener una grande importancia. Cierta rey, de origen extranjero por su madre, uno de los últimos reyes en tal familia, debió concebir extrañas ideas, parte inspiradas por las tradiciones de los israelitas que no habían dejado aún el Egipto, y otra parte por el sabeismo y la magia de caldeos y sirios. Lo averiguado es que alzó banderas contra el politeísmo tradicional é intentó destronar los dioses entronizados por tantos siglos, aquellos dioses que guardaban en depósito el recuerdo de las generaciones pasadas y el presentimiento múltiple ó esperanzas eternas de las generaciones por venir. Sobre la gran legión de múltiples divinidades elevó el Dios único, y para darle una especie de forma inmaterial y etérea, revistiólo con la esplendente luz increada y sublime, á cuyos resplandores prestaban homenaje magos y astrólogos en sus largas veladas sobre las áureas arenas del desierto y bajo la bóveda de un cielo esmaltado por miriadas inconcebibles de resplandecientes astros. El Adonai, medio sirio, medio caldeo, éter, fuego, resplandor, debía borrar todos los dioses, como borra el sol naciente todos los astros. En el mundo material no hay sustancia como la luz, y en el mundo intelectual no hay alma como la idea. De luz están compuestos aun los átomos del negro y oscurísimo carbón encerrado en

los abismos profundos y en las noches eternas del planeta nuestro, como de ideas se forman los dioses más materiales y los dogmas que parecen más supersticiosos. Así no debe maravillarnos que pretendiese un astrólogo sustituir á todos los dioses el sol, único Dios. La reina Itis, su madre, aparece como una especie de sacerdotisa, dirigiendo este movimiento hacia lo porvenir. Y esta madre no tenía ninguno de los rasgos naturales al egipcio. Su color blanco y sonrosado, su pelo rubio, sus facciones regulares y armoniosísimas, sus labios finos, revelan una mujer de razas bien diversas á las razas africanas. Inscripciones descifradas últimamente por los grandes reveladores del Egipto, nos la presentan como venida del Septentrión y perteneciente á familias diversas de las idas al Delta del Nilo, llevadas por los reclamos de su increíble fecundidad. No podemos dejar de pararnos ante una mujer así, porque buscando con ahinco las transformaciones sufridas por el sexo débil en los siglos, el encuentro de influjo tan desmedido y transcendental á la vida entera de los egipcios, ejercido por una reina, prueba cómo habían el tiempo y las circunstancias alterado, al fin de la dinastía décimoctava, los antiguos usos.

A pesar de esto, la mujer siguió ejerciendo una influencia intermitente y varia en el organismo político egipcio, y alguna que otra vez las dinastías legitimaron grandes cambios por medio de regios enlaces. Así pasó con la décimanona dinastía, caracterizada principalmente por un ilustre nombre, resonante con más ó menos títulos entre los nom-

bres de los grandes conquistadores asiáticos, el nombre de Sesostris. Alguna usurpación su padre comete al cambiar una rama por otra en el trono, y para legitimar esta usurpación desposa el hijo, el heredero, con princesa de la rama depuesta ó caída. Siguen á esto sus conquistas, conquistas propias de Sesostris, quien, para congraciarse con Siria, ensancha el Olimpo egipcio y admite diosas nuevas con nuevas sacerdotisas, encargadas de profesar oficios tan importantes á la vida común religiosa como adivinación y profetismo. Lo mismo pasó tras largos siglos, cuando el general Ahmes recibió encargo de rehacer las tropas egipcias enviadas contra Cirene y destruidas en los desiertos de Libia. Un soldado fugitivo convirtió al general en rey, deponiendo con este acto del trono á quien le había enviado, triste monarca, tan repulsivo para el sacerdocio como para la milicia por atribuírsele así en una esfera cual en otra de aquella sociedad incontrastables propensiones á transigir con la dominación de allende. Treinta mil mercenarios defendieron al rey legítimo frente á las tropas en grande confusión sublevadas. Cerca de Menfis los dos ejércitos, el fiel y el infiel, se avistaron y combatieron. Quedó vencido aquél por el superior número de éste. Y tras la derrota pasó el vencido á ocupar como prisionero el mismo palacio que había ocupado como rey. Ni aun allí le respetó en su desgracia el populacho subvertido, que reclamó la presa, y obteniéndola de la debilidad increíble del vencedor, hízola trizas como al cordero el tigre. Dos títulos de legitimidad buscó y encontró el misero monarca: uno, sus conquistas,

otro, sus casamientos. Después de haber tomado Chipre para engarzarla en su casco junto á la señal distintiva de su autoridad y de su fuerza, buscó entre las princesas parientes del vencido, destronado y muerto, una esposa que legitimase la usurpación y diese á sus recientes poderes, ganados en algarada militar, el barniz de la tradición y de la historia. Merced á tal necesidad, la esposa del usurpador ocupó el trono y desempeñó el poder. En los continuos viajes que le imponían al rey, tanto la extensión de sus dominios como la multitud de sus guerras, ejercía la regencia su esposa, cual en tiempo de los Psaméticos habíanla ejercido también princesas de sangre real sentadas en el trono de los Faraones. Verdad que no era exclusivo el mando suyo, pues lo compartía con otras mujeres del monarca, también reinas y reinas gobernadoras. La historia le conoce y le designa por lo menos cuatro mujeres de tal influencia política y de tan poder práctico al rey usurpador. De humilde origen éste, comparábase al oro, que no cambió de brillo ni pureza por consagrarse á materia de vasos inmundos ó á materia de dioses idolatrados. En su tiempo, y bajo su gobierno, la mujer alcanzó en Egipto una verdadera influencia.

Pero veamos la condición general del sexo hermoso en Egipto, como la hemos visto en India. Casualmente diferéncianse mucho estas dos tierras, por tener la una, como sabemos, castas, mientras la otra clases. Existen analogías entre ambas organizaciones sociales y diferencias. Las analogías están en las separaciones entre las clases, como entre las

castas. Pero la diferencia capital es que casta quiere decir corporación cerrada, y clase quiere decir corporación abierta. En las castas no se puede pertenecer á dos, mientras sí en las clases. El nacimiento abre las castas al recién llegado, y el mérito puede abrir las clases á todos. Por consecuencia, clase quiere decir tanto como una grande alteración social en la vida común del Asia, y de su secuela el Egipto. A manera que la reducción de los prisioneros en las guerras á servidumbre acusa un progreso efectivo sobre su exterminio, la metamorfosis de las castas en clases acusa otro progreso análogo. Después de las dinastías colocadas en la cúspide, resulta la primera entre todas las clases egipcias, naturalmente, la clase sacerdotal. En la indefinición y en la indeterminación de las primitivas edades, el sacerdote, no solamente profesaba la teología, profesaba también la ciencia. De aquí, de tal doble profesión, proviene su influjo. Las pinturas antiguas nos han dejado imagen del sacerdote con toda corrección, envuelto en su túnica de lino, coronado por la cinta de oro, calzado con sus sandalias de papiro, quien se despila y se baña dos veces al día para conservar tan puro su cuerpo como su alma. Mientras las demás clases sociales deben comer pescado ritualmente, por lo menos, una vez al año, estále prohibido semejante manjar al sacerdote, quien se abstiene también por divino mandato de cerdo y de cebolla. Esto último debía costarles un verdadero sacrificio, por placer mucho tal verdura en los pueblos meridionales, aficionados á su picante gusto y olor, como al gusto y olor del ajo. Lo cierto es

que las cebollas estaban entre las principales ofrendas religiosas, y quizás por esto, los sacerdotes, que las ofrecían, según rito, á las divinidades, no estaban en el caso de consumirlas. Pertenecía, por expreso mandato de Isis, la cuarta parte del territorio egipcio á la teocracia. Los grandes sacerdotes llamábanse profetas, y cada profeta se adscribía primero á un templo y luego sumaba consigo un colegio de sacerdotes análogos á él, mas de inferior categoría. El mayor signo de distinción que podía concederse á la mujer era el asociarla de grado al sacerdocio y hacerla partícipe de los privilegios naturales y sacro influjo gozado por los sacerdotes, tanto en la sociedad cuanto en la vida. Desde los tiempos más antiguos acompaña fielmente al profeta la profetisa y ocupa sitio análogo al suyo en las clases religiosas durante doce dinastías seguidas. Pero desde la décimatercia dinastía desaparece por completo en las mujeres tal carácter y no se permiten sacerdotisas en templo ninguno. Es verdad que la mujer queda en muchos casos asociada, con asociación efectiva y eficaz, al culto, así para cantar con su voz melodiosa himnos sacros en las fiestas como para tañer ciertos instrumentos litúrgicos, que sólo sonaban bien bajo sus dedos de rosa. Pero el sacerdocio le queda vedado. Mas á pesar de esta prohibición, prevaleció en las costumbres el creerse á una esposas de los dioses las sacerdotisas casadas con el sacerdote de un Dios. Y muchos eruditos afirman haber tomado Grecia para sus templos las antiguas Palacides del viejo y sacro Egipto.

El pueblo egipcio aparece hoy en la historia como un pueblo placentero y voluptuoso, muy dado á todos los esparcimientos del ánimo y á todas las delicias que pueden impresionar favorables y faustas procuras á los cuerpos. Banquetes, danzas, juegos acrobáticos de todas clases, partidas de ajedrez como de dados, conciertos vocales é instrumentales absorbían el tiempo de estas gentes y les daban medios múltiples de satisfacer sus invencibles propensiones. Cuando se abre un ataúd pintado de tantos matices y cubierto así de leyendas sacras como de signos jeroglíficos, en los que resaltan aquellos animales hieráticos, especie de aves consagradas á la domesticidad de los dioses, encuéntrase á granel juguetes demostrativos del valor prestado por las costumbres egipcias á tales entretenimientos. Registrando su literatura encuéntrase cánticos á bebidas fermentadas de todas clases, y registrando los frescos de casas, templos y panteones, encuéntrase también el empleo y uso que hacían de ellos hasta provocar el vómito propio de las más terribles borracheras. Aparte los vinos cosechados en las tierras más felices de su bello Delta, bebían zumo de granada, de dátíl, de higo, sin contar el zumo de cebada, parecido en todo á nuestra cerveza de hoy. Naturalmente no existe satisfacción duradera en el mundo sin que la mujer cooparticipe de toda ella, y ría, y beba, y juegue cuando rien, beben y juegan los hombres. En toda población de grande y viva cultura, la mujer participa de las fiestas, y en Egipto por modo bien extraordinario. De lino se vestían los hombres, y de lino las mujeres. Una camisa larga y sin man-

gas ceñíase al cuerpo flexible de suyo como la palma. No llevaban otra vestimenta las plebeyas. Pero las altas señoras, las princesas, como suele llamarse generalmente hoy en el usual europeo lenguaje á las mujeres principales, completaban la camisa con un flotante traje de gasa, el cual, realzado de flores vistosas y teñido de matices varios, caía de los hombros á los piés, ceñéndose á la cintura por valiosos cinturones, verdaderas obras de arte. Las bailarinas, por regla general, prescindían de las camisas y ocultaban su cuerpo tras estas gasas, cuyas transparencias servían tan sólo para el acrecentamiento de sus atractivos corporales. Amantes del artificio, lo mismo se ponían cabellos comprados que se cargaban de colorines y afeites. Largas trenzas caían sobre sus espaldas, cuyas trenzas recogía y ataba una bellota de color, compuesta por gruesos hilos de lana, oro y sedería. Sobre la cabeza poníanse un gorriño de perlas recogidas por un záfiro, muy semejante al usado entre circasianas y griegas en nuestros tiempos. Un loto, flor acuática sagrada, lo mismo entre los indios que entre los egipcios, resplandecía sobre la espaciosa frente de aquellas mujeres, las cuales usaban mucho de collares en sus gargantas, de diademas en sus sienés, de brazaletes en sus puños y en sus tobillos, de sortijas en sus dedos, de todo cuanto podía realzar con los esplendores del desmedido lujo, tan caro á las mujeres orientales, todas sus gracias.

La casa egipcia, encerrada entre grandes muros y circuida por patios ornados como verdaderas florestas, indica bien á las claras cuanto la vida

en el hogar tenía de íntima y sacra entre tales pueblos. Nuestras ciudades modernas sacrifican una gran parte del hogar á la calle; nuestros municipios exigen para la exterior belleza de las poblaciones hogares alineados como ejércitos y fachadas sometidas á ciertas reglas. Nada de esto en Egipto. La construcción del hogar tiende á las comodidades múltiples de la vida interior. Largos murallones, como hemos dicho, celan la casa y la incomunican. Los bosques y los jardines, extendidos desde tales murallas á la natural habitación, sirven para mejor aislarla. Después los apartamentos de la casa no dan al jardín siquiera, dan al patio interior y á la galería recatada. Podríamos llamar á estos patios plazas de familia. En efecto, allí el jefe prepara sus trabajos, hace sus cuentas, ejercita sus armas; la mujer cose y arregla sus vestimentas ó limpia y prepara sus joyas; los jóvenes de ambos sexos reciben por los rincones las enseñanzas varias de sus diversos maestros, en tanto que los niños juegan á una en competencia con los surtidores de las fuentes y con los nidos de las pajareras. Tierras de calor, de mucho calor, aquellas, el toldo las recata, y por alfombra sólo tienen esteras fresquísimas de pintados juncos. Los muebles no embarazan el espacio, necesitado por todas partes de airearse, y las mismas camas no tienen los colchones que las camas del Norte, ni mucho menos las cubiertas. Verdadero sofá el reducido lecho, está dispuesto para que lo refresque y orece por todas partes el aire puro enviado por el río y recogido como una bendición del cielo. Así la principal comunicación

del mundo interior, doméstico, familiar, con el mundo externo, se verifica por medio de unas azoteas cubiertas de toldos ó techumbres, las cuales permiten ver los lejos y comunicarse con los cielos. Tal construcción indica bien claramente la intimidad que reina en la familia egipcia.

Las leyes penales se dulcificaban mucho en todo lo que atañía de suyo á la mujer. Cuando ésta se hallaba en cinta obtenía de los egipcios un culto cuasi religioso. No aportaba la mujer dote al matrimonio; se le constituía el marido, y el marido le compraba tanto las vestiduras como el ajuar. En caso de repudiarla, no podía ponerla desnuda y sin amparo, cual hicieran otros pueblos, á la puerta; debía darle una indemnización capaz de constituir-la en suerte independiente por toda la vida. Al Olimpo de cada pueblo trasciende la importancia de sus mujeres. Entre los dogmas egipcios, ninguno tan creído y tan adorado como la fatalidad. El destino pesaba con abrumadora pesadumbre, tanto sobre las espaldas del rey como sobre las espaldas del pueblo. Así dividíanse los días en fastos y nefastos. Y esta división astrológica por tal manera perteneció al Egipto, que días egipcios llamaron los romanos á todos cuantos creían ocasionados, ó bien á la felicidad, ó bien á la desgracia. El calendario se componía en Egipto de antiguos enlaces con fechas recordatorias de pugnas entre los dioses del bien y los dioses del mal. Aquellos días en que venciera lo bueno á lo malo, llamábanse días fastos, y aquellos otros en que venciera lo malo á lo bueno, llamábanse días nefastos. El diecisiete de

un mes perdido en años ya muy viejos, pertenecientes á siglos ya muy apartados, Set, dios de las tinieblas, había vencido á Osiris, el dios de la luz, rematándole á traición arterísima en sacro banquete. Pues bien, todos los años, en aquel mes y en aquel día, imaginaban los egipcios, repetida en los abismos cerúleos de las alturas y transcendente á la vida ordinaria del mundo, la misma horrible tragedia. Y como el mal prevalecía sobre el bien en tal fecha, todo cuanto pasara en el transcurso de los tiempos á la misma hora, debía llevar consigo daños análogos á los de aquel horroroso entonces.

Por tal modo creían los hombres en las horas fastas y en las nefastas, que bajo los auspicios de las primeras no les aterraba un león, y bajo los auspicios de las segundas les aterraba un escarabajo. Las madres procuraban por todos los medios parir sus hijos en los días fastos, pues según la hora del nacimiento, se acababa la vida en el deshonor y en el crimen, ó resplandecía con el brillo de la más pura y más benéfica luz. Y los genios que presidían al destino egipcio no eran genios masculinos, eran siete diosas, jóvenes, floridas, bellas, sonrientes, de rosado color, de profundos ojos, los piés menudos, las orejas de vaca y las manos apercebidas para tejer y urdir la complicada tela de nuestra respectiva y particular existencia, siempre volando invisibles alrededor de las parturientas, presidiendo siempre á los natalicios y dispensadoras de aquellos bienes que prosperan la vida, ó de aquellos males que la corrompen y la pierden. Hombres tan supersticiosos de suyo como los que revocaban un

viaje si veían un cocodrilo, hallábanse de seguro dispuestos á prestar una especie de atención religiosa en todos sus actos á estas mujeres, que urdían desde las alturas de lo invisible y en misteriosas confabulaciones los hilos varios de la humana suerte. No puede, no, desconocerse la influencia del bello sexo allí donde tantas prerrogativas el común creer les concede y tantos privilegios obtienen por motivo y razón de su sexo. Quien cree que allá, en el otro mundo, la mujer urde ó corta la tela de nuestra vida, debe creer también que aquí, en éste, preside, si buena, con propicio estro á la felicidad, y si mala, con estro nefastísimo á la desgracia.

En los libros gnómicos, donde se hallan contenidas las grandes sentencias morales, encarécese á una, sobre todos los sentimientos, el amor y el respeto á la madre. Dijimos que la fatalidad es un dogma capital en Egipto, y ahora debemos decir que la inmortalidad es también allí otro dogma capital. El egipcio vuelve los ojos de continuo á la vida transmundana, y de continuo recuerda con advertencias y ejemplos múltiples á los mortales la muerte. Así la inestabilidad de todas las cosas terrestres pasa como un resplandor del otro mundo por todas las máximas egipcias. El primer consejo de su sabiduría consiste, á no dudarlo, en prepararse cada cual sobre la tierra sepultura conveniente y digna. Desde el nacer hasta el morir corremos todos despeñados al fúnebre valle donde duermen eternamente las generaciones extintas, y por cada minuto que hayamos habitado el frágil hogar de nuestra baja tierra, indudablemente habitaremos



por siglos de siglos la silenciosa y triste sepultura. En todo cuanto debamos decidir, hemos de acordar con solicitud la muerte. Lo mismo alcanzan sus brazos al niño que al anciano, y quien más descuidado vive más próximo se halla de seguro á sus asechanzas y más pronto cae rendido á sus golpes. Quien piensa mucho en la hora última de su existencia, preparado y apercebido está para esa inmortalidad en cuyo seno comienza la verdadera vida. El vivir en este mundo se parece al relámpago, mientras el vivir allende la sepultura se parece á perpetuo y esplendentísimo luminar en las alturas del cielo. El tiempo nos arrastra igualmente á todos en sus remolinos y á todos nos conduce con ímpetu igual y constante hacia la eternidad.

Después de haber así recomendado una vida buena para llegar pronto y sano á los espacios de una muerte dichosa, el profundo libro de los proverbios egipcios recomienda como primera y principal virtud el culto y el respeto á las madres. Mucho vale querer á una diosa y venerarla, mas no vale menos querer y venerar á una madre. Si el cielo ha dado á los hijos las madres, ¡ah! éstas se han adherido con tal devoción á su cargo, que jamás han descargado sobre los cielos ni penas ni responsabilidades. El hijo ha pesado como un yugo sobre su pobre madre, que ha debido mantenerlo dentro de sus entrañas nueve meses con todo el jugo de su vida. Después sus pechos, durante dos y más años, han llevado á la boca de su pequeñuelo aquel jugo nutritivo, más preciado que la luz en el astro, que la savia en el árbol. Inútilmente los

pequeñuelos devuelven, ingratos, molestias por beneficios; la madre no se cansa jamás de protegerlo y de cuidarlo. Mientras la pubertad dura, la madre vela. Ella escoge á su grado el maestro mejor y le da para sustento suyo la flor de su despensa con tal que instruya y adiestre al hijo en los verdaderos saberes. Ella casa después á éste, buscándole un hogar donde puedan prolongarse, de consuno, la felicidad y el amor. Así, maldecido de los dioses, aparecerá de seguro en el postrero y definitivo juicio quien olvide cuanto ha costado á su madre, tanto el parirlo como el criarlo y ponerlo en aptitud completa de atravesar tranquilo y feliz por los tortuosos senderos de nuestro bajo mundo. El culto á las madres entra á igual con el culto á los dioses en esta profunda sabiduría egipcia.

Después la gnomia ó ciencia moral egipcia da todos los consejos conducentes á la sobriedad, lo mismo en la mesa que en el tálamo. Repugnante la embriaguez á estos pueblos meridionales, de suyo sobrios, para más perseguirla y hacerla universalmente odiosa, los magistrados mandaban pintar sus excesos en la mujer y en el hombre con pinturas bien llamativas y bien ejemplares. En un sepulcro de Beni-Assam vemos frescos que representan varios borrachos perdidos, á quienes sus compañeros de orgía sacan á manera de rígidos cadáveres en sus brazos vacilantes. Un sepulcro antiguo de Tebas nos presenta ilustre dama vestida con todo el uniforme de las patricias, peinada para el festín, con mil joyas y adornos, vomitando en la copa presentada por las manos de sus siervas las sobras y excesos

del vino. Así aconseja no incendiar la vida con esos vapores, ni dejarse caer al peso de la embriaguez, pues mientras todos acorren los incendios de tu hogar, todos huyen los incendios de tu cuerpo; y mientras todos tienden la mano al paralítico, todos la separan y apartan del borracho. Y estos mismos consejos de sobriedad en la comida se dilatan y extienden á la sobriedad en el amor. La gnomia egipcia condena con elocuencia grande á las mujeres ligeras. Cree que sólo un trato largo engendra el amor verdadero, y que nadie puede amar á la mujer desconocida. El amor improvisado se parece á esas lagunas profundas y bituminosas que se tragan á sus víctimas y nunca las devuelven. Contra tales tentaciones del sentido, aconseja el egipcio un matrimonio legítimo, brotado de un amor profundo. El joven, según tal libro, debe casarse pronto y casarse con una joven para que sus hijos sigan su ejemplo y no se perviertan en fáciles amores. Tanto como maldice de la mujer ligera, exalta con entusiasta exaltación á la mujer legítima, y pide que se use con ella paciencia y dulcedumbre, porque ahí está el secreto de toda ventura doméstica.

Las letras egipcias nos revelan también particularidades respecto de la mujer y de la familia que nos conviene recoger y apuntar en este trabajo, al cual podríamos denominarle pálido esbozo de la historia universal del bello sexo. Los descubrimientos contemporáneos y las descifraciones jeroglíficas han patentizado un género de literatura en Egipto no conocido ni sospechado siquiera por ningún erudito hace treinta años. Los egipcios tienen, ade-

más de sus libros morales y religiosos, novelas, y novelas amenísimas, que describen el interior de los hogares y el estado de las familias. La célebre narración bíblica del casto José y su bella perseguidora proviene de viejo romance, trazado quizás catorce siglos antes de nuestra era. Dos hermanos, casado el uno y el otro célibe, habitan bajo el mismo techo. La mujer única enamórase del cuñado, y le dirige, para lograr su amor, toda suerte de asechanzas. Íntegro y severísimo éste, resistese á las incestuosas pretensiones de su sensual hermana con resistencia verdaderamente invencible. Mas ella, vindicativa y mentirosa, delata con embuste manifiesto á su marido la resistencia del hermano como pretensión, y arroja entre ambos la guerra. El casto y perseguido huye al desierto, donde se mutila y pierde su naturaleza de varón para no exponerse á iguales asechanzas en su venidera existencia.

En ninguna de las manifestaciones que puede tener la múltiple actividad propia de un pueblo se conoce como en la manifestación religiosa el influjo de la mujer sobre los egipcios y el Egipto. Las escuelas cristianas ortodoxas, lo mismo las protestantes que católicas, hanse á una empeñado en derivar todas las religiones de viejo y tradicional monoteísmo común á todas ellas. Pero la ciencia no ha confirmado en parte alguna tamaña pretensión, fundada en viejas y seculares creencias. La evolución religiosa, como todas las evoluciones históricas, parte de lo imperfecto y va por grados y por series á lo perfecto. Comienza el movimiento reli-

gioso de todos los pueblos por una especie de fetichismo semejante al de los salvajes confundidos con la naturaleza. Y en el fetichismo comenzó, por tanto, la religión egipcia. Pero bien pronto los magos, por su parte, los adivinos, los astrólogos, cuantos profesaban las grandes religiones del sol y de la luz en el Asia, influyeron soberanamente sobre la tierra egipcia, determinándola con determinación invencible á ese culto del cerúleo éter, conocido bajo la denominación de dogma sabeista. El astro que dora los planetas, azula el cielo, pinta de matices en las flores sus corolas y en los pájaros sus plumajes, mueve la garganta del ruiseñor y los susurros del arroyo, endulza las frutas é inflama los espacios, debía obtener adoraciones múltiples en aquellas tierras donde su resplandor se acrecienta con los rebotes de sus rayos en las aguas multicolores del Nilo y en las áureas arenas del desierto. El sol, á cuya secular adoración precediera la no menos antigua y no menos importante del Nous, ó sér único, el sol quedó como verdadero padre de los dioses y de los hombres en la teogonía egipcia. Pero ni el Nous vivificador, ni el sol único podían bastar á pueblos esencialmente politeistas, que identificaban la generación divina con la generación humana, creando familias ó dinastías, así de genios misteriosos como de divinidades patentes y manifiestas. Mas hay ciertas inclinaciones congénitas con el humano espíritu, como patentiza el verlas á un mismo tiempo surgir en pueblos diversos y en espacios lejanos por la identidad fundamental de nuestro sér en el tiempo. Así la Trinidad india

reaparece de nuevo en el Egipto y sirve como de base á una familia de dioses, la cual significa y representa en su fondo el ideal divino de la familia entre los hombres.

Y como la divinidad egipcia, de igual suerte que la divinidad india, corresponde allá en los cielos á la familia, en el mundo había de penetrar, dentro de su seno, con virtualidad grandísima, el principio y el elemento femenino. Revistiendo los dioses la forma humana estaban incompletos, si esta forma humana carecía de aquella hermosa duplicidad que constituye los sexos en nuestra especie. Y como no sólo revestían los dioses la forma humana, sino que libraban su perpetuidad á una generación tal como la generación de nuestra especie, habían menester de la hembra en el cielo como en el hogar. Diodoro de Sicilia sostiene que la generación, en el concepto fundamental de los egipcios, pertenece tan sólo al padre, porque las entrañas maternas quedan reducidas á servir como depósito de lo generado, para nutrirlo y darlo después á luz, como el surco de los campos á la espiga diseminada por el pródigo labrador. La diosa egipcia representa la materia inerte ó inmóvil, encargada tan sólo de recoger y guardar el germen de la vida. Así, la mujer divina en el Egipto no fué consustancial con el Dios creador, sino del Dios creador emanada y proveniente. La diosa, en cuyos brazos el sol se acuesta y desaparece todos los días, esa especie de inferior hemisferio, oculto en los senos del ocaso, formó y compuso el lado femenino de la divinidad, y el dios del día visible y la invisible diosa de las noches eter-

nas tuvieron un hijo, quien tomaba el nombre de Horo, y surgía, en forma de infante ó niño, del seno de los mares, en una flor de loto recostado. Naturalmente, como el Nilo, además de fecundar, caracteriza el Egipto, la barca, la eterna barca flotante sobre las aguas del río caracteriza, por su parte, aquella región donde las aguas, con sus inundaciones pródigas, fecundan y vivifican las estériles y silenciosas arenas. El día, la noche y Horo, su hijo, forman y componen la divina familia, de la cual es la humana como copia y trasunto.

La divinidad egipcia debió descender á la tierra; la encarnación de los dioses en hombres visibles y palpables pasó á dogma universal. Creyóse necesario un mediador entre las alturas del cielo y las miserias del mundo. Para crearlo, se apeló á poblar las alturas celestiales de semidioses y las alturas terrestres de soberbios reyes. Aquéllos, los semidioses, casi bajaban hasta tocar en la tierra, y éstos, los reyes, casi ascendían hasta tocar en el cielo. Entre los dioses humanizados ó los reyes divinizados, como quiera llamárseles, ninguno tan célebre, ninguno, en la historia, como el incomparable Osiris. A su descenso en la tierra se debe que la especie humana saliera del embrutecimiento donde se hallaba sumergida y rompiera la cadena que la unía con el mundo animal. Osiris, solamente Osiris, pudo lograr con su poder semidivino que se convirtiera en hombre culto y civilizado el hombre primitivo y salvaje. Soldado del bien, su vida pasa en combates porfiados y eternos con el mal. Este horroroso elemento de la creación, levadura infer-

nal de la vida, tiniebla perdurable que saca y recoge las lágrimas de los humanos ojos, se llamaba entre los egipcios con el nombre de Set. Realmente Osiris personifica una de las manifestaciones del sol, mientras personifica Set lo contrario completamente, las sombras y la noche. De aquí la muerte allá en el ocaso del principio luminoso y creador, así como su resurrección diaria y continua en el Oriente. Osiris habíase casado con Isis, la diosa fecunda en cuyos pechos los mortales se nutren y que lleva una corona de misterios así como se ciñe un manto sembrado de bellos y esplendorosos astros. Como se ve por todas estas representaciones, tanto de los dioses como de los semidioses, el tipo de la familia surge á todas horas y eleva como una especie de luminoso ideal sobre aquella sociedad necesitada por completo de divinizar las instituciones más primitivas y más rudimentarias.

Veamos, pues, la historia de Osiris, y veremos una parte considerable de la teogonía egipcia. Osiris y Set, el mal y el bien, provinieron de un matrimonio entre nuestro planeta y la estrellada bóveda. El uno, el primogénito, es decir, Osiris, tomó por mujer á Isis, y el otro, el segundogénito, á su vez, tomó por mujer á Nephtys. Osiris dominó en Egipto, salvaje antes de su reinado, y después de su reinado verdaderamente culto. Set, celoso del poder que tenía Osiris y del favor que gozaba entre los mortales, acechó con viles acechanzas y le dió muerte á traición. Estaban los dos en espléndido banquete cuando el que se decía hermano, y en realidad era enemigo, como representante y perso-

nificación del mal, rematólo á golpes, trucidólo en pedazos, y recogiendo después todos sus miembros disyectos y desgregados, metiólos en arca estrecha y arrojólos al mar profundo. Aquí, en este momento, comienza la grande apoteosis del principio femenino por la religión egipcia. La mujer ejerce todo su benéfico ministerio en la vida y en la muerte del hombre. Sus lágrimas resultan riego fecundante, sus tiernos suspiros creadores soplos, sus ojos lumináres inextinguibles, sus brazos trono y sustentáculo del bien. Ella, y sólo ella, puede vencer á la muerte, así como ella, y sólo ella, puede obrar el milagro de la resurrección universal. Todo cuanto el mal ha separado ella lo junta, y todo cuanto el mal ha deshecho ella lo rehace. Sus besos de fuego llegan hasta el oscuro sepulcro, y en aquellas tinieblas difunden los resplandores del día, y en aquella podre los gérmenes del sér.

Desaparecido el pródigo y buen Osiris en los abismos del mar, su esposa Isis lo busca sin descanso. Aquellos sus tiernos suspiros dominan los vientos y los oleajes; aquellos sus sollozos penetran hasta el oscuro seno de los insondables abismos. Lo cierto es que recompuso los miembros disyectos y por tal modo acertó á reanimarlos con su amor, que aquel cadáver, en la exuberancia de su renacimiento, le devolvió su pasión con creces y la hizo madre de un dios. Horo se llamó el hijo de tales amores, y apenas llegado á la pubertad por el pródigo celo de su madre idolatrada, conságrase á vengar la muerte de Osiris y á redimir de Set al Egipto. En efecto, al brazo del héroe, á sus flechas agu-

das, el trono de las tinieblas se desploma y el dios del mal se desvanece. El mito de Osiris, muerto y devuelto en resurrección milagrosa por su mujer á la vida, representa el culto guardado al sexo débil en las grandes teogonías de esta misteriosísima tierra. Osiris, Isis, Horo, hijo de ambos, representa esa trilogía de la familia, cuya divinización es indispensable al progreso de las humanas sociedades. Y por tal modo se comprende así el carácter de tamaño mito que, á la hora del decaimiento egipcio, cuando los Ptolomeos á un tiempo ilustran con su ciencia y deshonoran con su tiranía el Egipto, Cleopatra, la serpiente brotada del Nilo para tentar á Roma y perderla difundiendo por sus venas el ponzoñoso narcótico de la magia oriental, crea también una semejante trilogía, y en sus relaciones, doblemente adúlteras, con Julio César, no el más escandaloso ni el más terrible de sus amantes, forja una triada también, una triada puesta sobre los calcos de la teogonía egipcia, y distribuye á su romano, el dictador, la corona de Osiris, guárdase para sí la corona de Isis, mientras cede á su hijo Cesarión el arco y la flecha de Horo, demostrando con estas tergiversaciones de lo divino cómo la vieja teogonía egipcia significaba en suma una grande apoteosis de la mujer y de la familia.

El sentimiento religioso predominaba sobre todos los sentimientos en el corazón de los egipcios. Ningún pueblo ha llevado tan allá las pompas de sus ceremonias hieráticas. Si vemos hoy las ruinas ciclópeas de sus templos, las columnas parecidas á petrificados, y antediluvianos árboles, aquellas altas

pirámides semejantes á montañas y hechas para sepuleros, los colosos vibrantes á los rayos del sol, los monolitos alzados como agujas de gigantes orarios, las esfinges talladas en aquel granito que parece bruñido bronce, la vía láctea de pensamientos religiosos contenidos en sus leyendas jeroglíficas, habremos de persuadirnos á creer que pocas veces el género humano expresó con esfuerzos tan grandes y en moles tan enormes su incontrastable aspiración á lo ideal y á lo infinito. Las procesiones entalladas en los bajorelieves, indican bien claramente el maravillosísimo lujo de aquella liturgia. Aquí el dios, bajo palio y dosel, siguiéndole, como para custodiarle con sus servicios, el rey sito en su trono y llevado en hieráticas andas un poco más lejos; naves áureas apercebidas á recoger, si es necesario, los dioses y los reyes; en largas filas, aquellos cortesanos bendecidos por los acordes suaves de concentrados instrumentos; en grupos múltiples, los sacerdotes envueltos en sus vestiduras de blanco lino con odas religiosas en los labios é incensarios de oro humeantes de mirra en las manos; por todas partes los soldados con sus cascos relucientes y las bailarinas en sus danzas voluptuosas; el carro de los amuletos y de las reliquias; el toro blanco adorado de hinojos por las muchedumbres reverentes; doquier incienso, plegarias, armonías. Una religión así tuvo resuelto influjo entre aquellas gentes, y este influjo, divinizando la familia, divinizó también, aunque indirectamente, á la mujer.

En todo se conoce por manera indudable tal influencia. Si quisiéramos calificar en pocas palabras

el Egipto, llamaríamosle con razón la tierra de los muertos. En ninguna parte ha convertido el hombre, como allí, la sepultura en altar. Jamás el alma se vió con los ojos interiores tanto á sí misma, ni se creyó tan capaz de vencer al tiempo y entrar en la inmortalidad. El fenecer diario de nuestro sol por el ocaso y su diario renacimiento tras las risueñas alboradas engendraron en aquel mundo, no la esperanza, la seguridad completa de una vida mejor. Como el sol descende al ocaso, tan sólo para renacer allá en el Oriente, el hombre descende al sepulcro para renacer allá en la eternidad. Por todas partes, en los sepuleros, en los sarcófagos, sobre las tapas de los ataúdes, sobre las frentes de las momias, véanse resplandeciendo los sacros símbolos expresivos de la inmortalidad, por la cual suspiramos entre los horrores de la muerte. Un gran respeto circundaba el cadáver momificado por todos los medios científicos y por todas las sustancias químicas de que podía disponer aquella civilización. Y como la ciencia no bastase nunca en el Oriente á encerrar la vida entera, completábanla con sortilegios múltiples y fórmulas cabalísticas que creían ellos transcendentales á la eternidad. A estos principios iban juntos sus complementarios de castigo y de remuneración. Por consecuencia, existe allí el infierno que purga el mal, como el cielo que recompensa el bien. Cierto que no hay en todo esto la espiritualidad consustancial á nuestro cristianismo. Cuidanse mucho del cuerpo, lo envuelven allí en linos sacros, lo embalsaman con sustancias hieráticas, les dicen al oído cábalas múltiples, porque

no han llegado á separar bien el espíritu esencial y eterno de su envoltura terrestre. Los parientes y amigos llenaban los panteones con estatuas de los muertos, como para conservar en aquellas formas completamente materiales mejor su vida espiritual. Además, ofrecíanle toda suerte de manjares, como para un largo pero material viaje. Así vemos á los difuntos pintados en toda salud, abierto el grueso labio para recoger aire y expedir palabras, relumbrantes los ojos, cubiertos de blanco lino, montados en carroza que preceden dos negros nubios y tirados por dos caballos sirios, el bastón de oro en la mano izquierda, el látigo en la diestra, el buey de los campos á un lado, la barca del Nilo á otro, por mil cantares bendecidos y trascendiendo á espirituosas esencias. El embalsamamiento exigía complicadas ceremonias, que significaban, como se creía en Egipto, desposada la vida del cuerpo con la vida del alma.

No se puede pintar con exactitud un funeral egipcio á causa de su grande complicación. Las ceremonias se suceden unas á otras en tropel y se complican en grandes é intrincados laberintos de fórmulas sin salida. Desde que abandonan el cadáver á los embalsamadores hasta que lo depositan en aquellas ciudades fúnebres con calles y plazas de sepulcros ¡cuánto no exige la vieja liturgia! Juicio de los muertos, deposición de los testigos, procesiones inacabables parecidas á las procesiones religiosas, paso del Nilo para congraciarse con sus dioses, oraciones fúnebres, elogios convencionales, himnos elegíacos, tañidos de arpas, voces de dolor, todo prolongaba

la estancia del difunto en esta tierra y su comunicación sobrenatural con la familia. Pero, leyendo los libros llamados de los muertos allí, hojeando los residuos de su gran literatura, compréndese fácilmente como quien llora más en aquellos instantes tristes y luctuosos, quien preside á estas festividades terribles, quien intercede con los dioses, quien prepara la cámara fúnebre donde habitará el muerto y aperece aquel tálamo donde reposará en sueño eterno, es la mujer, de cuyos labios se desprende la canora elegía que llega como una oración hasta la eternidad. Y lo que principalmente se destaca de todo aquel complicado ceremonial funerario es la planidera, conservada en muchos pueblos hasta nuestros días, y cuyos sollozos parecen realmente los únicos propios para lamentar la muerte y apereibir la eternidad. Hemos hecho este largo viaje desde los conceptos teológicos que presiden la organización de una familia en el cielo hasta la parte que la mujer toma en el entierro, para explicar la grandísima cultura egipcia por su más sencilla y su más natural explicación, por la influencia del sexo hermoso sobre el sexo fuerte, influencia manifestada en todo, así en las alturas luminosas del cielo como en las oscurísimas profundidades del sepulcro. Hoy es, tras tantos siglos, y la Isis bendecida por los antiguos egipcios se levanta como una estatua indestructible sobre las ruinas del viejo y sacro Egipto.

Continuemos estudiando la historia del sexo hermoso y viendo las transformaciones varias que ha experimentado en el tiempo su condición social. Indudablemente la tierra ofrece al espíritu escena-

rios diversos, y los pueblos se asocian puestos en movimiento por indeliberados impulsos á razón de su geografía. Si las orillas del Nilo retrataron las diademas hieráticas de los Faraones, debían á su vez las orillas del Tigris y del Éufrates retratar por su parte las diademas verdaderamente mágicas de asirios y caldeos, ó sean los reyes de Mesopotamia. En los inmensos desiertos que cubren, así el Asia occidental, como el África oriental, extiéndense tres grandes oasis en las cuencas de los tres grandes ríos: del Tigris, del Éufrates, del Nilo. Armenia es para los asirios y para los caldeos lo que Nubia y Abisinia para los egipcios. Así como el Nilo pasa por estas regiones antes de penetrar en Egipto, el Tigris y el Éufrates fluyen de las montañas armenias para luego extenderse y dilatarse hasta las aguas del golfo pérsico. En climas de tanto calor como aquellos climas; en tierras de tal desolación como el desierto inmenso; bajo aquel cielo caldeado como la bóveda roja de un horno; sobre las arenas encendidas, á modo de rescoldo, un río fecundante, que produce con su vivificadora humedad flores, frutos, faunas sin número, debía irremisiblemente atraer á sus orillas pueblos idóneos para una grande civilización. Tended los ojos por los antiguos mapas y por las seculares cronologías, pues con cuidado estudiándolos advertiréis cómo el Indo y el Ganges, el Tigris y el Éufrates, el Nilo y el Jordán, agrupan civilizaciones varias que han formado como la urdimbre y tela de la humana vida. En tal manera, los intereses agrupados alrededor del Nilo se relacionan por fuerza con los intereses agru-

pados alrededor del Éufrates que, desde los tiempos más antiguos, los poderosos de una y otra región, Faraones, Nabucodonosores, Califas, Soldanes, llámense como se quiera, en todas circunstancias, bajo todas las instituciones, han pugnado por dominar en la región vecina, desarrollándose así, como en una especie de ritmo, sus sendas, pasmosas civilizaciones y culturas.

Cuando se contemplan las viejas leyendas asirias descúbrese que lo más divinizado en aquellos desiertos es el cazador y la caza. Los colosos tallados en el granito representan héroes rompiendo cabezas de serpiente ó estrujando cuerpos de leones. Todo el simbolismo de la fuerza general, que ha limpiado aquella tierra de monstruos, concéntrase, con arte instintivo, sobre Nemrod, gigante nacido del seno de una tierra humedecida todavía por las inundaciones de los tradicionales diluvios. Así los ardores del aire, mezclados con las humedades del suelo, generan tal número de bestias feroces, que se necesitan los instrumentos del combate para perseguirlas y exterminarlas, dando paz á pueblos probados en estas competencias con las especies inferiores. Por las arenas del desierto rugen los leones; entre los juncas producidos por la filtración del agua fluvial se esperezan los tigres; abren los chacales sus madrigueras en los ribazos, y la serpiente se desliza, como sobre alfombras, por aquellos prados, cubiertos de unas flores, tan ricas en matices, que tiñen con sus jugos hasta los cuerpos de las jaurías expeditas á la caza. Un cazador que contrastase todas estas fuerzas y redimiese al hombre de la ser-



vidumbre á que pueden las especies inferiores sujetarlo, debía representar por fuerza todo lo más pródigo y todo lo más beneficioso á la naciente sociedad, que, agradecida, ponía estos bienhechores en la estirpe inmortal de sus más adorados semidioses. Por eso el cazador Nemrod personifica estos imperios y lleva en la historia el renombre de haber fundado á Babilonia y Nínive.

Descendiendo el Tigris y el Éufrates de altas montañas armenias y desaguando en el golfo Pérsico, debía, por fuerza, en tan largo y variado curso, atraer y juntar muchas razas distintas, y aun contrarias, en torno de sus fecundas riberas. Semitas, arios, tártaros, se bañan en sus aguas ó discurren por los desiertos vecinos á su cuenca. De consiguiente, cada cual, entre tan varios pueblos, traerá su contingente de leyendas; y para someterlos y uniformarlos á todos, precisará la unidad absorbente de un imperio militar fortísimo. El semita forja su leyenda en torno del cazador Nemrod, mientras el ario forja su leyenda en torno de Nino, y, sobre todo, de su mujer Semíramis, que levantan, sobre una tierra dispuesta para la civilización por los cazadores, poblaciones colosales y múltiples de inmensa extensión y varia cultura, templos para los dioses, escuelas para la ciencia, fábricas para la industria, colmenas para el trabajo, solios para el gobierno. Según la tradición semítica, Nemrod fundó á Nínive y á Babilonia; pero, según la tradición aria, Nino fundó á Nínive, y á Babilonia la fundó Semíramis. El Nemrod asirio se parece al Melcarto fenicio, dios de su misma raza, especie de

maravillosos Hércules engendrados por la sociedad y por la naturaleza para con sus esfuerzos y con sus trabajos exterminar las especies inferiores y hacer la tierra una mansión digna y propia del hombre. Pero si Nemrod se parece á los Hércules fenicios, Semíramis se parece á las Venus griegas. El gigante que destroza un león feroz contra su pecho, transfórmase aquí en blanca paloma, que aletea y arrulla, semejante á las palomas puestas por la hermosísima y armoniosa mitología para tirar del carro de los dioses.

Fenómeno singular; este fortísimo imperio asirio hállase personificado en una mujer, y en una mujer ebria de amores. Su madre, que la hubo con dolor y vergüenza, escondióla en árbol recatado, y confiándola de tal suerte á las voluntariedades y cambios del destino, lanzóse á las aguas y se convirtió en pez. Las palomas del valle cuidaron de la pobre niña por aquel modo expuesta. En sus picos menudos cogían gotas de leche á los pastoriles odres y las depositaban sobre los rosados labios de la misteriosa protegida. Conforme fué creciendo allí en la soledad, las palomas fueron aportando mayores y más sólidos alimentos. Si en los primeros días la llevaban leche, llevábanla á su vez, en los años primeros, blandos y sabrosos quesos. Este robo continuo y diario de los piadosísimos y tiernos animales despertó tal interés en los robados, que siguieron sus vuelos con los ojos y acecharon el sitio donde se paraban. Allí encontraron, como la rosa en su rosal, como el ruiseñor en su nido, como la perla en su concha, como la estrella en su engarce, á la niña

milagrosa, sustentada con tales recursos de aves tenidas por santas en la memoria y en el culto de todos los pueblos. Esta es la hora en que han pasado siglos y siglos sobre tales prehistóricas leyendas. Las torres levantadas por Nemrod se han caído como si la tierra se las hubiera tragado en sus abismos; de aquellos templos guardados por esfinges y resonantes de oraciones hanse hundido hasta las ruinas; apenas acierta el viajero, socavando mares de arenas, á encontrar, no ya el esqueleto, el espacio donde residieron esas ciudades coronadas por millares de torres, y la blanca tímida paloma por los buriles asirios cincelada en humildes ladrillos todavía bate sus alas sobre la cumbre de nuestros altares y bajo los solios de nuestros púlpitos, significando lo que significaba entonces, una representación material del espíritu divino en la tierra.

Pero continuemos la historia de Semíramis ó, mejor dicho, la tradición de Semíramis, para demostrar cómo una mujer significa y representa en su persona la cultura de los caldeos imperios. Formados éstos de razas tan contradictorias como ya hemos dicho, necesitaban que superior unidad los mantuviese con su fuerza y los coronase con su brillo. Y como antes que la fuerza en las antiguas regiones asiáticas servía la superstición, todos los reyes trataban de unir ó entroncar su nombre y su sangre con los dioses, á fin de tener un título á cuya virtud pudiesen imperar sobre la tierra. Nino se decía descendiente de Belo, el dios de los combates, é invocando esta militar ascendencia, dilataba por tierras y tierras sus conquistas. De un lado había

ido hasta los montes más altos de Armenia, y de otro lado hasta las puertas mismas de India. En la Bactriana combatía, y á Bactres asediaba, cuando, en lo más terrible del sitio y en la más apurada situación de su empresa, próximo á retirarse con vergüenza de su empeño, una mujer, vestida como las antiguas amazonas, con casco refulgente sobre la cabeza y áurea lanza en las manos, aparece por un punto de la muralla señalando el flaco único y la brecha fácil en aquella invencible ciudad. Nino pregunta qué diosa con apariencia de mujer se ha presentado á salvarle, y como le dijese que Semíramis, esposa de un sátrapa y general suyo, la separa del marido, quien se ahorca por esta separación, y la lleva consigo, trastornado de amor, al trono y al tálamo.

Semíramis representa la leyenda épica de la conquista del imperio asirio. Ella se levanta por montañas adonde no llegan jamás las nubes, y que tienen la tempestad y el rayo como cinturón de sus faldas; ella penetra en las selvas inexploradas del Trópico y ahuyenta, como Nemrod, las especies carniceras y enemigas del hombre; ella surca el Nilo en la barca de sus estanques babilonios y cuelga sus escudos en los templos de la Nubia, donde se oyen los temerosos oráculos de Ammón; ella funda Babilonia con sus millares de palacios y con sus millones de terrazas, llena de templos, donde todas las divinidades conquistadas se juntan, y de observatorios, adonde bajan las estrellas del cielo para referir sus secretos, ceñida de jardines abiertos en las altas rocas y velada por estatuas colosales, que

parecen testigos de los primeros días de la creación y mudos confidentes de los secretos del cielo y del desierto, simbolizando así en la epopeya y en la historia con esta vida tan alterada y al mismo tiempo tan rica en construcciones maravillosas, la gran civilización extendida por los desiertos que han limpiado de monstruos el cazador y la caza. Indudablemente las diosas en las viejas teogonías aparecen como encarnaciones múltiples de ideas. Y esto es y representa Semíramis representa el templo que no podrá ser turbado por el silbido y el arrastre de la serpiente, el dios que no podrá ser sorprendido por la turba de los chacales hambrientos, la torre altísima desde donde los astrólogos deletrean y descifran los misteriosos jeroglíficos que las estrellas trazan en sus elipses luminosas, el triunfo de la fuerza humana sobre la fuerza bruta, el espectáculo de la civilización defendiéndose contra las múltiples fatalidades, así del espacio como del tiempo, los luminares del espíritu que surgen esplendentes y deslumbradores sobre aquellos inmensos espacios del asiático desierto.

Este imperio, á pesar de su grandeza y de su extensión, veíase aquejado á la continua por una irreparable debilidad. A veces llegaba desde las puertas de Indias á las puertas de Nubia, y desde los montes armenios á los mares pérsicos. Pero, en la imposibilidad completa de contener tanta extensión dentro de un Estado, lo que ganaba en fuerzas materiales y en dimensiones desproporcionadas perdíalo en estabilidad. Dentro de la paz, y cuando todo, más aún que pacífico, parecía inerte,

levantábase un viento de los desiertos que batía los pueblos en armas, después de aglomerarlos en montones, y los conducía de un punto á otro á la guisa que conducen los vientos y los huracanes en sus alas montones y cordilleras de arenas. Unas veces Nínive luchaba con Babilonia; otras veces la Mesopotamia entera se deshacía y liquidaba en mares de sangre. Ya el semita pugnaba con el ario; ya el mongol bajaba de las mesetas del Asia como un alud terrible de fuego sobre las orillas del Tigris. Y mientras el armenio se resistía con toda suerte de resistencias al yugo asirio, asomaba el escita en irrupciones asoladoras, llevando por doquier el incendio y la muerte. Así cuéntanse tantos triunfos como catástrofes en los anales caldeos. Y junto á los nombres de Nino, Semíramis y Nabucodonosor, que representan la victoria, vense los nombres de Baltasar y de Sardanápalo, que representan la desgracia y la derrota. Pocos imperios tan formidables, pues, como estos de Asiria y de Caldea por el número de sus conquistas, por la fuerza de sus conquistadores; pero pocos imperios tan sujetos á eclipses largos, y aun á ocasos perpetuos, por su misma extensión y por su incomparable grandeza.

Así no puede menos de maravillarnos que sociedad tan por extremo necesitada de múltiples guerreros, como la sociedad caldeo-asiria, tenga en sus anales, ricos en guerreros, dos mujeres de tal autoridad y pujanza, que representan la conquista en toda su fuerza, la civilización aquella en todo su esplendor, y la victoria con toda su magnitud. Ya hemos hablado más arriba de Semíramis, hable-

mos ahora de Nitocris. Mujer de Nabopolassar, provenía del Egipto y en egipcio llamábase la Noche victoriosa. Como Semíramis, la ilustre antecesora suya, distinguíase tanto en el combate como en el trabajo. Para detener las ambiciones medas, combinó con los muros los ríos, defendiendo por medio de obras hidráulicas á Babilonia. Un lago, especie de artificioso mar, también sirvió para resguardo y seguro, proporcionándole así medios de inundar todos aquellos alrededores y detener las irrupciones. Dividida en dos partes la ciudad juntóla por medio de maravillosos puentes. Madre de Nabucodonosor, transmitió á su hijo toda la fuerza y toda la inteligencia que había empleado ella en el gobierno de Caldea. Nos hemos detenido ante las dos mujeres históricas de tan maravillosa región por un motivo bien llano, porque representan ellas, entre tantos guerreros y conquistadores, dos fuerzas provenientes de dos almas grandes y demostrativas del influjo que la mujer ha ejercido en todos los tiempos y en todos los pueblos. Nada más impropio de las facultades femeniles que los ejercicios indispensables para sostener un Estado complicadísimo por sus fuerzas múltiples y militar por su organismo interno como el Estado asirio. Mas cuando en sus rudas condiciones allega é ilustra dos mujeres del genio y del valor en Semíramis y en Nitocris reconocidos, prueba indudablemente que la mujer ejercía un grande influjo sobre toda aquella sociedad.

Con la misma facilidad que se había formado el imperio asirio en la hermosa Nínive, y el imperio

caldeo en la no menos hermosa Babilonia, formábanse otros imperios como el de los medas y el de los persas en torno suyo capaces uno y otro de sojuzgar y perder á sus dos ilustres modelos. Cuando Nabucodonosor llegaba en sus conquistas á la mayor y más extraordinaria pujanza, en términos de que Asia se durmiera como sierva infeliz bajo sus plantas, y él se adorara con orgullo á sí mismo en los altares babilonios, Daniel, un profeta imbuido en dos ideas capitales, en Dios y en la libertad, anunciaba cómo aquel poder fortísimo adolecía de males irremisibles y se resquebrajaba por todas partes, descansando su cabeza de oro sobre frágiles piés de barro. En efecto, la historia dice como los conquistadores todos pueden con mayor facilidad allegar una conquista que conservarla. Estos grandes ejércitos, compuestos por tribus á caballo, condénsanse con facilidad suma, y con la misma facilidad con que se han condensado se deshacen. El jinete, muy apto para el ataque, no tiene igual aptitud para la defensa. Imperios cabalgando siempre parecían los imperios babilonios. Y así acostumbraban á desmontarse, como se habían montado, con grandísima rapidez. Apenas el soberbio Nabucodonosor, aquel coloso de los desiertos, se había recostado en su sepulcro de granito, cuando trajeron los vientos rumores varios de amenazas terribles, diciendo que un pueblo de lejanos montes descendido se avecinaba é iba como torrente subterráneo á romper bajo las bases de Babilonia é inundarla con sus terribles irrupciones.

La voz profética de los hebreos anunciaba esta

catástrofe años y años seguidos, como si el desierto hubiese confiado á los hijos de Israel los misterios envueltos en el celaje dudoso de lo porvenir. Babilonia debía correr la misma terrible suerte que había infligido á Jerusalén. «Baja, gritaban los profetas, y arrástrate por el polvo, virgen hija de Babilonia. Asíentate aquí en la tierra y no en el trono, hija de los caldeos. No volverán las gentes á llamarte delicada y voluptuosa. Coge tus piedras y muele tu trigo como hace la triste hija de Sión. Desgarra tus velos y levántate hasta las rodillas la ropa mostrando tus piernas desnudas al vadear los torrentes, porque ha sonado la hora de que te veamos desnuda y nos enseñes tus vergüenzas.» Y cuando esto decían, nuevos templos y nuevos palacios se levantaban en Babilonia, con dragones de bronce á sus puertas, con toros colosales de granito á sus avenidas, con estatuas de plata maciza en sus altares, con planchas de oro cuajadas por piedras preciosas en sus maravillosos santuarios. Y, efectivamente, Ciro, el rey de los persas, iba poco á poco aproximándose por el Norte á Caldea, mientras llegaba, por desgracia de su imperio, un emperador predestinado á recoger en sí mismo y á representar todas las desgracias y todas las ignominias de su raza. El nombre de Baltasar, como el nombre de Sardanápalo, se parece al nombre de Augústulo, al nombre de Carlos II, á tantos otros nefastos como han oscurecido la historia y han maculado la tierra. Ciro tomó á Babilonia cuando Babilonia estaba por completo ébria de placer y entregada con enajenación verdadera en brazos de sus vicios.

Habíanse dormido en la borrachera y no se despertaron jamás. Aquellos tigres del desierto murieron pasados á cuchillo como reses en el matadero. El rey Baltasar ofrecía entre nubes de mirra é incienso, al són de suaves conciertos, un festín á mil cortesanos propios, en cuyo festín cada cual bebía según su dignidad. El rey, tomado ya del vino, mandó que se sirviera y escanciase á todos en vasos traídos del templo de Jerusalén aquellos embriagantes y ardorosos zumos. Una vez traídos, repartió sorbos y besos con sus voluptuosas concubinas. Y al mismo tiempo que apuraban el placer en las copas reservadas al Dios del espíritu, bendecían con loas insensatas los dioses de la materia. Y entre tantos vapores, tantas armonías, el olor de los pebeteros, el olor de los incensarios, el eco de las risas y de los besos, misteriosa mano escribió la terrible sentencia del imperio entre las emanaciones del festín. Vióla Baltasar, y se conturbó su espíritu, y se resintieron sus riñones, y se chocaron los huesos de sus rodillas, los dientes de sus quijadas. Entonces vino Daniel, é interpretando las palabras escritas en las paredes, anunció la muerte del imperio. Y apenas habíala con tristísima entonación anunciado, cuando los persas entran y degüellan al rey sobre los lechos mismos de su fiesta y entre los coros de sus viles cortesanos. Así cayó aquella tiranía levantada sobre las espaldas de tantos y tantos siervos. Una matanza horrible demuestra cómo se había colmado la copa de las iras celestiales. Lo que comenzó en una conquista concluyó en una orgía. Asiria y Nínive murieron peleando; Caldea

y Babilonia murieron bebiendo. La ciudad reina de los asirios no pudo sobrevivir á su derrota, y la ciudad reina de los caldeos pudo ser manceba y cortesana de sus enemigos. Los medas y los persas cargaron de oro sus carros é hicieron siervos á sus hijos. La tierra que la soportó, avergonzada de su tiranía y de su podredumbre, repelió sus escombros y sus cenizas. Ni el árabe nómada, ni el pastor errante levantaron allí su tienda. Los tigres y las hienas hicieron de aquellas casas habitadas por déspotas sus madrigueras. Hija de la aurora, estrella de la mañana, la ciudad que había deletreado los astros cayó en lo más profundo, en lo más negro de una fosa, y no se volvió á ver en el desierto ni el fuego fatuo que despiden los huesos abandonados á la soledad y á la tristeza de la noche. Estas grandiosas profecías de la libertad truenan aún sobre la frente de los tiranos, y muestran cuán divina es la eternal justicia de la historia.

Aquí, en Caldea, ya vemos con nuestros ojos mucho más determinado que allá en la India y en el Egipto los verdaderos tipos de la familia y de la casa oriental; imperio puramente militar, está fundado en la esclavitud y en la poligamia. Estas dos terribles plagas sociales demandan una casa en consonancia completa con sus tristes condiciones. Así las grandes casas de los asirios dividíanse todas ellas en tres apartamentos capitales: el serrallo, sitio de recepción, donde habitan los hombres; el harén, sitio de clausura, donde habitan las mujeres; y el kan, sitio de vergüenza y de pena, donde habitan los esclavos. El serrallo en los grandes palacios

asirios estaba compuesto por las habitaciones de mayor lujo y ornamento. Allí los patios aireados, los surtidores argénteos, las galerías pintadas, los suelos bruñidos, las salas ceñidas de telas multicolores y guardadas por colosales misteriosas esfinges. Junto al serrallo, habitación principal de la casa, levantábase una pirámide altísima, en cuya cumbre los magos y los astrólogos se juntaban por la noche para interpretar secretos de los astros y referírselos á los oídos de los reyes. Después del serrallo y del observatorio, veíase allí el harén. Su aspecto exterior indicaba bien el oficio á que se había destinado aquella construcción. Más que otra cosa parecía una cárcel. Dos puertas tan solamente franqueaban al acceso, y á cada puerta se veía una sala de guardia reservada para los eunucos. Sus espesas paredes no toleraban ni permitían ventanas. Un gran patio central, adornado con todas las riquezas propias del Oriente, servía de plaza ó cita en todo tiempo á las infelices mujeres, tan desgraciadas por lo menos como sus camaradas de cautiverio, los esclavos y los eunucos.

Así como aparejan las jaulas de suerte que las avejillas puedan imaginarse libres y sentirse contentas, aparejaban á las hembras orientales el recatado harén. La moderna erudición ha restablecido el patio central de estas viviendas extrañas en espacio que podríamos llamar sitio real de los emperadores asirios. El pavimento, bruñido de colores realzados por barnices y aceites, aseméjase á grandioso espejo; las fuentes, ascendiendo á las alturas en surtidores cristalinos, derrúmbanse con estrépito

sobre las tazas de mármoles; toldos teñidos en colores suaves defienden la luz y ciernen el aire; columnas revestidas de metales preciosos y semejantes á gallardas palmeras sustentan galerías cubiertas de alharacas multicolores y áureos enrejados; sobre bancos relucientes tiéndense cojines blandos, y sobre los cojines los cuerpos breves y cansados de las hastiadas odaliscas; en los intercolumnios, entrepaños de telas bordadas primorosamente ó de tapices primorosamente urdidos; á las esquinas y costados pajareras pobladas de canoras aves ó alhamies llenos de reliquias y sortilegios; por doquier la esclava que danza ó el eunuco que tañe arpas y salterios; mas en parte alguna aquella felicidad que sólo granjean una familia pura formada en libertad por el amor casto, el cual, sin excluir la satisfacción de los sentidos, eleva y fortalece las almas. Se han hecho tantas escavaciones en los desiertos de Caldea, se han hallado tantos bajos relieves, trozos en tal manera de sus templos, de sus palacios, de sus estatuas, que paseándonos por las salas del Louvre ó del Museo británico, parecemos en comunicación estrecha con tan apartadas gentes. Según bajos relieves que guarda el Museo de Londres, y que nosotros hemos visto mil veces, puede inferirse con certeza una vieja vivienda de los reales palacios asirios. Vese al rey tendido sobre un diván, el codo apoyado en blandos cojines, los piés envueltos en ricas cubiertas, sosteniendo con una mano la flor del loto y con la otra la copa del festín, mientras enfrente, sobre un escabel, sentada en silla regia, ce-

nida de corona mural, ambas orejas desgarradas por gruesas perlas, el cuello relumbrante de pedrería y la veste de incomparables brocados tejida, vese la reina delante de una mesa con insignias reales y entre varios eunucos, renovando éstos el aire con sus abanicos de rizadas plumas, ofreciendo aquéllos en preciosos tarros olorosas esencias y tocando todos instrumentos músicos bajo doseles de pámpanos y flores y ante trofeos de antiguas victorias, en los cuales resaltan los tristes rostros de viejos enemigos muertos y descabezados.

Nada tan horroroso como los rebaños de siervas que rodean estas altas eminencias. Un cortejo de esclavas sigue por doquier á la reina, esclavas que comparten á veces con ella los favores reales y que tocan en el mismo día los dos extremos de la mayor excelsitud y de la mayor miseria. La conquista eterna traía consigo el pillaje perpetuo, y el pillaje perpetuo alimentaba los harenes de terrible y vergonzosa esclavitud. Mujeres de todas las castas vecinas y de todos los territorios, ó asaltados ó sometidos, poblaban aquellas ciudades tristísimas de la servidumbre, cien veces más horribles que las ciudades funerarias. Hijas, esposas de reyes altísimos habían pasado de un golpe desde sus tronos al tálamo vergonzoso de sus vencedores. Muchas llevaban perpetuamente las argollas recordatorias á un tiempo de su grandeza y de su esclavitud. El ocio engendraba bien pronto la corrupción, y la corrupción engendraba bien pronto el embrutecimiento. A lo sumo divertían estos ocios tristes y los placeres embrutecedores urdiendo y bordando

telas con un arte y con una paciencia incomprensibles. Las franjas, los flecos, los tapices, no tenían igual. Aquello no era una casa, era un cuartel. Entre siervos y siervas había en aquellos palacios más de veinte mil. Y para proveer á las necesidades múltiples de tan numerosa familia, salían á combate con frecuencia y depredaban á los viandantes sin piedad. Tal era la organización de aquella familia, en la cual no podían prender de ningún modo los grandes sentimientos. Entre los eunucos, los harenés, los esclavos, el alma de la pobre mujer se descoloraba y se perdía sin poder cumplir ni sus deberes de esposa ni sus deberes de madre.

Si de tal suerte se hallaban constituidas las clases altas, las inferiores, por su parte, hallábanse constituidas en tribus. La poligamia estaba permitida por las leyes y por las costumbres. Mas no era verdaderamente asequible á los pobres. Dejábale á cada cual el número de mujeres que podía mantener. Así el harén real no tenía límites, y se reclutaba en todos los combates después de todas las victorias. Hanse hallado en las inscripciones de los harenés dichos tan vergonzosos que los historiadores más fieles no se atreven á reproducirlos por no manchar las páginas de sus historias. El dios Nisroc presidía de antiguo las bodas. Cada padre debía dar en dote á su hija cualquier inmueble por pequeño que fuese. Los campos ó los edificios constitutivos de la dote se hallaban preservados por tales anatemas, que nadie hubiera sido seguramente osado á tocarlos. Ciertas piedras con sus correspondientes inscripciones contienen estos anatemas:

La Biblioteca Nacional de París posee una. Todas las divinidades, tanto del cielo como del infierno, vense conjuradas allí á mantener con el signo de la propiedad la propiedad misma. Dolores acerbos y sin remedio para la vida, ceguera para los ojos, veneno para las entrañas, hasta sangre para la orina se pide á los dioses del cielo y del infierno contra los desconocedores del derecho, contra los capaces de quitar á los campos estas piedras donde constan sus varios adquiridores y el derecho con que los han adquirido. La familia, ya lo hemos dicho, estaba constituida por una tribu, y la tribu exigía en su dirección el despotismo de un patriarcado. Si un hijo negase á su padre tendrá éste derecho de reducirlo á servidumbre y de venderlo por dinero. Si un hijo negase á su madre, raparánle radicalmente la cabeza, y después de pasearlo en procesión burlesca por toda la ciudad, pondránlo á sus puertas á fin de que no le quede otro refugio sino el desierto inmenso. A su vez, cuando padre ó madre negaban ó desconocían sus hijos legítimos, la ley castigaba esta negación y este desconocimiento encerrando á sus fautores en su casa como si fuera una cárcel.

Cuando la mujer faltaba de cualquier modo á su marido arrojábanla violentamente al río. Si el marido faltase á su mujer, salía del paso con liviana multa. No podía en aquella sociedad haber hombres independientes. Quién salía de su familia ó de su tribu, entraba casi en el sepulcro. Y cuando se piensa que todo esto se hallaba fundado sobre la esclavitud más terrible, compréndese



las desgracias y las catástrofes que cayeron sobre las ciudades asirias.

Imposible comprender aquel imperio sin comprender el esclavo. Perpetuamente constreñidos á la guerra estos emperadores por la condición de su autoridad y por la naturaleza de su imperio, el despojo capitalísimo y el fruto sabroso de sus combates hallábase por necesidad en la horrible servidumbre. Los ejércitos de jinetes corrían á los cuatro puntos cardinales del aire, y talaban y saqueaban las regiones abiertas á su voracidad para traer consigo en tropel efectos materiales, riquezas tangibles, bestias domésticas y hasta familias humanas. En las puertas bronceas del palacio de Balawat vese curiosísimo bajo relieve que muestra la crueldad usada por caldeos y asirios en los tiempos primitivos con los prisioneros de guerra. En las paredes de un edificio penden cabezas apartadas de sus troncos. No lejos de tal espectáculo, piés, manos en todas direcciones, como si de un matadero se tratase. Sobre un palo el cuerpo de un siervo, á quien han cortado las extremidades de sus piernas y las extremidades de sus brazos. Frente á este horroroso y repugnante suplicio, soldado caldeo de luenga barba, de malla ceñida con cinturón al cuerpo, de tiara en la cabeza, de aguda espada y ancha rodela en el hombro, trucidar un siervo como pudiera un matarife trucidar una res en la carnicería. La humanidad camina con pie tan tardo hacia su generación, que la servidumbre impuesta por los vencedores al vencido resultó á la postre un progreso y un progreso tangible sobre todos los crueles actos de otros tiem-

pos más feroces. Hasta hubo siervos privilegiados en aquella ergástula horrible. Tobías, cuya vida refiere la *Biblia*, resulta en la historia el perfecto tipo de estos siervos cuidados por sus señores. Daniel mismo, al subir desde la esclavitud á la privanza en los palacios asirios, demuestra como sucedía en Babilonia y Nínive lo que más tarde sucediera en Roma, y es, á saber: la concesión de arbitrarios favores á los siervos complacientes con los déspotas ó que á los déspotas placían. Así la esclavitud tan célebre de Israel, no resulta, bien apreciada, de una crueldad semejante á la ejercida con otros pueblos vencidos. Jeremías mismo confiesa que su gente halló en la tierra de los caldeos, como en la tierra prometida, higos dulcísimos pendientes de verde ramaje, granadas abiertas de granos frescos y dulces, en las vides racimos, en los odres leche y arroyos de miel en las cortezas de los árboles. Naturalmente, no podían tales ventajas compensar el incendio de Samaria, las ruinas que cubrían el monte Sión, los fragmentos del santuario desparramados por los caminos y por las encrucijadas, la separación de una ciudad tan querida como Jerusalén, y los profetas colgaban de los sauces funerarios las arpas plañideras para que las tañesen los vientos y les arrancasen dolorosos gemidos.

Mas esta poesía, que nos describe la esclavitud israelita en Asiria, no puede, no, darnos idea de las diferencias existentes entre la condición de tales siervos y la condición de otros, mucho menos conocidos en la historia, pero mucho más probados en las realidades y tristezas de nuestra pobre vida.

En el Museo británico, donde tantas antigüedades asirias hoy resplandecen, he visto yo así el convoy de prisioneros conducidos en guisa de rebaños á los rediles ninivitas como los oficios desempeñados por los siervos tristemente oprimidos. Da terror la contemplación de los instrumentos empleados en impeler los siervos al trabajo. En cuanto alguno desfallece ó se descuida, un palo, un látigo, un garfio, un botón de fuego le despierta y anima con su horror. Esas esfinges talladas en una piedra colosal, que pesan como un monte, han sido conducidas al sitio donde radican sobre las espaldas de los esclavos. Muchos de ellos, además del pesado pico puesto en su puño, llevan argolla, pesadísima también, á la rodilla y al tobillo, después de haberlos llevado al taller y al campo de sus esfuerzos en férreas jaulas como á feroces bestias. El derecho penal no escrito, sino entregado á merced y arbitrio de los señores, inventa con una cruel fecundidad toda clase de martirios. Los empalan, los despellejan, los crucifican, los arrancan los ojos con hierros candentes, los trucidan en pedazos como el tigre á sus presas y los entierran vivos.

Nuestro ilustre amigo Layard, á quien debemos tantas y tan luminosas revelaciones acerca de los antiguos pueblos caldeos, nos ha dejado una descripción del traje de los esclavos tomada con la mayor exactitud posible de los antiguos bajorelieves. Desnuda la cabeza, corta y rizada la barba, tallado el cabello de suerte que no pudiera confundirse de ningún modo su peinado con el peinado de sus señores, vestían trajes extranjeros, distintivos

de su dura y terrible condición. Burda túnica sin mangas cañales hasta la mitad de las piernas, y burda capa cubierta con escamas de pescado cañales de los hombros. Algunos de los dados á ciertos oficios ni trajes tenían. Un gorro redondo significaba la servidumbre última. En cuanto á las mujeres, ciñen unas corto velo que solamente les llega en su cortedad á los hombros, mientras llevan las más el cabello desceñido y suelto. La condición del sexo bello no era materialmente de aquella crueldad que la condición del sexo fuerte; pero, en cambio, era de mayor infamia y de mayor vergüenza moral. No padecían las mujeres los horrores de derecho penal impuestos á los hombres; pero, en cambio, esclava y manceba de su señor aparecían como dos palabras sinónimas. Encerrábanlas, por regla general, en el harén, y allí las tenían recluídas á merced por completo de los caprichos del déspota. Horrible sociedad aquella. Digna de compasión la mujer esclavizada y envilecida en el harén; pero más digna de compasión aún la mujer á quien se le permitía por costumbre alguna libertad, pues tal infeliz estaba como fuera del mundo, sin amparo y sin auxilio alguno, expuesta en su debilidad á todas las inclemencias con que puede azotar á los mortales, así la dureza de los elementos como la dureza de un medio social pervertido y vicioso. Así teníase por la mayor desgracia que pudiera ocurrir á una mujer esclavizada el no gozar de las infames predilecciones del amo.

En la prostitución estaba la salud y la esperanza de gentes tan desgraciadas.

Naturalmente, cosas las esclavas, comprábanse y vendíanse como se compran y se venden todos los objetos de comercio en este mundo. Y al venderlas y comprarlas no se tenían para nada en cuenta los afectos más caros al humano pecho. Como no se las creía capaces de pudor á las infelices, no se las creía capaces de ningún otro sentimiento. El que más hondamente arraiga en el corazón de las mujeres, el amor maternal, no detenía, no, á los bárbaros déspotas.

¡Cuántas veces la madre lactaba su pequeño, mirándolo con éxtasis maternal, el más sublime de todos los éxtasis, y venía un sayón desapoderado á separarle del regazo y del pecho aquel fruto de sus entrañas con la misma indiferencia que si arrancara un fruto á los árboles! Naturalmente, por mucho que las costumbres sociales acallen las voces del corazón, por mucho que los medios ambientes transformen la naturaleza humana y ahoguen con la repetición de actos conocidos bajo el nombre de costumbres el espíritu, sus ideas y sus afectos, no se puede, no, destruir en instituciones tan bárbaras como la esclavitud, impulsos como el pudor tan propios y naturales al sexo débil ó afectos tan profundamente arraigados en su ánimo como el amor de madre. Por eso, cuando nos inclinamos á los abismos que se han tragado los imperios caldeos, no podemos menos que sentir el vapor de sangre y lágrimas elevadas desde sus senos á la eternidad, y ver en la desgracia que los ha castigado, en la destrucción irremisible que ha desvanecido hasta sus cenizas, una sentencia definitiva é in-

apelable de la inmanente justicia que preside al tiempo y á la historia.

Herodoto cuenta muchas particularidades extrañas aún respecto de las mujeres que no se veían en la triste condición de siervas. Entre otras cosas, dice que las vírgenes núbiles, á la hora de casarse, iban á público mercado, llevadas por sus padres, y una vez allí, distinguíanse y separábanse las hermosas de las feas, y según el grado é importancia de su hermosura respectiva, los mozos núbiles pagaban una cantidad mayor ó menor de oro y plata por ellas. Pero esta cantidad no les pertenecía á las hermosas; reservábase de antiguo para dotar á las desgraciadas y á las feas. El mozo que codiciaba una hermosa joven tenía que pagarla, y la cantidad á este fin dispuesta entregábase por los magistrados al joven conforme con tener una mujer fea. Por tan extraño modo, las predilectas y favorecidas de la naturaleza dotaban á las deformes y á las desgraciadas. Pues aun refería más Herodoto, aun refería cómo la mujer estaba en el caso de prostituirse por lo menos una vez al año para congraciarse con Milita, la Venus asiria, cuya religión exigía este tributo anual á los amores carnales, de los que creíase protectora y abogada. Según Herodoto, en el día litúrgico señalado por todos los calendarios, debían ir las mujeres al templo y ofrecer en holocausto carnal amor á sus dioses. Rica ó pobre, patricia ó plebeya, por mandatos de su religión, tenía que darse al más desconocido y al más extraño una vez anualmente, cuando el desconocido y el extraño le arrojaba objeto de cierto valor á las rodillas en el

templo. Parece todo esto de suyo tan por extremo inverosímil que, aun refiriéndolo autor del crédito alcanzado por Herodoto en los asuntos orientales, no podemos creerlo. El harén está en tales misterios envuelto, que todo en él se cree posible, y fábula é historia sacan de todos estos misterios escándalos increíbles.

Al Un pueblo así debía originar ciertos seres fantásticos, prestados luego á todas las literaturas y á todos los tiempos. El asirio no se contentaba con una contemplación verdaderamente sencilla y una ciencia humana de la naturaleza; veía en su imaginación algo más allá de la materia universal, y á ese algo fantástico se le llama en todas las lenguas magia. No podía creer un hombre de aquellos tiempos en la inmutabilidad y en el rigor de las leyes fatalmente cumplidas á todas horas y en todas circunstancias por el universo. Creyendo á éste una especie de Dios arbitrario, el cual oye los votos que le ofrecen y aspira el incienso que le queman, y cambia de voluntad y pensamiento según que giran más ó menos en torno suyo las humanas promesas y las humanas plegarias, proponíase tornar lo propicio, cuando estaba iracundo, con amuletos, con cábalas, con sortilegios, con grandes encantamientos. No les bastaba, no, á gentes así, tan exaltadas en sus fantasías, estudiar el curso de los astros y fijarlo en sus astronómicas tablas; creían más de aquello que les presentaban las observaciones continuas y los estudios incesantes; creían que cada estrella iba trazando en el empíreo cifras destinadas á dirigir la suerte de los mortales, y que

cada hombre tenía su horóscopo escrito con caracteres de fuego en la celestial inmensidad. Esta propensión á poner las fuerzas mágicas sobre las fuerzas naturales y á ligar el destino de cada mortal con el curso de cada estrella, produjo artes como la quiromancia y astrología, escudriñadoras de lo porvenir, ó en el mapa de nuestras manos ó en el mapa de nuestros cielos. Así los seres extrañísimos, que tantas veces nos han quitado en nuestra infancia el sueño, las brujas de nuestros sábados, caballeras en cañas de pobrísimas escobas, y cuyas carcajadas se mezclan á una con los bramidos del viento y con los toques de ánima en las largas veladas invernales, provienen de Caldea y se explican por la magia y por la quiromancia babilonias. Y estas ciencias y estas artes astrológicas añadían ciertos aspectos al sexo hermoso, no sospechados en tiempos anteriores. La bruja envuelta en su manto de tinieblas, especie de ave nocturna, cuyos ojos centelleantes fosforescían en el seno de los grandes misterios, ligábase con la luna melancólica y sus pálidos rayos. A los aspectos del astro de la noche uníanse diversísimos horóscopos. Cuando la luna se dejaba ver el primero de mes, la faz de Caldea se apaciguaba y alegrábase á su vez el corazón de los caldeos. Si la luna parecía pequeña y como en disminución, á la simple vista, llenábanse los graneros; si la luna tomaba el mismo aspecto que al día primero en el día veintiocho, mal augurio para los países de Occidente. En cambio, la luna visible por los días treinta auguraba bien á los pueblos de Acad, y mal á los pueblos de Siria.

Véanse, pues, los caracteres capitales de aquella civilización y sus relaciones con lo que podíamos llamar el lado femenino de nuestro universo.

En cuanto á la religión, bien puede llamársela un culto material consagrado al cielo visible. Pocos dogmas, ninguna metafísica; pero una devoción grande á los doce meses del año que dividen el tiempo, y á los doce signos del zodíaco que dividen el espacio. Si en la religión de los vedas existía un culto á la luz primitiva, etérea, casi espiritual, en la religión de los caldeos existe otro culto á la luz también, pero concentrada en grandes astros. No debe maravillarnos, pues, que haya en su liturgia una docena de primeros dioses, como hay en el año una docena de meses, y hay en el zodíaco una docena de signos. Cada dios tiene su compañera en Caldea. Astarte llámase la primera entre sus diosas y tiene dos templos, uno en Nínive, otro en Arbelas. A esta personificación femenina de lo celestial y de lo divino se le dan ó prestan varios nombres en una letanía sin término. Ya se la llama señora del mundo orgánico, ya soberana de las ondas, ya reina de los combates, ya espíritu del planeta Venus, ya depositaria de los gérmenes que producen el mundo, ya estrella del río Tigris, ya como árbitra de los infiernos. Seméjase mucho á la Hecate griega, y aun puede asegurarse con razón que tal diosa de las sombras proviene del pueblo de la luz. Sus fases concuerdan con las fases del astro de la noche. Por ende lleva tres nombres, como su creciente, su menguante y su plenitud. De aquí sus caracteres contradictorios, pues unas veces brilla

con su lanza guerrera en las manos como si fulminara desde las alturas orientales y tras las nubes tonantes los rayos del cielo, mientras otras veces brilla como la diosa del hogar, con tierno niño sentado en sus rodillas y la blanca paloma batiendo las dos flexibles alas sobre su frente. Así puede asegurarse que todas estas hembras alzadas á lo divino representan las evoluciones perpetuas de la parte femenina del universo, hasta llegar á su completo desarrollo. Pero, machos ó hembras, los dioses asirios personificaban de suyo fuerzas de la naturaleza. Cuando el sol amortiguaba su calor y sus rayos en el invierno, desapareciendo pronto así del cielo como de los humanos ojos, creíanlo afeminado y le daban un nombre femenino. No tenían las diosas aquel poder y aquella divinización que les reservaba la teogonía india en su trimurti, pero venían á ser personificaciones varias de los elementos múltiples que hay en la naturaleza.

Lo que más caracteriza el lado femenino tramundano es la existencia de genios diabólicos hembras, desconocidos en nuestra teología. Sabido es que nosotros figuramos, así en los espacios fantásticos de la imaginación como en los históricos del arte, varón, macho, al diablo. Sucede con los ángeles malos exactamente lo mismo que sucede con los ángeles buenos. Hay serafines en el empireo católico, no hay serafinas. Hay querubines en el mismo empireo, no hay querubinas. Hay diablos en el infierno, pero no hay diablitas. Jocosamente podemos aplicar este nombre á las mujeres, no tanto malas como listas, y alegres, y retozonas, pero

no podemos trasladarlo á la liturgia religiosa. No sucede lo mismo en la liturgia caldea. El diablo mujer existe y se llama Lilitha. Su nombre y su poder alcanzan tanto influjo que trascienden á la literatura rabínica. En las profecías múltiples contra Edón siempre aparece tal diablo hembra. Llévalo también á su poesía religiosa el pueblo árabe. Cuéntase de semejante monstruo que devora con crueldad á sus hijos. Enemiga de los recién nacidos, porque pueden acrecentar las fuerzas del bien y convertirse hasta en ángeles del éter, deslízase taimada en los talamos de las recién paridas y acaba por traición cruel con sus pequeños. Inmundas estas mujeres del infierno, llenan de inmundicias la vida, y al contacto de sus besos y al calor de sus entrañas brotan demonios lascivos, los cuales van sembrando lujurias por todas partes. Bien es cierto que las regiones infernales hallanse gobernadas en la teogonía caldea por un matrimonio verdaderamente diabólico. Este matrimonio se compone de Nergal, dios de la guerra, y de Istar, á quien muchos creen Artaste misma y á quien otros creen hermana de esta diosa. El matrimonio guerrero debe residir en una fortaleza, y una fortaleza es el infierno caldeo. Para que se vea toda la inmanencia de un pensamiento en la historia, precisa decir ó recordar que Dante figuró también como una fortaleza en la Edad Media el infierno. Las cábalas y astrologías dan á los números un grande influjo en la vida. Y á su vez las religiones astronómicas, necesitadas de contar y de contar muchísimo, elevan la numeración á una especie de dogma. Siete

resultan las esferas planetarias; pues siete resultan á su vez los muros que cercan el infierno, tanto en la poesía caldea como en la poesía dantesca. Se cae, como caen los gusanos de los árboles, en el mundo de las tinieblas. Nadie vuelve de allí. Istar, la hija de Siva, dirige los seres condenados al fondo de los abismos eternos. En su casa, toda ella oscuridad y duelo, á la cual conducen caminos horribles que no pueden desandarse, ¡ay! se llega con vista. Pero al penetrar sucede la ceguera increíble al resplandor. En cuanto llegan los seres condenados al infierno, brótanle alas parecidas á las alas del murciélago. La cólera se apodera de sus hígados, y llanto de desesperación graniza en su rostro demudado. El descenso de Istar á los infiernos explica en la teogonía caldea los orígenes del mal sobre la tierra. Así el principio femenino lo domina todo, penetrando desde la cuna del cielo hasta los más hondos abismos del infierno. He aquí, pues, la influencia natural ejercida por la mujer hasta en aquellos pueblos de carácter guerrero y de organización militar, que daban de sí grandes y formidables imperios. La casta, la poligamia, el harén, todo cuanto disminuye la influencia del bello sexo, no bastó, ni en el seno de Caldea siquiera, ni en el seno de los pueblos afines, á extinguir la suave luz que difunde y el vivificante calor que presta de suyo á todos los seres el eterno ideal femenino.

En el Asia no existían solamente los imperios que acabamos de mentar; existían también otros, los cuales han determinado el movimiento de la civilización universal, y como han determinado el

movimiento de la civilización universal, merecen, por nuestra parte, un estudio profundo, si hemos con algún empeño de averiguar las condiciones por donde pasara el estado social del sexo hermoso en la humana historia. El Éufrates y el Tigris, juntos en ciertas edades geológicas á su desembocadura y en otras edades geológicas separados, desaguan en el golfo Pérsico, y por las riberas del golfo Pérsico, cual por las riberas del Ganges y del Indo, extiéndose una parte de nuestra raza madre, una parte de los antiguos arios. Concentradas estas tribus, poco después del diluvio, en la meseta central del Asia, hoy todavía incentivo á tantas competencias, cuna de pueblos conocida con el nombre de Bactriana, debían bajar pronto, merced al impulso inconsciente que llevan las emigraciones de los montes á los valles y las extiende por las dos riberas de los ríos hacia su desagüe y desembocadura, en pos y busca del inmenso mar. Aunque una parte de tan gran familia debía descender al río Indo y otra parte al golfo Pérsico, por lo cual tomaron pronto sendos dialectos apropiados al medio en que habían de vivir y al fin que debían realizar, una lengua común antigua muestra la identidad consustancial de sus dos almas. Y en esta lengua llamábanse todos arios, que tanto quiere decir como noble y venerable, nobleza nativa en ellos, veneración impuesta por su virtud y por su genio á todos los demás. Y no puede negarse que tal nombre, más ó menos alterado por la pronunciación, sus raíces han ido, llevadas por la emigración de nuestros padres, desde bactrias ó

arias á los golfos Indio y Pérsico; desde tales golfos á los archipiélagos helenos é itálicos; y desde tales archipiélagos á la Esclavonia por un lado, á la Germania por otro, á las islas de los mares del Norte nuestro europeo, donde aun hallamos coronada de agudas espigas y lanzando ayes á los cuatro vientos la triste Irlanda conocida con el nombre prestigiosísimo de Erin. El oro, buscado instintivamente por Alejandro en sus maravillosas correrías, dividió las dos porciones de tan excelsa familia histórica. En el Oriente de la Bactriana campearon los ario-iranos que debían poblar Persia é India, mientras al Occidente los ario-juvenos ó jóvenes, que debían poblar nuestra Europa. El javan de la *Biblia* y el jonio de la Grecia pertenecen ambos á esta privilegiada madre raza, delante de la cual debemos nosotros postrarnos de hinojos como se prosterna el nietezuelo delante de su vieja y venerable abuela.

Dividido su territorio en dos vertientes, separábanlo de los escitas del Norte inmensas soledades completamente llanas, y de los medas y de los caldeos al Occidente los desiertos de Carmania que parecían Océanos inacabables. País quebradísimo de cuyo presentaba climas opuestos, y en los climas opuestos espacio y medios suficientes á que todas las grandes aptitudes se desarrollaran y todos los fines humanos se cumplieran en su apropiado escenario. El monte ceñido de nieves eternas y el valle fecundo en provechosísimas faunas y flores; los ríos, corriendo entre bosques de sabrosos frutales y guirnaldas de olientes espontáneos

ramilletes junto á estepas frías y á selvas inextricables; el sol de la zona tórrida con sus ardores insufribles y el viento boreal de los polos con sus niveos huracanes; el témpano de hielo en ciertas alturas, y no lejos el almendro, el plátano, la higuera con sus azucaradas frutas, el desierto por doquier, y en ese desierto los oasis ricos de ganados; todos estos contrastes por tal manera educaban y disciplinaban las razas obligadas á soportarlos y sufrirlos, que habían de tener por fuerza todas ellas, desde su nacimiento, un carácter intelectual sintético y una incontrastable aptitud perpetua para conformarse con todos los climas y recorrer y habitar todo el planeta. De tal condición la facilidad con que los arios han penetrado en selvas primitivas como las selvas de India y en desiertos desolados como los desiertos de Caldea; su aparición en esos paraísos llamados islas mediterráneas, y en esos infiernos de hielo llamados estepas rasas; sus distribuciones por orillas tan oscuras como las orillas del Támesis y por orillas tan luminosas como las orillas del Po y del Tesino; la increíble aptitud para quedarse arraigados entre los témpanos del Báltico cual entre los aromas del Tirreno, y la cultura que han extendido por todo el orbe y de la cual podrá con justos motivos la humanidad envanecerse hasta la consumación de los tiempos. Y ya levante las pagodas que se miran en las aguas del Ganjes ó los minaretes que saludan la rosa y el ruiseñor en Teheran, ya talle la estatua griega bajo el cielo de Ática ó se tienda en la carreta escita para llevar por doquier la guerra, siempre hay allá en

el fondo de su conciencia una serie de pensamientos y en el fondo de su vida otra serie de costumbres, destinadas las dos, innegables, á probar, tanto la unidad espiritual, cuanto la unidad filosófica de raza tan excelsa y tan idéntica en medio de sus diferencias por el carácter y por la historia.

Nosotros debemos limitarnos á verla, ó, mejor dicho, á ver las condiciones de su mujer en Persia, Media y Siria; pero dada su formidable unidad, no haríamos nada sin recordar lo que nos parece fundamental en toda ella y á todas sus familias ó ramas extendido y común. A la gran ciencia contemporánea, conocida con el nombre de filología comparada, y que debe de sus descubrimientos envanecerse, como la geología, como la paleontología, como la fisiología, como la anatomía comparada, como tantas otras nuevas, debemos el conocimiento de las ideas capitales y aun de las instituciones primitivas que señalan la feliz aparición de los arios en el mundo. Aun estaban las dos familias en su común patria cuando tenían, según las palabras de sus lenguas, desde propiedad hasta familia. En las tierras jaféticas, regadas por el Oxo, habían reunido los tres animales domésticos más propios para proveer á la humana civilización: el perro, que facilita la caza; el buey, que facilita la siembra, y el caballo, que facilita los viajes. Y no sólo poseían estos animales domésticos tres mil años antes de Cristo, sino los grandes instrumentos de trabajo, como el hacha, y trabajos tan importantes como la elaboración del oro. También poseían joyas más ó menos groseras y vasos más ó menos bien dispuestos. No



eran los arios por aquel entonces, en sus primitivas apariencias, guerreros errantes y nómadas, como los árabes y los escitas, acostumbrados al camello, y al carro, y á la tienda; poseían el hogar, la casa fija que, según Pictet, se llamaba en sanscrito con el nombre de *dama*, y con los nombres de *domos* y de *domus* en griego y en latín. Por todas estas razones, concluidas de su lengua, bien podemos decir que las razas arias aventajaron á todas las razas terrestres en aptitudes fundamentales para la civilización y para la humana cultura.

No podían faltar entre gentes tan privilegiadas ni la familia, ni la sociedad, que se corresponden y se completan. Pueblos de tal superioridad habían por fuerza, en sus mismos comienzos, de ser pueblos monógamos ó de única esposa. El matrimonio proviene tan sólo de la inclinación espontánea y mutua entre los amantes. Una vez convenido, la sociedad lo consagra, ó bien por medio de sus instituciones civiles, ó bien por medio de sus instituciones religiosas. Simbolízalo el cruzamiento de ambas diestras, la diestra del novio con la diestra de la novia. Toma de manos se llaman las nupcias. El esposo coge la mano derecha de la esposa y pronuncia, cogiéndola, ciertas fórmulas sagradas. Montado el padre de la novia en carreta tirada por dos bueyes blancos, ofrece aquella vaca litúrgica en los tiempos antiguos adscrita solamente al festín de la boda, y más tarde guardada para servicio del matrimonio en los hogares. *Godana* se llamó á la dote allá en sanscrito, y *godana* significa, ó quiere decir, dón de una vaca.

Todas las ceremonias empleadas por el *pater familias* romano provienen de sus abuelos ilustres los arios. El marido abre los cabellos, ó hace la raya en la cabeza de su esposa con flecha ó lanza, y al atravesar el umbral ó limen del común techo, le presenta el agua y el fuego. Ya dentro, su condición se diferencia mucho de la condición deplorable que sufren las otras mujeres orientales en el recatado pero triste harén. Esposa única, madre de la familia, reina del hogar, oráculo de los dioses lares, obtiene todo el culto que merece, quien perpetúa con su amor las gentes y las inicia con sus soberanas instituciones en la educación. El ario diviniza siempre la mujer y el matrimonio. La grande autoridad marital, como á su vez la paterna, está dirigida, mejor dicho, suavizada por el amor. Así el nacimiento de un niño, que da regocijo y acrecienta la felicidad y aleja el dolor, merece á la inspiración aria estrofas y más estrofas en los himnos sacros. No distingue, no, pueblo tan sabio entre los regocijos causados por el nacimiento de niño y los regocijos causados por el nacimiento de niña. Los dos merecen sus religiosos saludos. Y el sentimiento de familia penetra con tan grande intimidad en toda la tribu y trasciende tanto á todos sus individuos, que los hermanos alcanzan dulces nombres en la dulcísima lengua. Hermanar quiere decir tanto como sostener, tanto como amistar, tanto como prestarse unos á otros los venidos á una de la misma raíz auxilios y consuelos. Las funciones domésticas están admirablemente designadas en la hermosa lengua. El niño purifica la casa, la niña

cela el ganado, el padre con su nombre de protector representa la grande autoridad suprema, y la madre, santa piedra del hogar, equivale á creadora en todas las acepciones de su nombre. Desenvolviéndose la familia forma la tribu, que tendrá mucho parecido en pueblos tan distantes como el Irán, la India, la Escocia, la Servia, pueblos análogos por su fundamental origen ario. Así como á la cabeza de una familia se halla el padre, á la cabeza de una tribu se halla el patriarca. Y el padre y el patriarca ejercen la suprema grande autoridad. Mas no la ejercen en absoluto, sino que tienen alrededor de ellos un consejo compuesto de ancianos que deben presidir todos familia y ejercitarse con tiempo en ella para subir luego á superior autoridad y á supremas funciones. Así del padre se derivaba el Estado, mientras de la familia se derivaba la tribu y de la tribu se derivaba la sociedad.

Dividieronse los arios en indios é iranos. Los indios se dirigieron á las orillas del río que lleva su nombre, y los iranos se dirigieron á la Persia y á la Media. Otra importantísima emigración se verificaba también, coincidiendo con estas emigraciones puramente orientales, aquella que debía extenderse por el Occidente, ó sea por las regiones de nuestra Europa. Estas tres grandes ramas de la familia indo-europea, la rama del Indo, la rama del Irán, la rama del Occidente, no tenían más que una sola raíz, y es, á saber, la raíz puramente aria. Al separarse ambos hermanos hállanse á una en el paso desde la vida pastoril á la vida superior agrí-

cola. El pastoreo se compadece perfectamente con los pueblos nómadas, mientras exige cierta fijeza en sus fundamentos y cierta organización en sus fuerzas una sociedad que ha de relacionarse con la tierra y ha de cultivarla. Y si los arios se han dividido en indios é iranos, los iranos divídense, á su vez, en medas y persas. Entre iranos é indios levantóse una gran cordillera, y esta cordillera los apartó por tal modo, que ideas y palabras desarrolláronse aparte y tuvieron caracteres diversos. Los iranos diversificáronse por su parte, yéndose los unos á Persia, yéndose los otros á Media. Con sólo ver un gran mapa del Oriente y pararse ante la vasta región conocida con el nombre de Irán, ven-se las causas materiales que producen esta distinción entre Persia y Media. Dificiles sus relaciones, diverso su clima, apartados por grandes y temerosos desiertos, debían constituir dos estados, y estos dos estados distintos adoptar la forma propia del Oriente, la forma de grandes y colosales imperios.

Todos los movimientos orientales, todos, sin excepción alguna, se determinan por una idea religiosa. Los arios, ya en las mesetas centrales del Asia, durante su primer aparición, habían llegado á la religión del vedismo, que mantenían á una con verdadero amor, y de cuya religión hemos tratado al tratar del bello sexo en las orientales Indias. Asaltado el vedismo por una revolución religiosa, por la reforma y por la revolución religiosa de Zoroastro, debieron contrastarla y combatirla mientras imaginaron posible su vencimiento, y al desesperar de semejante logro, tomaron el camino de la emigra-

ción. Por su parte, los creyentes en el gran revolucionario y reformador sintiéronse también dispuestos á separar su doctrina de todo contacto herético, y emigraron después de haber peleado con el ardor y el entusiasmo propios de tan guerreras tribus. Cinco mil años antes de Cristo apareció Zoroastro. De raza real, oriundo indudablemente del territorio conocido con el nombre de Bactriana, la capital Bactra, cuyo circuito de ruinas ocupa un espacio de seis leguas, sirvióle de teatro á sus dramas religiosos, de campo á sus empresas, de tornavoz á su palabra, de semillero á su doctrina. Los demonios le acecharon desde los infiernos, y aun tomando en la tierra todas las formas posibles para desconcertarlo y perderlo; pero él, embobado en su idea como todos los solitarios del Oriente, les opuso la meditación, la penitencia, la soledad, el ayuno, y logró, de rodillas sobre aquellas montañas, donde resplandecían y fulguraban las grandes revelaciones, la visita de un espíritu misterioso y propio para sugerirle, con dogmas nuevos, el modo de formularlos y extenderlos. Bien pronto á estos soliloquios del solitario suceden los discursos del apóstol. Bien pronto desciende con su palabra de fuego desde los montes á los valles y esclarece hasta las más supersticiosas ciudades y más decididas por la religión anterior.

Los vedas adoraban principalmente la luz etérea; Zoroastro, el fuego creador. Aquéllos ponían sobre todo el alma de la inteligencia; éste ponía sobre todo el alma de la vida. El Verbo revelador bajó hasta las profundidades más íntimas de su sér, y le

reveló con toda confianza los más profundos secretos de la ciencia. Esta ciencia, derivada de tantas y tantas ideas como convergían entonces en las mesetas centrales del Asia, presentia la unidad suprema de Dios en Ormuzd, y aun á Dios le daba una esencia espiritual. Bien puede asegurarse que los comienzos del Dios espíritu elevado sobre aquel otro Dios naturaleza encuéntranse todos ellos en Ormuzd y en su luminosa doctrina. Este Dios podrá tener por cabellera la luz, por ojos los astros, por túnica los cielos, por collar la cadena de todos los organismos, por sangre la savia universal que todo lo vivifica; en lo profundo é íntimo de su sér aparece como un puro espíritu y funda en el tiempo la divina espiritualidad en que han de comulgar después á una tantos siglos. Dios se revela y se comunica por medio de la forma, indudablemente más espiritual también, por medio de su libro, de su Biblia. La fijación de los dogmas y de la moral en estos escritos ha influido tanto sobre la vida de las religiones como la fijación de los códigos sobre la vida del derecho. Todo profeta escribe un libro, y en los libros diversos fúndanse y extiéndense las diversas civilizaciones. El libro de Zoroastro es, en tal concepto, un libro verdaderamente divino.

Pero la unidad y la espiritualidad sublimes de Ormuzd no bastaban á explicar una parte de bien difícil explicación en la vida, y es la parte del mal. Encontrábase, por su desgracia, el gran espiritualista con que mientras más claro veía en el cielo al Dios cuyo fuego creador sustenta el universo, más claro veía también aquí, en nuestra baja tierra, el

mal, esa especie de araña oscura é incomprendible suspendida con sus asquerosas patas del sol. Y no pudiendo explicar cómo la bondad suprema producía el supremo mal, y cómo producía la mentira el principio divino de la verdad eterna, comenzó á desesperarse y á temer que no daría con salida ni solución alguna. Los asirios, los caldeos, los egipcios habían arreglado la solución y habían resuelto el problema de modo muy sencillo, identificando el mal con el bien en su panteísmo materialista. Pero no le quedaba este recurso á quien había colocado un Dios espiritual en lo más alto y sublime del universo. No podía identificar el bien con el mal. Y careciendo por completo de otra explicación más plausible para quitar á Dios, bueno y verdadero, toda la responsabilidad del mal, inventa las dos potencias iguales, alzadas frente á frente y reducidas por su oposición perdurable á contrastarse y perseguirse sin descanso ni tregua en una batalla eternal. De aquí provino el dualismo persa, ese dualismo que, llevando la oposición á los cielos, debía forjar imperios puramente bélicos y de combate aquí en la tierra. El principio del bien se llama Ormuzd, y se llama el principio del mal Ahriman.

Una religión, de suyo espiritualista, debía necesariamente atender mucho al cultivo y al desarrollo del humano espíritu, y más cuando se contiene y encierra en ese capullo que se llama la infancia. Después de recoger la luz y de dar al espíritu divino la forma de una llama que todo lo vivifica, encierrase con amor Zoroastro en la contemplación

del niño, á cuyo espíritu deben fiar todos los legisladores y todos los profetas la suerte de su legislación y de sus principios. En todos estos cultos del sol ofrécense á los dioses aquellos zumos que los rayos solares extraen á las plantas. Y como la religión de los vedas, el mazdeísmo de Zoroastro tenía también su Homa, su licor sagrado por los sacerdotes, extraído de plantas y hojas en todo hieráticas. Y Zoroastro aconseja con sapientísimo consejo el que sean los niños bañados en tal sacratísimo fortificante jugo. Y luego impone al padre deberes muy estrechos, así con respecto de la educación moral, como con respecto de la educación material dable á los hijos. Y no se cuida tan sólo del varón; se cuida también de la hembra. Con previsiones verdaderamente maternas pide que, tanto la dirección religiosa como la dirección física suya, concuerden con todo lo exigido por su sexo, recordando siempre como al corazón y á las entrañas de las mujeres ha confiado el cielo pródigo la duración ó perpetuidad del mundo. Así ordena que toda mujer se case á los dieciséis años y que todo matrimonio sea por amor.

El mazdeísmo fué uno en Persia y otro en Media. Los persas adoraron la pura doctrina de Zoroastro; los medas, mezclados de antiguo con los caldeos, añadieron al dogma la magia ninivita. Naturalmente los principios dualistas recibieron una modificación, y mientras en el mazdeísmo puro se detestaba y maldecía la fuerza perturbadora de Ahriman, en el mazdeísmo verdaderamente meda éste se confundía con los viejos principios del bien

como en las antiguas creencias panteístas. La parte moral de los medas parece mucho á la parte moral de los mazdeos puros. Y el niño y la mujer tienen allá en Media las mismas consideraciones que ya hemos visto en Persia. Pero quizás por estas consideraciones mismas, alcanzadas en el hogar, no aparecen nunca en el trono aquellas mujeres aparecidas en Babilonia y en Memphis. No hay ni una Semiramis, ni una Cleopatra de los persas. Mandana, la hija de Astiages, quizás aparezca entre las más célebres á muchos historiadores. Pero la crítica moderna conviene ya en que la mayor parte de los hechos atribuidos por Herodoto á la hija de Astiages deben tenerse por completamente falsos y sin apariencia ninguna de verdad histórica. Hora es de volver los ojos á Judea, puesto que ya hemos visto á los judíos, así en Babilonia como Ninive, y estudiar allí la historia de sus mujeres.

Como nuestro primordial objeto se reduce á historiar las condiciones varias del sexo hermoso en la vida universal humana, creémonos excusados por completo de investigaciones críticas respecto á las sociedades varias contempladas por nosotros bajo uno solo de sus múltiples y diversos aspectos. Así daremos de mano á las opiniones, hoy dilucidadas por todos los sabios, respecto de los dos manantiales entrados en la redacción del ilustre libro, sobre cuyas páginas descansa la gran cultura hebraica. No podemos entrar en las diferencias entre los dos nombres dados á Dios por la Biblia, Elohim y Jehovah. Lo restricto de la materia por nosotros historizada, impídenos dilucidar si aquel primer

nombre de Dios está en plural, y resulta, por tanto, un resto del antiguo politeísmo, y si este nombre de Jehovah debe con tales ó cuales raíces fijarse para corresponder á la escritura y pronunciación rabínicas. Lo admitido ya por todos los historiadores, aun aquellos más ortodoxos y eclesiásticos, es la conjunción dentro del Pentateuco de dos narraciones, de las cuales una se relaciona con el nombre de Dios Elohim y otra se relaciona con el nombre de Dios Jehovah. Tampoco los ortodoxos más fieles á la Iglesia y á sus dogmas repugnan la incontrovertible admisión de relaciones varias y estrechas entre la narración bíblica de los primeros tiempos y las relaciones análogas en los pueblos egipcios, asirios, ninivitas, medas y persas. Al llegar á este punto del tiempo, al abrir el magno libro de las revelaciones divinas, al caer de hinojos ante los desiertos donde la idea del Creador brota y se conserva, observamos con mayor claridad cómo la unidad perfecta del hombre llena la tierra y llena los cielos, todos sus espacios infinitos, la unidad absoluta de Dios.

En la Biblia, en el Egipto, al pie de los templos caldeos, sobre las aras erigidas para consagrar sacrificios al oráculo de Ammón, entre las ciudades mercantiles del Asia Menor, por cuyos fundamentos el Mediterráneo tiende sus luminosos cristales, existe una tradición común y una común creencia respecto á los orígenes del hombre, amasado con barro de la tierra humedecida y puesto en animación por el soplo divino bajado hasta su faz desde los labios del Eterno. El primer hombre de nuestro paraíso judío

se relaciona con el primer hombre de los edenes caldeos; y ora salga de la tierra como enseña nuestra Biblia, ora salga del tronco de los árboles como quiere la Biblia órfica, ya le anime la llama robada por Prometeo á los cielos, ya el soplo divino de Jehovah, johl, levadura común los compone á todos en este nuestro suelo, y una estrella espiritual resplandece sobre sus frentes como indicando, no sólo aquella unidad misteriosa de su común espíritu, sino también la unidad misteriosa de común religión y creencia. El que las aguas del Tigris y del Éufrates lleven á los golfos pérsicos; las aguas del Jordán lleven á sus lagos sacratísimos; las aguas del Nilo al vivaz Mediterráneo las mismas ideas, de cuyas estelas unos mismos pueblos surgen, debe fortalecernos en las dos creencias fundamentales, entre quienes gira la civilización, á saber: la fundamental unidad de Dios y la no menos fundamental unidad del hombre.

La creación del mundo en la Biblia está sujeta, según el contexto bíblico, á las tradiciones del Dios Elohim, mientras la creación del hombre y la mujer está sujeta, según el mismo contexto, á las tradiciones del Dios Jehovah. En el segundo capítulo de su Génesis Jehovah nos muestra el mundo muy digno de habitación ya, desde que la tierra vegetal se alza en los campos y el riego fecundante baja de las nubes. Y al merecer la indispensable habitación de un espíritu superior, Dios le granjea el debido logro de tan grande merecimiento. Y, en efecto, del polvo amasado con agua se levanta el primer hombre, Adán, y una vez fabricado como esta-

tua preciosa, recibe de Dios en su faz el soplo que lo anima y que lo mueve. Un cielo que transparenta la inmaculada luz, un aire tibio sin procelas ni nubarrones, un edén á propósito para brotar flores sin espinas y frutos sin acerbidad, ofrecen al hombre santuario propio de su inocencia. Los ríos retrataron su figura, los cuadrúpedos lamieron sus plantas, las aves entonaron en sus oídos conciertos, la vida entera en sus senos se condensó como celeste lago en su copa de turquesas. Puso Dios á la criatura humana su nombre, y la criatura humana se lo puso también á las demás criaturas animadas é inanimadas. Y tras esto cayó profundo sueño sobre Adán. Y en tal sueño Dios extrajo de su costado Eva, su mujer. En efecto, cuando Adán la vió, llamóla hueso de sus huesos, carne de su carne, y le dijo que formarían entre los dos uno solo. Este origen del hombre y de la mujer se halla en todas las tradiciones asiáticas, con especialidad en las tradiciones de Zoroastro. Un Dios personal, distinto de la materia primaria, crea un hombre perfecto, el cual aparecerá como prototipo de su especie y llevará dentro de sí, en sí, la mujer ó la hembra que ha de completarlo.

En todas las mitologías antiguas, así en la persa como en la caldea, y así en la caldea como en la helénica, el hombre primitivo está conjuntamente con la mujer en una persona. Esta persona es Andrógina, hombre y mujer á un mismo tiempo. Beroso cuenta que los primitivos pobladores del planeta llevaban sobre su cuerpo uno dos cabezas. A la derecha, cabeza de hombre; á la izquierda, ca-



beza de mujer, y los sexos correspondientes. Platón, allá en su hermoso Diálogo del Banquete, nos refiere cómo en los orígenes del mundo había tres géneros de hombres, sobre los masculinos y los femeninos de hoy, unos terceros participantes de las dos naturalezas, los cuales han desaparecido, quedando tan sólo de ellos el nombre. Esta calidad, ahora injuria insufrible, caracterizaba entonces, en sentir del gran filósofo heleno, al hombre primero en su immaculada inocencia. Los cosmólogos fenicios califican de igual suerte las criaturas humanas recién nacidas en la recién creada tierra, y á las cuales llamaban contempladoras del cielo. La Biblia misma dice que Dios sacó, no de la costilla, como vulgarmente se cree, del costado de Adán á su mujer Eva. El sér monstruoso é inverosímil en quien los dos sexos vienen á juntarse por un capricho de la fantasía humana, representa, como los antiguos dioses en sus respectivas figuras, un simbolismo perfecto.

Así como los pechos puestos en ciertas diosas, pechos innumerables, desconocidos en la naturaleza material, significan y representan la fecundidad que hay en la creación, este prototipo extraño y repulsivo representa la imagen de un matrimonio, en el cual dos cuerpos deben formar uno solo, dos personas una personalidad, dos sexos una indisoluble armonía, como si los regara sangre igual, si los sostuviera el aire mismo, si los identificara ese amor, todo vida y todo luz á cuyo poder se somete por fuerza el universo entero, puesto que Dios ha confiado á su virtud la indispensable duración, y, aun debíamos decir, perpetuidad de las especies. Y

en verdad que las razas semíticas, cual esta raza hebrea, necesitaban mayor divinización del matrimonio que las razas arias. En estas últimas la monogamia parece cosa natural y propia de su íntima compleción, como hemos visto ya en las raíces de sus primeras palabras y en los rastros de sus primeras costumbres. Pero en los pueblos semitas no sucede lo mismo; en los pueblos semitas parece más propio de su compleción la poligamia. Por consecuencia, sus grandes legisladores, tanto en la parte moral como en la parte dogmática de sus libros, debían sostener con fuerza la monogamia, oponiéndola resueltamente á las propensiones naturales del pueblo.

Esto era tanto más necesario cuanto que á una tentación femenil atribuye todo el semitismo la desgracia del hombre y la siembra del mal sobre la tierra. Los egipcios creyeron en la bienaventuranza edénica personificada por su dios Ra; los arios ó indios atribuyeron la perfección al primer período genésico de las cosas creadas; los griegos, en sus poemas, llamaron á la edad primitiva edad verdaderamente de oro; el mazdeísmo denominó también purísimo, immaculado, sin males ni sombras, el momento de nuestra natural aparición sobre la tierra. Tropezamos, caímos por las tentaciones de aquella Eva que nos comunicó, para comunicárnoslo todo, así la vida como la muerte. El Yima de los iraníes comete su pecado también y sale como el Adán nuestro de su Paraíso, mas no tentado por la mujer. Allí su falta provino de haberse imaginado, uno y otro, creadores del cielo,

merced á los halagos y seducciones de la serpiente; pero este astuto animal, representante de la degeneración y de la desgracia en todas las antiguas teogonías, no tienta sólo al hombre, tienta por igual á los dos, al hombre y á la mujer. Sugeríendoles el engaño y la mentira, los pierde y los arroja del edén de su inocencia. Lo mismo pasa en las leyendas escandinavas. Los primeros dioses habitan un edén bienaventurado, en que árboles llenos de manzanas sabrosas y bien olientes crecen, y estas manzanas se corrompen al hálito del mal que sacude y deja caer la manzana de la inmortalidad. En todos los bajos relieves caldeos hállase también este árbol de la vida y de la ciencia, pino unas veces, palmera otras, perfumada cepa en tal parte, arbusto misterioso de mieles dulcísimas, de gomas transparentes, de aromas embriagadores que la culebra infernal rodea y sitia para conseguir lo desflore y lo profane con sus atrevimientos y con sus desacatos el hombre. Así en las teogonías asiáticas el árbol de la ciencia del mal y del bien surge; y por su pie se arrastra, y se ciñe, y enrosca con su cuerpo al tronco la serpiente del mal. Pero en ninguna la mujer ejerce, como en la Biblia, el papel de tentadora al lado y en compañía de la serpiente. Así es que la cuestión terrible del pecado primero y original presenta la mujer entre los semitas de bien diverso modo que la hemos visto entre los arios, quienes la colocan de consuno en la primitiva y sublime Trinidad.

Para que se vea cómo la persistencia de una misma tradición llena la historia, el hecho de Caín

y Abel, esos dos hermanos en pugna, se repite por todas partes. Combaten los hermanos constructores del templo de Delfos; combaten Rómulo y Remo, los gemelos que fundaran á Roma; combaten los dioses Cabires nacidos de la misma madre allá en Samotracia; combaten por el Asia Menor los Coribantes; combaten por Babilonia los Agros y los Agrotos, abuelos de los cazadores unos, y otros de los agrícolas. Así no puede maravillarnos que también combatan en la Biblia Caín y Abel, los cuales nacen con diversas inclinaciones y ejercen oficios distintos. Pues lo mismo que pasa en este fratricidio universal, pasa en los diez primeros patriarcas, en aquellos que viven desde la creación hasta el diluvio, y que se parecen á los diez jefes antediluvianos de Beroso, y á los diez reyes primitivos de Asiria, y á los diez héroes de Armenia, y á los diez abuelos de la tradición iraniense, todos ellos relacionados con los signos del Zodíaco en los espacios y con la duración de las generaciones en el tiempo.

¿Y cuál fué la condición del sexo débil en esta época primera del patriarcado bíblico? Esto, y sólo esto, nos toca por necesidad á nosotros en el examen de tal época. Muchas gentes, de las que miran con superficialidad este gran cuadro de la historia, llegaron á creer dioses ó semidioses á los primeros patriarcas hebreos. Engañábanse completamente. Los semidioses, por el carácter de los pueblos arios, brotan y perduran lo mismo en los pueblos indios que en los pueblos helenos. Pero el monoteísmo semita sólo consiente un Dios creador de todas las cosas, padre de todos los hombres, pero á cuya su-



perior naturaleza no pueden acercarse, ni de lejos, las criaturas mortales. De consiguiente, los patriarcas aparecen como respetabilísimos, pero también como simples mortales, inclinados todos ellos sobre los orígenes del mundo y sobre la cuna de las humanas sociedades. Entre los patriarcas, ninguno tan característico y tan caracterizado como Lamech, quien representa el hombre primitivo en lucha con los elementos desencadenados y con los brutos feroces de la naturaleza. Viéndolo en la Biblia misma, de sangre manchado hasta las rodillas, envuelto en las pieles de los tigres por su flecha cazados, el hacha recién forjada en las manos velludas, la cabellera semejante á las guedejas del feroz león, los ojos despidiendo relámpagos de ira, evoca el hombre primitivo de la ciencia moderna, compañero del mastodonte y del oso gigante, saliendo airadísimo de su madriguera lacustre, y al centelleo de los volcanes, y al chasquido de los rayos, combatiendo con todas las fuerzas del universo conjuradas para destruirlo de raíz y enterrarlo en los titánicos escombros amontonados por aquellas continuas catástrofes.

Lamech indudablemente proviene de los cainistas, brotando impelido por una fuerza de atavismo incontrastable á los cruentos combates y conflictos que han caracterizado en el tiempo su familia y su raza. Como tales caracteres persisten de un modo inevitable, Lamech se diferencia de aquellos viejos patriarcas, en quienes hemos, por un tácito convenio, personificado la representación ideal y el prototipo de la familia bíblica. En este hombre de

combate resaltarán aquellas propensiones manifiestas en los hombres de combate que han peleado con los monstruos del Tigris, del Éufrates, del Nilo. Y entre tales propensiones encontrarése también una capital á la poligamia. Dos mujeres tendrá denominadas con dos nombres opuestos. Llamarse la una con la denominación de Adah, belleza, y llamarse la otra con la denominación de Zilah, oscuridad. Creyéronlas durante mucho tiempo varios insignes comentadores de la Biblia sendas personificaciones de la luz y de las tinieblas. Pero no; en los libros semitas no encontraréis nada que pueda parecerse al carácter mítico de los libros helenos. Lamech y sus mujeres no resultan personificaciones mitológicas, sino personas reales, humanas, históricas, dotadas por igual de caracteres comunes á todos los mortales, y en las que debemos reducirnos á mirar los rasgos históricos de aquel pueblo.

La Biblia indica, no sin cierto dejo de amargura, que Lamech tuvo dos mujeres, mientras sus abuelos tuvieron sólo una. El primer ejemplo de poligamia está, pues, unido á la raza maldita de Caín y colocado por la Biblia y sus inspiradores á la víspera del diluvio, es decir, al momento siniestro en que toda carne se había corrompido y viciado sobre la tierra. Esta historia de Lamech y sus dos mujeres denominadas con denominaciones opuestas, representa muy bien la indirecta negación de una poligamia indudable, hacia la cual tenían propensiones verdaderamente invencibles los viejos pueblos semitas. Bien se necesitaba en aquel pueblo y en

aquellos días la condenación de un régimen familiar muy acreditado entre los pueblos asiáticos. La ley judía no prohibió del modo expreso y terminante que lo ha prohibido la ley cristiana el enlace de un hombre con más de una mujer. Cuando salió Israel, por desgracia, bajo Saúl, de su república y pasó a la monarquía, el rey tuvo interés en mezclar la vida israelita con la vida toda del Asia, mientras los profetas y demás personajes sacros del Viejo Testamento, en su totalidad, tuvieron un interés contrario, separar Israel de Asia, encerrándolo en sus viejas tradiciones sagradas. Por eso el rey propendió siempre a sostener la poligamia como la sostuvieran los reyes antiguos asiáticos, y a colocar en el palacio un harén muy semejante a los harenes de Ninive y de Babilonia. El profeta, encargado por su propio ministerio de la pureza religiosa, combatió siempre tal tendencia del rey,

Al tratar de la poligamia entre los judíos, salta más que nunca la doble redacción de los libros bíblicos a los ojos, la redacción de Elohim y la redacción de Jehovah. Elohim es el Dios primitivo, cercano a la residencia de los judíos en Caldea y a su cautividad en Egipto. Jehovah es el Dios que surge de una organización fuerte dada por los jueces a Israel tras el establecimiento definitivo en la tierra prometida por Dios. Estas dos tradiciones paralelas en el tiempo no se parecen a las paralelas matemáticas en el espacio. A cada instante suelen ya confundirse, ya bifurcarse. Y en este punto de las relaciones entre los dos sexos resultan por igual vagas una y otra redacción. Mientras en el capítulo se-

gundo del *Génesis*, verso vigésimocuarto, se dice que Adán sólo tuvo una mujer, en el capítulo cuarto, verso décimonono, se dice que Lamech tuvo dos. Jacob, el patriarca Jacob, de tan gran respeto en las tradiciones bíblicas, tiene cuatro esposas legítimas, a quienes llama como las había llamado antes el código de Manú y como las llamó después el Corán de Mahoma. Y más clara se observa todavía la pluralidad abominable de mujeres en el gran libro de las leyes, en el llamado Deuteronomio. Su capítulo vigésimoprime, versículos décimoquinto, décimosexto, décimoséptimo, dispone lo que deberá un hombre hacer cuando tenga dos hijos, el uno proveniente de mujer amada y el otro proveniente de mujer aborrecida, pues las leyes le prohíben quitar ó dar de un modo arbitrario el derecho de primogenitura sólo dispensado por el ministro de Dios que se llama tiempo. Pero en este mismo Deuteronomio, al capítulo vigésimo, verso séptimo, abomina y maldice de quien se ha prometido a una mujer y al fin con ella no se ha casado. Y en el capítulo vigésimocuarto, verso quinto, se redime y exenta por un año del servicio militar al recién casado en obsequio de su mujer, y este nombre de mujer se halla en singular. Análogas disposiciones contienen los versos quinto y undécimo del capítulo vigésimoquinto, suponiendo todas ellas de un modo terminante y clarísimo el matrimonio con una sola mujer. Todo esto nos autoriza para corroborar lo que antes hemos dicho respecto del principio de la pluralidad de mujeres en los pueblos semitas. Sus hábitos, sus tradiciones, la complexión propia de su raza lo impo-

ne con imposiciones incontrastables; pero una conciencia tan clara del bien y del mal como la que allegan los israelitas, una idea de Dios tan purificada como la suya, unas leyes como sus leyes morales han querido contrastar esta grande tendencia sin hacerlo tan de frente como acaso debieran por natural consideración á las costumbres tradicionales de aquel pueblo. Así, desde los primeros á los últimos versículos del santo libro, descúbrese un combate porfiado y una oposición abierta entre los principios monogámicos y los principios polígamos. La ley quiere imponer precisa y necesariamente la monogamia, pero la costumbre supera con sus fuerzas propias á las leyes, mostrando cómo no basta una disposición del Estado para transformar ó para regir una sociedad adherida por completo de suyo á creencias y á costumbres verdaderamente incontrastables.

Uno de los pasajes más oscuros de la Biblia respecto al punto que historiamos, respecto á las relaciones de los dos sexos, es aquel en cuyos párrafos habla el revelador de un ayuntamiento entre los hijos de Dios y las hijas de los hombres. ¿Qué hijos de Dios pueden ser estos? El principio monoteísta de la Biblia y del Corán rechaza esas generaciones de proles divinas, relatadas por los vedas indios y por las epopeyas helénicas tan semejantes á las generaciones humanas. El Dios creador nos ha creado á todos con una palabra de sus labios, con un soplo de su boca, y bajo este aspecto no hay duda, no, de qué somos sus hijos las criaturas todas, así las animadas como las inanimadas. Pero generar Dios

como generan los hombres, tener hijos á la manera de nosotros los humanos, apenas puede admitirse, á causa de la diferencia manifiesta entre los dioses cuasi hombres del politeísmo y nuestro Dios espiritual de la Biblia. Así las interpretaciones contradictorias han menudeado mucho y los intérpretes más conspicuos de la Biblia no han podido ponerse de acuerdo. Y el caso merecía una gran claridad, porque de tal unión entre los hijos de Dios y las hijas de los hombres provienen principalmente aquellas terribles generaciones, provocadoras y justificativas del diluvio. Yo recuerdo ahora que mi sabio profesor de lengua hebrea, D. Antonio García Blanco, se indignaba de un modo terrible contra los que traducían hijos de Elohim por hijos de Dios, é hijas de Adán por hijas del hombre. Para él, aquéllos, los primeros, por una traslación de sentido frecuentísima en los pueblos orientales, resultaban verdaderos montañeses, mientras éstas verdaderas agricultoras. Como en todos los pueblos orientales existe la propensión invencible á separar las castas, el viejo libro sacro maldice con maldición clamorosa estas confusiones de clases, consagrado como se halla por tradición á separar el pueblo predilecto de sus vecinos idólatras. En este mismo sentido exprésanse los doctores del judaísmo en la Edad Media, sin concretarlo por modo tan claro y extremo, cual mi profesor de lengua hebraica. En sentir de los comentadores judíos, los hijos de Dios no eran otros que los hijos de los grandes, mientras las hijas del hombre no eran otras que las hijas de los pequeños y de los humildes. Por consecuen-

cia, lo que maldice la Biblia en realidad es lo que causa la corrupción universal, el ayuntamiento entre clases que las viejas tradiciones apartaban.

Unos cuantos comentadores cristianos de nuestros días adhirieron su pensamiento á esta interpretación, pero la mayor parte la rechazó. Algunos creyeron ver en los hijos de Dios unos hombres de inteligencia extraordinaria, imágenes altísimas del Creador, mientras otros creyeron ver los ángeles del cielo en persona. Las escuelas alejandrinas, muy dadas á llenar el espacio mediante desde Dios al hombre con verbos, demiurgos, arquetipos, entelequias, idearon á todo esto una explicación muy poética. En el pensamiento suyo nuestro planeta lleva sobre su cima un coro de ángeles que lo guarda en el espacio inmenso. Estos seres sobrenaturales baten sus etéreas alas contemplando la tierra con éxtasis; y como encargados por Dios de pulirla y hermosearla, tienen de azul sus cielos, matizan las corolas de sus flores y prestan sus cánticos, así á los arroyos como á las aves, porque repiten las celestiales armonías sin fin; é inclinados á una sobre los abismos del espacio, donde nuestro globo se contiene y encierra, hirióles el corazón la hermosura de nuestras mujeres; pero en tal modo que, precipitándose desde lo alto, cayeron en sus brazos. Luego vinieron de tal amor generaciones cuyos vicios y cuyos errores provocaron luégo la cólera de Dios y atrajeron sobre los campos del planeta las aguas del diluvio. Esta interpretación resulta en consonancia perfecta con las ideas alejandrinas, pero en disonancia con los principios bíblicos.

Había inconveniente gravísimo en las doctrinas cristianas también al reconocimiento de la interpretación alejandrina. En varios pasajes del Evangelio Cristo habla de los ángeles, y les niega todo sexo. Así desde la cuarta centuria cayó en descrédito completo la interpretación que traducía con el nombre ángel aquella frase «hijos de Dios.» Andando los tiempos vinieron los comentaristas á un acuerdo común, que dominó en la Iglesia oriental por medio de San Cirilo y en la Iglesia occidental por medio de San Agustín. Hijos de Dios equivalía en este comentario á hijos de la raza elegida, mientras hijos del hombre, á su vez, equivalía en este comentario á hijos de la raza maldita. La raza que Dios bendijo fué la raza de Abel, mientras la raza que Dios maldijera con maldición inapelable fué la raza de Caín. Y estas dos razas, enemigas de suyo, entre las cuales mediaba el abismo de un fratricidio, juntáronse, y de tal ayuntamiento provinieron generaciones inaceptables á Dios, quien separara en su sabiduría y en su providencia lo bueno de lo malo, y no podía tolerar su ayuntamiento. Esta oposición entre los malditos y los benditos llena toda la Biblia. Imagen antdiluviana del apartamiento que Dios quiso establecer en el pueblo judío para que no lo tentaran los pueblos idólatras y no cayera en el paganismo, debía escribirse con siniestras llamaradas de terror y amenaza en los primeros capítulos de la Biblia. No hay razón que cohoneste mejor las varias explicaciones dadas al texto bíblico y que mejor lo depuren.

La erudición moderna, sin embargo, comenta

con grandes amplificaciones á lo antes dicho el texto bíblico, y busca su razón cabal. Como en esta especie de leyenda se descubre gran parte de los caracteres míticos ó simbólicos que tiene la tradición universal, no se pasan de ningún modo en lo anteriormente dicho las explicaciones de los sabios. Hay quien cree que los hijos de Dios recordados por la Biblia son realmente genios superiores, sobrenaturales, mas convertidos en diablos por su voluptuosidad, cual aquellos antiguos ángeles de la immaculada luz trocaronse á una en verdaderos ángeles de las tinieblas por su ambición. Y no han parado aquí los comentarios. Hay quien cree que los hijos de Dios son los blancos, y que las hijas del hombre son las negras, habiéndose juntado éstas con aquéllos para producir una raza mestiza, contra la cual estalló la divina ira desatando las aguas del diluvio. Y aun hay quien cree que los hijos de Dios pertenecen á una raza preadamita ó anterior al primer hombre, y que sus esposas pertenecen á una raza postadamita. Lo cierto es que del ayuntamiento entre aquellos varones y estas hembras resultó la raza de aquellos que la Biblia llama seres de renombre. Y estos seres de renombre, por tan opuestas razas engendrados, aparecen como los antiguos héroes ungidos por la tradición universal pagana. Y así como en el paganismo los héroes cual Hércules, cual Teseo, aparecen semidioses por hijos á un tiempo de la divinidad y de la humanidad, ó sea de las diosas y los hombres, en la Biblia tienen este mismo carácter. Y los héroes como Nemrod resultan engendros del amor

entre los hijos de Dios y las hijas de los hombres. En efecto, la ira divina debió colmarse al ver aquella perversidad, porque los ángeles no hubieran podido bajar hasta los brazos de las mujeres aquí en la tierra, sino cayendo en una degeneración terrible y tomando la humana forma. Lo cierto es que aquí brotan de nuevo las misteriosas analogías entre la tradición bíblica y la tradición pagana. En una y otra, no solo existen los héroes hijos de dioses y de mujeres, ó de diosas y hombres, sino que también existen los gigantes. Recorred las tradiciones órficas, paraos ante las obras genesíacas de Ovidio y Hesiodo, meditaad sobre los orígenes dados al mundo por la tradición universal pagana, y veréis como aparecen los gigantes. Titán el Prometeo, que arranca su fuego á los cielos; Titán el Polifemo, que persigue á las nereidas y á las ninfas en los mares de Sicilia; Titán el primero en forjar el hierro y repartir armas y armamentos para la guerra; Titán el que resuella en las entrañas del Etna y vomita por sus cráteres encendidas materias; Titán el que pone Pelión sobre Osa por sus ejércitos acompañado, y pretende, con audacia increíble, destronar á Júpiter de su altísimo trono; Titanes todos cuantos llenan aquellos primeros tiempos del planeta en que los aires truenan y relampaguean á una con tormentas horribles, y la tierra se sacude y estremece al empuje de los terremotos, y las lluvias del cielo parecen como eléctricos Océanos hirvientes cayendo sobre los hondos valles, abiertos por doquier y agrietados con profundísimas hendiduras.

El Titán pagano se parece de todo en todo al gigante bíblico.

Y, en efecto, no hay sino leer en los números las relaciones trazadas por los escritores sacros de la exploración audaz, intentada en los desiertos cananeos. Por doquier encontrábanse hombres de una talla desmesuradísima, en comparación de los cuales parecían como diminutas langostas los hijos de Israel. Estas razas de los héroes y de los gigantes provienen del amor de los hijos de Dios con las hijas de los hombres. Su existencia se reconoce por todas partes en la universal tradición. No hay pueblo alguno sin esta creencia firmísima en la talla titánica y en las fuerzas hercúleas de los primeros pobladores del planeta. Gigante no quiere decir alto. En su primera acepción significa hijo de la tierra, es decir, recién nacido, como los árboles, de aquella humedad fecunda en que se bañaba por los primeros días de la creación todo nuestro planeta. Licia con Arcadia, los territorios considerados como cunas varias de los primitivos mortales, llamábanse gigancia en los antiguos idiomas. No había dique alto en las orillas del mar, no había estrecho abierto en los continentes, no había isla ó montaña en los archipiélagos que no se atribuyese al esfuerzo de un gigante. Toda la poesía clásica está fundada en tal tradición. La ignorancia del desarrollo de nuestro planeta, conocido tan á fondo por los descubrimientos modernos, confirmaba esta universal superstición. Los primeros hombres tenían estaturas desmesuradas y fuerzas increíbles en todos los antiguos dogmas teogónicos que formaban como

una especie de común contradicción entre los pueblos.

Y lo mismo que sucedía en Grecia sucedía en Caldea también. Un dogma de tal género antecedió y subsiguió á la Biblia y á Israel. Armenia veía en los bordes misteriosos de sus lagos, en las cumbres altísimas de sus montañas estos seres, cuyas cabezas tocaban en los cielos y cuyos piés á una se hundían en las entrañas del planeta como las raíces de los grandes árboles. Los árabes mismos, tan desprovistos de fantasía cuando se les compara con los griegos y se pone su escueto Corán frente á las epopeyas helénicas, atribuyen la primitiva población del territorio árabe á una raza de gigantes. Todas las tradiciones próximas al diluvio están contestes en afirmar que los hombres van decreciendo á medida que van llegando á las edades históricas. El talmudismo creyó un coloso al Adán bíblico, y de esta creencia talmúdica participaron muchos padres de la Iglesia. El encuentro de huesos enormes pertenecientes á los mamíferos gigantes de las edades primitivas, confirmaba esta universal creencia, pues en su candor atribuían los primeros hombres tales restos á razas y familias colosales. Nos detenemos aquí para mostrar cómo existen creencias comunes en todas las religiones históricas y cómo la generación tiene también su epopeya religiosa y su teogonía común.

La ciencia moderna, en verdad, no ha confirmado esta tradición. Las especies humanas inventadas en los terrenos cuaternarios, y aun aquellas que se creen por hipótesis no bien confirmadas todavía,

hijos de los terrenos terciarios, no tuvieron esas colosales tallas inventadas por la fantasía mucho antes de que madurara la razón humana. Necesitábase para vivir en las edades primitivas, en verdad, mucha violencia, y esta violencia se unió en el pensamiento de los antiguos reveladores á un concepto desmesurado de la estatura humana. Pero si la tradición pagana cree que los gigantes lucharon á porfía con Júpiter, quien hubo de soterrarlos, y la tradición bíblica cree que los gigantes provocaron á una el castigo de universal diluvio, esto sólo quiere significar el estado de violencia en que la memoria humana pone á los primeros hombres, forzosamente constreñidos por la furia de tantas tempestades y tormentas como se desencadenaban en las aguas y en los aires, por la voracidad increíble de los brutos carnívoros, por los estremecimientos epilépticos de las montañas, por la convulsión del suelo volcanizado, forzosamente constreñidos á una guerra sin tregua, en comparación de la cual parecen como dulces idilios nuestras guerras de ahora.

La tradición del diluvio se mezcla en todas partes con la tradición del gigante. La cólera celeste cae sobre nuestro mundo atraída por los pecados innumerables de tal gente. Lo mismo que dice la tradición israelita dice la tradición caldea, y lo mismo que dice la tradición caldea dice la tradición armenia. Desde las orillas del Caspio hasta las desembocaduras del Tigris y del Eufrates, la imaginación de los pueblos veía estos colosales seres trayendo primero el diluvio y alzándose á una en

cuanto las aguas acababan de retirarse y el suelo estaba todavía convulso para seguir combatiendo como carniceras especies. Beroso lo dice con su nativa sencillez propia. Estos colosos, sintiéndose tan fuertes por sus nervudos miembros y levantándose tan altos por sus desmesuradas estaturas, pelean sin descanso entre sí después de menospreciar con arrogancia increíble á todas las divinidades, y continúa su batalla perdurable tras el diluvio universal. A su orgullo se atribuye por el común sentir la torre de Babel. Los pueblos arios del Oriente, como hemos visto en los pueblos arios del Occidente, comparten la creencia universal. En los gigantes personifican fuerzas naturales más intensas al comienzo de la tierra que ahora. Así el Titán helénico se relaciona con una catástrofe de la corteza terrestre, desgarrada por una sacudida terrible proveniente del fuégo central. Flamearon las heladas cimas del Taigeto, hirvieron las celestes aguas del Egeo, salieron muchos terrenos hondos como encrepadas olas y se desgajaron muchos montes altos como árboles heridos por el huracán. A los ojos de la ciencia moderna todas estas catástrofes provienen de un sacudimiento geológico, mientras á los ojos de la tradición poética provienen de un esfuerzo hecho por los gigantes ó por los Titanes para escalar el cielo y arrancar á las nubes esas centellas que culebrean y truenan en las tormentas. Sí; la oposición entre las fuerzas ciegas del universo; los combates entre las nuevas generaciones y las viejas teogonías; la guerra del pastor nómada, conocido bajo el nombre de Abel, con el agricultor

conocido bajo el nombre de Caín; esa torre de Babel, puesta como una trinchera de asedio al cielo y repetida en todas las tradiciones teogónicas, provienen del ayuntamiento entre las misteriosas hijas del cielo y las hermosas hijas del mundo. Pero en Grecia, en los pueblos arios generalmente, ofrécese al Titán los cultos y los sacrificios que á un dios, mientras en la Biblia, en los pueblos semíticos, sólo encuentran en Dios la reprobación y castigo. El Prometeo, encadenado sobre las cimas del Cáucaso por haberse atrevido á Júpiter, aun merece que las ninfas oceánicas le consuelen y que los poetas cíclicos le canten, mientras el gigantesco hijo de los seres celestes y de las hembras mortales sólo merecen al Creador tremendos é irreparables anatemas. ¡Cuántas supersticiones ha visto el hombre, fascinado por su imaginación, allá en la cuna misteriosa del mundo y en los comienzos míticos de las humanas generaciones que debían poblar y pulir la tierra!

Después de haber contemplado la mujer y la familia, principalmente las relaciones entre los dos sexos en los tiempos antediluvianos ó próximos al diluvio, tócanos ahora examinar los tiempos patriarcales. Así como el diluvio se relaciona con el ayuntamiento entre los seres divinos y las hembras humanas, como la retirada del diluvio se relaciona con el patriarca Noé, la institución patriarcal definitiva, la que ya establece para siempre aquella familia y aquel régimen revestido de sus caracteres eternos, relaciónase con Abraham. La figura de tal viejo ha quedado como impresa en nuestras retinas. Pare-

ce que le vemos todavía con su túnica roja, su blanco alquicel que le cae por la espalda y que una cinta ciñe á su cabeza, las toscas sandalias en los piés, el báculo en la mano á la entrada de su tienda nómada, bajo las ramas de su terebinto resonante con el cántico de las cigarras, muy cerca de la cisterna, junto á la cual dos pareadas palmeras alzan las columnas de sus troncos y los cogollos de sus coronas. Con él, á su lado, vense también sus mujeres, no la pobre Agar lanzada con su hijo Ismael al desierto para tranquilidad y reposo de su familia; pero sí la vieja Sara que amasa el pan de cada día, y Rebeca que trae sobre su cabeza esférica y armoniosa la cántara de agua. Túnicas de numerosos pliegues al cuerpo ceñidas por correas toscas las visten; una especie de casulla, que pueda subirse hasta al rostro y ocultarlo, cae sobre la túnica; un manto en forma de velo tupido las envuelve desde los piés á la cabeza; esposas de metal precioso abrazan tanto los puños como los tobillos, y zarcillos relucientes penden de sus orejas y añaden su metálico resplandor á la negra brillantez de aquellos profundos ojos semitas. El patriarca levanta su tienda en el desierto para ejercer ante todo y sobre todo una grande virtud propia, la virtud inmarcesible de su hospitalidad. El viajero lo encontrará fácilmente porque aquel calor de los desiertos le constriñe á respirar el aire libre á la entrada de su tienda y bajo el ramaje de su terebinto. Por consecuencia, bien pronto dará con él quien busca su afecto en forma de hospitalidad. Según el viajero pertenezca de suyo á tal ó cual clase, tomarán tal ó cual aspecto las ce-



remonias á su recibimiento consagradas. El viajero vulgar obtendrá una reverencia en su entrada bajo amigo techo; mas el distinguido un asiento principal y un golpe cariñoso en la espalda. Frescas aguas, recién sacadas de la cisterna, reanimarán sus labios y lavarán sus pies. El pan recién amasado por la esposa principal y cocido en el horno á su vista calmará su hambre, pues podrá empaparlo en pedazos de novillo asado sobre leña y ramajes bien olientes. Y á todos estos obsequios uníanse múltiples y santas bendiciones que alegraran los ánimos del hospedado y del huésped.

Abraham viene de Caldea y se dirige á la tierra de Canaán. Los de allende el río, hebreos, llamáronse sus gentes. Separado de su familia caldea, quizás por causas de invasiones y guerras, conducido al reclamo de una voz divina, eco de su interior pensamiento, con vocaciones de nómada y errante como cumple á quien debe recorrer tantas tierras, pastor de camellos, cuanto no contribuya de suyo al objeto de su vida y á la realización de su idea, le parece despreciable, como suele suceder con todos los nacidos para cumplir y realizar fines grandiosos en el mundo. Así recorre la Mesopotamia, muy poblada entonces, la Siria resonante como colmena del trabajo y del comercio, Egipto puesto en sus bases graníticas. Al llegar aquí, un Faraón se prenda con enardecimiento de su mujer Sara, y Abraham, sin escrúpulo ni aprensión, la entrega de grado al codicioso para paz y tranquilidad, así de su vida como de su espíritu. En Abraham está la piedra inconvertible y angular del régimen hebraico. De la luz

mágica, extendida por las tierras caldeas extraerá la idea del Dios único. Y como de tal idea las generaciones futuras habrán menester, guardaranla con celo estos hijos de Abraham en el desierto. Al llegar el patriarca en su peregrinación á Canaán, atormentáronle los cananeos y tuvo que dirigirse al Egipto. Ya en esta tierra dió con muchedumbres de asiáticos, así cantores como adivinos, que divertían y regocijaban á la gente del África, y estas gentes prendábanse mucho de las mujeres que atraían á sus poblados harenes, por lo cual ganaron los hebreos, con tan infame comercio, aquellos rebaños, esparcidos luégo en los oasis de Hebrón. Una vez allí, compró siervos, y plantando los tamarindos sacros, invocó el nombre de Jehovah y echó así los fundamentos de Israel.

Para que se vea cómo la poligamia está en tales tiempos acreditada entre los hebreos, de Sara, de su mujer legítima, no tuvo más que un solo hijo Abraham; pero de sus sirvientas, como Agar, tuvo muchos otros, entre los cuales Ismael. De Isaac, el burlón y risueño, provinieron los sirios jocosos y frívolos, mientras de Ismael, llamado el taciturno, los árabes gravísimos y silenciosos. Jacob personifica el sirio fino, el asiático doble, falaz, disimulado, excéptico, tan pronto á robar el derecho de primogenitura propio de su hermano Esaú como el ganado propio de su suegro Labán. Jacob se prenda de Rebeca, y Labán, padre de ésta, quiere con arte sumo explotar la pasión de Jacob. Mas el explotador queda explotado. Labán cede primero la más fea de sus hijas, Lia, la de ojos apagados, á Jacob, para ven-

derle más caramente luego á Raquel. En efecto, paga Jacob á subido precio las dos, y se parte con ellas á otras tierras. Pero, al irse, Raquel despoja la tierra de sus padres y se lleva consigo desde los rebaños hasta los penates de Labán. Así llegó á enriquecerse, por estos medios, el nieto de Abraham, y á contar en las alabanzas bíblicas novillos, camellos, criadas y esclavos. Mas el nómada necesita para pasar de la vida errante á la vida culta una población, si queréis una ciudad, que sirva como de hogar á sus gentes, y la obtiene allá en Siquem, de jardines umbríos y de horizontes celestes. Y ¿cómo la obtiene? Llevaba consigo el patriarca once hijos y su hija Diná. Como Sara sirvió con su hermosura de cebo para que Abraham allegara grandes riquezas en Egipto, y Rebeca sirvió de cebo para los filisteos, Diná sirve para la tierra y la gente de Siquem. Jacob, circunciso ya, no podrá entregar su hija de ningún modo á los incircuncisos. El príncipe de Siquem, enamorado perdidamente de Diná, conformárase, como todos los suyos, con la dolorosa operación. Y cuando enfermos, febriles, víctimas del dolor, yacen postrados, Jacob, aprovechando su debilidad, se lanza traidor sobre todos ellos y conquista por tan pérfido modo la ciudad.

Para ver el estado y condición de las mujeres entre los hebreos, y cómo la poligamia se iba sobreponiendo siempre á las prescripciones y tendencias de los libros sacros, contaremos los hijos de Jacob, quien tuvo en Lía ocho, en Raquel dos, y en varias esclavas suyas cuatro. Josef, el penúltimo de sus hijos, reinó con el carácter de ministro é in-

térprete de sueños, en Egipto, y al Egipto llamó á su padre Jacob y sus hermanos, quienes de hambre se morían por la tierra de Canaán, y les dió el valle de Gessé, fecundos y fertilísimos campos en el Delta. Durante algunos años creyóse cosa fácil absorber las tribus hebreas en el imperio egipcio; pero la claridad concretísima de sus creencias, la firmeza de su voluntad, el culto guardado al santo Dios de Abraham, debían mantenerlos aparte de la sociedad que por doquier los rodeaba y que otros menos constantes hubieran absorbido por los poros de su espíritu. Prolíficos los israelitas, aumentábanse con gran rapidez en su tierra, y tan trabajados como económicos, crecían en la industria y en el comercio. Poco dados á cuidar del cuerpo y á lavarlo, por este descuido, tan dañoso para las razas meridionales en sus climas ardientes, de suyo sujetas al sudor y á la evaporación, fácilmente contrajeron en la piel enfermedades tan asquerosas como la terrible lepra levantina, captándose con esto, no el amor de los pueblos, en cuyo seno residían, sino ascos ocasionados á odios determinantes de aquellas persecuciones, á las cuales huyeron por medio del glorioso Éxodo de Egipto. A pesar de esto, las egipcias gustaban mucho de unirse con los hebreos en matrimonio.

Egipto, por aquel tiempo, asemejábase á todos los imperios orientales. Los templos llenos de ídolos humeaban incienso y despedían suaves conciertos. El palacio de los reyes competía con los templos en soberbia, diferenciándose tan sólo en que aquí los ídolos vivían y andaban. Las modas asi-

rias pasaban el istmo de Suez y las babilónicas sátrapas brotaban por todas partes. Si en los templos rodeaban al ídolo sacerdotes innumerables, en los palacios rodeaban al Faraón magos y astrólogos. Mientras el templo resonaba con los oráculos, el palacio resonaba con las adivinaciones. Doquier había una eminencia, una torre, un observatorio, una pirámide que rompiera la uniformidad monótona del desierto y levantase un poco al hombre del suelo, escudriñábanse las sentencias compuestas por las letras de los astros en la inmensidad azul del espacio. Todo Egipto ardía en fiestas, ni más ni menos que la Nínive de Sardanápalo y la Babilonia de Baltasar. Quiromantes, cubileteros, hechizadores, bailarines, flautistas, adormecedores de serpientes, retóricos, rodeaban al rey, que consumía la vida pasando hastiado é indolente de los festines á los harenes en busca del placer. Ejércitos extranjeros y mercenarios celaban y defendían aquel dios de la crápula quien, para buscar á sus ocios algún divertimento, inscribía en sus legiones de cortesanos todo aquel que descollaba por cualquier título, sin curarse, ni de su origen, ni de su tribu, ni de su oficio, con tal que fuese como un astro á engarzar en los techos de sus palacios y en las graderías de sus tronos. Así os explicaréis la fortuna de Moisés y su presencia entre los cortesanos egipcios.

En aquellos arrebatos de cólera, comunes á todos los déspotas asiáticos, terrible sentencia de muerte, pesó cruel sobre los niños hebreos, y de tal sentencia escapó Moisés por haberlo confiado su madre á las aguas del Nilo en cuna de mimbres. Así pudo

cumplir su ministerio histórico y desarrollar su vida providencial. Como la enemiga entre los egipcios y los hebreos no se daba entonces tregua, herido é insultado Moisés por uno de aquéllos, matólo de un golpe con su propia mano, y lo enterró en las arenas del desierto. Tal arresto le obligó á expatriarse del valle de Gessé para irse al país de los madianitas en Arabia. Unos diez lustros vivió allí, en aquella tierra de revelaciones, donde las arenas del desierto, resplandeciendo ideas, y las zarzas del Oreb, encendidas por los fuegos del cielo, reveláronle á una el culto y el nombre de Jehovah. La voz del Dios de sus padres corrió allí en alas del simoun. Bien es verdad que las ideas traídas por Abraham de los territorios caldeos, los libros de Zoroastro divulgados á la sazón por todas aquellas regiones, y los ejemplos de prácticas ciencias aprendidos en la corte de los Faraones, le comunicaron ideas aumentadas por su residencia entre los madianitas puestos por Dios en una especie de encrucijada misteriosa donde convergían grandes peregrinaciones y todas las caravanas que iban del mar Rojo al interior de Asia. Por estos medios, por estos caminos, por estas circunstancias, las ideas esparcidas en tantos espacios iban á una condensándose poco á poco en el alma de Moisés, á la manera que se condensa el éter en los núcleos de los soles.

En esto murió el rey bajo cuyo dominio habíase por necesidad expatriado Moisés. Así pudo ya volver. Aarón, su hermano, le salió al encuentro, y hallólo, caballero en humilde asno, con su mujer y sus hijos, llevando el divino báculo de los patriar-

cas en sus manos. El nuevo rey exageraba las construcciones colosales y constreñía el israelita de Gessé á trabajar en ellas. El gran descontento que tales trabajos, de suyo penosísimos, traían á los nietos de Abraham, deslizó en la conciencia de Moisés una idea, la de conducirlos á otros territorios donde mandaran ellos en vez de obedecer á los tiranos. Así presentóse ante Faraón para pedirle que permitiese á los suyos una peregrinación en el desierto, donde se consagrarían al culto y adoración de su Dios. Faraón desoyó la súplica y agravó el servil trabajo impuesto como yugo á los nietos de Abraham. Entonces las ranas crecieron en las aguas, los mosquitos en los aires, malignas pústulas brotaron en las pieles de los hombres, nubes de granizo y piedra se desgajaron sobre las cosechas de los campos, ocultáronse los cielos tras las ráfagas del huracán cargadas de arena y hedieron hasta las aguas del Nilo misterioso, las víboras levantaron sus cabezas y esgrimieron sus áspides en términos tales que parecía próximo á su ruina el mundo. Entonces Moisés pensó ya resueltamente con idea fija, y puso por obra, con propósito deliberado, el Éxodo maravillosísimo de Israel. Falto de palabra, pues decía para calificar su torpeza y su tardo balbuceo que Dios le dejara incircuncisos los labios, confió á su hermano, el gran sacerdote, la elocuencia, reservándose para sí obra y acción. Cada hebrea pidió á su vecina los objetos preciosos y los trajes ricos, partiéndose á media noche hacia un país de delicias prometido por Dios á sus predilectos. Y la primer comida pública celebrada tras

Éxodo tal ha quedado con tanto arraigo en la memoria de Israel, que hoy mismo se llama la Pascua.

Faraón en su trono sintió mortal herida viendo los israelitas apartarse de su pueblo. Muy trabajadores, habían cooperado en primer término á las colosales obras egipcias, y puesto, ladrillo sobre ladrillo, en el desierto, aquellos monumentos cuyo grandor pasma todavía hoy á las generaciones vivientes. Así expidió contra ellos, para que los apriesionaran y los detuvieran, sus tropas, compuestas de mil pueblos diversos é ignorantes del territorio que defendían. Todas las investigaciones geológicas de nuestro tiempo se hallan contestes en afirmar que los desiertos vecinos al mar Rojo y los bordes mismos de tal mar han pasado por lentas pero profundas alteraciones. Muy caldeo Moisés, y por ende industriado, así en el curso de los astros como en el curso de las mareas, llegó al Rojo mar de la tradición cuando sus aguas estaban en bajo, y lo pasó á pie enjuto, mientras sus perseguidores llegaron á la hora nefasta en que las mareas recrecían de nuevo é inundaban los arenales, de todo en todo secos había poco. Entonces nada tan propio como aquel cántico de guerra que loaba en sonoras asonancias al Eterno, porque sumergió carros, caballos, jinetes, en las aguas alteradas. Nada más natural que ver las bocas de los abismos abrirse para tragarse á los enemigos de Dios; nada más natural que oír el soplo huracanado y terrible de la cólera celeste azotando las aguas para encreparlas y arremolinarlas contra los enemigos de su nombre; nada más natural que ver un santuario celestial dibujándose

allá en los espacios sublimes del cielo, mientras los Faraones, ó mejor dicho sus soldados, caían cual plomo en la eternidad.

Bien pronto empezaron los hebreos á sentir las tristezas del desierto. Bien pronto vino el desengaño terrible sobre sus corazones. A cada paso comparaban la penosa libertad conquistada por tanto precio con el dorado cautiverio que tenían á sus espaldas en su recuerdo. El hambre y la sed los azotaban y ellos hubieran preferido morir bajo los castigos de sus dominadores. Al poco tiempo habían rehecho el buey Apis de su llorado Egipto, ese buey Apis á quien llamamos nosotros el becerro de oro. Moisés, indignado, se volvía contra ellos. Y de tal manera llevaban las supersticiones egipcias en sus conciencias y en sus retinas, que su propio legislador y profeta se les aparecía como el Júpiter Amón de los desiertos nubios, con cuernos en la frente. Entonces comprendió Moisés cuánto necesitaba, si había de formar un pueblo, ligarlo con las ligaduras formidables de las leyes. Y ligólo así después de haber subido á las cumbres del Sinaí y haber visto la faz divina tras el rayo que culebreaba por los cielos y haber oído la divina voz en el resonar estruendoso de las grandes tempestades. El éter increado, la immaculada luz, el rayo que baja, el trueno que retumba, el relámpago que hiende las nubes, el incendio que devora las selvas, todas estas manifestaciones del fuego creador inspiran por maneras muy análogas y muy parecidas á los autores del libro de los indios, del libro de los iraníes, del libro de los judíos. Tres veces ha estado Moisés en

el alto Sinaí, y tres revelaciones ha debido recibir para imponerse á su pueblo y de su pueblo señorearse. Tal es, tan grande y misterioso, el origen de aquellas leyes, que regirán á los hebreos y pasaran á los cristianos.

La tierra prometida resultó para los israelitas un grande y terrible desengaño, cual todas las realidades históricas. En las orillas del Nilo cogían abundante grano y las sabrosas frutas que llevan todas en sus mieles aquellos azucarados jugos de los meridionales campos. Así es que la diferencia entre los verjeles de Gessé y las arideces de Palestina resaltaba con mucho relieve á la vista del pueblo nómada y errante por las soledades inmensas del desierto. Las ollas del feraz Egipto han pasado á todas las lenguas. La tristeza de los judíos por su pérdida se ha repetido hasta llegar á refrán en todas las lenguas cultas. Y, en efecto, allí tenían abundante caza, pesca del río, dulces y embriagadores vinos, dátiles regalados que pendían de las sonoras palmeras, higos de increíble dulzura, granadas refrescantes, todo aquello que pudiera soñar la imaginación y apetecer el gusto, mientras en el camino á la tierra prometida sólo encontraban aquellos infelices la esterilidad inmensa del desierto. De aquí el acento tanto la voluntad incontrastable de Moisés para sostener una fe que á cada paso desmayaba; para combatir con esos enemigos que solían fácilmente condensarse por aquellas tierras tan expuestas de suyo á emboscadas; para divertir el pensamiento y atención populares de la idolatría y del paganismo á que los invitaba el viviente recuerdo

de la vieja tierra, donde habían hallado, si los tormentos del alma bajo la tiranía, los regalos del cuerpo en una constante abundancia. La tierra prometida representa con verdad la distancia existente por ley natural entre las promesas y las rivalidades sociales. Moisés llevó su pueblo á un gran desengaño.

A pesar de todo esto, las raíces arraigaron en aquel territorio desolado. Merced á él Jerusalén se constituyó en singular tribu de profetas guerreros. Cuando Moisés prescribía ritos sangrientos, y con gotas de sangre rociaba los cuerpos de sus hijos, bien sabía dónde iban todas estas prácticas, encaminadas naturalmente á darles un carácter guerrero en consonancia estrecha con su histórico ministerio y con el cumplimiento de sus fines sociales. Al mismo tiempo el desierto uniforme confirmaba la unidad misteriosa del terrible Dios, y aislaba unos de otros aquellos pueblos divididos y separados por soledades inmensas. Jerusalén se levantaba sobre colinas pedregosas y estériles. El Jordán parecía un río de lágrimas. No lejos extendíase con todos sus horrores el mar Muerto, mar de pesadas y bituminosas aguas. Nopales de agudas espinas erizados, olivos cubiertos de una gran tristeza, higueras empolvadas ofrecían algún lenitivo al amargor natural producido por aquella terrible desolación. Así es que los alrededores de Jerusalén habían sugerido á los israelitas el infierno. En la Judea existen valles rientes como los valles de Nazareth, lagos azules como los lagos de Tiberiades, palmeras airosas como las palmeras de Jericó; mas en

Jerusalén, en aquel sitio llamado por las hipérbolas orientales ombligo del mundo, sólo se veía la tristeza consiguiente á la soledad y aridez de un verdadero desierto. Tierra tan seca y estéril correspondió por completo á su destino; porque allí, en aquella soledad nada codiciable, pudo una raza entera vivir como en sagrado retiro y dedicarse al culto de una idea necesaria para la historia futura.

A Moisés, que no pudo entrar en el suelo prometido, siguió Josué, y á Josué la organización política y social denominada universalmente período de los jueces. Aunque tal organización cuadraba mucho al carácter y al temperamento de los judíos, no puede, no, desconocerse que fué seguida inmediatamente de irremediable anarquía. Muchos historiadores califican este período como aquel en que más resalta un sistemático menosprecio de las mujeres entre los israelitas. Pero creo que no se funda tal calificativo en lo que acusan y revelan ciertos datos históricos. Ya hemos dicho cómo las leyes contrariaban á las costumbres en Judá. Mientras aquéllas oponían todos los obstáculos dables á la poligamia, éstas la practicaban por tradición. Ya hemos dicho cuántas mujeres, además de la primera y legítima, solían tener los patriarcas bíblicos. Pero confesando y reconociendo esto no puede negarse que Israel se los aparece de antiguo en la historia como el pueblo donde las mujeres ejercen mayor influjo, especialmente si á los otros pueblos asiáticos se les parangona y compara. En esta misma edad, calificada por eruditos como aquella en que más el poder de las mujeres en la historia israelita se

oculta, vemos aparecer grandes representaciones del bello sexo, las cuales han dejado como indeleble huella de su paso por el espacio y por el tiempo. En tropel vienen los nombres ilustres á confirmar estas aserciones nuestras, pues con sólo decir que pertenecen á tal edad heroínas como Débora, como Jahel, como la hija de Jephthé, creemos haber dicho bastante para mostrar toda la grandeza y toda la eficacia que tienen los encantos de la mujer en este curiosísimo período.

El tipo de la hermosísima Débora queda como grabado en la memoria universal. ¡Ah! La montaña de Efraim la servía como de pedestal y el clarísimo cielo de Judea la servía como de tienda. Troncos y hojas de palmeras la daban asilo en choza dispuesta como las habitaciones de guerra y de campaña. Sobre tales alturas, y por designación más ó menos expresa de la conciencia popular, Débora ejercía el cargo de juez, ó sea el mayor que pudiera entonces en Israel ejercerse. Su poder, el poder tanto de su palabra como de sus ojos, rehizo la voluntad tristemente débil de los suyos, que proclamaron á Barac general de las huestes israelitas armadas contra el rey de los cananeos. Llamábase Javín este rey como su general se llamó Sísara. Reunidos por la voz poderosísima de aquel su oráculo, por la voz de su fuerte Débora, combatieron los israelitas al pie del Thabor y triunfaron á una en triunfo inmarcesible. Débora, cantó célebre cántico de guerra, el más antiguo quizá que guardan los anales de nuestra historia. Puesta por su ardorosa vocación al frente de los ejércitos fieles, pudo con

sus ojos ver la victoria, y después de vista la victoria pudo anunciar con sus previsiones proféticas el castigo y muerte de Sísara. «Benedicid al Eterno, decía, que nos ha confiado su venganza. Escuchad el cántico de loa consagrado por mí al Dios de Israel. Cuando Jehovah marchaba en defensa nuestra, estremeciósese la tierra y los cielos se liquidaron en lluvia. Pusiéronse de hinojos las colinas, y con las colinas el sublime sagrado Siná. Y bien habíamos menester tal defensa, porque antes de nuestra batalla no podían nuestros hermanos andar por los caminos de Judá y tomaban los atajos desconocidos y extraviados. Ni las ciudades mismas ofrecían habitación para nosotros. Habíanse los muros cerrado al pueblo de Dios y abiértose al infiel y al extranjero. Las súplicas nuestras han llegado tan alto, que hasta los cielos y sus ejércitos de astros han combatido por nosotros. El torrente seco se ha hinchado con las lluvias y de madre ha salido para cubrir ó anegar las lanzas enemigas rotas en mil pedazos. Y así ha salido Israel como el sol cuando amanece con todo su esplendor por el Oriente.»

No menos que á Débora, Israel alaba en sus cánticos á otra mujer. Y esta mujer no es judía, es de tribu extranjera. Se llama Jahel. Su acción se repite mucho en la Biblia; pero no deja por eso de ser digna de observación particular á causa lo mucho que contradice la naturaleza delicada y débil de la mujer. Iba Sísara, el general de los cananeos, en fuerte carro de hierro, el cual resplandecía y tronaba como nube de tempestad en las montañas. La victoria de Israel obligóle á dejar su carro y buscar á

pie asilo seguro en vecina tienda. Y esta tienda pertenecía en propiedad á la mujer de un tal Heber llamada Jahel. Y en cuanto llegó allí, pidióle de beber el general de los infieles por hallarse muy sediento. Y Jahel abrió un odre que tenía cerca de sí, odre tan limpio como fresco, y le dió un vaso de leche. Después de haber bebido Sísara se acostó, no sin rogar á Jahel que ocultase á todo el mundo su lecho y sueño. Arropólo Jahel y le dejó dormir tranquilamente. Mas una vez dormido, tomó Jahel un clavo, y, arrastrándose con sigilo á la cama donde roncaba el fatigado y roto general, clavóselo de un martillazo en la sién y lo dejó allí muerto. La madre de Sísara, que le aguardaba, preguntó desde su tienda por su hijo, y respondióle con horror el caballo que venía herido y el carro que venía roto. Así en las últimas estancias de su guerrero cántico, Débora consagra naturalmente loas innumerables y sin término á la heroína Jahel, quien, extranjera de suyo y en tierra extraña nacida, se ha vuelto como á un toque de Dios y ha traspasado con los martillos y con los clavos de su tienda la cabeza de Sísara. Y no menos loas merece por su parte la hija de Jephthé quien, para desarmar la cólera del Eterno, se presenta como víctima propiciatoria y extiende á la cuchilla el cuello y se deja inmolar en las aras cruentas del holocausto judaico.

Tras la época de los jueces viene la época de los reyes. Samuel, conociendo que los israelitas propendían de antiguo al gobierno monárquico, dispuso la organización de una teocracia interesada en contrastar, ó por lo menos impedir, toda monar-

quía. Bajo tal pensamiento y con tal propósito suscitó los profetas, quienes cultivaron la poesía lirica, el arte más propio de los pueblos semíticos, el arte, ó sea una verdadera religión. Pero si tuvo estas previsiones, también tuvo la imprevisión de nombrar jueces á sus hijos. Y sus hijos mercadearon la justicia, vendiéndola por mercedes. El pueblo pidió monarca, y Samuel describió en habla inmortal todos los horribles dolores que habría de pasar el pueblo entregado al poder de uno solo. Mas insistiendo los israelitas, ungió á Saúl por su belleza varonil y por su desmesurada estatura. Ungiéndolo creyó que se acordaría del origen de su poder y que se mantendría fidelísimo al sacerdocio. Pero entre los poderes civiles y los poderes religiosos, en cualquier forma que mutuamente se determinen, existe un irremediable antagonismo. Aarón era hermano de Moisés. Pues á pesar de tal parentesco estallaron conflictos innumerables entre los dos representantes de poderes tan contradictorios. Así es que Samuel suscitó á David contra Saúl, y David, en efecto, ciñóse la corona de Judá.

David resplandece con gloria en el mundo por sus poesías y por sus hazañas. Guerrero, sus victorias amedrentan á los caldeos y á los fenicios. Profeta, sus salmos resonarán en todos los oídos, mientras brillen los cielos y viva la tierra. Pero Samuel no se había engañado al anunciar las calamidades que iba la monarquía necesariamente á traer sobre Israel. No curarán los reyes como habían curado los jueces del puro dogma hebreo; no mantendrán tan aislado su alto santuario como la teocra-



cia lo había mantenido. Mezcláranse por un comercio incesante de ideas y de productos con los pueblos idólatras y arriesgarán mil veces la pureza religiosa del pueblo escogido. En punto á moral, cumpliránse las profecías dichas por Samuel, respecto de la corrupción monárquica. El harén se poblará con favoritas innumerables, á usanza de los asiáticos. La propia familia de David aparecerá manchada con toda suerte de crímenes. Su hijo Amán violará, desatentado, á su propia hermana y morirá herido y asesinado en presencia de su padre. Absalón, el de la hermosa y larga cabellera, se levantará en armas contra quien le dió el sér y la vida. La vejez de David fué tristísima. Sus más devotos historiadores la cuentan como sigue: «Y cuando llegó á la última edad, cubríanlo con dobles vestimentas, sin que jamás entrara en calor. Y sus servidores le decían que busquen para nuestro señor el rey una virgen joven y hermosa, la cual, con sus caricias, lo reanime y lo haga revivir entre sus brazos.» Antes de su muerte vióse constreñido á reparar la regia herencia, porque todo el mundo conspiraba contra él y en todas las conspiraciones había encontrado con tristeza las mujeres de su propio harén.

El carácter principal de la monarquía fundada por David se descubre y encuentra en la centralización concentrada sobre Jerusalén y en la idea de levantar un templo sólo para contener las tablas de la ley fijándolas y guardándolas en sitio preferente. Israel, que había constituido una federación de antiguo, alzóse contra tal absorbente unidad. Las

tribus protestaron de este predominio dado á una sola entre todos ellos, á la tribu de Judá. Hasta los sacerdotes oponían resistencias invencibles á tal innovación. Nómada el pueblo hebreo, bastábale una tienda para cubrir bajo aquel cielo clemente y luminoso el arca donde se guardaban las prendas eternas de su alianza estrechísima con Dios. Pero David, que deseaba imitar á los pueblos extraños, quería tener, como los reyes egipcios, un templo para su Dios, y, como los reyes caldeos, un palacio para sí. Las cuevas de la colina de Sión vieron un extraño espectáculo, vieron una procesión muy semejante á las procesiones paganas. Precedíanla sendos coros de melodiosos cantores; seguían á éstos las orquestas de músicos, alquilados muchos de ellos á las regiones vecinas; tras los músicos venían las hijas de Judá tocando los atambores á guisa de magas, y, por último, David, medio desnudo, con su corona en la cabeza y su arpa en las manos, quien danzaba y cantaba cual un astrólogo asirio. Jehovah iba con tales ritos quedándose como en su trono en la colina de Sión y pareciéndose á un vínculo exclusivo de la tribu de Judá. Pero este poder en Dios reconocido y este culto á Dios prestado, no mejoraban gran cosa, no, la parte moral del rey profeta. Casado con la hija de Saúl, so pretexto de que había permanecido estéril, poblaba cada vez más de favoritas y de siervas su portentoso harén. Y como los profetas le arguyeran y le amenazaran por tales costumbres, doblegábase con servil sujeción y humildad en su presencia para desfruncirles un ceño, al cual todavía miraba el pueblo. Natán

especialmente podía mucho en el monarca, por guardar un secreto como el asesinato de un oficial de su guardia para llevarse consigo su mujer, Bet-sabé, y colocarla en cabeza de su harén. Insistimos en estos puntos porque tales noticias caracterizan bastante más que todas las leyes el estado y condición social de las mujeres en Judea.

Salomón acaba las obras de su padre, el templo que David había ideado, la centralización que David había puesto en Jerusalén, el fraccionamiento de Israel por la supremacía de Judá y la mezcla de la vida hebraica con la vida completamente del resto de Asia. Leed las descripciones del templo y del palacio salomónicos dejadas por Ezequiel, y advertiréis como está copiado todo allí. El trono y los áureos escudos en derredor del trono colocados resultan copia del Egipto; las gruesas columnas con sus chapiteles de frutas y de flores, copias á su vez de Nínive y Babilonia; el templo con sus maderas olorosas entalladas en marfil y oro, copias de Jerusalén; el régimen monárquico sustentado por adivinos, y astrólogos, y hechiceros, copia de todos los despotismos asiáticos, pues las costumbres también se agravan y se corrompen todavía más que bajo el anterior monarca. La reina de Saba le visita por el renombre que alcanza en todo el mundo su poder y su hermosura, y le requiere de amores más que de alianzas. En su palacio el harén resulta como en cualquier palacio pagano de los viejos pueblos asiáticos, sitio primero y principal de la casa. En el harén penetran una hija del rey de Tiro, una hija del rey de los khetas, una hija de los Faraones del

bajo Egipto. Con estas mujeres mezclábanse los dioses de todos los templos y las supersticiones de todos los ritos. Por las noches dejábase conducir á las cumbres de colinas bañadas por la diosa luna, y allí, entre los resplandores de un oriental empíreo, respirando el aire tibio y embalsamado, entregábase á un voluptuoso culto asirio, cuyas innumerables sacerdotisas honraban como una gran virtud la cancerosa prostitución. Este hombre, tan enamorado y tan sensual, despreciaba en el fondo de su espíritu á las mujeres, pues en ninguna parte se aprende á despreciar la mujer caída y deshonrada como en el seno de un harén.

No podemos nosotros, ni entra en el objeto de nuestros estudios, examinar todas las fases históricas de Israel. Conocida y calificada ya la condición que la mujer obtiene allí, cúmplenos ver ahora aquellas mujeres que influyen más en Israel y que dejan nombre más célebre y más divulgado en la historia. Entre estas mujeres ha inmortalizado el arte á la célebre Atalia. Hija de Achab, rey de Israel, y esposa de Joram, rey de Judá, quiso llevar al templo de David los altares de Baal. Madre de un príncipe que debía heredar el trono, creyóse destinada bajo el nombre y advocación de su hijo á reinar sobre los judíos. Pero la muerte de aquél, en quien libraba todas las esperanzas, desconcertó sus propósitos y frustró sus planes. Lo que no pudo frustrarse ni perderse fué aquel cúmulo de ambiciones metidas en las entrañas de su corazón. Cruel como todos los ambiciosos, ningún escrúpulo acertó á contenerla, y dió muerte á todos los prin-

cipes aptos para sustituirla. Uno solo escapó á sus asechanzas, educado por el gran sacerdote Joab en sitio del templo inaccesible á las mujeres. Seis años de silencio y de recogimiento consumió en recinto tan sagrado aquel que podía disputar el trono á la feroz furia. Y cuando Atalia le imaginaba muerto, desaparecido entre tantos como había ella inmolido, surgió, como si resucitase, á disputarle á la usurpadora su manchado trono. En cuanto el pueblo supo que un príncipe de regia sangre respiraba todavía, lanzóse al templo con precipitación y le aclamó con verdadero entusiasmo. La reina corrió al reclamo de las vociferaciones populares y encontróse con que un rival, circuido de guardias, y de sacerdotes, y de muchedumbre, la había quitado su altísimo puesto. Como á las ambiciones acompaña el valor siempre, Atalia rasgó sus vestiduras en señal de terrible duelo, y extendiendo los brazos al recién elevado rey, le maldijo con feroces maldiciones. Tal desacato concitó la ira popular, que, cayendo furiosa y de golpe sobre aquella usurpadora reina, la trucidó en cien pedazos para que no quedase de usurpación y tiranía semejantes ni siquiera la memoria. Con el trono y con la corona de Atalia rodaron por el suelo también los idolátricos altares de Baal.

Todas estas corrupciones, que tanto contrariaban el fin histórico de Israel, contamináronle con irremediabiles enfermedades y condujéronle á una terrible decadencia. Las puertas del templo fueron arrancadas, las piedras del santuario dispersas, rasgados los velos del altar, puestos los ídolos en las

aras para Jehovah reservadas, conducidos los predilectos del Señor á la cautividad, y Sión, viuda, envuelta en los toscos sayales de penitente, sobre su cilicio tendida, lloró con lágrimas tan amargas que aun contristan al mundo y oscurecen el cielo. Cautividad en Babilonia, cautividad en Nínive, regreso al valle de Gessé, lamentaciones bajo los sauces y á las orillas del Éufrates, trabajo servil, castigos irreparables, dispersión por los desiertos, he ahí todo cuanto cayó sobre Judá como consecuencia irremediable de sus contaminaciones horribles con la idolatría extranjera. En esta grandísima desgracia sólo tuvo dos consuelos: el uno sus profetas, que levantaron la Jerusalén ideal sobre aquella Jerusalén cubierta de lepra por la tiranía y por la servidumbre, y el otro algunas raras pero heroicas mujeres, las cuales, bien al revés de Atalia, combatieron junto al pueblo en la hora de sus grandes peleas y procuraron endulzar la suerte del pueblo en la hora de su cautiverio. Con estas indicaciones ya creemos haber indicado también las mujeres mencionables, ó sean Rut, Esther, Judit, por quedarnos tan sólo en las más renombradas y célebres.

Estas tres mujeres dan su nombre á tres libros que realmente constituyen una parte importantísima de la literatura hebrea. Judit salvó Betulia, su tierra natal, de Holofernes, terrible caudillo asirio. El hecho de Jahel se repite poco más ó menos en esta narración. Es verdad que mientras el general cananeo va en busca de Jahel, Judit va en busca del general asirio. Y, en efecto, lo encuentra en su tienda, lo deslumbra con su riqueza, lo embo-

rracha con su vino, lo enloquece con su amor, y cuando á tantos placeres y á tantas voluptuosidades rendido, siente los asaltos incontrastables del sueño que traen consigo los vicios, le corta la cabeza y salva con tal hazaña de horroroso asedio á su amenazado pueblo. El libro de Ruth, bien al revés del libro de Judit, resulta un verdadero idilio.

La vida del hogar mezclada con la vida del campo exalta con exaltación sublime á la mujer. Así no puede nombrarse á Ruth sin que su dulce nombre traiga consigo la imagen de las espigas, en las cuales canta la cigarra y al pie de las cuales lucen las amapolas. Esther quiere decir estrella. Su hermosura hiere al rey de Persia, conocido en la Biblia con el nombre de Asuero, quien para curar esta herida la requiere de amores y la logra, dándola á cambio el nombre de su esposa y la corona de su reino. Un su favorito, que le dominaba como suelen todos los privados en Oriente, aborrecía con terrible aborrecimiento á los judíos. Para satisfacer esta negra pasión movió el ánimo de Asuero á degollarlos á todos en una noche. Súpolo Esther, y valiéndose de sus gracias, de su ingenio, del influjo ejercido por ella sobre Asuero, libertó al pueblo de Israel, quien hoy mismo celebra una fiesta en conmemoración de tal hecho, uno de los timbres mayores y más gloriosos por la mujer hebrea presentados á la consideración y al aplauso de la historia.

Resumamos ahora, pues, cuanto hemos dicho en las anteriores narraciones acerca de la condición alcanzada por la mujer en Israel. A pesar de todos los tipos que ya hemos presentado, la mujer no

llega entre tales familias semíticas al punto altísimo de consideración que le prestaran las familias arias. Realmente más parece la sierva que la compañera del hombre. Dueño y marido resultan palabras sinónimas en hebreo, al decir de grandes lexicógrafos. Aquellos pueblos explotaban á sus mujeres. Necesitados á una de multiplicarse para buscar en los muchos brazos y en las múltiples labores la manutención de su tribu, el hebreo solamente pedía y aguardaba de las mujeres hijos. De aquí, de tal necesidad en las razas orientales, tanto para combatir como para trabajar, proviene la poligamia, tan floreciente, como hemos visto ya, en tiempo de los primeros patriarcas, y tan preferida por los reyes. Los matrimonios entre los hebreos se convienen por medio de verdaderos embajadores. En los tratos semidiplomáticos que preceden á la unión de los jóvenes, entra más el interés de la familia ó de la tribu que la pasión del amor. El novio paga la novia dándole el suegro futuro la suma de su compra. El harén existe, y el harén se llena por medio de raptos y levas. Bien al revés que en los tiempos cristianos, la virginidad no alcanzó favor alguno en los tiempos bíblicos. Allí se quería madre á la mujer, y se la estimaba por su fecundidad. Parecía el timbre mayor los muchos partos, y recibían la posteridad ó la prole como un dón de los cielos. Mujer hubo, como la viuda célebre de Eer, que se dió al padre de su propio esposo, tan sólo para tener un hijo de aquel terrible incesto. La hija de Jephthé, acercándose al sacrificio, lloraba el que su vida resultase inútil por morir

completamente virgen. El contacto y comercio con las razas arias, ó sean los filisteos de Creta en Palestina y los iranos de Media en Asiria, endulzaron un poco la triste condición de la mujer, destruyendo los pensamientos y los caracteres semíticos, en los cuales habíase fundado la familia patriarcal. Los proverbios de Salomón dignifican un tanto á la mujer hebrea. El hogar ya no parece harén, sino templo. Al pie de su trípode, sobre la cual chisporrotea la vieja lámpara, hila el vellón cortado del carnero y el lino segado en la campiña. Madrugadora, se levanta cuando todavía no se han acostado las estrellas, y próspera, granjea todos los bienes indispensables á la casa. Así, en tal ministerio, distribuye á los criados el trabajo y cuida con amor de la siembra y de la cosecha. Conforme va emancipándose la mujer, va también la ley hebraica rompiendo los antiguos yugos puestos por las costumbres y cambiando la vieja levadura social. ¡Cuán corrompida no estaría la sangre de Israel, cuando las leyes prohibían la venta de sus hijas por los padres y el ayuntamiento de los hijos con las madres! El adulterio quedó al cabo entre los grandes crímenes, y la mujer se fué poco á poco purificando y engrandeciendo para que viniesen los grandes tiempos, los tiempos del Mesías prometido á las naciones. Pero antes de tales tiempos debemos ver Grecia y Roma.

Cierto que antes de Grecia y Roma debíamos estudiar Fenicia y aun los pueblos mongólicos. Pero como estos últimos, la China y el Japón especialmente, quedan en la historia tan aislados é influyen

tan poco en la civilización universal hasta que aparecen por medio de las razas turcas, hemos creído mucho mejor dejarlos para otra coyuntura, donde su influencia se manifieste más palpablemente, y seguir el curso de la cultura universal que desagua en la predilecta y hermosísima Grecia. El Asia Menor, la Lidia, la Fenicia, por su parte, debían también atraer nuestra curiosidad y provocar nuestros estudios. Mas como quiera que sea el Asia Menor un compendio, y sólo un compendio de la grande Asia, la familia reaparece allí con las mismas condiciones esenciales ya estudiadas, y no exige una particular atención. Semitas los fenicios, el semitismo les llevaba de suyo al matrimonio polígamo, ya visto en otras regiones de Asia. El Egipto influyó soberanamente sobre Fenicia por entrar en los principios faraónicos la sumisión de tal pueblo, y caracteres egipcios del hogar y de la familia se mezclan allí con los caracteres nativos del semita. El Asia Menor, la Fenicia, la Lidia, de tal modo influyen sobre la vida griega, que no puede separarse una región de otra región vecina sin descoyuntar sus organizaciones mutuas, y sin poner una especie de incomprendible paréntesis en la serie de términos por los cuales va desarrollándose el alma de la historia y sus manifestaciones varias, entre las que descuella el estado social de la mujer, á quien le ha dado la naturaleza el ministerio de madre, y con el ministerio de madre sacrosanta el fin supremo de perpetuar y educar al humano linaje.

Pero entremos en el examen de la cultura helénica, entremos. Antes de caracterizar las diferencias

propias que distinguen y separan al pueblo griego de los demás anteriores, conviene pararse ante algunas leyes generales muy dignas de nota y atención. Las religiones antiguas revestían al padre de un carácter verdaderamente sobrenatural. Como quiera que no podrá jamás la familia primitiva fundarse y sostenerse sino por medio del patriarcado, al patriarca le darán de consuno códigos y costumbres un poder semejante al poder mismo de los dioses. En la generación, el padre, antes que la mujer, comunica y enciende la vida, según la creencia universal de todos los antiguos tiempos. La mujer alimenta dentro del seno materno al hijo, lo nutre á sus pechos, pero no le comunica el soplo vital, recibido siempre, según los antiguos, del amor y del espíritu de los padres. Esquilo, poeta perteneciente á los tiempos hieráticos de Grecia, dice todo esto con una grande fuerza, cuando dice por boca de Apolo á la madre que sólo ha sido la depositaria del germen nuevo y la nodriza del niño recién llegado. Así en los funerales antiguos, en los templos donde á los penates rinden estos pueblos clásicos el culto familiar sobre las aras domésticas, descúbrese tan sólo un culto, el culto á los abuelos. Cuando el romano enterraba un héroe ó un emperador, poníalo sobre lecho fastuoso antes de su cremación, y para más honrarlo, hacíale preceder de los bustos varios de sus antepasados, excluyendo completamente las mujeres. Véanse los abuelos en aquellas largas procesiones, cual podemos observar por los varios bustos, aun hoy existentes, pero no se veían de modo alguno las abuelas, por haberlas elimina-

do el vulgar y común sentir del seno de las generaciones. Y conviene mucho detenerse aquí en esto, porque nos explica la causa y razón de las sumisiones impuestas al sexo hermoso por las viejas leyes y por las viejas costumbres. Y debemos decirlo. Esta subrogación de la mujer al hombre resulta mayor á medida que vamos subiendo al origen de las sociedades en el transcurso de los tiempos.

Una de las primeras instituciones antiguas es el culto á la familia. ¡Oh! La piedra de los hogares no mantiene solamente la lumbre, á cuyo amor recuecen los alimentos; mantiene también la llama divina del culto de los abuelos. Cada griego se cree derivado por natural genealogía de los dioses, y adscrito á una especie de orden divina, la cual tiene por objeto primero guardar la memoria de los antepasados. Así, cuando los griegos se acercan á su amplia cocina y se reúnen alrededor de la piedra donde arde la lumbre, ofrecen libaciones y bendicen la comida, entonando cánticos religiosos, sagrados. Y como la familia no vivía solamente para sí, para su tiempo, sino que se dilataba en los tiempos antiguos, el hijo era indispensable y como indispensable subseguía el divorcio ó separación entre los maridos y las mujeres de suyo estériles. Cuando no había hijos naturales, ni legítimos, optábase por el medio de la tradicional adopción á tenerlos, pues creían las familias mucho más saludable apelar á esto que acabarse y extinguirse dejando baldío el culto á los abuelos. Todo los adoptados por una familia debían renunciar á los ritos propios de sus abuelos y entrar en los ritos propios

de aquellos que los habían adquirido. Por consecuencia, los vivos guardaban á una en las familias antiguas su consustancialidad con los muertos. La generación viviente así aparecía como una flor ó como un fruto que al aire libre ostentara sus colores y sus aromas, pero cuyas raíces todas se hundieran en sepulcro levantado sobre los abismos de la eternidad. El vivo llevaba en sí los muertos y creíase por ellos, por su memoria, por su cariño, por sus revelaciones continuas, en comunicación estrecha con los cielos. Por tal creencia cada casa un templo, cada cocina un santuario, cada hogar un ara, el fuego indispensable para la vida ordinaria una especie de llama sacra inextinguible, á cuyo ardor no se cuecen los alimentos tan sólo; también se avivan las almas, comunicándose por el recuerdo con las generaciones extintas y por las esperanzas con las generaciones próximas á llegar.

El amor entre la familia viva se fundaba en el amor á la familia muerta. ¡Oh! La perpetuidad aquí abajo del hombre quitaría muchos misterios á la vida, pero también muchas verdades á la inteligencia. El más utilitario y materialista de los mortales ha de hallarse por fuerza en presencia de un acto trágico á la postre de su existencia, el cual no podrá explicar sino relacionándolo con la inmortalidad, y, por ende, con algo ingenuamente divino. Del seno de los sepulcros han brotado las religiones, como del seno de las religiones han brotado las artes, conduciendo así todas estas escalas al espíritu desde las sombras donde los cadáveres yacen hasta las perpetuas y diáfanas clari-

dades etéreas. El culto prestado por los griegos á los muertos resulta, después de bien conocido, muy superior al culto de los egipcios, que creían el alma confundida con el cuerpo en la momia, y muy superior al culto de los indios, que creían el alma transformándose de suyo sucesivamente y revistiendo formas diversas en distintos organismos. El griego creía en su culto á los muertos que sustancia diversa del cuerpo se contenía en el alma, y que esta sustancia, por su espiritualidad, alcanzaba vida y caracteres inmortales. Algún deo materialista quedaba todavía en la costumbre de apereibir viandas para los muertos y ofrecerles manteca, leche, aceite, aun arroz, restos de antiguos ritos egipcios; pero el saludar á los muertos, el verlos en espíritu alrededor del hogar, el oírlos en el viento de las noches, el invocarlos tanto al principio como al fin de las comidas y de las cenas, indicaba muy claramente la perfecta convicción de que una parte principalísima del alma se quedaba en los recuerdos y en la memoria de cuantos vivían, mientras otra parte se iba como con alas resistentes y eternas á otro mundo mejor. El muerto, según nos asegura Cicerón, el muerto resulta un dios en las creencias antiguas, y sus descendientes resultan el sacerdocio de ese dios.

Insistamos en el fuego sagrado, porque distingue, y mucho, á la familia entre los antiguos de la familia entre los modernos. Realmente la vida no podría tejerse, las especies organizarse, los mundos henchirse de seres varios, resplandecer los soles en el espacio infinito, si el éter no lo esclareciera todo

con sus resplandores, y del éter no proviniera ese compañero inseparable de la luz llamado calor, y al cual debemos la universal animación. Pues bien; los antiguos hacían del hogar en la vida aquello que ha sido, y es, y será, y fué siempre nuestro sol, el vivificador universal. Por consiguiente, guardaban el fuego de tal modo, que no podía extinguirse un solo minuto sin que pasara en la casa todo cuanto pasaría en el universo mundo al extinguirse los soles, cuyos discos esclarecen los espacios y transmiten la vida. Por las noches, al acostarse la familia, curaba la mujer, vestal sacrosanta, de guardar las brasas bajo las cenizas, y por las mañanas, lo primero que la mujer hacía, era descubrir esas brasas y atizar así el viejo sacro fuego de la familia, pues creían que, una vez extinto éste, con él podía también extinguirse por completo su vida. El fuego sagrado encendíase de un modo particular, bien frotando unos pedazos de madera con otros, bien concentrando por medio de un espejo los rayos solares en una especie de yesca. No podían, pues, las familias tocar á ese fuego con hierro ni con pedernal; prohibíanlo sacrosantos y antiguos ritos. Una vez encendido, precisaba retenerlo siempre ó renovarlo en las épocas señaladas por los fastos, pero sin género alguno de interrupción y de tardanza. Y cuando la llama esclarecía las paredes ó calentaba el aire, alimentábasela con aceite ó manteca, también litúrgicamente preparados, y alzábanse á una en derredor suyo suavísimos y sacrosantos himnos, de los cuales quedan ecos todavía en las antiguas epopeyas órficas. El hogar

estaba por tal modo puesto allí, entre los sitios y objetos religiosos, que si un esclavo perseguido llegaba salvo hasta su piedra y podía tocarla, quedaba incólume ante aquel sagrado seguro, siquier se viese y burlase de sus mismos dueños. A tal extremo de adoración llevaban los antiguos el culto al fuego del hogar, genuina representación de la familia.

Vamos á ver el matrimonio; mas para ver el matrimonio no debemos olvidar los caracteres propios de la familia helénica. Así como el hogar en ella siempre aparecerá como el centro de los vivos por su llama sacra, el sepulcro de los abuelos en los campos patrios aparecerá como el centro de los muertos, y sobre ambas piedras, como sobre dos incontrastables bases, fundará la familia toda su organización. El antiguo derecho familiar no se funda en la naturaleza, no se funda en el amor, se funda en la religión, y en el rito, y en el culto. El hijo emancipado sale de la familia porque no puede participar de su liturgia, y el hijo adoptado entra en la familia porque participa del culto y sus sacrosantas ceremonias. La mujer no tenía el pontificado, perteneciente siempre por el viejo derecho patriarcal á los padres, pero tenía cooparticipación en el sacerdocio. Mas los dioses de cada familia resultaban diversos y aun opuestos. Una pobre niña, que hubiera pasado la infancia inocente y la juventud florida de su existencia tejiendo guirnaldas para los dioses lares ó penates y presentándoles el hidromiel, debía cambiar todo esto, culto, ritos, creencias, dioses, en cuanto pasaba de su hogar al



hogar de su esposo. Cada familia tiene sus secretos, cada religión sus misterios, cada culto su liturgia, cada sacrificio sus ceremonias, cada dios su forma, cada práctica religiosa y sagrada su amuleto, y al penetrar cualquier joven griega en el seno de la nueva familia, penetraba en ajeno templo y se convertía en sacerdotisa de un genio sobrenatural completamente desconocido á su inteligencia y hasta opuesto á sus costumbres. Los grandes dioses, los dioses mayores, los dioses primeros, eran como el espacio para todo lo extenso, como el tiempo para todo lo pasajero, realmente contenían en sí, por su fuerza y por su poder, á todos los penates, como el cielo á todos los astros; pero no estando en comunicación directa y cercana con las familias, no debían parecerles á éstas necesariamente tan grandes como aquellos dioses con quienes vivían, cual nos pasa con nuestro sol y nuestra luna, pequeños en comparación de otros astros mayores diseminados en el espacio, y, sin embargo, á nuestros ojos, aun después de conocidos y estudiados matemáticamente, los principales, los luminosos, los grandes. La sociedad se constituiría por el culto público universal, pero la familia se constituiría por el culto particular y privadísimo presentado de continuo á los penates. Así, lo mismo en griego que en latín, á las prácticas religiosas indispensables para concluir un casamiento se las llamaba ceremonias sacerdotales por excelencia.

Casarse para la mujer griega no era tanto pasar de su casa paternal á otra casa nueva como pasar de unos á otros penates. Así las ceremonias matri-

moniales comenzaban en la casa del padre de la novia, seguían en el espacio que separaba la casa del padre de la novia de la casa del novio, y concluían en la casa del novio, es decir, en los amplios senos del nuevo templo y del nuevo culto. Bajo el paterno techo la novia esperaba humildemente al prometido, puesta como una sierva en los piés de su padre y circuida por toda su familia. El hogar está más limpio que nunca; el fuego arde con mayor viveza; multiplícanse las ofrendas; huelen las flores; destila el hidromiel sus gotas, parecidas á gotas de luz, y el cántico sagrado se levanta en himnos llenos de poesía y en armoniosas cadencias que producen instrumentos varios, muy bien dispuestos y concertados para caricia de los oídos y para recreo de los espíritus. Acabados los himnos y los sacrificios, todo en suspenso y en silencio, coge á la hija el padre y pronuncia la sacratísima fórmula de cesión solemne, indispensable para que pueda la joven desasirse del culto de sus penates y asirse á otro nuevo culto, á los penates de su esposo. Bien el novio, bien el sacerdote, revestidos con ropas tálares de lujo, toman en su diestra la diestra de la novia, quien, mal envuelta en blanco velo y ceñida por una corona nupcial, sigue la perfumada y grande antorcha del himeneo, y es por sus parientes seguida en procesión, á que acompañan sacros y armoniosos himnos.

La subrogación del bello sexo al fuerte obsérvese con facilidad en el eclipse, mejor dicho, en el oscurecimiento completo de la voluntad femenil, ante todas las ceremonias matrimoniales. No suele pre-

guntarse á la mujer si acepta ó no al marido. El padre la entrega como cosa que le pertenece por completo, en plena propiedad, y que cede obedeciendo á los mandatos de su propio arbitrio y de su propia conciencia. Así la mujer no entra por su pie y por su impulso en la casa nupcial; si entrara de tal suerte, inmediatamente aparecería la voluntad interior suya, y precisa que no aparezca esa voluntad para nada y en ninguna parte. Aunque su padre acaba de cederla, el novio exige un derecho de conquista, y hace como que la roba en combate ficticio, donde toda su parentela femenil en vano la defiende, hasta que la toma el esposo en sus brazos, y, sin que toque á la puerta por ninguno de sus costados, la conduce á los senos del hogar. Y entonces ya el hogar toma su carácter de templo; ya las piedras donde las llamas sacras arden, su carácter de altar; ya la ceremonia del matrimonio, su carácter completamente litúrgico; ya el sacerdocio lo absorbe todo; ya el Dios lo llena todo; ya las libaciones se asemejan á las ofrecidas en tantos banquetes sagrados como constituyen aquellas fiestas y aquellas ceremonias del culto, donde adquiere tal culto un carácter público y solemne de suyo, con grande intimidad unido al ser de todas las instituciones y al imperio de todas las leyes.

Deposita el marido á la mujer en el hogar, y en cuanto allí la deposita, se aparece á sus ojos el dios de la familia, su nuevo dios. Para iniciarla en el carácter nuevo religioso que toma, y en el sacerdocio que debe desempeñar, rocíala con las

aguas lustrales y hacen que atice por su propia mano el fuego sacro de cuya perpetuidad responderá en lo porvenir. Concluído esto, pártense los dos el pan mutuamente y escanciánse los dos el vino. Una vez partido el pan y escanciado el vino, preséntanlos de común acuerdo á los dioses, para que la mesa pueda convertirse así en mesa de un altar y para que la comida en verdadera ceremonia religiosa. Y no solamente deberán participar de los alimentos y de la comida, sino que deberán participar, á su vez, del culto de los muertos. La mujer, que hasta entonces ha tan sólo adorado á los abuelos de su padre, adorará desde aquel entonces á los abuelos de su marido. Como si, mísero arbustillo, el matrimonio cambiara desde la raíz hasta la copa de su ser, tomará la esposa no sólo diverso nombre, no sólo diversos ritos, no sólo diversos dioses, sino diversa genealogía también de la que antes ostentaba. Esto demuestra cómo la mujer salía de una tutela para entrar en otra tutela, y como no caracterizaba ella jamás, á pesar de todo cuanto va unido á su nombre, amor, maternidad, educación, no caracterizaba ella jamás las viejas familias clásicas, todas caracterizadas por el padre.

En el matrimonio heleno encontramos todas las condiciones del matrimonio ario. La monogamia resulta su principal base como resulta principal base de los matrimonios semitas la poligamia. Siendo la familia una especie de orden religiosa en Grecia y desempeñando la mujer una especie de sacerdocio, esta perennidad necesaria del enlace matrimonial acompaña indispensablemente á tal

institución. Como hay una religión doméstica, también hay un matrimonio indisoluble. Levántase y elévase todo marido á la misma categoría de los dioses penates por el carácter cuasi divino que lo exalta y la grande autoridad cuasi absoluta que ejerce. La unión de los cónyuges asemejábase de suyo en los pueblos griegos á lo que sucede hoy mismo en los cristianos cuando se cumple cualquier vocación monástica y se ingresa en cualquier orden religiosa; todo tomaba verdaderos aires hieráticos, ó cual decimos en la usual habla moderna, verdaderos aires eclesiásticos. La unión conyugal no aparece como un conjunto de satisfacciones dadas á imperiosos mandatos de la naturaleza, como una especie de institución civil necesaria para conservar y prosperar las sociedades humanas; aparece como algo divino comunicado por el cielo á los hombres y necesario al cumplimiento de un culto perpetuo y á la comunicación de los vivos con los muertos. Las ceremonias nupciales todas, sus conciertos religiosos, sus himnos sagrados, su liturgia sacerdotal, sus dioses penates, su fuego perpetuo, sus aras donde las flores y las mieles se unían, sus libaciones en copas hieráticas, sus fiestas, elevaban la familia de suyo á una institución perenne, con raíces que penetraban hasta en las honduras del sepulcro para nutrirse con los recuerdos de una savia santa, la cual subía luégo al cielo y alimentaba generaciones eternas apellidadas con nombres verdaderamente divinos. Precisa tener ante los ojos esta imagen de la familia helena para comprender con verdad y apreciar con exactitud el

fin cumplido y el ministerio desempeñado por la mujer griega en el desarrollo natural de aquella vida y en los fines históricos de Grecia. Lo mismo el derecho de primogenitura que la consiguiente facultad amplia de testar, y lo mismo la facultad amplia de testar que las adopciones y las emancipaciones, todo el derecho civil, en una palabra, se halla completamente sujeto á este religioso carácter de la familia helénica y á esta especie de sacerdocio ejercido por la mujer, de culto desempeñado por los hijos, de divinidad tomada por el patriarcado y por el padre.

Así comprenderemos por qué la necesidad indispensable de los hijos y por qué la condenación irremisible de la esterilidad en las mujeres al divorcio completo. Así comprenderemos por qué si la esterilidad provenía del marido se subsanaba por medio de las adopciones. Así comprenderemos por qué solían sustituirse allá en tiempos primitivos parientes cercanos al marido, ya vivo, ya muerto, para procurar á la familia un sacerdote, sin el cual quedaba herida completamente de olvido allá en la eternidad. Tener quien le cubriera con la ropa de los muertos, quien lo llevara con lágrimas al sepulcro del paterno campo, quien le ofreciera en los pies del ara santa holocaustos y libaciones, era una exigencia de las generaciones vivas á las generaciones por venir y como una inspiración de la paternidad, por consecuencia del matrimonio, á cualquier costa. Por esto en las adopciones el privado de hijos buscaba lo negado por la naturaleza y por el amor. Como se adoptaba, no para satisfacer al

corazón, para perpetuar el culto, las adopciones todas revestían verdadero carácter de iniciación religiosa. Como no se podía pertenecer á dos cultos, el hijo adoptado renunciaba de antemano al doméstico antiguo suyo. Los parientes componían algo de lo que componen hoy aquellos inscritos, por ejemplo, en la Orden Tercera, una cofradía religiosa. Y á la idea de familia, y á la idea de gentes, unióse la idea de propiedad. Ésta, en sus comienzos, nació de la idea religiosa. Los campos, el señorío y dominio sobre los campos, el usufructo de los campos, todas las manifestaciones de propiedad y de apropiación, estaban ligadas como el matrimonio mismo á los dioses domésticos y al culto de los muertos en las personas de los antepasados y de los abuelos. Un seto formado por montoncitos de tierra, límite intangible ni por la mano del jornalero, ni por la pezuña del buey, ni por la punta del azadón ó del arado, circunfía los campos guardados por el dios Término, ante cuyas aras se presentaban las víctimas, se ofrecían los sacrificios, se cantaban los himnos y se celebraban todas las ceremonias religiosas conducentes á volver propicios los cielos.

Pedruscos enormes arrancados á las canteras, leños robustos desasidos del bosque significaban estas divinidades antiguas de la propiedad, puestas junto á un foso, en el cual se vertía sangre caliente de las víctimas, indispensables á todos los antiguos dioses. El dominio, pues, de los campos relacionábase con el dominio de las casas; y si en las casas había el culto á los dioses domésticos, en los cam-

pos había el culto á los antepasados muertos. Necesitábase la piedra del hogar donde resplandecía el dios de la casa para seguro de los vivos, y necesitábase la divinidad llamada Término para seguro del campo donde se alzaban las tumbas en las cuales dormían su eterno sueño los difuntos. Por tal manera se ligaban unas generaciones con otras y se completaba la familia material de los vivos con la familia espiritual de los muertos. Así dos instituciones en los antiguos tiempos clásicos: inviolabilidad completa de las casas, é inviolabilidad completa de las haciendas. El acreedor no podía de ningún modo y por ningún motivo echarse sobre la propiedad y tomarla para sí. La propiedad quedaba perpetuamente de suyo adscrita, como un vínculo, al dios Término, y el dios Término á la familia. Por consecuencia, el deudor pagaba con su persona y con la libertad personal á los acreedores; pero no podía pagar con el campo á causa de pertenecer éste á la familia total y á la religión ó culto de sus abuelos. Con el derecho de propiedad se liga el derecho hereditario, y, por consecuencia, la ley buscará quien sea pontífice dentro de la casa, y al pontificado irá siempre anejo el derecho á heredar. De varón á varón primogénito pasará el pontificado, y de varón á varón primogénito la propiedad. El padre no necesitaba de ningún modo testar. Su heredero natural se lo han dado ya las leyes de la naturaleza. Las hijas no heredarán nunca, porque la herencia sigue al culto paterno y la hembra no puede continuarlo á causa del matrimonio que la lleva por su propia virtud á entrar en familia dis-

tinta de la suya y celebrar cultos ó ritos completamente opuestos á los cultos y ritos de sus dioses familiares.

Algunas veces hacíase á esta regla general, anteriormente dicha, una excepción bien rara. El padre de unigénita la casaba, pero con la condición de quedarse dentro del hogar y convertir el primer varón de tal matrimonio en hijo de su abuelo. Así es que tomaba este hijo la herencia una vez llegado á su mayor edad, aunque viviesen padre y madre. Siguiendo esta ley, heredaban los hijos de los hijos, pero no los hijos de las hijas. Faltos de sucesores directos, entraban los sucesores indirectos; el hermano, por ejemplo, mas no la hermana. Había parentesco por parte de padre, no había parentesco por parte de madre. Y todas estas desigualdades irritantes para nuestro sentido natural provenían del carácter sagrado y hierático por las padres tenido de tiempo inmemorial en las religiones antiguas. Así comprendemos toda la extensión del derecho paternal y los grandes poderes que los padres guardaban en las antiguas sociedades. La casa contenía una teocracia, y la teocracia toda entera se personificaba en el padre. Por consecuencia, mientras el padre vivía, su autoridad estaba perpetuamente con él y perpetuamente bajo él estaba también toda la familia. El nombre padre, *pater*, es uno mismo en griego, en latín, en indio. No se llamaba padre solamente aquel que tenía hijos, llamábase padre también aquel que poseía un dominio y un culto. Y así como en algunas naciones hoy mismo á todo aquel á quien se desea honrar lláma-

sele maestro, llamábase allá en lo antiguo á todas las personas dignas de respeto y acatamiento padres. Y era natural, porque á la paternidad se unía una serie de autoridades, tanto religiosas como políticas, sobre cuyas fuerzas las instituciones antiguas á una se asentaban.

En los comienzos de la vida social forman los hogares toda la sociedad. Así el patriarcado resulta como el germen de aquellos gobiernos que, sea cualesquiera su forma, guardan en el fondo un absolutismo invencible. Todo gobierno se funda en la idea madre de una grande autoridad paternal, y toda grande autoridad paternal dimana de un derecho verdaderamente divino. Estos padres pueden ejercer poderes tan omnímodos, porque los reciben de legados verdaderamente de progenitores que alcanzan carácter de divinidades. El hogar se asemejaba entonces al estado central ó nacional de hoy, apareciendo así el conciudadano, siquier fuese vecino, como un extranjero adscrito á culto extraño y á extrañas leyes, puesto que la patria y hasta el cielo se contenían y encerraban dentro de los hogares. Así las oraciones llevan allá en los ritos antiguos el sello indeleble de un egoismo incomprensible. Nadie ruega como rogamos nosotros en las oraciones cristianas, aun por nuestros mayores enemigos; todo el mundo ruega por sí ó por los suyos, pues cualquier otra familia, cualquier otra extirpe ajena por completo á los penates y á los lares propios de un hogar, no pueden pedir nada en ningún tiempo á un cielo y á unos dioses implacables enemigos suyos. Para juzgar bien todas las desventajosas condi-

ciones que la mujer tenía en las sociedades antiguas, debe advertirse como en la familia estaba el germen de la única vida social entonces posible, y para fortalecerla, necesitábase acudir á todos estos recursos religiosos. La mujer débil, tierna, dulce, poética, no cuadraba de ningún modo á un elemento social que había menester de la fuerza depositada en los varones. Y por eso, porque toda la sociedad vivía de la fuerza, necesitábase por completo en quien la tiene y la ejerce como el varón, un poder tan formidable y una tan grande autoridad, que no pudiese perderse nunca la semilla donde se hallaban contenidas las futuras sociedades humanas.

El dios acompañaba en aquel estado al hombre, como acompaña de suyo al cuerpo la sombra. Lo primero que se veía en el hogar, esclareciéndolo y calentándolo, era el dios. Así el hogar se denominaba casto, porque al mancharlo con cualquier vicio, se manchaba también á la divinidad en su esencia. Los culpados de crimen jamás hubieran podido acercarse tranquilos á los altares donde tronaba la justicia. Entre las ceremonias usuales en aquellos tiempos y en aquellas casas, contábase las ceremonias expiatorias. El matrimonio en esta edad del predominio de la religión doméstica sobre la religión nacional no puede revestir forma de contrato; revestirá forma de rito. Padre y madre producirán un sacerdote para continuar su viejo sacerdocio. Así la familia deberá conservarse con una gran pureza, porque los ajenos á ella ó extraños cometerían, no sólo una usurpación civil, sino una usurpación religiosa, tomando sacerdocios que

no les competen por derecho alguno. El adulterio alcanzará la reprobación universal, y esta reprobación buscará sanciones durísimas en crueles códigos penales, tanto más de temer cuanto que, lejos de ser escritos, eran consuetudinarios. El fruto de los adulterios tomaría un lugar en el culto y un lugar en el sepulcro, que no perteneciéndole por legítimos títulos, resultaría ofensa y agravio á los dioses. Rómpe-se con la presencia de un hijo engendrado contra las leyes divinas toda esa genealogía de la familia que comienza en el sepulcro de los mayores y acaba en el Olimpo de los dioses.

El padre puede rechazar á un hijo de cuya legitimidad no esté seguro. La mujer adúltera debe morir á manos del ofendido esposo. Si le faltaran ánimos á éste para concluirla, debe, por lo menos, repudiarla. La moral, como la religión, tomaban estos caracteres de fuerza para fortalecer la sociedad, á cuya formación ambas á dos contribuían. El esposo ha de mandar, y la esposa, por su parte, ha de obedecer siempre. Uno y otro deben respetarse y sostener, de común acuerdo, la grande autoridad arriba y la grande sumisión abajo. El verdadero y propio lugar de la esposa está ya señalado, como su cooparticipación austera en el común sacerdocio. Casa, familia, sepulcro, templo, todo necesita del fuego sacro en que se anima, y la conservación del fuego sacro queda siempre á cargo de la mujer. Para pintar Jenofonte una casa triste, una casa vacía, una casa sin recuerdos, una casa sin promesas, donde á cada instante y á cada paso puede la familia extinguirse, denomínala hogar sin

esposa. En algunos tiempos y en algunos pueblos de los antiguos, el sacerdote quedaba privado por completo del ministerio sacerdotal en cuanto sobrevénia la viudez.

Los hijos estaban dependientes, ya lo hemos dicho mil veces, como toda la familia, de aquella grande autoridad paternal. Un padre podía matar un hijo sin dar cuenta de ningún género á nadie. Pertenecía como pertenecen al poseedor y propietario los objetos inanimados. Pero como la mujer participaba del sacerdocio, también participaba el hijo. Sin la presencia de los tres, padre, madre, hijo, no podía rito alguno cumplirse tras algunos años de matrimonio. Por esta razón, los matrimonios largos pedían los hijos con tales instancias, que cuando no los alcanzaban, recurrían al método indispensable de la tradicional adopción. El rito familiar embarga todos los ánimos. El padre no podría vivir tranquilo allende la tumba sin los sacrificios litúrgicos del hijo, y el hijo no podría por su parte vivir vida beata en este mundo sin la protección del padre. Necesitan los padres de que los hijos velen por su sepulcro y guarden sus manes en esta vida, y necesitan los hijos de que sus padres, por su parte, desde la otra vida, los protejan. La familia dura por todas estas creencias, por todas estas liturgias, una eternidad. Y para durar una eternidad necesita de una gran fuerza. Así la primera entre las virtudes helénicas, la más preciada, resultará el amor al hogar, á la casa donde vivos y muertos se comunican en comunicación perdurable. Cuando el incendio de Troya, las lla-

mas devoran el palacio de Anquises, y este viejo patriarca de la vieja Ilión apenas puede separarse de su hogar, y suspira dolorosamente por la muerte allí en la casa. Eneas, al partirse de la desolada ciudad, consumida por la cólera y por las guerras de los hombres, llévase consigo, no sólo su padre Anquises, los penates, los dioses lares también que componen esencialmente la familia. El navegante allá en sus correrías, el héroe allá en sus combates y en sus esfuerzos, el orador allá en sus arengas, invocarán siempre como el nido amado en que aleatan sus sentimientos y como el templo en que descansan sus dioses, el hogar santísimo donde nacieron y donde quisieran, por su dicha, morir.

Las sociedades humanas van formándose al modo y manera de los cuerpos sidéreos. La molécula individuo tiende á una especie de agrupación superior que se llama familia, y la familia tiende, á su vez, y por su parte, á otro género de agrupación que se llama tribu. No pueden los afectos humanos y las humanas ideas encerrarse dentro de limitaciones tan estrechas como las limitaciones del hogar, ni rendirse á dioses tan pequeños como los dioses domésticos. A medida que iba creciendo el hombre iba creciendo con él su Dios, ó por lo menos, la idea que de Dios el hombre se forma en su conciencia. Poco á poco las familias comprendieron que las ligaban creencias comunes, y de tales creencias sacaron culto común también. Alrededor de un Dios mayor que los dioses lares formáronse grupos, llamados *phratrias* en lengua helénica y *curias* en romana lengua. Estas asociaciones llegaron á esta-

blecer comidas religiosas en común, y á libar el vino sagrado ante un solo Dios y bajo unas mismas fórmulas litúrgicas. Tablas toscas, platos y copas de arcilla, vino de la viña propia, pan amasado á la manera campestre, restos de antiguas y venerandas costumbres ofrecíanse al Dios en las comidas griegas de tribus llamadas por los atenienses *apaturias*. Formadas las tribus por la unión entre las familias, como se forman las familias por la unión entre los individuos, transmitíase, por la sangre y por el nacimiento, la facultad ó derecho de pertenecer á ellas que, como todos estos derechos, quedaba vinculado en toda una descendencia. Cuando se presentaba cualquier individuo nuevo á la tribu debía presentarse por mediación de sus padres, quienes los declaraban legítimos, cuya legitimidad estaba siempre sujeta por las leyes á confirmación de las tribus. Éstas aguardaban al presentado con el fuego encendido, el altar dispuesto, el ara ocupada por las víctimas. Y si admitían la legitimidad absoluta del presentado, cortaban las carnes de los animales inmolados en pedazos y las distribuían entre todos los asistentes. Imagen de la familia, tenía la tribu su Dios, su culto, su Estado, sus asambleas, su gobierno, su jefe, que se denominaba tribuno. He aquí, pues, la familia griega en toda su extensión.

Observemos, para ir terminando este bosquejo en que pintamos la familia helénica, varias particularidades propias de sus mujeres. Éstas ocupaban un apartamento separado en la casa, y tan aperebido para la reclusión como pudieran las jaulas de los pájaros. Llamábase *gineceo*. Semejábase á los hare-

nes asiáticos en la reclusión, pero distinguíase de los harenes asiáticos en que rechazaba la poligamia. El sexo fuerte no podía penetrar en estos apartados santuarios al sexo débil aperebidos por aquella sociedad. El hombre no podía tener con las mujeres honradas y ajenas este comercio intelectual y moral que tantas ventajas trae y tanta ilustración suele dar á nuestras modernas sociedades. Faltaba, pues, entre gente de suyo tan culta como los atenienses, el mayor sostén de la cultura, el trato de la mujer. Dícese que la música de suyo amansa las fieras. Mucho más amansan la condición rudísima del hombre unos ojos luminosos, una sonrisa dulce, una voz melodiosa, una palabra suave, las ideas miradas por su lado estético y moral, cuanto constituye los hechizos más hermosos de la mujer y que más influyen sobre las almas de los hombres. Necesitando ciudad tan artística este incentivo de comunicación perenne con la mujer en sus hábitos y costumbres sociales, buscó un derivativo en las cortesanas que tenían salón aparejado para recibir á todo el mundo superior, y en cuyo seno, con ciertos goces indicados por el nombre de tales mujeres, procurábanse también los atenienses aquellos goces del alma y de la inteligencia que puede procurar amena conversación íntima con aquellas en quienes al talento se unen la gracia y el afecto. Así en los talleres de pintores y escultores, en las deliberaciones de tribunos y repúblicos, hasta en los banquetes de sabios y filósofos, aparecía la cortesana griega, no solamente como plástico modelo de belleza exterior, como verdadera musa de la educación gene-



ral. No hay como ver los vasos antiguos para observar la elegancia con que las mujeres griegas á una se ceñían sus diademas en el pelo, sus vestimentas en el cuerpo, sus cinturones al talle, sus sandalias á los piés, dejando entrever todas las formas sin faltar al pudor y al decoro. En el retiro á que la condenaban leyes, instituciones, costumbres, retiro solamente roto por las cortesanas, debía granjearse forzosamente la mujer alguna distracción, y solía buscarla en el cuidado continuo de animales domésticos, sobre todo aves, y en el tañer magistral de instrumentos músicos varios cual esas flautas de dos tubos tan melodiosas y esas liras meneadas por el plectro, á cuyos acordes, y á cuyos acompañamientos, sonaban mejor, no sólo el verso de los poetas, sino hasta la prosa misma de los grandes y excelsos oradores.

El nacimiento en Grecia sujetábase también á ritos y ceremonias de religioso carácter. Una vez entregado el recién nacido á su padre proclamábase éste de legitimidad indudable. Una vez proclamado legítimo, conducíalo el padre mismo al Dios doméstico. En cuanto lo presentaban al Dios debían dar vueltas muchas veces en círculo misteriosamente litúrgico alrededor del fuego sagrado. Reconocido por el padre, presentado al Dios y puesto cerca del hogar, ingresaba en los senos de su familia por toda una eternidad. Entre los guerreros espartanos parecíase á un escudo la cuna, entre los navegadores jonios á un bareo. La madre debía entregar el hijo á la nodriza. Esclava ésta, porque sólo con la esclavitud se compadecía entonces el servir y el

servicio, su estado se diferenciaba mucho en la casa del estado común á los demás siervos. Después de haber lactado al niño quedaba junto á él como una segunda madre, y á veces vencía y sobrepujaba en cariño á la madre verdadera. La nodriza de Ulises ha pasado á la posteridad en los versos homéricos cual una representante imperecedera de una institución religiosa y civil. Así, cuando este gran héroe del trabajo y del comercio, forzado á la navegación por el instinto mercantil y colonizador de los griegos, se ve constreñido al abandono de su hogar por largo tiempo, en el cual hasta sus facciones se borran por completo en la memoria de los suyos, el único individuo de la familia que lo reconoce y lo abraza es la nodriza, de cuyos labios un grito de alegría espontánea y clamorósísima sale por necesidad en cuanto ve á su predilecto tras tantos años de ausencia. En el teatro antiguo como en el teatro moderno, existe la confidente, indispensable siempre para satisfacer las alternativas del diálogo. Pues la confidente será para los griegos en el teatro moderno como prueba de la importancia que obtiene y del ministerio que desempeña en el seno de las familias. Un escritor elocuente levantó protestas y esparció iras contra estas mujeres que usurpan su ministerio á las madres y que sustituyen cariños artificiales al cariño natural. Y volviéndose con furor á las primeras, díjoles que así como no pueden regatear al feto la sangre con que lo alimentan mientras lo guardan en sus entrañas, no pueden regatear al niño la leche de sus pechos que, recién desprendido del materno seno, todavía necesita sus providencia-

les cuidados. Así habla en sus *Neches Áticas* Aulio Gelio.

Como el clima de los pueblos meridionales resulta de suyo tan benigno, los niños iban desnudos en Grecia como los vemos hoy mismo por las playas de nuestro Mediterráneo. A lo sumo les ponían en invierno una camisilla que los resguardase del frío. No hay como ver las esculturas antiguas para enterarse de las vestimentas, y el escultor nos ofrece á los infantes de uno y otro sexo descenidos de todo traje y con cabellos cortos, aunque muy rizados. La esclavitud recibía en Grecia toda suerte de gravámenes materiales y de maldiciones religiosas al punto de creer allí á los esclavos sin alma. Y, sin embargo, la esclavitud lo llenaba todo, y ocurría, parece imposible, á la primer necesidad social, á la educación que pule y cincela el alma de las generaciones y prepara el advenimiento de lo porvenir. El pedagogo puesto junto al niño era siervo y tenía por encargo sembrar en su alma las primeras nociones y ocurrir con su auxilio y su sostén al cuerpo. No solamente pertenecían los maestros primeros de la niñez á la condición de siervos; pertenecen también á la condición de extranjeros. Mirando el traje puesto al pedagogo en los bajos relieves, donde se representa la familia de Niobe, obsérvase cómo se parece al traje ceñido por los esclavos de la columna trajana. Entre las advertencias dadas por Plutarco para ocurrir á la educación de los helenos, hállase la condenación explícita y terminante á esa costumbre de dar el niño para su educación al extranjero, al bárbaro, á quien ha perdido el alma en

los hierros de la servidumbre. También le parece mal que busquen esclavillos para entretener y acompañar la familia menuda en las casas. Estos esclavillos pronuncian torcidamente la lengua griega y pegan los defectos de pronunciación á sus camaradas. Además carecen de aquellos sentimientos que sólo brotan al calor de un verdadero cariño en el seno de una familia verdadera. Ajenos á los dioses domésticos, ajenos á los dioses nacionales, atormentados en el hogar donde se hallan casi con los animales confundidos, no pueden abrigar ni patrios sentimientos, ni sentimientos familiares, antes bien, habrán de buscar por necesidad el medio mejor de desquitarse, perdiendo y viciando el alma de aquellos destinados á humillarlos y á oprimirlos. Tales eran las condiciones capitales de su vieja educación en Grecia. ¿Y por lo que á las niñas respecta?

La educación del bello sexo estaba descuidadísima. Como la mujer apenas aparecía en sociedad, hallábase privada por completo de las ideas en el trato social adquiridas. Entregando una parte de la educación á la nodriza y otra parte á la esclavitud, excusábase de la cultura propia. En el *gineceo*, ya lo hemos dicho, la mujer se reducía, en último término, á tañer las liras y á cuidar los animales domésticos. Algunas veces tomaban las griegas participación activa en los festines familiares. Grandes lechos recibían á los hombres, que se acostaban para comer, mientras las mujeres permanecían de pie ó en sedes más bajas que los lechos del festín. Así las grandes comidas á que acudían las damas resultaban el placer, por excelencia,

de Grecia. Vestíanse todas las vestiduras mejores; ornábanse con sus más preciosos ornamentos; coronas de hiedra y mirto, sembradas de flores varias, ceñían sus sienes; un rey del festín mandaba como si de un Estado se tratase; un dios doméstico presidía como si de una ceremonia religiosa fuesen aquellos festines parte; los músicos, en sinfonías armoniosas, concertaban notas é instrumentos; decían versos los poetas; entonaban himnos los coros; actores varios de mímica excelente representaban diálogos, ya cómicos, ya trágicos, y las bailarinas danzaban con sus correspondientes parejas en una danza movida por verdaderos vértigos de gozo y de placer. Un convidado podía convidar á sus amigos, lo cual daba siempre de sí algunos inconvenientes, pues faltaban medios; por tal costumbre, de reservar los puestos correspondientes al número de invitados. Éstos llevaban consigo siempre la servilleta, y al concluirse los festines, repartíanse las sobras. Por tal razón las comidas resultaban uno de los esparcimientos más admitidos en Grecia, por la razón de que había en ellos esta gran libertad y entraban en ellos las mujeres griegas, privadas, por las costumbres, de asistir á otros espectáculos.

A pesar de las inferiores condiciones que las leyes y las costumbres de consuno daban á la mujer helénica, ésta ejerció todo aquel influjo natural en pueblo de tanta cultura. La idea humana en aquel tiempo se había sobrepuesto á todo por haber la humanidad roto cuantas pesadas ligaduras la retenían fuertemente á merced por completo de la na-

turalidad. El hombre se había emancipado de la materia, que pesaba con grande pesadumbre sobre las sociedades asiáticas, donde tenían imperio incontrastable las fuerzas cósmicas, y donde lo llenaban todo las especies inferiores, hasta que la radiosa increíble aparición de nuestra personalidad, así en los altares del culto como en los altares del arte, creó á la hermosa Grecia. Ya no representarán la divinidad, ni los astros del cielo, ni las grullas sagradas del Nilo, ni los perros que han ayudado á la caza, ni el blanco buey Apis, ni el cordero Ammón adorado en los arenales líbicos, ni siquiera las esfinges, cuyos rostros humanos, saliendo de cuerpos animales con alas, indican un comienzo de advenimiento del hombre á las alturas de la vida y del sér, si bien retenido todavía por la ligazón estrecha con las especies inferiores, muy semejantes en aquellas extrañas figuras á las raíces en el árbol. Como el hombre llenaba en Grecia toda la creación, su compañera le seguía y estaba junto á él en esta universal apoteosis. De aquí provino el que las formas humanas inspirasen aquella escultura, no repetida luégo ni en tiempos de nuestro Renacimiento, y el que los dioses revistieran todos ellos nuestro cuerpo y usaran nuestros órganos. La belleza en todos sus aspectos resplandecía tras aquella religión del arte. Y como la belleza, principalmente, se ve representada por la mujer, llenó ésta desde los templos restrictos del hogar hasta los templos inmensos del espacio. La diosa, en múltiples manifestaciones representada, ocupó tanto espacio y alcanzó tanto poder como el Dios mismo. Desde los

primitivos tiempos nacen pareados los dioses. Apenas han puesto la planta los helenos en el montañoso Epiro, cuando por los riscos del Tomoro, en los espesos encinares cubiertos por hiedras y lianas, entre frescos prados de perenne verdor, que manantiales clarísimos riegan, las Peliades, Pitonisas de Dodona, sobre una piedra de toseco aspecto y bajo un árbol de ramas seculares, hablan á una con los dioses en sublimes coloquios, y miran, así el curso de los astros, como el vuelo de los pájaros, para conocer é interpretar misterios divinos en el santo ejercicio de su vocación religiosa. Las grutas donde los oráculos profieren sus sentencias por medio de repetidos ecos, los arroyos parleros bajados de fuentes claras, los escudos y las lanzas de hierro vibrantes al empuje de los aires, la fusta litúrgica de acero chocando en jarrones de bronce y produciendo sonidos misteriosos que los montes repiten y agrandan, las altas crestas animadas por el revoloteo de las águilas y los bajos valles arrullados por el susurro de los follajes y el concierto de los nidos, todo este grandioso espectáculo de las cosas creadas y todo este coro de melodiosas voces hallan su interpretación y su comento en las palabras oraculares de tan excelsas y sublimes sacerdotisas, puestas como mediadoras por la creencia universal entre los cielos y la tierra, según aquellas primeras religiones griegas, todavía muy cercanas á la naturaleza.

El culto prestado entonces á la madre tierra no significaba otra cosa sino una grande apoteosis de la maternidad. En los montes Elayos, dentro de

caverna fabricada por el fuego creador y esculpida por calcárea gota de agua, una efigie de madera, muy semejante á la representativa de los antiguos dioses asiáticos, expresa el paso de la religión natural á la religión humana, porque si la viste, como á la mujer griega, una túnica de blanco lino admirablemente plegada, en cambio la remata una cabeza de caballo con serpientes por crines, y en cuyas aras ofrecían los creyentes la miel elaborada por abejas ébrias de aromas, el vellón cortado á la blanca oveja y oliente al aprisco, el racimo de uva conteniendo sangre de la tierra, ofrendas campes- tres rociadas por el óleo destilado de aquellos paradisiacos olivos, á quienes bien pudiéramos denominar los árboles de la luz y de la ciencia. Y no solamente Demetra, la madre tierra, tiene un símbolo femenino en los primitivos tiempos y un culto religioso en la inocente Arcadia; lo tiene aquel beso que los mares dan á las costas; lo tiene aquel claror incierto que baja de los claros cielos y penetra en los abismos terrestres; lo tienen las ondulaciones del manantial, ya precipitado con fragor entre las breñas, ya fluyente sobre las guijas con melodiosa cadencia; lo tiene así el polen arrastrado por las brisas á fecundar y á fructificar los campos como el álamo y su sombra, el ciprés y su tristeza, el pino y su vibración, el musgo de la fuente y el rayo de la luna. En el corazón y en la memoria de todos están esos nombres de Cibele, Proserpina, Temis, náyades, ninfas, nereidas, simbólicos á una de la espiritualización y etereidad que toma la materia inerte al subir hasta la humanidad y revestir nues-

tra forma en su aspecto más hermoso, cual es el aspecto de mujer. Cumbres del alto Lyceo, corrientes del Neda, ondas pelásgicas por espumas y vapores coronadas, humildes fuentes que sólo desflora el ala de un ave ó el labio de un pastor, noches de luna retratadas en ríos y en lagos de cuyos bordes álzase aromas y melodías, todo está poblado por las ninfas, que llevan doquier van hermosura y amor. Así, cuando uno de aquellos á quienes podríamos llamar los primeros padres del género humano, Prometeo, atado al Cáucaso por haber encendido en los rayos del sol la voraz antorcha que debía traer fuego creador á la tierra, se dolía de su pasión terrible bajo sus hierros, comido por los buitres, azotado por los elementos, las ninfas oceánicas de perlas coronadas y vestidas de blancas espumas, con alas en sus espaldas que hubieran envidiado los cisnes, y con melodías en sus gargantas que hubieran querido para sí los ruisenores, le asistían en tropel y, enjugándole así las lágrimas en su faz como en sus heridas la sangre, significaban cómo representa la mujer en el cielo y en el mundo la bienhadada felicidad con el supremo consuelo. No cabe dudarlo, es la diosa del paganismo una divinización de la mujer helénica.

El heleno establece allá en las altas cimas de sus montañas los dioses. Quien haya visto, bien un amanecer, bien un anochecer en las cordilleras vecinas al Mediterráneo, cuando nace ó muere la diurna luz por los montes metidos en las profundidades insondables del éter, comprenderá toda la razón del heleno para convertir las cumbres altísimas en

habitaciones de sus dioses mayores. No se necesita levantar los ojos más allá, ni acercarse á los astros y á su luz para entrever lo divino en aquellos horizontes y suelos, porque las aristas de nuestras montañas se inflaman en chispas de rica pedrería, y desde lo purpúreo hasta lo violáceo, todas las gradaciones del color brillan á una mezcladas en admirable confusión por aquellos iris de piedra, donde van los objetos á teñirse y surgen transformados, pues á sus reverberaciones y reflejos deben cuanto puedan deber las figuras de un cuadro á las paletas y á los pinceles del pintor. Las Horas guardan el Olimpo, la ninfa Iris lleva los divinos mandatos, copas de ambrosía juntamente con copas de néctar servidas unas y otras por Hebe, calman la sed y el hambre de los inmortales, convócalos Temis junto al trono de Júpiter armado del rayo, se levanta el trono de Juno servido de pavones, descúbrese aquí á Ceres con sus haces á los piés y sus guirnaldas en las sienes, cuidadosa y próspera para que las semillas broten, y hasta en el fondo mismo de la tierra, y en sus grandes surcos, y en sus abismos, representa Proserpina, hija de Cibeles, robada por infernal dios al aire y al sol para enerrarse en lo profundo la germinación universal de todas las plantas, necesitadas para brotar y producir de caer en los bajos de nuestra tierra y pasar por largos tiempos oscurecidas é ignoradas entre sombras y sombras espesísimas. Por tal modo las divinidades femeninas llenaban las creencias todas y la religión verdaderamente nacional en los pueblos helénicos, que su mitología puede llamarse

una constante apoteosis de la mujer, en sus varias diosas representada con tantos y tan dulces prestigios. Hasta elementos ajenos al bello sexo, como la fuerza y la ciencia, veíanse representados en la mujer. La Minerva, que cuida de la oliva, también esgrime la lanza. Júpiter le ha dado su propia cota de malla. La Gorgona terrible, coronada por serpientes, abre la odiosísima boca en el centro de su escudo. La égida que lleva en los hombros exhala, como la carnicería en el combate, un espantoso terror. Su casco de oro está rematado por penachos tales, que podrían adornar las cimbras de cien ejércitos. Y bajo sus plantas rueda un carro de guerra exterminador, y en su mano vibra una fuerte y penetrante lanza. ¿No diríais que tal divinidad femenina representa la fuerza y la matanza en su persona?

En verdad, no acabaríamos nunca si hubiéramos de referir todos los tributos pagados por la religión de los griegos á la hermosura femenina en su risueña mitología. La mar de colores verdaderamente celestiales, de luz espléndida por el día, de fosfóreas y estelas semejantes á rayos de luna por las noches, toda ella cargada en sus profundidades con tesoros de perlas y corales, que se dilata entre costas arquitectónicas, fáciles de confundir con sacros intercolumnios, y que refleja en sus cristales cordilleras y archipiélagos de armoniosos y escultóricos recortes, bien debía personificarse por tales bellezas juntas en una diosa como Anfitrite, ó sean aquellas verdes y extensas aguas, en las cuales á un tiempo se retratan las islas con sus lineamientos y las estrellas

con sus resplandores. En el mar ha nacido también aquella diosa del amor que se llama Venus. Hanla mecido las ondas, coronádola con sus brillantes las gotas levantadas por el viento, vestídola con sus gasas las alboradas y los ocasos marinos, puéstola en carro de nácares las nereidas, arrastrádola sobre aquella celestial superficie las palomas uncidas á las madreperlas y seguidola por doquier en tropel aquellos delfines que saltan de gozo al verla y elevan de sus narices surtidores á las alturas, mientras la sombrean á una con sus alas todas las aves acuáticas y la bendicen todos aquellos que celebran teorías ó procesiones religiosas en áureas barcas, ceñidas de verbena y mirto, entre los cabos y los promontorios de Grecia. Pero ¿á qué detenernos ante divinidades tantas y tan variadas, múltiples como las cosas creadas y existentes bajo el cielo? Por los montes corre la casta Diana, cuya carrera bendicen las selvas heridas de sus argéneas flechas; en los manantiales nadan las ligeras náyades, todas ondulantes y fugitivas como el agua que pasa; en los arbustos hermosos, como adelfas y mirtos, las ninfas; y desde la muerte y sus sepuleros hasta las artes y su inmortalidad, se dilatan las Musas que inspiran las obras imperecederas y las Musas que cortan los hilos y urdimbres de la vida. No se puede negar que, pertenecientes los griegos á las razas arias, habían, como los indios, divinizado á las mujeres en todas sus apoteosis y consagrádoles inmortales templos. Pues lo mismo pasa en las letras. La *Iliada* nos interesa, más que por sus héroes, por sus heroínas. Todos sus incidentes, sin excepción, se tejen

alrededor de otras tantas mujeres, á cual más amada. El presente de una belleza, comparable tan sólo á la belleza de Venus, transporta de tal suerte fuera de sí á Helena en brazos de aquel Paris, tan hermoso en su sexo como ella en el suyo, que nos obliga, sin querer, casi á compadecerla por el terrible castigo impuesto á sus culpas con la guerra tan cruel para sus gentes y con la pesadumbre de ver á su raptor, dotado tan sólo con la belleza y sin virtud alguna de las que fortalecen é inmortalizan á los verdaderos varones en los grandes trances de su vida. Helena misma, pues, se nos ofrece purificada casi por la expiación de su crimen. Pero si Helena es culpada, en cambio ¿cuán puras y tiernas aquellas otras mujeres alzadas en torno de los demás héroes! El dolor y tristeza de la Hécuba, herida por la muerte de su hijo; aquella viuda incomparable, Andrómaca, puesta, como la estatua de la desesperación, junto al cadáver de su esposo Héctor, enseñan á una en sus prendas femeniles cuán idéntica siempre á sí misma es la naturaleza humana, y cómo las lágrimas de los femeniles ojos evaporadas suben al cielo después de haber aliviado nuestras penas y henchido nuestras almas tanto de consuelos como de esperanzas con su celestial y purísimo rocío. Estas mujeres de la *Iliada* tienen delicadezas y ternuras que inútilmente buscaríamos en aquellas hembras semíticas, vilipendiadas por las competencias de sus compañeras y reclusas en las ignominias de sus harenes.

Las heroínas de la *Odisea* no van en zaga, no, á las heroínas de la *Iliada*. Entre los dos poemas

existe la diferencia real que pudiera existir entre dos civilizaciones pertenecientes á opuestos hemisferios del tiempo. La *Iliada* resulta el poema de la guerra, mientras el poema de la navegación resulta por su parte la *Odisea*. En tal concepto mueven fuerza é ira la una epopeya, y astucia é inteligencia la otra. Las divinidades mismas, á servicio de los esfuerzos por el combate y sus horrores en la primera epopeya, pónense á servicio de los esfuerzos por el trabajo en la segunda. Vese allí todo lo que destruye; vese aquí todo lo que produce y crea. Neptuno airado significa el mar dispuesto á no dejarse por las quillas del navio herir, ni someter por el trabajo de seres despreciables como el hombre cuando se le compara de algún modo con sus espacios infinitos, con sus horizontes indecibles, con sus abismos insondables, con sus huracanes desatados, con sus tormentas continuas, con sus oleajes ensoberbecidos en tales encrepamientos y con tal furor, que parecen dirigirse á extinguir las estrellas en sus arremolinadas aguas. Y las playas inhospitalarias donde Ulises aborda, los escollos en que su esquife naufraga, los vientos unas veces sueltos con furor y otras metidos en los odres con sumisión, aquellas sirenas que cantan suaves entre las sirtes y atraen á los abismos, aquellos cíclopes con resuellos de volcanes y hambre de antropófagos, el Eolo á cuyo soplo los oleajes ascienden alterados como si combatieran rabiosos con las nubes sacudidas por las centellas y resonantes de truenos, las piedras que se desgajan sobre los mástiles y timones, las cavernas que se abren con bostezos te-

ribles y se tragan tantas gentes, aquel empeño de Calipso en mantener cautivos á los arribados, la magia de Circe y sus compañeras empeñadas en retener con sus encantos y sus hechizos al extranjero apartado de su patria; todos estos obstáculos representan de manera maravillosa, con aquella fuerza de personificación poética natural á los antiguos clásicos, todas las resistencias ofrecidas por el Océano y sus costas á las exploraciones del marino y á los cambios del comercio. Por una ley natural ineludible los barcos idos á tierras inexploradas llevan en sus vientres elementos de cultura ignorados por pueblos fijos, merced á su barbarie ó inexperiencia, en el territorio propio, como las raíces de los árboles en el suelo vegetal, y pugnan con todo cuanto cambia sus costumbres, aunque las pula y las mejore. De aquí las terribles fuerzas suscitadas contra el viaje de Ulises y la destreza con que va como burlándolas de soslayo quien jamás podía vencerlas de frente. Por eso la *Odisea* quedará como el cántico dedicado á las artes usuales en una industria sabia para vencer los combates de la naturaleza inaccesible casi al humano esfuerzo y sólo vencida, en su poder supremo y omnímodo, al prestigio y al milagro de una clara y superior inteligencia. Tal aparece á los ojos menos escudriñadores el viaje de Ulises y su arribo feliz tras tantos obstáculos á Ítaca.

Principalmente resaltan las mujeres entre todos los personajes de la *Odisea*. Semejante coro inmortal significa la distancia entre aquella cultura bélica de los tiempos de Aquiles y esta cultura mer-

cantil de los tiempos de Ulises. Merced al mayor influjo ejercido por el sexo hermoso, y dulce, y tierno, sobre la crueldad y la rudeza del sexo fuerte y guerrero, dulcificanse las costumbres y vuélvense mejores los hombres. Penélope representa la incontrastable fidelidad y constancia de una esposa de marino, la cual ha menester dobles virtudes que las demás mujeres para preservarse á las asechanzas de los desocupados que la cercan y mantener incólume su pureza, y con su pureza la indispensable legitimidad sacra de toda la familia en los largos viajes con sus tristes ausencias y sus forzosas separaciones entre los cónyuges. Con sólo recordar un pueblo marítimo y ver la esposa del ausente hoy mismo levantándose á la primera luz para ir á la misa del alba, en que no encontrará importunos, y recluirse luego hasta la madrugada de nuevo día festivo al cuidado y solicitud de sus pequeñuelos, descúbrese una copia del maravilloso ideal dejado por Homero en aquella Penélope, circuida por pretendientes dados á tenderla con sus regalos y sus requiebros múltiples lazos, inútiles, por incomprensibles, á la esposa fiel encerrada en sus deberes y que menosprecia de suyo halagos, asechanzas, asedios de las ambiciones y de los apetitos, respondiéndoles con ofrendas constantes de flores y frutos en canastillas bien olientes, ó de mieles y vinos en copas áureas presentadas ante los altares de Minerva para que prospere los días del navegante perdido en el mar y lo devuelva sano en alas de las brisas y sobre las celestes ondas á la casa, y á la familia, y á la esposa, vivas en sus ojos, de donde las





transmite al pecho y al recuerdo en sentimientos y remembranzas, con la seguridad completa de volver á verlas y saludarlas en verdadera y profunda efusión, antes de su muerte. Por la virtud purísima de tal mujer puede comprenderse que Ulises permanezca en su viaje sordo á las seducciones é inflexible á las amenazas como el escollo que las ondas combaten por las plantas y los huracanes por las cimas, sin lograr nunca jamás conmoerlo. En vano Calipso le ofrece gruta por hogueras de cedro aromada interiormente, y á cuya puerta el frescor de los bosques se confunde con el aroma de las flores en praderas ornadas por pámpanos y racimos que se prenden á las pirámides sombrías del ciprés y á las ramas de los laureles y á los brazos del álamo animados por el rumor de los arroyos y el arrullo de las palomas; el marino mira la mar inmensa y sabe que tras sus líquidos desiertos se ocultan allá lejos, no unos Campos Elíseos como estos donde la fortuna lo retiene atado con cadenas de rosas, una tierra seca y pedregosísima, pero guardando en su aridez el sitio en que yacen los sepulcros de sus abuelos y se meciera la cuna de sus hijos, no lejos del tálamo y del trono compartidos con una mujer predilecta, dechado completo de todas las virtudes.

No pueden referirse ni contarse las personificaciones dejadas en sus mujeres hermosas y varias por el cantor de la *Odisea*. Unas representan la calma celeste de los mares mediterráneos en las noches del estío, y otras la hospitalidad propia de todas esas familias ribereñas en quienes ha puesto

naturaleza tales sentimientos de comunicación para que sirvan en sus puertos al encuentro de todas las razas, al cambio de todos los productos, al vuelo de todas las ideas. Cuando yo leía por mis aulas, tan lejanas hoy en los espacios del tiempo, tan próximas á mí en los afectos del corazón, pues me parece asistir á ellas en espíritu, cuando yo leía las obras clásicas, y tornaba luego los ojos al mar celeste, pues para verlo bastábame con bajar el adorado libro, aquella trémula superficie de cristal azul perla, y aquellas ondulaciones suaves ceñidas por gotas de ligeras espumas, y aquellas refracciones del sol desde su cenit en las aguas, fingiendo como lluvia de menudas estrellas rebotadas de nuevo á los aires cual enjambres de áureas mariposas y abejas, toda la meridional hermosura de nuestros mares me recordaba la ninfa Leucothea, propicia siempre al navegante griego é interpuesta entre las cóleras de Neptuno y las naves de los helenos para volver prósperas y felices las expediciones más arriesgadas y audaces. ¡Cuántas veces he visto esa incomparable habitante de las cristalinas urnas mediterráneas al acompañar en sus esquifes á los pescadores de peces volantes por las noches, cuyos pescadores, de pie sobre la popa, en su mano el tridente, á los piés el fuego puesto sobre una especie de trípode y resplandeciendo hasta encender y animar el color azul de su traje y el color encarnado de su gorro, van dejando resplandores á los cuales veis un jaspeado de colores en las arenas y bajo las aguas, resplandecientes también por el retrato de los astros en su seno y por el fosforeo de

las luminosas estelas! ¿Y quién podrá olvidar á Nausicaa? Miradla en su carro, tirado por las mulas engalanadas, junto á los lavaderos de su casa regia, de pie por los bordes aquellos de los secos torrentes vecinos al mar que mezclan las adelfas con las algas, y decidme si no la saludaréis como la saludaba el navegante griego, comparando su talle gallardo con la palmera solitaria que sombrea con sus palmas el ara sacra de la hermosa Delos. Id á cualquiera de nuestros caseríos mediterráneos; sentaos á la puerta, fatigado, para respirar bajo el sol ardiente la salada brisa del fresco mar; y cuando la joven de ojos negros y profundos, de trenzas cogidas con áureas agujas, de alpargatas semejantes á sandalias, de pañuelo sembrado por lentejuelas, con el jazmín á la cabeza esférica, y el zagalejo de colores al cuerpo escultórico, y el cántaro al costado, y el vaso en la diestra, sonriente de alegría y deslumbradora de belleza, bajo el parral, junto á la pasionaria, entre los limoneros, y los granados, y las higueras, os traiga una cesta de frutas, más olientes que flores, y una toma de agua, más embriagante que vino, recitaréis los versos de la *Odisea*, y os parecerán divinos porque han libado en mirtos, azahares, gomas, espliegos, tomillos, las mieles de una poesía inmortal destilada por todos los poros de nuestra fecunda y deliciosa tierra. Sirenas, vosotras sois con vuestra dulce y melodiosa voz, que retiene cautivo al navegante hasta quitarle por completo la memoria de su patria, esa playera melancólica, esa penetrante saeta, esas canciones en cuyas cadencias compiten á porfía el ver-

so con la música, el sentimiento con la palabra, y que, difundiendo por vuestras venas con sus largas y voluptuosas notas una especie de somnolencia semejante á la producida por los filtros orientales, concluye por rendiros esclavos y por quitaros toda voluntad que no sea el perdurable goce de aquella poesía y de aquel amor. Calipso, tú eres el puerto de socorro y la playa de abrigo; Circe, la ciencia milagrosa que muestra cómo evitará el marino bajíos y escollos, ó conjurará tormentas y tempestades, leyendo en el aire señales del próximo tiempo y colocando en los astros del cielo jalones para su ruta por los abismos del mar; Nausicaa, tú eres la hospitalidad propia de los pueblos asentados en costas muy abiertas á todos los vientos y muy accesibles á todos los barcos; Leucothea, la serenidad y la calma de aguas propicias; pues todas juntas debían denominarse las Musas del mar.

Así como Polifemo en sus antros de Sicilia, los escollos Scyla y Caribdis en la entrada de sus estrechos, las iras de Neptuno y Eolo representan todo aquello que contraría en el mundo al marino; las Sirenas, por lo contrario, representan todo aquello que le atrae para poner en su memoria olvido de la patria y del hogar ausentes; Circe, todo aquello que mágicamente lo ilustra con sanísimos consejos y lo industria en secretos de cielos y mares; Leucothea y Nausicaa, los auxilios y los consuelos indispensables á quienes combaten con huracanes y oleajes, sobre todo cuando exploradores ó náufragos andan á merced y arbitrio de los caprichosos elementos, quienes juegan con su vida y les presentan

por doquier pedruscos para estrellarse y abismos donde sumergirse. Por esa virtud admirable que los griegos tienen de personificarlo todo, personificará Homero lo adverso por regla general en personificaciones masculinas, mientras lo próspero en personificaciones femeninas. Por un Agamenón que, allá en los círculos del averno, acuse á su mujer Clitemnestra de adúltera y parricida, otros personajes del poema y otros ejemplos de sus bellas estancias ensalzarán en loas innumerables á la mujer sin tasa y nos la presentarán como dechado completo de todas cuantas virtudes se necesitan para embellecer los hogares y sustentar las familias. Penélope, la mujer del marino, excede á todas. El gran poeta quiere pintar en ella la fidelidad inquebrantable al matrimonio de la esposa que ha de velar por una casa expuesta siempre al abandono en las largas ausencias del jefe y necesitada por tanto de una fe mutua en los cónyuges, única prenda posible de legitimidad en la familia. Cuantos escollos rodean á la mujer de un marino muy apartado del hogar por su oficio, hállanse descritas en la nube de pretendientes importunos que rodean á Penélope y que ponen chanzas múltiples á la castidad de su vida y á la pureza de su alma. La escena en que Ulises arriba, transformado en viejo, al hogar propio, donde nadie le conoce, ha pasado como eternal modelo á todos los tiempos y á todas las literaturas. Con ese arte, propio de los grandes poetas, para trazar de un solo rasgo una gran situación, en su llegada, el perro fiel y viejo le olfatea y le reconoce, muriendo á sus años y á sus regocijos

en aquel crítico momento. Después del perro le reconoce la nodriza, tan importante de suyo en todas las familias griegas; pero se contiene, al manifestar su arrebato de alegría con jubilosas exclamaciones, porque Ulises la tapa con su mano la boca. Lo cierto es que bajo las fingidas apariencias de pobre y anciano puede ver cómo aquella esposa del alma guarda para él todos sus encantos, mientras para los numerosos sitiadores de tanta hermosura y pureza todas sus iras. El velo que cubre su faz, recatándola con sus pliegues á las indiscretas miradas, sírvele para más realzarla é imponer á todos, como una diosa erigida sobre la piedra del hogar, aquellos respetos arrancados por la virtud á los mismos que la reconocen y la sienten tanto más cuanto menos la cumplen y practican.

Los pretendientes ofrecen á Penélope toda suerte de preciosos dones, quién largo velo recamado con realces áureos, quién collares de ámbar y pedrería, quién zarcillos formados por tres gordas perlas, y, después de recomendarse así á las preferencias de la mujer que solicitan, bailan, comen, beben, juegan al resplandor de las lámparas alimentadas por olorosas resinas y de las antorchas puestas en mágicos círculos de fuego por las bellas esclavas, mientras Penélope, semejante á Venus por su grociosa hermosura y á Diana por su casta majestad, se asienta muy tranquila en su silla regia tachonada de marfil y plata, se da por completo á meditar sobre los sacros recuerdos de su esposo, y previene husos é hilos á fin de tejer telas que muestren cómo prefiere á todos los festines aquellas labores propias

de su sexo y útiles á toda la familia. Las escenas finales de la *Odisea* presentando el combate dramático entre la casta esposa, los ambiciosos pretendientes y la cólera mal retenida del marido por industrias divinas oculto en la forma de un viejo y en los harapos de un mendigo, exceden á todo cuanto puede imaginarse y demuestran hasta qué punto llega la imaginación fecundísima de un gran poeta creador urdir argumentos é inventar personificaciones para poner como de relieve los tipos más generales del mundo y los sucesos más corrientes de la vida. Cuando Ulises llega pronto á recobrar sus derechos de marido, el desenlace funesto para su alma se acerca, la boda inevitable de Penélope. Telémaco mismo, su primogénito, la trata con dureza inusitada y la obliga con imperiosos mandatos al sacrificio. La ilustre representante del hogar helénico no sólo debe renunciar á su amor de toda la vida y al culto santo del ser en cuyos brazos ha sentido la felicidad, sino que debe superar las repugnancias de un corazón sublevado contra los que han destruído sus campos, robado sus vacas y sus ovejas, puesto la nube del deshonor sobre su palacio convertido en aduar por los favores arrancados á siervas que Penélope había mantenido junto á sí cual fieles guardadoras de su honra, y que procedían como meretrices en los desórdenes y en los horrores de aquellas desordenadas orgías. No puede, no, darse contraste más bello que la voluptuosidad terrible de aquellos jóvenes y de sus orgiásticas fiestas, donde corría el vino á torrentes y se desperdiciaban los besos en criminales y volan-

deros amores con la casta severa figura de Penélope, atenta siempre al recuerdo amado, mantenedora del fuego sacro junto al hogar como junto al fuerte de su defensa, con las manos ocupadas en el telar y en el huso, cuerpo y alma separados del vicio que la circuía y asediaba, los ojos puestos en su honor y en su cariño, la esperanza en un regreso próximo del ausente, y toda ella entregada en su vida triste y en su casa vacía con religiosidad incomparable al dogma santo y al culto perpetuo del deber.

La escena final recuerda un tanto la barbarie de aquellos tiempos, á pesar de lo mucho que las costumbres en Grecia se han dulcificado y de lo mucho que la cultura humana se ha extendido. Tierno y dulce aquel episodio en que la nodriza le lava los piés á Ulises por mandato de Penélope; dramático é interesante aquel otro en que los pretendientes deben coger el arco de su rey para mostrar su destreza, resulta muy terrible y trágico el consagrado á la venganza y al castigo. No se creería tal matanza una escena del culto pueblo griego; creería-se más bien una escena de aquellas frecuentes en los pueblos árabes, como el descabezamiento de los omniadas por los abasidas, ó como el ingreso de los romanos en Jerusalén desolada. Ulises recobra su figura natural á la hora suprema de una resolución ya convenida é impuesta, en que su mujer designe marido, entregándose, por consiguiente, á nueva familia y nuevos ritos. No parece, no, en aquel momento un héroe humano devoto de los esfuerzos creadores del comercio y del trabajo; pa-

rece un héroe conquistador y guerrero que lleva por ministro único á su lado el odio tenaz é implacable. Mata sus rivales á manera que un carnicero las reses. Y como si el horror no se colmase todavía con esta matanza, decreta otra terrible y sañuda contra las pobres siervas de Penélope, que han flaqueado en su virtud y han caído en amores fáciles y livianos con los viciosos pretendientes, solicitadas por los reclamos de sus sentidos y vencidas por los vapores de su embriaguez. Al salir las pobres mujeres para ir al castigo con terror increíble, os dan escalofríos inenarrables. Lloran, gritan, claman, impetran, retorciéndose de horrorosa desesperación por las amenazas á sus jóvenes vidas, todavía esclarecidas por la esperanza y llenas con el deseo ardiente de vivir. Pero Ulises, en su implacable justicia, las constriñe á limpiar los pavimentos de sangre humana y recoger los miembros disyectos por la matanza y arrastrar los cadáveres fuera del palacio; y después de haber cumplido estos mandatos respecto de los mismos á quienes habían siquier fugazmente amado, las cuelga de las horcas y las deja, cruel, allí expuestas en sus restos á la injuria de todas las profanaciones y al hambre voraz de los buitres y los cuervos. Y este hombre, que tan lejos lleva el castigo y que por modo tan cruel consume estas matanzas horrosas, denominase allá en la lengua de los clásicos el perfecto modelo de la más acabada prudencia. Y mientras hace y dice tales horrosos y cae tan bárbaramente sobre todos los que le han ofendido y maltratado, Minerva, en forma de golondrina, revolotea feliz alrededor y descende á murmu-

rar palabras sabias á sus oídos. Tales eran los tiempos de guerras aquellos, y las mujeres alzadas sobre sus crueldades y horrosos aseméjase á esas aves que vuelan arriba y allende las tormentas, y, mientras nuestra baja tierra está envuelta en sudarios de nubes, contemplan frente á frente y con fijeza el sol de las alturas.

Pero, en cambio, dulcísimo el encuentro de los dos esposos. Las negras sombras del crimen y los asquerosos hedores del holocausto se han desvanecido; las víctimas de una justicia implacable han quedado enterradas; no resuenan los aires con el voceo infernal de orgías repugnantes ni asedian el hogar las pretensiones infames de corrompidos y embusteros amadores; Ulises recobra su juventud lozana, el aire majestuoso de su porte, la color sana de sus mejillas, la disposición completa de sus miembros, los nervudos brazos con que ha manejado toda su vida los instrumentos guerreros, y aquellos ojos, de los cuales bajaba sobre sus vasallos una especie de celestial autoridad, antes reconocida que impuesta. La nodriza despierta en este momento supremo á Penélope, dormida, y la reina de Ítaca no quiere darle crédito ninguno; tan habituada está la infeliz al dolor y al desengaño. Así resistese á reconocer al que tanto había en su corazón amado, y cuya imagen viva jamás se despintaba de sus ojos enamoradísimos. Lo ve, lo mira, lo reconoce, lo encuentra idéntico á la imagen impresa en su retina y guardada en su corazón; mas teme ficciones de los dioses enemigos, engañosas y alevés, que tiren á perderla para siempre, hacién-

dola claudicar en brazos de un hombre distinto de aquel á quien jurara fidelidad irrevocable y amor eterno. Telémaco, en su costumbre de tratar duramente á su madre, procediendo como si fuera esta su pupila, échala con audacia en rostro los justos y legítimos escrúpulos, nacidos todos ellos de las experiencias que aprendió Penélope allá en las mil celadas tendidas á su castidad y á su honor. Pero Ulises, enamorado de la esposa fiel que respondiera con tanto y tan desinteresado culto á su amor conyugal, trátala con el mayor cariño y la da señas por las cuales pueda venir en paz al reconocimiento de su persona. Indudablemente necesita Penélope un imperio sobrehumano en sí misma para no caer desprendida en brazos del hombre por cuyo recuerdo había dirigido á los cielos tantas y tan religiosas plegarias. Mas deseosa de cerciorarse y conservar hasta el fin la jurada fidelidad, á tanta costa sostenida, le pide señas del lecho nupcial, solamente por los dos cónyuges conocido y puesto allá en lugares del palacio no pisados por humana planta.

Entonces Ulises refiere todas las particularidades del tálamo. Estaba cortado en el tronco de secular olivo, é incrustaciones de oro y plata, entabladas por su propia mano, lo adornaban á una con esplendorosos ornamentos. Este olivo aun estaba en el campo patrio arraigado, y aun se nutrían sus raíces del campestre jugo. No de otra suerte las familias helénicas. Ellas provenían también de unas raíces hundidas en las entrañas del sepulcro y mezcladas con los nombres ilustres de

cien generaciones extintas. Por consecuencia, ningún objeto simbolizaba tanto la familia griega como estos árboles metidos en las entrañas de la tierra y animados por el calor y por el aire de los cielos. Al ver Penélope cómo describía el recién llegado aquellos objetos, que reservara ella de todos los humanos ojos en los fundamentos y abismos de su regio palacio, cae de rodillas como ante una divinidad á sus piés, y le reconoce así por su marido como por su monarca. Entonces el navegante, sabedor ya por los informes tomados en su metamorfosis, de las resistencias opuestas por Penélope á tantas asechanzas como la cercaran y afligieran, refiere, por su parte, los dolores sufridos y las luchas sustentadas hasta llegar al ingreso en su palacio, al seno de su matrimonio, al ara de su hogar. Pocas enseñanzas pueden hallarse de la consideración obtenida por las mujeres en Grecia como la que revelan estas inmortales personificaciones encontradas en ambos poemas helénicos. Las leyes, las instituciones, la religión misma, fundadas todas en el patriarcado antiguo, podían consagrar una especie de inferioridad en el sexo hermoso respecto del sexo fuerte. No comprendían los antiguos la familia, sino fundándola en el poder absoluto de un padre omnipotente. Y como no comprendían la familia de otro modo, condenaban la mujer á tutela sin remisión y sin remedio. Pero el arte, la ciencia, la poesía venían luégo, y encontrando en el corazón de las mujeres tanta inspiración, engrandecíanlas, vengándolas de la servidumbre increíble á que las condenaban los códigos y los Estados. Induda-

blemente de aquí proviene, de tal concepto, el que la mujer humillada en el Estado, y en la política, y en la legislación misma, se levantase á musa en el arte, á diosa en el Olimpo, revistiendo dentro de los primitivos poemas griegos, primera historia de aquella región incomparable, los caracteres hermosísimos que acabamos de considerar en Leucothea, en Penélope, en Nausicaa, en todas esas personificaciones de la fidelidad, y de la ternura, y de la virtud, las cuales, pasando como han pasado hasta nosotros envueltas en poesía, tienen ya en sus frentes el sello inextinguible de la inmortalidad impreso por las inspiraciones del genio.

De la poesía épica se derivaron las tragedias, y de la poesía épica se derivaron también las diosas con forma humana, que atrajeron por tanto tiempo el culto de los griegos y que permanecen adoradas todavía en las cimas del arte como apoteosis verdaderas de la mujer y de su influencia en el mundo. Hasta el poeta Homero en la religión clásica predominaba la naturaleza material sobre la humanidad, y desde Homero predomina la humanidad sobre la naturaleza. Los dioses pelásgicos, verdaderas fuerzas del universo, dejan la crisalididad material, donde se hallaban como envueltos, para trocarse á una en divinizaciónes varias del hombre y de la humana forma. Y como las armonías de nuestra organización se hallan en el cuerpo femenino, ó sea la hermosura perfecta y acabada, el poeta divinizó á la mujer en sus épicos exámetros y divinizó á la mujer el artista en sus mármoles pentélicos. Ya el arte arquitectónico se parecerá menos al

mundo exterior de lo que se asemejaba en todos los pueblos asiáticos. La línea, la geometría, el ritmo de las proporciones, las matemáticas, espirituales de suyo como verdaderas manifestaciones científicas, predominarán sobre las colosales copias y remedos de aquel mundo físico, bajo cuya inmensa pesadumbre desaparecía la humanidad. Esa eterna columna, que se asemejaba en el Asia y en el Egipto á las palmeras, aseméjase aquí al cuerpo armoniosísimo y gracioso de la ninfa helénica, la cual anima con su figura los bosquecillos y con su voz los aires. El bosque pelásgico, muy semejante á las selvas del celticismo halladas en los orígenes de los pueblos modernos, truécase, por un movimiento natural del humano espíritu, en estos templos rítmicos y matemáticos, brotados á una del alma humana como la geometría y como la música.

Olimpia, la sede maravillosa del paganismo, consagraba culto al divino matrimonio que preside todas las divinidades, erigiendo un templo á Júpiter y otro templo á Juno. Dos mujeres, de las más bellas entre las hijas de Grecia, urdían el velo que llevaba la diosa, renovándolo cada quinquenio. Y con la poesía propia de aquellos tiempos y de aquellos pueblos conducíanlo en procesión formada por coros, compuestos de jóvenes cantoras, que apercebían ofrendas de bien olientes flores, hasta el santo simulacro. En el estadio de los primeros tiempos veíase combatir á estas jóvenes, en guisa de amazonas, desnuda la espalda, tendido el cabello, para obtener tan sólo tosca pero amada corona de olivo. Así pudieron ver aquellos tiempos á la hermana

del espartano Agesilao correr y luchar en carro conducido por briosos caballos, y llevando en las manos una hierática y misteriosa lanza, parecida por su materia esplendente á un rayo del sol. Pero no sólo en Olimpia se profesaba este culto á la mujer bajo su personificación de Juno; profesábase también allá en la doria Samos. Bajo los sauces del Imbraso, en campos aromados por embriagadoras esencias, había nacido la diosa de las diosas, cuyo natalicio celebraban en procesiones y juegos sin fin las mujeres dorias, ceñidas con brazaletes los puños y los tobillos, con diademas las sienes. Pero si en Samos celebraban el nacimiento de Juno, celebraban en Argos sus divinas bodas. La tortuosa marcha del arroyo Eleuterio, la cima celeste de la montaña Eubea, veían aquellos hermosos sacrificios en que las ofrendas llegaban sobre carretas, á las cuales iban uncidos, como en los viejos tiempos sacros, dos bueyes blancos. Nada tan hermoso cual aquel santuario, donde se levantaba la diosa con las horas y las gracias esculpidas en su diadema, la granada nupcial en la mano derecha, sobre sus hombros guirnaldas de pámpanos, á sus plantas pieles de tigres y á su lado el pavo que lleva rica pedrería en su pintada cola, y que remeda, desplegándola como un abanico, los matices del iris.

Si Juno recibía culto en Olimpia, Samos y Argólida, recibíalo también Palas Minerva en Atenas. Aquella grande Acrópolis, que defendía la ciudad armoniosa y bella, resultaba el foco de todas las oraciones consagradas por los atenienses á su divina patrona. Representando ésta la ciencia y la gue-

rra con títulos iguales, á la sombra de sus templos y de sus santuarios veíanse lo mismo las estatuas de los héroes que las estatuas de los sabios. Por tal virtud el genio misterioso de la historia levantó allí el Partenón, ó sea el templo más armonioso y más duradero que hayan fabricado los hombres, todo él esculpido por cinceles, quienes, habiendo dado en día único de inspiración lo perfecto al mundo, se rompieron por siempre allí, quizás para que ningún otro pueblo pudiese presentar el privilegio de tales perfecciones. Aquella escalera de mármol péntico, aquellos pintados propíleos; la grande Acrópolis destinada indudablemente á defender Atenas más con su gracia que con su fuerza; el templo consagrado á la Victoria, desde cuyas puertas se descubren las palmas y las aguas de Salamina; Minerva con su *peplum* á la espalda y su lanza en la mano; el Paladión esclarecido por lampadarios de oro; las canéforas coronadas con canastillas de flores y entonando misteriosos versos de sus labios; el Partenón policromo con sus columnas dóricas y sus bajo relieves acabados, con el Himeto al frente, con el Pentelio cerca, sus bajo relieves representando grupos jamás repetidos por ningún artista en aquella proporción ideal; próximos, muy próximos, Maratón y Platea, bien puede asegurarse que alrededor de la diosa gravitaba lo que más ha brillado en el arte y lo que más ha embellecido al planeta.

Si Juno recibía culto en Olimpia y Minerva en Atenas, recibíalo Diana en Efeso. Los antiguos habían reconocido en ella la hermandad con Apolo y



dádole así los atributos de la blanca luna. Miradla. Corre como el torrente despeñado en la montaña. Su corta túnica no le llega casi á la rodilla como la túnica de los jóvenes lacedemonios, y su manto pesa enrollado sobre la espalda como el manto de un cazador presuroso. Desnudos los brazos y desnudas las piernas, diríais que se ha bañado en los efluvios de la naturaleza. Fuertes sandalias la sirven para caminar por los bosques, y designan, como el arco en la mano y la corza junto á ella, los oficios de la caza. Diadema oriental corona su frente, y un carcaj con flechas numerosas cuelga de sus hombros. Las ninfas del Eurofas la cercan bailando vertiginosamente y haciendo sonar metálicos tímpanos. Las cimas del Parnaso prestan á sus altares sombras, y la Pitia, sacerdotisa de Apolo, expresa también allí sus oráculos. Mirad esta mujer con su túnica severa, su corona de laurel en la frente, su rama de olivo en la mano, la copa con agua de Castalia en los labios, la serpiente de las adivinaciones al lado, la caverna misteriosa exhalando vapores azulados, y decidme si no simboliza la confianza tenida por los antiguos en los misteriosos presentimientos de la mujer helénica. Y mientras la Pitia expresaba estos aspectos de la naturaleza femenina, expresaban otros como las embriagueces del placer aquellos coros de bacantes ébrias que iban gritando *¡Evoe! ¡Evoe!* por los campos llenos de racimos y olientes á recién pisado mosto.

Como Juno en Olimpia, Minerva en Atenas, Diana en Éfeso, recibe Ceres adoración en Eleusis. Diosa de la tierra, una tristeza enorme la sobreco-

ge. Diríase que representa la Dolorosa clásica. Símbolo de la siembra y de la humedad que la siembra necesita, compónenla así las sombras de la germinación como las lágrimas de la lluvia. El destino ha roto su poder y le ha robado Proserpina, predilecto fruto de su amor. Naturalmente, la semilla no puede germinar sino en las sombras, ni producir y granar sino en la luz. Y á consecuencia de todo esto, Proserpina pasará la mitad de su existencia en el verde campo, en la colina floreciente, á la sombra de los árboles, al borde fresco de los manantiales, y la otra mitad la pasará en los profundos abismos de las tinieblas indispensables á la germinación universal. Ceres quisiera evitar esto reteniendo Proserpina junto á sí, pero las leyes del universo han de cumplirse contra los dioses mismos, y Proserpina, en su descenso al infierno, hase comido un grano de granada que le ha presentado Plutón, y al compartir con él esta fruta nupcial, se ha juntado á él para siempre y ha compartido con él ¡ay! la mutua común suerte. He aquí, pues, de qué manera tan poética los antiguos representaban las transformaciones del universo, y cómo ciertas mujeres eran entonces y allí tipos imperecederos de las fases por que pasa la naturaleza y de las corrientes que toma nuestra vida.

Hemos visto la escultura en todo su esplendor pernosificando la mujer helena. Veamos ahora cómo la personifica y cómo la representa el teatro. Alrededor de un solo nombre, del nombre de Homero, se condensa la poesía épica, y tres nombres de reconocida inmortalidad representan la poesía

trágica en Grecia, Esquilo, Sófocles y Eurípides. Hemos visto la mujer en la religión, la hemos visto en el poema, la hemos visto en las artes plásticas, veámosla en el teatro. Bien podemos llamar á Esquilo el más sublime y el más rudo entre todos los antiguos trágicos. Sus mujeres formarán una especie de coro en algunas de sus tragedias y tendrán un carácter colectivo. Tales habrán de ser las oceánidas, que se levantan del mar en busca de Prometeo para consolarle con sus cadencias y con sus suspiros; las suplicantes que huyen á los brazos de sus perseguidores, y otras varias que representan el carácter de las mujeres helénicas en varias y sucesivas manifestaciones. Pocos tipos tan curiosos como el presentado en Atosa, la madre sublime de Xerxes, que, nacida en grande imperio y para generatriz de sucesivos emperadores engendrada, pregunta quién reina en Atenas, porque no puede concebir ella ni explicarse un pueblo sin monarca, y menos todavía que haya ese pueblo vencido á los primeros monarcas del mundo. La tragedia donde más resalta el influjo de la mujer helénica, es la llamada *Orestia*, especie de trilogía. Están recientes las terribles luchas de griegos y troyanos. Al pie de Troya nació la epopeya, y al pie de Troya nacerá la tragedia. Clitemnestra es la mujer del rey Agamenón, y acaba de ver en lo alto de las montañas, sobre aquel picacho de Ida tan célebre, la hoguera que le anuncia el triunfo sobre Ilión. Dudan los viejos, escarmentados por sus tristes y desengañadoras experiencias, pero Clitemnestra cree la feliz nueva, y anunciando con ella la

vuelta de su esposo, encarece la fidelidad inquebrantable de antiguo guardada con empeño á su amor y á su nombre. Estos juramentos excesivos é inoportunos despiertan recelos y sospechas en el alma de Agamenón, que cree á la mujer más silenciosa y menos efusiva, según es de recatada y honesta. Así, cuando la esposa conjura sus esclavos para que tapicen de púrpura los caminos reservados al héroe vencedor, Agamenón muestra sus recelos rechazando tales obsequios reservados únicamente á los dioses.

El tipo de Clitemnestra, seguramente, ha sobrevivido á la vieja Grecia y pasado á las literaturas modernas. Por lo mismo que tanto se gloria de su fidelidad á la vuelta y regreso de su esposo, éste duda y teme conocer infidelidades antiguas y aguardar traiciones futuras. En efecto, conforme se acerca el rey á la mansión de sus padres, una gran tristeza cae sobre su alma y sobre las almas de aquellos que lo circundan, tristeza expresada muy admirablemente por el coro. Pero quien más recela de todos los objetos circunstantes y más siniestras profecías emite con verdadero dolor es Casandra, hija de Príamo, cautivada en Troya por el vencedor Agamenón y conducida en su propio carro de triunfo al palacio regio. En éste habitaron los Atridas, aquellos feroces príncipes que dieran en siniestro banquete las carnes de su hijo á un padre desdichado, y Casandra teme la reproducción de crímenes y tragedias semejantes por inflexibles decretos del hado. En efecto, Clitemnestra, perteneciente á esa raza de mujeres que perdió la

paz de Grecia con Helena, meditará un crimen y lo llevará con el rigor de la férrea fatalidad á efecto. Creída, tras diez años de ausencia, en el definitivo apartamiento de Agamenón, hase habituado así á reinar como á querer en detrimento de su monarca y de su esposo. Al venir éste de vuelta, no sólo interpone su nefasta sombra entre su persona y el tálamo feliz de su adulterio, sino entre sus ambiciones y el trono donde se había, por su mal, habituado á reinar. Víctima de tantas pasiones como la desgarran y la pierden, Clitemnestra no podrá, no, apaciguarla, sino por medio del crimen, y asesina con sus propias manos al infeliz esposo, al rey Agamenón.

El trono y el tálamo, que había éste venido á buscar desde Troya, quedan ocupados por la parricida y su amante feroz Egisto. Largo tiempo gozaran uno y otro del fruto de su crimen si en la tierra no hubiera justicia y en el Olimpo no habitaran los dioses. Pero Agamenón ha engendrado en Clitemnestra un hijo, y este hijo, el príncipe Orestes, al saber la infamia de su madre y la felicidad increíble de su padrastro, se dirige al palacio de los Atridas para sumar á un crimen otro crimen y añadir un hecho nefasto más á los terribles cometidos por su infeliz extirpe. Así, arrastrado por el destino, entra en la casa de sus padres y se dirige á la estancia nupcial donde han concebido los adúlteros y perpetrado la terrible hazaña. Egisto muere á manos de Orestes. Pero no se cree harto vengado todavía con esta muerte justísima. Quien mayormente cometiera el crimen, la esposa parricida y adúltera,

debe caer también inmolada por la justicia de su hijo. En vano Clitemnestra le recuerda cómo le ha nutrido en sus entrañas, y le ha lactado á sus pechos, y le ha puesto en los ojos el resplandor de la vida, en el corazón la llama del amor. Orestes cumple su destino y mata implacablemente á la esposa parricida y adúltera. Después las furias le perseguirán á él infundiéndole por todo su cuerpo la ponzoña del remordimiento. Pero se habrá cumplido una implacable justicia y se habrá visto cómo no queda sin su expiación correspondiente crimen alguno aquí en la tierra.

Estos tipos no son aquellos que vaciaron los escultores en oro y marfil, no son aquellos siquiera que pusieron los poetas épicos y órficos en sus correspondientes poemas. Son tipos más humanos, más cerca de nuestros eternos dolores y de nuestras irremediables desgracias. Del seno de la naturaleza va levantándose ya la humanidad. Pesa todavía sobre sus espaldas la inmensa pesadumbre del destino; pero sin aquella gravedad terrible con que pesaba en otro tiempo la inerte materia. Y que vamos entrando, conforme la civilización griega se va desenvolviendo, en la edad característica del hombre, de sus pasiones, de sus ideas, lo enseña esta gran tragedia que, tomada en las ruinas de Troya y en la prehistoria de Grecia, se dilata, reproduciéndose por medio de genios nuevos, en otros grandes tipos, cuyos dolores agitan á los filósofos de nuestras revoluciones y á los hijos de nuestros tiempos. He ahí el privilegio que ningún pueblo arrancará en lo sucesivo á Grecia. En sus artes, en sus ciencias, en

su historia, en sus tipos todos, está como el amanecer de la humanidad. Esta lira de las artes que pulsamos nosotros, este hogar que tenemos, esta familia de la cual nos sentimos tan ufanos, estas instituciones que consagran nuestro derecho, esta elocuencia que patentiza y difunde todo el verbo de la idealidad moderna, débese á la madre del humano espíritu, á esa divina Grecia, quien, para dárnoslo todo hecho, nos ha dado también revelada el alma de la mujer en su religión, en su epopeya y en su teatro.

El teatro de Esquilo es el teatro de los dioses, el teatro de Sófocles el teatro de los héroes, el teatro de Eurípides el teatro de los hombres. Toca Esquilo en la leyenda épica y toca Eurípides en el drama moderno. Sófocles se asemeja de suyo á Fidias, en que así como las estatuas de éste representan la escultura perfecta, representan las obras de aquél, por su parte, la perfecta tragedia. La Minerva del uno simboliza las divinidades helénicas en su inalterable serenidad, mientras la Antígona del otro representa la compasión, esa primera y mayor virtud-femenil, en toda su pureza. Cuando leemos una tragedia de Sófocles experimentamos la misma felicidad que al contemplar el Partenón de Atenas. Quien haya respirado en tranquila noche de luna las brisas del Mediterráneo, escuchando una melodía de las que saben componer aquellas playas y acompañar aquellas ondas, podrá concebir la perfección del arte trágico en Sófocles. El dolor lo domina, porque sin el dolor no habría tragedia en el mundo, ese arte consagrado á la expresión de

aquellos escalofríos que á la continua sacuden los nervios y de aquellos horrores que á la continua turban las almas. Pero en el dolor mismo hay la serenidad completa de una clásica estatua doliente, cuya pena y tristeza no dañan su hermosura inmortal, como nuestras nubes y nuestras noches no entenebrece el sol. Todo cuanto del arte clásico hase dicho en siglos de siglos tócale á estas perfectas obras clásicas. En ellas se compenetrán la forma y el fondo como en nosotros el alma y el cuerpo. Todo allí es proporcionado y armónico cual en los templos griegos. El pensamiento no aspira de ningún modo á llegar allende lo que la propia naturaleza le impone. La pasión tampoco se desconcierta nunca. El color y la línea de sus figuras armoniosamente se corresponden. Las actitudes siempre son nobles. La palabra no desciende á lo chocarreo ni sube á lo sublime; se queda en serenas regiones de cielo azul y de luz perpetua. Cuando asistís al Prometeo asistís á los dolores de un dios. Todo aparece allí titánico y en desproporción sublime con la naturaleza humana como fuera de los límites donde nuestras acciones deben contenerse y encerrarse. Pero cuando asistís al Edipo creí asistír á los dolores de un hombre. Para mí la casta Venus de Milo y la dulce Antígona de Sófocles representan el arte griego en toda su verdad. No podéis ver la una sin oír los exámetros arrullados por los ruisñores de Colonna; y no podéis oír á la otra sin que la diosa, vestida con su manto de Paros, aparezca delante de vosotros con todas las graciosas proporciones alcanzadas por el cuerpo hu-

mano en el arte antiguo y con toda la melodía suave de sus armoniosas ideas.

En el mundo antiguo hay dos terribles divinidades llamadas la una Destino y llamada la otra Némesis. Esta última representa la cólera de los dioses contra los hombres. Habiendo concedido los criadores á sus criaturas la inteligencia, temen que con ella se divinicen y escalen el Olimpo hasta convertirse los humanos en divinidades. De aquí su cólera, de aquí su Némesis. Por modo tan poético explicaban los antiguos aquellos acerbos dolores, compañeros de las grandezas humanas en sus dolorosas historias. La redención exige un martirio llevado, para más desgracia, por el redimido al redentor. Desde Prometeo á Esculapio, y desde Esculapio á Sócrates, y desde Sócrates á Cristo, y desde Cristo á Galileo, y á Colón, todos los redentores han padecido y todos han pagado bien cara la inmortalidad conseguida para su nombre y para su historia con el bien que nos han hecho. Esta cólera divina es como la musa del arte al pasar por la mente y por la inspiración de Sófocles. El gran poeta nos trazará la Némesis ó el combate de las divinidades con los genios superiores, que tanto deben sufrir, una pasión tan larga y tan acerba, sobre nuestro misérrimo suelo. Némesis tiene puesto el dedo sobre la boca en el sitio donde los efectos comienzan á descender de las causas, para que no pregunte por aquéllas ninguno de éstos y sigan todos á una su curso sin remontar y sin subir á las causas. Quien pretenda saber demasiado, sobrepujando la nativa ignorancia del hombre; quien pre-

tenda también demasiada felicidad rompiendo las humanas contingencias, verá de pronto aparecer á Némesis airada que lo empujará con fuerza invencible á las tinieblas perpetuas y á los dolores perdurables de nuestro bajo mundo. Al descubridor que ha puesto alas en las naves como creando una especie animal nueva, desconocida por los dioses; al médico que ha traído un remedio para prolongar algunos instantes la pasajera vida mortal; á los jóvenes mismos que han tocado la meta en Olimpia y recibido el premio, Némesis les muestra cómo el ojo de la envidia divina los persigue por todas partes, y cómo la tumba implacable bosteza terrible á sus plantas. O no cabía tragedia en la serenidad olímpica del antiguo arte, ó esta diosa representa y personifica lo esencialmente trágico, todo el infranqueable límite puesto á nuestros deseos y aspiraciones en este nuestro bajo y triste mundo.

Las divinidades antiguas iban creciendo y purificándose á una en el progresivo desarrollo de la conciencia humana. Primeramente Homero había convertido los dioses naturales en dioses humanos. Del seno de la naturaleza inorgánica, divinizada por los viejos pelagos, habíase desprendido la divinización de la naturaleza orgánica. Tras Homero llegaron los escultores, y no encontrando hermosura más perfecta que la forma humana, con tal forma revistieron á sus dioses. Tras los poetas épicos y escultores clásicos llegaron estos inmortales dioses que generan la tragedia griega. En Esquilo parecen mayores los protagonistas, pero también más

terribles y más airados los dioses. En Sófoeles todo es más humano, todo, hasta las divinidades. Su nombre representa el áureo anillo entre los tiempos hieráticos y los tiempos científicos. Tras él vendrá la filosofía para humanizar más y más la religión. Por consiguiente, Sófoeles, cumpliendo con su misterio histórico y realizando el plan ideal de las antiguas artes, dulcificará la Némesis, quien irá poco á poco pasando por sucesivos grados de cólera implacable á medida justicia. Él, y sólo él, habrá dado la idea bajo cuya norma nos la presentan en los grandes tiempos con el codo levantado en señal de mesura y el freno apercebido en señal de que refrena las malas pasiones. Aquella musa trágica, inseparable compañera del destino antiguo, nacerá como Venus de las espumas del mar, y como Venus sabrá sonreírse placentera después de haber atravesado el alma creadora de Sófoeles. Quien de tal suerte humaniza las diosas divinizará las mujeres. Aquella compasión por todos los dolores puesta en el corazón de los varones á la virtud y á la eficacia del alma de la mujer, eterna educatriz, por madre, del género humano, resaltará en los inmortales tipos de Sófoeles. No se conoce, no, en ninguna de las espirituales manifestaciones cuánto la vida se ha pulido, y los dioses se han humanizado, y el pensamiento se ha puesto en guisa de sol á iluminar todas las esferas, como se conoce aquí en este teatro de Sófoeles tan proporcionado y tan armonioso por su ritmo como el Júpiter y el Partenón de Atenas. Esas almas de mujer, por tiernas, por delicadas, por amorosas, representan el floreci-

miento de las sociedades humanas, su primavera, y parecen mariposas tendiendo por todas partes las pintadas alas y bañándose á una en el aroma de las flores. Las mujeres de Sófoeles tienen ya el eterno carácter femenino que la naturaleza puso en el sexo bello y que, alterado rudamente por los tiempos primitivos, debía renacer y brotar de una civilización más avanzada y culta. El tiempo había dado con su cincel tantos golpes en la materia, presentada y ofrecida por las sociedades asiáticas y antiguas, que debía surgir á su cincel esa increíble y hermosa estatua de suma perfección, á cuyos piés rendirán parias y homenajes todas las generaciones y sobre cuya frente lucirá el estrellado cielo de todos los grandes ideales.

¿Quién desconocerá la parte de fatalidad reinante con imperio incontrastable sobre todos nosotros al columbrar la sombra del Edipo ciego en el arte y en la historia? Un oráculo hale dicho cómo está destinado á matar al padre que le prestara su sér y á manchar con torpe incesto las entrañas que lo echaran al mundo. Para burlar el cumplimiento de tal horóscopo, huye á la casa paterna Edipo, ignorante que había entrado en ella por adopción y no por nacimiento. Sus padres, conocedores también de la nefasta estrella bajo que naciera, lo habían mandado matar en áspero monte y le imaginaban muerto. Pero el encargado por ellos de cumplir la sentencia implacable había sentido tan grande asalto de compasión, que dejó vivo al tierno infante y le adoptaron reyes de Corinto llamados Polibio y Mérope. Al saber la suerte que le deparaban los hados é irse

de Corinto para cualquier otra ciudad donde no pudiera ocurrirle análogo peligro, encontró á Layo, su padre, quien le insultó y le apaleó, constringiéndole por fuerza casi á que, cegado de la natural cólera, despertada en el agraviado por los agravios, según ley de propia defensa, le matara. Camino de Tebas había una esfinge, la cual devoraba los viandantes que no sabían responder á sus preguntas ni descifrar sus enigmas. Los hijos de Tebas demandaban un salvador que los libertase del monstruo, y resultó su salvador Edipo. No sabiendo los tebanos cómo pagarle tal servicio, casáronle con su reina viuda, Yocasta, y diéronle así en premio su tálamo y su trono regios. Hase cumplido, pues, la profecía del oráculo antiguo. Edipo ha inmolado á su padre y casándose con su madre sin saberlo ni presentirlo. Esta gran tragedia se abre á la hora misma en que tales crímenes van á encontrar su expiación. En el crepúsculo, entre la felicidad y la desgracia se abre la grande acción y surge con verdadera oportunidad el protagonista. Y á la verdad, todos hemos entrevisto en nuestra vida el Edipo rey entre los pórticos de Tebas, aclamado por el pueblo, la corona de Layo en sus sienes, el manto de púrpura en sus espaldas, iluminado por la felicidad que procura el mandar en bien de todos y marcada la frente con el nefasto sello de su horrible destino.

La peste diezma terriblemente á Tebas. Edipo investiga la causa de tal plaga y los medios de ahuyentarla. El oráculo dice que los aires continuarán pestíferos mientras aliente allí en ellos el

asesino de Layo. Edipo quiere saber quién sea, y consulta el mago más profeta y sabio de toda la comarca. Pocas escenas tan trágicas cual ésta, verdaderamente sublime. Ciego el adivino para las cosas presentes y materiales, ve la idealidad etérea de lo pasado y lo porvenir. Por ende ha visto el crimen que inocentemente perpetrara Edipo y la expiación que le aguarda. Así resístese á las interrogaciones del culpado inculpable. Pero sus preguntas le asedian en términos de arrojarlo, contra su voluntad, á respuestas mezcladas con cierto dejo de ironía. Edipo se ciega de cólera insufrible ante la resistencia, y acusa nada menos que al adivino de la castigada muerte y le conmina con amenazas y coléricas palabras. Empujado por tamaña temeridad, el adivino declara todo cuanto sabe. Impacientísimo Edipo con impaciencia vertiginosa por la verdad desnuda y completa, desconócela con ceguedad en cuanto la sabe con certeza. Una carcajada siniestra responde á la revelación trágica. Así despide al adivino y le refiere á Yocasta cuanto le han dicho. Yocasta se burla de las adivinanzas con él, asegurándole cómo su hijo, su engendro, destinado á la inmoción de Layo y al incesto en ella, murió expuesto por recóndita montaña. ¿Quién creará ya en el mundo los oráculos? Apolo debe callarse allá en su templo de la orgullosa Delfos, y la terrible Pitonisa descender de la trípode sagrada porque no la consultarán, después de tal engaño, en lo sucesivo, y no interpretarán sus palabras, faltas de significación por este palmario desacierto. Mientras los dos esposos departen así

en confianza y en alegría sobre la vanidad y sutileza de los oráculos, llega desde Corinto un emisario con importantes nuevas. En seguida Edipo lo recibe y le pregunta qué trae. La noticia nefasta de la muerte de su padre Polibio y la declaración de que había sido él un hijo adventicio, encontrado expuesto en sitio apartado de un monte altísimo. Al saber esto Yocasta, que se había reído tanto del adivino y de su anuncio, ve toda la verdad y corre hacia su estancia para ocultarse á quien resulta, por fin, en cumplimiento de los hados, hijo y esposo suyo. El infeliz, aunque advierte la turbación de Yocasta y el gesto con que ha dejado su presencia, lo atribuye todo al horror causado en su orgullo regio al saberse casada con un mísero expósito.

Edipo, en su ignorancia, se cree todavía inocente, y se burla de los dioses á más y mejor, después de sabida la muerte natural del padre á quien había conocido, y la generación suya por desconocidos, que le da perfecto motivo para creerse feliz engendro de la próspera fortuna. El coro mismo, el pueblo, propicio á un rey que lo ha libertado en otro tiempo de la esfinge y que ahora lo libertará de la peste, se pregunta si por acaso resultará hijo de una ninfa semidiosa ó de un dios aficionado á la umbria misteriosísima de los pinos y al melodioso cantar de las campiñas. Pero, poco á poco, todas estas interrogaciones van abriendo la memoria del infeliz al recuerdo viejo de que un día mató á temerario anciano en desfiladero de la Phocia, y liga esto con la nueva anunciada por Corinto de que lo descolgaron niño de una encina donde lo habían colgado

con correas en la garganta del Citerón. Entre tantas perplejidades quiere de nuevo consultar á Yocasta, y Yocasta, en su vergüenza y en su dolor, acaba de ahorcarse, y la encuentra muerta y suspendida del techo en la nupcial cámara donde se ha cometido el incesto. Entonces Edipo coge las áureas agujas en forma de corchetes con que Yocasta suspendía de sus hombros el regio manto, y se saca los dos ojos. Nada tan trágico y terrible como la figura del criminal inocente que ha puesto empeño sobrehumano en vencer al destino, y ha resultado vencido por la fatalidad reinante sobre todo el universo y contra la cual una gran parte de nuestra íntima libertad propia se rompe y estrella. Así, cuando vemos á este bienhechor de su pueblo que ha libertado una comarca entera de plagas horribles con sólo descifrar un enigma, después de haber vencido á la muerte, desgraciado, ciego, errante, hijo parricida, marido incestuoso, padre infeliz, transmitiendo á sus hijos el vínculo perpetuo de un deshonor eterno y la herencia inextinguible de una fatalidad verdaderamente adversa, nos parece ver la condensación de las lágrimas que se han vertido en todos los dolores y de la sangre que se ha derramado en todos los crímenes á causa de la irremisible contingencia que acompaña eternamente á nuestra especie.

Todas estas desgracias del rey heleno parecen como combinadas á fin de que resalte la estatua moral más bella transmitida por los antiguos tiempos, la estatua moral de Antígona. La flor en el campo, la miel y el aroma en la flor, la canción y



la melodía en el ave, la estrella en el cielo, tras las noches las auroras, sobre las tempestades y las sombras el sereno y propicio luminar, todos los puertos y todas las compasiones, el cariño que socorre, la caridad que reparte sus beneficios, las piedades filiales, el bálsamo sobre las heridas, la poesía y el arte sobre las tristezas de una realidad oscura y manchada: he ahí todo lo que representa en el teatro antiguo Antígona bajo las fatalidades que pesan sobre nuestra especie y entre los crímenes que desgarran y ensangrientan nuestra tierra. Dícese con razón que simulacros tan bellos como la Venus de Milo y la Diana cazadora representan la belleza material perfecta; mas dentro de los ritos, de los principios, de los cultos comunes al viejo y clásico mundo, Antígona representa la belleza moral perfecta. Y al verla, y al encontrarla en este largo camino de la humana historia, se os aparece como el faro al naufrago, derramando fresca brisa en el horno encendido de tantas pasiones aviesas y rayo de luna en las tinieblas donde graznan y aletean tantos pájaros rapaces. Al verla, veis todo lo que ha consolado á la humanidad en su martirio. Ella es la compasión que penetra en el patíbulo de los mártires y la piedad que recoge y entierra el cuerpo inanimado de los muertos. Así, desde la hora en que apareció por la escena griega como el báculo de una vejez infeliz, no han dejado ni un punto de resonar en sus oídos los loores arrancados al humano pecho por el culto universal que se debe á estas virtudes femeninas; brotadas todas á una del amor, y sin las cuales ¡ah! sería imposible, por lo descon-

solada y nefasta, nuestra misérrima existencia.

Pero veamos á la hermosa joven, tal como Sófo- cles la ideara en su alma serena y armoniosa. Descubierta el involuntario crimen de su padre, los tebanos, que le adeudaban dos grandes remedios en su vida, pues los sirvió así con sus aciertos como con sus castigos, merced á los cuales aplacara las celestes iras, esos tebanos de tan cruel ingratitud, lo abandonan, y al verlo, huyen, y de su presencia se apartan, creyéndole moralmente apestado y leproso. Los propios hijos le arrojan del trono y del pueblo que había salvado con su ciencia y esclarecido con su gobierno. Parricida, incestuoso, el hogar suyo se parece á una genmonia, los dioses lares á genios adversos, el sepulcro de los antepasados en que radica el árbol de todo humano sér á un centro de maldiciones y anatemas, sus hijos resultan al mismo tiempo sus hermanos, por lo cual toda su sangre ha entrado en corrupción y toda su vida caído en oprobio, y el templo le rechaza, y el pueblo le maldice, y no le queda otro remedio sino errar en las soledades inmensas, á merced por completo de los elementos implacables, hasta que la muerte se apiade misericordiosa de su dolor y ponga sobre sus ojos vacíos el sueño perdurable. ¿Qué será de un pobre ciego, sin familia, sin hogar, sin patria, sin penates, rechazado hasta por el sepulcro de sus mayores y andando á tientas en tinieblas eternas, porque la luz, resplandeciente alma de los demás mortales, sólo sirve con su calor para perpetuar aquella terrible desventura?

El cetro se ha roto como una frágil caña y apenas

le sirve de báculo; se ha trocado la púrpura en harapo sobre sus hombros enflaquecidos; la corona se ha roto, y sólo queda como una sombra de ignominia en aquella frente, donde resplandecieran otros días las mayores glorias. Quien derramó riquezas en las manos alzadas á su pródigo trono, mendiga hoy amargos mendrugos. Quien no aparecía jamás sino entre los aplausos de la juventud y el respeto de la vejez, oye resonar los pasos de aquellos que se ahuyentan y las maldiciones de aquellos que se tumultúan á su vista. El héroe, que iba en su busca para recoger el premio á la victoria; el moribundo, que le demandaba plegarias y auxilios y hasta ritos fúnebres; la viuda, que ponía en sus manos hijos y herencia porque todos le veían de virtudes resplandecientes vestido y coronado como por una tiara por su sabiduría, huyenle ahora y le creen sólo digno de castigos eternos. Desnudo, demacrado, la piel rugosa sobre los huesos doloridos, los ojos semejantes á vacías cavernas, trémulos sus labios, crispadas sus manos, el aliento como un turbión de quejidos, incierto el paso por clavársele doquier lo endereza espigas en las plantas, abrasarálo el sol, azotarálo el huracán, encontrará por cama la tierra dura como por cubierta el cielo cruel, y no le quedará otro remedio sino compadecer hasta los cadáveres insepultos, roídos por el pico de los cuervos y machacados entre las quijadas de los perros. No se conoce todo cuanto necesita el hombre de la humana sociedad hasta que la pierde y se ve por completo entregado á las inclemencias reinantes en el despiadadísimo universo. Nidos sin pájaros, domicilios sin habitan-

tes, campos sin cultivo, corazón sin amor, amor sin correspondencia y sin objeto, vivo enterrado en un sepulcro, todo cuanto podáis imaginaros de más triste se suma en las tristezas múltiples de un infeliz errante á solas por el mundo.

¿Quién le consolará? Se necesitaría un receptáculo tan grande como los lechos del Océano para contener sus lágrimas amarguísimas, y para enjugarlas un paño tan extenso como el cielo. ¿Adónde volverá los ojos? Los dioses le han infligido penas terribles antes de nacer y condenádole á una desgracia irremediable. Por su propia mano inmola el hombre de quien recibiera la vida y el propio lecho donde fuera engendrado lo macula con deshonor inextinguible. Sus hijos deben el sér á torpe incesto y no pueden asomarse al sepulcro de sus mayores ni mirar al cielo de sus penates sin descubrir por doquier la reprobación eterna y sin caer bajo el peso de una grande vergüenza. El perro tiene amo y tiene perrera; él no tiene ya en el mundo la caverna donde habitan los brutos carniceros. ¿Quién le consolará? Solamente su Antígona. Miradla. Bien puede un viejo palacio de reyes ofrecerle vivienda, una corte fastuosa ostentación y lujo, los hermanos queridos parte de la corona heredada, un héroe de regia sangre su corazón y su nombre. Antígona compendia en sí todas las virtudes propias del sexo á que pertenece, y sólo ve á su padre infeliz en el mundo, porque sólo su padre necesita los afectos más vivos y los calores más ardientes de su alma, la compasión y el consuelo. Un gran escritor la saluda como predilecta del destino, y puesta por la

Providencia en cabeza de todas las heroínas de la resignación que llevan en sus manos hasta por nuestros templos católicos las verdes palmas, las blancas túnicas, las etéreas aureolas del martirio. Lo que lleva principalmente dentro de sí es la entraña de mujer que, criada para el amor, comparte, á virtud y eficacia de su compasión, ese amor de los amores, todas las penas humanas.

Miradla, joven, bella, pura, en la primavera de sus años, con el esplendor de su raza y con los timbres de su familia; miradla triste, pobre, descalza, el cabello tendido sobre sus espaldas, los ojos vueltos hacia los huecos ojos de su padre, mendigando el mendrugo diario á la limosna del viandante, y recorriendo la tierra en busca del último asilo guardado á la desesperación, en busca de la muerte. Ningún pintor cristiano ha sabido trazar una imagen de la piedad semejante á la figura de Antígona, convertida en báculo yerto y pasivo bajo la trémula mano de aquella sombra inocente y maldita que se llama Edipo. Delante del grupo formado por hija y padre va la fama gritando: ¡parricidio! ¡incesto! Y en torno suyo se dilata el desierto, pues, al descubrirlos, húyelos en desatada carrera la gente, por no contaminarse con su desgracia y por no participar de sus maldiciones. El perro hidrófobo, apaleado por todo el mundo, sufrirá cuantos dolores materiales se quiera, mas no este horrible dolor moral de las afrentas, privativo del género humano, á causa de su conciencia y de su alma. He aquí por qué nos conmueve tanto la sublime figura de Antígona, porque personifica las esenciales virtudes

propias de su sexo, y porque muestra cómo permanece la naturaleza femenina perpetuamente bajo la sobreposición de instituciones varias y de diversos estados sociales, idéntica por completo á sí misma, y mucho más idónea que la naturaleza varonil ó masculina para la compasión, para la caridad, para las grandiosas expansiones del alma, para el sentimiento, verdadero calor de la vida y agente cuasi divino de todos los sacrificios y de todos los heroísmos, que no se disminuyen y endulzan entre las violencias, las cegueras y los estremecimientos del combate, sino que apelan á la resignación y se conforman con dolores apenas soportables por delicadas y débiles naturalezas.

Sófocles ha engrandecido y hermoseado todas estas virtudes, ciñéndolas de los esmaltes del genio y abillantándolas en el engarce de sus inmortales tragedias. Al poco tiempo de aquel holocausto piadosísimo, la misma inflexible fuerza del destino antiguo se resiente y cede á la misericordia. Lo verdaderamente trágico en este grupo sublime de hija y padre, por todas las afrentas heridos y por todas las inclemencias del cielo probados, es la estrella esplendente y espiritual puesta sobre sus sienes y compañera de su peregrinación, la estrella de su inocencia. Y así, una voz compasiva les dice que después de haber errado tanto tiempo, clavándose todas las espinas de aquel su camino sembrado por zarzas y abrojos, obtendrá, como único ya posible consuelo el infeliz maldecido por los hados, el consuelo de su muerte y de su sepultura. Mas para esto se necesita que lleguen al bosque donde residen las

Euménides. Hijas predilectas de la naturaleza, y habitadoras de los bosques, traen á los desgraciados el consolador lenitivo de un sueño perpetuo dentro del sepulcro. Cerca ya del sitio compasivo y hospitalario que habrá de matar al triste, levántase airadísimo el viejo rey de Tebas, y dice que sus crímenes terribles no se deben á la voluntad y á la conciencia íntimas suyas, sino al hado, que se los ha impuesto con fuerza, y que, al imponérselos forzosa y violentamente, le ha, por su desgracia, hecho criminal é inocente á un tiempo. El humano albedrío se levanta en la persona del viejo Edipo, y protesta contra todos los empeños y todos los empeñados en imputarle la responsabilidad inaceptable de las fatalidades que bajan del universo entero sobre la misérrima y débil criatura.

Nada tan bello como el arribo de Antígona y Edipo al valle de Colonna. Los más hermosos caballos del Ática van por allí errantes sin freno ni montura; los ruseñores gorjean bajo la oscura hiedra entrelazada con guirnaldas y pámpanos, con flores y frutas; por el suelo cargado de rocío celeste se juntan los narcisos que coronaran á los antiguos dioses con los pistilos del azafrán rojo y dorado; el olivo de glaucas hojas se mezcla con las adelfas inmortales; y mientras Baco ríe seguido por sus ninfas exprimiendo el racimo en la cuba y cantando las embriagueces de la vida, bajo las azules ondas cercanas que besan las arenas áureas, laten las Nereidas sacando sus frentes ornadas por algas, corales y perlas, entre las ondas abillantadísimas por el resplandor de un cielo siempre luminoso y siem-

pre sonriente como reflejo de las hermosuras contenidas en este singular valle de Colonna henchido y rebosante de alegría. Y al llegar allí, la plegaria de Antígona se ha oído ya en el cielo, y sus lágrimas de tal suerte se han condensado sobre la fatalidad, que han podido vencerla y redimir al ciego irredimible. Sí; una vez llegado al bosque de las piadosas Euménides, los oráculos, implacables enemigos del viejo Edipo, le dicen que su muerte será una felicidad para la tierra donde suceda, y que sus despojos llevarán á los campos que acierten á contenerlos y á las ciudades que se les avecinen próspera y benéfica suerte. Al saber esto, al saber cómo aquel hombre perseguido por los hados va pronto á convertirse de suyo en redentor, los pueblos, que lo maldecían y lo rechazaban, se disputan todos con la posesión de sus restos la gloria de su apoteosis. Pero le roba el cielo, como á Elías en la Biblia, y priva de beneficios no merecidos á sus perseguidores.

¡Cuánta parte no han tenido las virtudes redentoras de Antígona en la redención del mísero Edipo! Mas no le basta, no, á esta hermana de la caridad, engendrada por el antiguo paganismo, los consue- los en vida llevados á su padre; quiere también prestar los debidos honores fúnebres á su hermano Polinice. Después de haber alcanzado al extremo de alto heroísmo en la obra de acorrer y consolar á su padre, parecía imposible que llegase hasta sobrepujarse á sí misma, rayando como hija donde rayó como hermana. La desgracia pasa como vínculo de padres á hijos en la familia del infeliz tebano. Eteocles y Polinice, que le deben el sér y que comparten

el trono, llegan á enemistarse hasta el punto de perseguirse con mutuos odios en abiertas guerras. Pero Eteocles, habiendo quedado en el trono, representa la defensa de Tebas, mientras Polinice, habiendo caído del trono y marchándose á extrañas tierras personifica y representa el ataque á la ciudad natal. No le perdonarán esto los dioses. Pero él, que arrojara de Tebas á su padre por creerlo funesto á su familia, en cuanto sabe cómo los dioses le han perdonado, y se han de nuevo avenido con él, corre á pedirles su intercesión propia con el cielo para que levante de sus espaldas las abrumadores maldiciones que las agobian. Edipo, al ver frente á sí un hijo tan despiadado, y tan implacable un día para él, en aquella desgracia que no había merecido, redobra su agobio, uniendo las paternas maldiciones á las maldiciones divinas. Aquí reaparece de nuevo el ministerio decretado por el alma de Sófocles á la piadosa Antígona, el ministerio de intercesión misericordiosa con todos los que pueden á favor de todos los que padecen. Antígona junta sus manos y dobla sus rodillas para que no maldiga Edipo á Polinice.

Pero las maldiciones del cielo y del padre se cumplen. El conquistador Cleón sube al trono de Tebas prevaleándose de las cruentas luchas entre los dos hermanos. Y como quiera que Polinice haya muerto allegando fuerzas contra su ciudad natal, condénale Cleón al más terrible de los castigos antiguos después de la muerte, á quedar insepulto para pasto de cuervos, buitres, canes y hienas. Desconocería los clásicos pueblos quien desconociera el horror

siempre por ellos experimentado á esta terrible suerte de los insepultos. No existe maldición que tema tanto un héroe cualquiera, el más formidable de los héroes antiguos, como la que pudiese condenarle á morir sin esperanza de obtener los honores fúnebres debidos á la muerte. El más desgraciado de los mortales en los tiempos antiguos es aquel que no encuentra quien le cierre los ojos, le vista las ropas fúnebres, le lleve á los patrios campos, le deposite dentro de su sepultura y le ofrezca los debidos necesarios sacrificios para que los dioses del abismo lo reciban contentos y provean á su paz eterna. Para comprender cómo se ligaban las familias antiguas, los muertos con los vivos y los vivos con los muertos, hay necesidad imprescindible de recordar cómo la familia constituía una especie de comunidad religiosa, y cómo se ligaban por una especie de culto el tálamo de los matrimonios con la cuna de los hijos, la cuna de los hijos con el altar de los penates, el altar de los penates con el sepulcro de los abuelos, todo ello envuelto por una especie de liturgia, la cual consagraba muerte y vida con prestigiosos y solemnes ritos. La piedra del sepulcro resultaba el ara de los lares, y el ara de los lares la piedra del hogar. Vivos y muertos estaban así en permanente comunidad.

Conociendo la piedad incomparable de Antígona, inútil añadir cómo consideraría ella el deber de prestar culto á los restos de su hermano. El vencedor y tirano Cleón había dispuesto que permaneciesen insepultos, condenando al contraventor de tal disposición á muerte. Pero no le importaran

estos rigores de la tiranía implacable á quien ha probado ya otros rigores más terribles, los rigores del cielo. Si por su padre ha desafiado las cóleras de los dioses, por su hermano tiene que desafiar las cóleras de los hombres. Ha crecido en la miseria, en la soledad, alimentándose de una compasiva limosna, sin abrigo contra el frío, y contra el calor sin sombra, maldecida y afrentada como generación triste de un horrible infame incesto, y no ha vacilado en el cumplimiento de sus deberes filiales; menos, mucho menos vacilará en buscar los despojos del hermano insepulto para reunirlos á los despojos de sus desgraciados progenitores y prestarles el culto que deben los vivos á los muertos. Igual heroísmo que al salir de Tebas en busca de su padre maldito muestra saliendo en busca de su hermano muerto. Los perros aullan, los cuervos aletean, la desolación cubre aquellos terrenos asombrados por nefastos decretos del destino, la corrupción de los restos dejados al sol y al aire hiede y mata envenenándolo con sus homicidas miasmas; pero Antígona, que ha soportado como hija las iras de los dioses, como hermana soportará las iras de los hombres. Y sin curarse para nada en estos instantes supremos de si una sentencia capital irrevocable la persigue, atravesará los campos de batalla hechos por la manzanza vastos cementerios, é imagen de la piedad humana, cumplirá su deber con el cadáver como lo cumpliera con el vivo. Y al consolar al afligido, acorrer al pobre y enterrar al muerto, resultará en la historia como el ideal perfecto de todas las virtudes que á la mujer exaltan y engrandecen.

Con el arte propio de los grandes poetas, arte intuitivo, y por lo mismo infalible, pone Sófocles junto á la hermana, que busca el cadáver, menospreciando la tiranía y sus disposiciones, junto á la inflexible Antígona, la flexible Ismene, más circunspecta en estimar las circunstancias y en ver lo que impone la realidad á cuantos en ella se mueven y viven. Así dirige algunos reparos sensatísimos á las resoluciones decisivas de su hermana. Pero ésta no quiere volver á oírlo, y el freno de las observaciones puestas por Ismene á sus deseos, lejos de refrenarla, sólo consigue moverla más y decidirla contra toda vacilación en el cumplimiento de su deber sagrado. El hogar heleno se funda sobre un culto muy respetado, el culto debido por los vivientes á los muertos; y Antígona, en su amor á todos los suyos, no quiere que un criminal ocio de sus manos rompa lazos eternos y concite más aún contra su familia los dioses infernales. El deber la inspira, y han de cumplirse con todo rigor sus inspiraciones imperiosas. El rey de Tebas, el que ha sustituido á los dos hermanos muertos, promulga por medio de pregoneros y heraldos la terrible sentencia. Ido Polinice contra el hogar de la patria en vida, no puede concederle, no, la patria en su seno el hogar de la eternidad en muerte. Pero Antígona sólo conocerá la santa ley de su amor, y sólo verá en el sublevado contra la ciudad al hermano de su corazón. Como todos los resueltos la sirven, pone por obra lo pensado, así que le asoma en el espíritu tal pensamiento. Pero un guardia de Cleón la sorprende al sepultar el insepulto, y la lleva en pre-

sencia de la corte. Los relatos del crimen le dan por su clara y sublime sencillez un verdadero atractivo.

En la hora de caminar al sitio donde había de honrar Antígona el cadáver, los vientos del cielo se levantaron en torbellino sin número y cubrieron la comarca de negro polvo parecido á un espeso humo. Resistió la joven á esta inclemencia más de su destino, irguiéndose como el arbusto que se alza del suelo hasta donde le ha doblado el huracán, firmísimo en sus raíces é intacto en su tronco y en su copa. Y cumplió, contra todas las furias de los elementos, su obra de piedad. Amontonada toda la tierra que pedían los rituales sobre aquel cuerpo descompuesto, y malditos los que debieran inhumarlo y lo exhumaron, ofreció tres libaciones de hidromiel y leche á las divinidades infernales con voces parecidas al grito de las avejillas que llevan la comida para sus pequeñuelos en la boca y encuentran robado y vacío el nido. Hermosa verdaderamente Antígona en todos los aspectos de su sér, aparece imagen fidelísima de la mujer ideal que debía transmitirnos el mundo antiguo como un ejemplar modelado para norma y enseñanza de lo porvenir. Las dos piedades que han asaltado sus entrañas nos la muestran en dos actitudes, trágicas por su esencia, escultóricas por su forma. Entre las cóleras que la persiguen y los elementos que la combaten y azotan, aparece muy bella como báculo de su padre; pero no menos hermosa como estatua tumularia puesta en sacro campo sobre frío cadáver, como un símbolo inmortal del intenso

dolor sufrido por las pobres mujeres en todos los duelos de la familia y en todos los entierros.

La joven va, después de haber cometido su piadoso crimen, ante aquel tirano, que aparece, cual todos los tiranos, rey, sacerdote, juez, imagen de la sociedad asiática, fundada sobre las teocracias y sobre las castas, que deshará el soplo de la democrática, y republicana, y libre Atenas. Aquel interrogatorio en que la conciencia de una débil, pero valerosa joven, opone sus resoluciones personales á la tiranía histórica, resulta de belleza y de profundidad sólo semejantes á los diálogos en que Platón diera conciencia de sí al humano espíritu y lo relacionara con la divinidad. Cuando el rey le arguye de que, promulgadas sus leyes, las cuales defendían inhumanas al culpado, las ha desoído, Antígona responde con la invocación de otra ley divina promulgada por los inmortales, y contra las que nada puede mísero edicto pregonado por heraldos y obra frágil de un pobre mortal. En la conciencia, con letras más luminosas que los astros diseminados por los espacios, hanse códigos tales promulgados, y cuanto contra ellos se dicte ó haga tendránlo por irrito las generaciones, sabedoras de que ser, vivir, respirar, crear, todo lo deben á los dioses creadores, desacatados por mísera criatura, que se imagina valer tanto como ellos por llevar en sus sienes la corona de rey. Las leyes puestas al mundo y al espíritu por divinas y promulgadas al crearse las almas y las cosas, en la hora de su creación misma, levántanse frente al tirano y á la tiranía en toda su fuerza y en todo su esplendor. Las

víctimas inmoladas por haberlas obedecido, no harán más que aumentar su rigor. Así Antígona, inspirada por su heroísmo, como todas las mártires, ve con éxtasis acercarse un momento en que servirá su palabra de testimonio á la patria religión, su cuerpo de víctima propiciatoria en las aras familiares, su vida de incienso disipado en el templo más propicio á la divinidad, en el templo de una purísima conciencia. En vano el rey quiere intimidarla; no puede, no, desposeerla de otra cosa que de la vida, y se la ofrece de grado, tan resuelta de suyo al martirio, como resuelta estaba también á la inhumación. Así cuantas observaciones le dirige con rabia el déspota para cohonestar la sentencia dada contra su hermano muerto y la que apercibe contra ella viva, caen á las plantas de Antígona rotas por una frase de sus labios. Fuera de sí por aquella incontestable argumentación, dice Cleón que no perdona al enemigo, ni muerto. Y Antígona proclama triunfalmente con sólo dos palabras el Evangelio eterno de mujer, exclamando que ha nacido ella, no para el odio, para el amor.

Ismene, al ver esto, se arrepiente de su anterior debilidad, y reclama parte activa en el crimen perpetrado por Antígona y la comunidad en el amenazador castigo. Pero Antígona proclama su inocencia y la condena con este acto de piedad bien cruel á vivir en el remordimiento y en el dolor. Imposible que un alma de tal modo heroica y una belleza de tal modo acabada pudieran pasar por los horizontes del mundo, siquier en sólo un vuelo, y no suscitaran amor. Hemón, hijo del tirano, se ha vendido á tantos

prestigios y abierto su pecho á la pasión de las pasiones. Pero Antígona, creyéndose manchada por su incestuoso infeliz origen, pura y sublime siempre, con el pensamiento y el deseo puestos en la inmortalidad como una mártir de las edades cristianas, no paga el amor sugerido por ella con la infamia y el oprobio; preferirá morir. Sabe que la quiere con cariño profundo el príncipe; pero no dice una palabra, en su resolución de abrazar otro sublime sacrificio antes que unirlo á la desgracia y á la deshonra connaturales á su nombre y á toda su familia. Hemón defiende á Antígona y su acto ante la cólera del rey su padre, y Cleón le amenaza con matarla en su presencia. «No morirá sola,» grita el enamorado, sin que la crueldad del rey cure de la sordera implacable, que no advierte, ni siquiera oye, cómo en esta frase también se contiene para él un tremendo castigo. Así pronuncia, ciego juez, la sentencia que condena sin piedad el cuerpo de la virgen á ser enterrado vivo. Y mientras las terribles nefastas líneas de tan siniestro acuerdo resuenan con lúgubre resonancia, el coro dice cómo acaba de penetrar allí el amor, quien, omnipotente, invencible, abate á los poderosos y exalta á los humildes, colora desde las auroras del cielo hasta las mejillas del joven, y va de los pacíficos establos á los revueltos mares como los rayos del sol y como los suspiros del aire. Ni el humano en su efímera vida, ni el divino en su vida perdurable, podrán huirlo. Y á todos prestará un furor sacratísimo como no sabe prestarlo ninguna otra pasión. Por lo cual, así como pervierte al justo hasta el extremo de ocultarle todas



las sirtes del vicio y al pacífico lo exalta también hasta empujarlo á la guerra, siembra discordias irreconciliables entre Cleón, que ha condenado por sus desacatos á la inflexible Antígona, menospreciadora de sus leyes, y Hemón, que ha resuelto salvarla, ó bien morir con ella, para desposarse, ya que un mundo bárbaro no lo consiente aquí, allá en otro, siquier subterráneo é infernal.

Antígona, conducida por dos arqueros y velada con fúnebre velo, va tristemente á la caverna donde la enterrarán viva por haber ella enterrado á un muerto. Al verse muy próxima del abismo, sobre cuya boca se alza la piedra que debe cerrarlo para siempre, siente con vivo sentimiento, hija de la naturaleza, todos los hechizos de la vida humana, hecha por la luz y sustentada por el aire. La comparación entre los resplandores del cielo que se dilatan sobre su frente y los pliegues de las tinieblas que yacen á sus piés la hielan de humano espanto. Sus retinas se abren al sol que ilumina las cosas y sus oídos al concierto que forma el universo. Y entonces el amor le dice cuánto le ha faltado por no haberlo conocido. ¡Ah! El único epitalamio que resonará en los oídos de la virgen habrá de ser el grito estridente de las aves nocturnas, compañeras de su agonía. En efecto, nadie la socorre. Aquel coro, tan piadoso de suyo y tan abierto á los humanos dolores, la deja sola en el miedo al tirano sobre que toda tiranía se funda y á que toda tiranía se agarra. Para llegar hasta el borde terrible de la sima que implacablemente se la tragará, siente las espinas en sus piés ensangrentados y ve las lenguas

de las víboras asestadas como flechas contra sus carnes. Para que nada falte á esta pasión, á este martirio, halla allí también el escarnio de las muchedumbres. El coro se burla de la mártir. Antígona, dolorida, pone por testigo al cielo de que ningún mortal en su agonía la lloraba cuando era inocente, y el coro la recuerda con increíble brutalidad el incesto de su padre. A este recuerdo, un grito de horror sale de su pecho y una sombra bajada de lo alto cubre su agonía. Cleón, ciego de rabia, la empuja con sus ademanes y con sus palabras al abismo abierto para recibirla viva, y ella, colocada en el crepúsculo donde se mezclan el tiempo y la eternidad, se despide con amor de los mismos que la insultan en la tierra, y mira con éxtasis el sepulcro donde la esperan con los brazos abiertos sus antepasados.

Pero no ha concluído todo cuando Antígona se ha precipitado en la sima horrible. Las aves nocturnas gritan y revolotean viendo aquella víctima, de cuya sangre van á embriagarse y cuyas fibras van á comerse voraces en horrible banquete. Pero como el mundo natural y el mundo sobrenatural están en las religiones antiguas tan unidos, los gritos horribles de las agoreras aves despertarán á las furias divinas, quienes decidirán vengar aquel holocausto, dirigiendo emponzoñadas flechas al corazón del tirano para en él abrir una herida incurable. Efectivamente, un adivino le anuncia que su hijo Hemón, muerto de amor antes, morirá por ley natural ahora con Antígona, verdadera esperanza de su vida. Entonces, y sólo entonces, el sordó, y ciego, y

cruel rey conoce todos los males que á sí mismo se acaba de hacer, y revocando la sentencia, ordena con precipitación que saquen á Antígona del abismo donde todavía no habrá muerto y la entreguen con celeridad á los brazos de aquel hijo que la desea y ama. El azadón de los vasallos abre con su pico la misma piedra que había derribado con su mango sobre la cabeza de Antígona. Pero todo inútil, todo; la tragedia se ha consumado. Antígona, para huir á una perdurable agonía, se ha colgado en la caverna de su cinturón, y el amante la tiene muerta entre sus brazos convulsos, sin reanimarla ni con sus besos ni con sus lágrimas. Cleón entra y ruega de hinojos á su hijo que salga y respire con él y con los suyos la vida. Pero Hemón escupe á su cara con horrible desacato y saca furioso de su cinto la espada con aire amenazador. Entonces Cleón imagina que va su hijo á matarlo y huye. Pero Hemón se hunde su arma en el pecho y muere. Como no hay una estatua superior en el mundo á las estatuas de Fidias, no hay en la historia una tragedia superior á esta tragedia de Sófocles. Los dos grandes dramas de la edad moderna, el Hamlet de Shakespeare, y el Segismundo de Calderón, tienen escenas más sublimes inspiradas por el crecimiento de nuestro espíritu en el curso del tiempo y en el desarrollo de la idea. Pero carecen de la perfección absoluta que por sus proporciones y por sus armonías presentan estas obras perfectísimas del antiguo clasicismo. Y Antígona queda como una estrella fija en los horizontes del ideal, personificando todas las virtudes más íntimas de su hermosísimo sexo y me-

reciendo toda la perdurable letanía de alabanzas que le consagra la historia.

No podían las letras griegas pasar allende los límites de la humana contingencia é ir á una perfección mayor que la obtenida en los tipos de Sófocles. Así, á los pocos lustros de haber muerto Sófocles, quedaba como dueño del teatro un contemporáneo suyo menos perfecto pero más acorde con la civilización subsiguiente. Aquella incomparable armonía entre la forma y el fondo se rompe, y aquella celestial serenidad olímpica de los personajes, en medio de las mayores penas tranquilos completamente, se desconcierta. Hombres menores que los hombres de Sófocles entran en escena; pasiones más humanas que las pasiones ya vistas batallan en el teatro. A mayor abundamiento, desgraciado Eurípides en su vida conyugal detestará las mujeres como cualquier escritor eclesiástico de los cristianos tiempos. Y, sin embargo, pocos escritores habrán legado á la posteridad tal número de tipos femeniles animados con tal número de pasiones diversas. Pasa en él y con él que la civilización toma caracteres más positivos y tendencias más prácticas. El realismo, que hoy tanto embarga el ánimo de unos y tanto priva en el ánimo de otros, encuentra ya un verdadero inconsciente maestro en este poeta, más parecido á los dramaturgos nuestros que á los antiguos trágicos. Y no tenía remedio, porque las civilizaciones jóvenes, por su propia mocedad é inexperiencia, conocen más el ideal y menos los obstáculos al ideal opuestos por toda realidad. Cuando los héroes de Maratón van desapareciendo en sus tumbas de glo-

ría y los marinos de Salamina van borrándose por los mares que sus aureolas iluminaban, el mundo helénico empieza por necesidad á tender hacia su positivismo, fruto natural de las civilizaciones maduras que comienzan á picarse ya de irremediable decadencia. Y así como las esculturas comienzan á á tomar cierta exageración en sus actitudes, los personajes comienzan á tomar cierta exageración en el teatro también. Y el positivismo, que todo lo invade, la escena y la escuela, con Epicuro la una y con Eurípides la otra, demostrará cómo el espíritu entra de suyo en nuevas y naturales fases.

Tócanos á nosotros únicamente, por el cometido que tenemos, estudiar las mujeres helénicas en el teatro del ya calificado Eurípides, cual acabamos de verlas en los poemas homéricos y en las tragedias precedentes. Son tantas en número, que habremos de limitarnos á las principales, para conocer así el concepto que de las mujeres tenía el mundo clásico y los ejemplares mayores y más ilustres que nos ha transmitido en sus gloriosos testamentos. Eurípides no podía menos que reconocer también algunas de las varias semidiosas, presentadas por sus dos inmortales predecesores al público. Sólo catorce años le llevaba Sófocles, y esta corta diferencia entre ambos explica por qué sigue los pasos de su predecesor hasta invenir la propia senda y madurar la propia vocación. Ifigenia se parece de todo en todo á la infeliz Antígona. Como ésta, pertenece á las edades divinas y á los héroes mitológicos. Como ésta, debe aceptar un sacrificio impuesto por la religión á su patria, y morir, víctima propiciatoria, en aras de

dioses aquejados aún por las bárbaras usanzas corrientes en los dioses antiguos, quienes pedían sacrificios humanos á guisa de antropófagos. Esa Ifigenia, vestida de blanco y coronada de flores, que, alba ternera, cae sobre las aras de cruentas inmolaciones, tiene una representación histórica indudable, tiene la representación de los últimos sacrificios humanos conocidos en aquellos remotos tiempos de transición entre las viejas sociedades asiáticas y las nuevas sociedades helenas. Pero no, pertenece Ifigenia verdaderamente al tipo y ejemplar de las heroínas vulgares en Eurípides. Hay otras nacidas más directamente de su genio y reveladoras de una fase del antiguo espíritu femenino, que nos conviene mucho examinar.

El personaje más propio del trágico Eurípides pareceme la celosa, y por sus celos universalmente célebre, Medea. Esta especie de maga, término medio entre los tiempos hiératicos antiguos y los tiempos humanos modernos, representa un aspecto del amor y de la mujer que no habíamos visto en el teatro griego. Por de pronto parece que aquella fuerza del destino, bajo la cual se doblaban los personajes de Sófocles y Eurípides, queda reemplazada por otra fuerza tan vigorosa como la pasión humana. Medea representa la voluntad intensísima, la voluntad incontrastable, la voluntad en una energía confinante con todos los desarreglos del delirio y del desvarío. Amó á Jasón, y arrojó en aquel amor todo cuanto podía importar á su vida y á su honra en el mundo. Padre, patria, hermanos, dioses, todo lo sacrifica Medea, en su demencia, por el

hombre á quien amara con tanta exaltación. Y un día le cuentan que aquel Jasón, por quien ella lo había sacrificado todo, trata de abandonarla, casándose con una joven princesa de Corinto. Cuando la maga sabe su desgracia, salta como la serpiente pisada y dolorida. Parecía en aquel trance una furia infernal, según el desorden de sus cabellos, la llama de sus ojos, el veneno de maldiciones destilado por su viperina lengua, los estremecimientos de su cuerpo, sacudido por una epilepsia terrible, y los gestos de venganza, con los cuales diríase que intentara la ruina del mundo y la lucha en una titánica guerra con los mismos cielos. Al verse, después de haber cometido tantos crímenes, sola con sus remordimientos, Medea no vive ya más que para la venganza, y no piensa en otra cosa que satisfacerla por medio de un crimen, ante cuya enormidad palidezcan todos sus antiguos crímenes.

Nada tan violento y tierno á un tiempo como las quejas de aquella mujer ofendida. Óyense al par en ella maullidos de tigre y arrullos de tórtola. En algunos momentos sus ojos y su mirar se tiñen de la reconvención suave pintada en los ojos de la cierva herida, mientras en otros instantes relampaguea odios como la leona febril y encelada en el inmenso desierto. Para ella, la mujer que abandona un hombre, no puede jamás herirlo, cual hiere un hombre á la mujer á quien abandona. Para los hombres hay siempre ambiciones, debates, batallas, guerras, mientras para la mujer sólo hay el gineceo solitario, donde se halla reclusa, y en la necesidad tristísima de mirar siempre y remirar á su

corazón mordido por los celos y á su alma desolada en la viudez terrible de una soledad espantosa. Quien así, con esta increíble amargura, sabe dolerse ¡oh! sabrá con mágica sabiduría vengarse también. Desde que recorre la casa, y sólo en ella ve su propia sombra; desde que una noche sucede á otra noche sin sueño en el tálamo abandonado y frío, Medea, sacudida por los estremecimientos de un dolor sin igual, busca y rebusca en cuanto la rodea y en cuanto tiene los medios indispensables á satisfacer la primera entre todas sus necesidades, la necesidad imprescindible de una venganza gigantesca, cual no pueda idearla ni la fantasía más creadora y fecunda, pues si por amor á Jasón inmoló á sus dioses, por odio á Jasón inmolará también á sus hijos; y este pensamiento la posee y la domina tiránicamente con una horrible obsesión. Así ha pasado á la posteridad Medea como un monstruo de celos y como una imagen de las furias que puede la venganza desatar en los corazones femeniles.

El rey, en cuya familia entra Jasón, advertido por experiencias reveladoras, comprende cuán precaria felicidad gozará su hija mientras la maga esté cerca, y decreta su expulsión. Al recibir la noticia de tan terrible sentencia, Medea muestra las formas de que puede revestirse y las industrias con que puede á sus enemigos engañar. El furor ha desaparecido por completo de su alterado espíritu. Aquellos ojos no relampaguean con ira ni aquella voz truena maldiciones. Como el águila herida y moribunda, que á tierra baja sus alas y se cubre con ellas el cuerpo, en vez de agitarlas por lo infinito,

Medea entra en humilde resignación. Y hace más: aunque soberbia de condición, se arrastra por el suelo, y ya que no puede otra cosa, pide un día de plazo para salir y dejar aquel sitio, de donde la expulsan, tanto como los reales decretos, sus propios acerbísimos dolores. El plazo es acordado, y en su brevedad madurará Medea la venganza, tanto menos humana cuanto más rápida. Invoca, pues, con furia á Hécate, y apercibe todos los elementos necesarios á la satisfacción de su deseo. En esta conjuración llega su amado, que trata con ella misma de procurarle asilo seguro, donde pase la vida en paz y atienda con solicitud maternal á la educación de sus hijuelos. Verlo en su presencia y enfurecerse con exaltación es obra de un minuto. Las esperanzas de felicidad libradas en su amor, los goces pasados en sus brazos, los bienes puestos á su disposición, los crímenes cometidos en su provecho le bajan al corazón desde la memoria y lo desgarran á una con el filo de sus terribles emociones. Así dice que Jasón sólo ha podido cometer la maldad de aquel abandono cegado por una idea terrible, por la idea de que habían muerto los dioses, ante cuyas aras prometió amor, y suspendídose todas las leyes divinas y humanas, así en la sociedad como en el universo. Después de tal consideración, le reconviene amargamente y le da en rostro, tanto con los servicios que le había prestado como con los crímenes que había cometido en su pro. Jasón responde á las reconvenciones, y dice cuanto ella por él había hecho se halla con usura pagado por la felicidad que le diera su amor y por

el nombre que maga venida en malhora de luengas tierras alcanzara en región tan culta y espléndida como Grecia. Luego el amor no puede presentarse jamás como mérito, si atendemos á que no ama el corazón por albedrío propio, sino á pesar del albedrío, merced á una fuerza incontrastable. Medea, queriendo á Jasón, ha obedecido simplemente las incontrastables sugestiones de Venus.

La mujer así denostada hubiera desgarrado á Jasón como una furia si oyese las voces de su alma, pero se refrena con imperio y disimula con arte á fin de asegurar y extender su venganza. Estallando en reproches terribles y amenazando con maquinaciones violentas conseguirá, ó que la echen más pronto de aquel sitio necesario á su rencor, ó que la desconcierten sus planes con alguna prevención acertada. Pásase, pues, ambas manos por el rostro y dice á Jasón cómo está para todo apercibida, pues ya cuenta con asilo asegurado á su tristeza en la ciudad y corte de Atenas, la sabia, si ha de creer á su rey Egeo el bondadoso. La pantera encoge sus uñas y alarga su cuerpo con la docilidad y la coquetería de una gata. Y en prueba de su conformidad trae los pequeñuelos habidos en ella por Jasón y les ordena que abracen y besen á su padre, quien, si con otra mujer se desposa, es tan sólo para granjearles á ellos en lo sucesivo poder y bienestar. No faltara en esta reconciliación apariencia ninguna de sinceridad, pues Medea llora, y abrazados padre, madre, hijos, forman un grupo de dioses penates, felices todos en el templo de un hogar tranquilo. Tras estas fingidas

expansiones Jasón se va llamado por los preparativos de sus nupcias, no sin prevenir antes á su abandonada esposa que le remita los hijos al regio palacio con los regalos prestables á la que por adopción espontánea tomará desde aquel instante caracteres de madre. Medea conoce cómo sus hijos obtendrían mayor felicidad en la nueva que en la vieja casa, y propende á desasirse de su compañía y sacrificarse así por su futura suerte. Mas, vengativa, su venganza lo podrá todo en aquel pecho iracundo, y á la venganza entregará su corazón de madre. Así expide los hijos á la novia de su esposo; pero cargándolos de presentes nupciales nefastos á las nupcias. Cuando Jasón la presenta sus pequeños, la joven desposada no puede menos que apartar con tristeza de ellos el mirar, movida por celos y recelos naturales á un corazón de mujer. Mas, como traen regalos valiosos, fijárase atenta en el esplendor de tales joyas y las recogerá de sus manecitas, holgándose con verse aún más hermosa: que si procediera de otra suerte no sería mujer.

Rica diadema la llevaba el uno, *peplum* ó manto el otro. Pero los dos regalos ¡infeliz! van empapados de sustancias, las cuales arden á los pocos minutos de hallarse con el cuerpo en contacto. La novia no sabe tal cosa, ni siquiera la sospecha, y se viste con el ropaje y se ciñe la corona que le han presentado las rosadas manecitas de dos inocentes. ¡Cómo se mira en los bruñidos mármoles y aceros á guisa de nereida reflejada en el cristal de las ondas! Su diadema despide un resplandor verdaderamente mágico y hechicero, que ofusca, mientras el *peplum*

se tiende sobre su cuerpo en pliegues dignos del manto de una diosa. Todo lo ha olvidado, el antiguo matrimonio de su novio, el embargo natural á la proximidad inmediata de su boda, el envío de hijos engendrados en ajeno tálamo, hasta los gritos lanzados por su rival que llenaban los aires de Corinto, para sólo recrearse ufana en las gracias múltiples añadidas á su natural gracia por aquellos espléndidos adornos. Pero bien pronto conocerá el maleficio. En efecto, la corona comienza por calentar las sienes y concluye por abrasarlas. Truécase la túnica en hoguera que rodea y consume todo aquel hermosísimo cuerpo. El metal derretido la devora los ojos y la desfigura todo el rostro. Las llamas hacen hervir la sangre con ebullición espantosa y tostarse las carnes sobre los huesos calcinados. La que, minutos antes, en la impaciencia de sus nupcias, sentía discurrir por sus venas el calor benéfico de una pasión dichosa, en este horrible trance sólo siente los dolores producidos por los estragos de un fuego voraz prendido á su cuerpo que se se deshace y acaba en convulsiones y espasmos horriblos. Y al mismo tiempo que sucede todo esto con su rival, Medea coge sus hijos como hijos de Jasón también y los trucidada, sin oír las súplicas que la dirigen y los clamores que lanzan. Cuando el infeliz padre quiere interponerse, descubre tan sólo un carro de fuego mágico tirado por genios sobrenaturales y extraños, donde la maga desaparece por los abismos del aire con los dos cadáveres de sus recién inmolados hijuelos á sus plantas. Así pintaba Eurípides los celos en las mujeres.

Y como en el poema y en el teatro, resplandecen las mujeres helénicas en la historia. El amanecer de aquellos tiempos ilumina un combate mortal entre los hijos de Lacedemonia y los hijos de Mesenia. Pues en ese combate aparece la mujer de uno y otro pueblo rayando en heroísmo junto al hombre. Como la edad es una edad terrible de guerra, en la guerra deberán colaborar las mujeres, pues á la fuerza, y solamente á la fuerza, está entregado todo en estas edades bárbaras y primitivas del mundo natural y del mundo social. No tiene otro sentido la fábula de aquellas amazonas que, cortado el pecho y puestas en briosos caballos, montan el arco y despiden la flecha con el arte y el heroísmo de cualquier diestro guerrero. Para domar las fuerzas naturales, subvertidas en su daño y someter las especies encarnizadas en sus combates, el hombre necesita de un auxiliar como la mujer, aunque hayan de alterarse ó suprimirse las virtudes más atractivas y más necesarias del tierno y dulcísimo sexo. Mientras así combaten los primitivos pobladores de Grecia, no aparecen por ninguna parte aquellos que debían engrandecerla é ilustrarla, y son, á saber, los atenienses. Pero si el crepúsculo de su vida gloriosísima despunta, la mujer aparece ya deslumbradora, presagiando una civilización superior con el ejercicio de aquellas virtudes congénitas á su condición y á su naturaleza. Y daremos como ejemplo de tal aserto la misericordia de las mujeres Arcontes, que salvaron á los cómplices de Cílon, castigado por sus conjuraciones contra la libertad ateniense. Desde los albores de su demo-

cracia, el pueblo de Atenas presenta mujeres ilustres, consagradas á la defensa de su república. Una joven, hermosa hermana de Harmodio, fué á cierta fiesta religiosa desempeñando el tierno y poético ministerio de llevar en su cabeza los ramos de flores aceptos á las divinidades helénicas. Sabiendo el tirano Hiparco todo el culto que Harmodio guardaba en su pecho á la república de Atenas, agravia en su hermana con crueldad al tribuno, y la despide con afrenta de la sacra festividad religiosa.

El respeto guardado por los atenienses á sus mujeres y la reclusión de éstas en el gineceo, sólo interrumpida por sus asistencias á las festividades religiosas, agravaron el criminal hecho y pusieron de manifiesto cómo reinando en Atenas un tirano á la oriental, no habría, ni para sus hijos libertad, ni para sus hijas honra. Y Harmodio, en compañía de Aristogitón, jóvenes republicanos los dos, juran vengar tal afrenta y redimir de la tiranía su ciudad. Hiparco, en efecto, cayó al puñal de los tribunos; pero salvándose Hippias, su hermano, quien compartía con el muerto poder y autoridad. Así el proceso inmediato siguió al crimen patriótico. Lena, tañedora de lira y hermana en las ideas de los tribunos, por esta hermandad espiritual sufrió la cuestión de tormento, y para no delatarlos entre los torcedores del potro y las rebeldías al dolor de sus delicados miembros y de sus sensibles nervios, cortóse con los dientes la lengua y escupióla valerosa, después de haber adquirido esta indispensable mudez, al rostro de sus verdugos. Mujer pública Lena, es decir, cortesana de aquellas que rompían el secreto

y el resguardo sacratísimo de su gineceo para mostrarse al público y regocijar y encantar la sociedad en calles y plazas, extrañas mujeres, las cuales, si por lo suelto de su vida perdían el honor, jamás estaban en aquel grado ínfimo de horrible degradación á que se hallan sujetas sus análogas en el mundo nuestro, á pesar de esta diferencia, no pudo recibir, cuando la libertad reapareció, aquellas honras guardadas sólo para las mujeres virtuosas y legítimas; pero en memoria suya se levantó la efigie de una leona sin lengua, recordando así el santo y patriótico sacrificio.

No menos que la cortesana de Atenas ha pasado al tiempo y á sus consagraciones inmortales aquella escritora de Argos que se llamaba Telésila. Devota desde la niñez al arte, sólo manejaba el estilo con que se ponía en tablillas los versos inspirados por su genio. Pero como los espartanos asediaron hogar y ciudad, convirtiéndose la tierna escritora en furiosísima guerrera. A sus gritos, hasta los niños y las mujeres se creen héroes y los héroes se creen dioses. A sus órdenes, las puertas de todos los hogares se abren para dejar paso á los instrumentos de guerra y hasta las armas empleadas en los simulacros y efigies de los dioses patrios se usan para la defensa. Dos reyes nada menos asedian el sitio defendido por una tierna poetisa, la cual no se intimida ni cede. Conociendo los espartanos que si vencían á una mujer no alcanzaban grande gloria, y si eran por una mujer vencidos les tocaba irreparable vergüenza, levantaron el sitio y desistieron de la guerra. Pausanias, que cuenta estas hazañas, también

añade cómo los argólidas, agradecidos á la extraordinaria mujer que los salvara, esculpieron su simulacro en bajo relieve magnífico ante las aras de Venus, y para indicar como trastocara los oficios serenos de la idea por los oficios tormentosos de la guerra, pusieronla á los piés sus libros y sobre su cabeza el casco á modo de Minerva. Los focios un día se vieron invadidos por los montañeses de Tesalia. Estos guerreros fortísimos llevaban á la guerra un furor sin igual é infligían á sus enemigos toda suerte de aflicciones. Viendo los focios cuántos males aguardaban á sus familias, propusieronse, antes de irse al combate, no dejar pasto alguno á la probable victoria de los irruptores, y decretaron reunir mujeres y niños en sitio rodeados de una hoguera y abrasarlos á todos.

Un conciudadano de tal gente dice que no puede condenarse á tal horrible muerte las mujeres todas sin oirlas antes y cerciorarse de su voluntad y de su deseo. Daifanto, el focio, que había propuesto la hoguera, se rinde á esta insinuación y admite la consulta. En efecto, clarines y trompetas, heraldos y pregoneros, llaman al bello sexo con los respectivos frutos de sus entrañas, con sus hijuelos, á una grande asamblea. Retúense las mujeres en virtud del llamamiento, y oyen la proposición, abrazadas á sus hijos, á esas raíces de su vida que atan las madres al suelo y al mundo. No importa, sin embargo, la presencia de sus hijos al valor de las focenses, antes lo excita, y á sus impulsos, todas, sin excepción, se sobresaltan, ofreciendo morir, y presentando al focio que había tenido la idea de ma-





tarlas marcial corona en testimonio de su agradecimiento. El decreto disponiendo tal sacrificio se dió, y al móvil que lo dictara llamóle con excelente acuerdo la posteridad más remota desesperación focense. Salieron los desesperados al combate, y como, si vencidos, no les quedaba ya en el mundo lugar ninguno donde acogerse, ni sér que les curase las heridas y les ofreciese algún consuelo, pelearon á una con tal rabia, que consiguieron contra un enemigo muy superior indecible y gloriosísima victoria. Si las mujeres griegas brillaron así en los combates entre las familias de una misma raza y los hijos de una misma patria, inútil decir cómo brillarian cuando en los campos de Maratón y de Platea, en las aguas de Salamina, en los desfiladeros de las Termópilas, debían defender la Europa contra el Asia, la Grecia contra Media y Persia, la democracia contra la casta, la libertad contra el despotismo, la república contra la monarquía.

Los nombres de aquellos héroes que tomaron parte activa en los gloriosos encuentros han eclipsado y oscurecido otros nombres no menos gloriosos de mujeres influyentes en aquellos verdaderamente sublimes sucesos. Todo el mundo sabe de memoria y apellida con religiosidad, é invoca con frecuencia el nombre de Leonidas, muerto con trescientos espartanos en el desfiladero de las Termópilas, deteniendo los ejércitos del Asia. Pero nadie recuerda ni sabe acaso el nombre de su mujer, la reina Gorgo, que husmeó con arteras industrias la venida inminente del irruptor, y puso al pueblo espartano en pista donde había de hallarlo y comba-

tirlo. La firmeza de tal mujer explica el heroísmo de los lacedemonios. Al irse, los héroes por tal manera, estaban seguros de una muerte cierta y de un sacrificio inevitable, que celebraron en vida los ritos de los muertos, con arreglo á las tradiciones dejadas y á las liturgias transmitidas por los poemas religiosos del inmortal Homero. Y á su vez, la esposa reina comprendía con tal claridad el holocausto aperebido por los suyos y la sima donde se arrojaban á una en defensa del hogar y del pueblo, que pidió á su marido la comunicase la última voluntad, seguro de verla cumplida y observada fielmente. El severo espartano la respondió que, de morir él, le reemplazase con un hombre de bien capaz de darla hijos semejantes á su padre. Gorgo participaba de las virtudes múltiples que habían immortalizado á los lacedemonios y hécholes tan propios y aptos para la guerra. Como un día le dijera otra mujer que sólo en Esparta mandaban las mujeres á los hombres, respondió la esposa de Leonidas estas célebres palabras: «porque sólo nosotras sabemos ya parir hombres en el mundo.»

Si el recuerdo de la reina de Esparta se une con el recuerdo de las Termópilas, el recuerdo de otra mujer se une también á los ojos de la posteridad con el triunfo marítimo de Salamina. Cerca del monte Pelión se hallaban las flotas persas ancladas, guareciéndose contra una horrible tormenta. Si las amarras y los cables no se rompían, si las anclas no se levantaban, aquellas naves hubieranse preservado á la tempestad y servido luégo á la rota y á la opresión de los griegos. El buzo Escione y

su hija Ciane cortaron los lazos que unían las naves á tierra firme y las lanzaron así, para que se perdieran y acabarán en los remolinos de la tempestad. El Anficionado griego, esa hermosísima y grande Asamblea, feliz directora de los ilustres pueblos helenos, consagró en el templo de Delfos estatuas imperecederas á estos salvadores de la patria, y sobre todo á la mujer heroica. La gloria de Pericles hallase unida con la gloria inmortal de Aspasia. Ella daba la señal en el teatro de los aplausos consagrados á Esquilo y Sófocles; ella componía los discursos dichos en elogio de los muertos en Maratón los días solemnes de las grandes festividades patrióticas; ella conversaba con Sócrates, á la sombra de los plátanos orientales y á la melodía de los mares jonios, en el Pireo, sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; ella, lo mismo hablaba de matemáticas sublimes que de sublime y alta metafísica en aquel estadio reservado á todas las ideas que se llamaba el Ática, llena de armonías sin fin y de inspiraciones sin precedente.

No acabaríamos nunca de narrar todos los tipos hermosos de mujer dejados por la vieja Grecia. Mas como quiera que nuestra obra deba tener cuatro partes, y en la una entren las mujeres orientales y griegas más célebres; en la otra las mujeres pertenecientes á Roma y á la Edad Media, mientras en la tercera y en la cuarta, que completarán este trabajo, las mujeres pertenecientes á los tiempos modernos, aquí cerramos el prólogo indispensable á la iniciación de los primeros capítulos, que habrán de comprender esta larga y curiosa galería,

donde vamos á colgar los retratos de aquellas mujeres que más directo influjo han ejercido en la civilización universal. Creemos haber dado una idea clara de lo que debió ser la hembra, pues no merece otro nombre, allá en los tiempos prehistóricos, y creemos también haber seguido paso á paso el desenvolvimiento de su espíritu y la mejora de sus condiciones civiles y sociales desde las mesetas del centro asiático, donde la civilización antigua tiene su cuna, hasta las orillas del Mediterráneo y los archipiélagos y penínsulas de Grecia, donde tiene su florecimiento y su plenitud. Conociendo á ciencia cierta de qué orígenes tan humildes provenimos todos, comprenderemos cómo el tiempo ha creado por segunda vez á nuestra especie, y cómo la libertad ha ido poco á poco en largos siglos cincelandó su cuerpo y extrayendo con felicidad verdadera de la triste animalidad antigua, donde se hallaba envilecida y subyugada por la fuerza y por la materia, el elemento divino, la centella espiritual depositada por el Criador en su seno para que levante sobre la naturaleza y sus fatalidades un templo espiritual á lo eternamente verdadero y bueno.

Resumamos cuanto hemos dicho en este prólogo. Al fijar mientes sobre los desarrollos históricos de un sér cualquiera, tanto individual como colectivo, ya viviendo en la naturaleza, ya viviendo en la sociedad, descúbrese con toda evidencia el fondo común y único de que todo emana y las leyes universales á que todos obedecen. Quien historia, por ejemplo, la mujer, historia la religión, historia el

arte, historia la política, historia todos los componentes y todas las fases de nuestra humana vida. Los estudios contemporáneos han mostrado una vez más cómo todo camina en el mundo y todos á una de lo imperfecto á lo perfecto. Las religiones han venido con sus esperanzas y con sus consuelos, con sus recuerdos y con sus presentimientos, á sugerirnos la idea de un paraíso ó de un edén puestos á nuestras espaldas y colocados como un ramillete de flores ó como un enjambre de mariposas sobre la cuna de nuestra humanidad. Nosotros jamás llevamos las irreverencias racionalistas al extremo de negar aquellos principios y aquellos dogmas que la religión ha promulgado y que resultan verdades creídas y amadas en la esfera propia de los sentimientos religiosos, en la intuitiva y serena fe. Pero á las ciencias históricas no les ha permitido el cielo comprobar esos edenes existentes en todas las teogonías y no encontrados en ningún testimonio fehaciente. Cuando nos asomamos al primitivo mar tempestuoso donde se hallan esbozados los indecisos gérmenes de nuestra especie, un terrible dolor nos asalta viendo la miseria de donde provenimos y experimentando cuánta confusión ha existido por los comienzos de la historia y de la vida entre las familias humanas y las especies irracionales.

Nuestra sabia liturgia nos presenta al niño Dios sobre su cuna de pajas, entre bueyes, mulas, carneros, y la liturgia histórica nos presenta el hombre primitivo sobre una tierra desgarrada por los estremecimientos del terremoto y en lucha con el mas-

todonte, y el paquidermo, y el oso de las cavernas, especies devastadoras y crueles.

Lo que no puede negarse cuando se profundiza la historia, es la existencia de un germen, el cual lleva en sí esbozados los rudimentos del sér, y en potencia las fuerzas necesarias al sucesivo desarrollo. Como el germen de toda religión se halla en el fetichismo, se halla el germen de toda sociedad en el primitivo ayuntamiento del hombre con la mujer, que apenas esboza el borrador informe de una institución tan rudimentaria y primitiva como lo es la familia, en quien se encuentran las humildes simientes de otras sociedades superiores. Aquellos cronistas que han buscado las raíces de nuestra especie humana en la historia, narradores de lo que podríamos denominar civilización primitiva, nos han dicho cómo en el origen de la vida las relaciones del hombre con la mujer se asemejan en todo á las relaciones en las especies inferiores entre la hembra y el macho. Aquellos combatientes con la naturaleza indómita y con las especies crueles preservábanse muy difícilmente de las innumerables asechanzas opuestas á su desarrollo, á su propagación, á su crecimiento, y caían, ó bien aplastados bajo las catástrofes del mundo material, ó bien destruidos por las ferocidades terribles y espantosas del mundo animal. Naturalmente, bajo tal furia de todo y de todos, los más débiles desaparecían á una con mayor facilidad y quedaban muertos sobre las entrañas de la naturaleza primitiva, desastrosa madrastra. Por tal razón y causa, indudablemente, cuando el hombre habitaba en compañía del mastodonte y

del oso de las cavernas, la poliandra estaba en uso, y la rareza de mujeres sobrevivientes á la crueldad universal hacía que una sola de éstas sirviese para muchos hombres.

De aquí, de tales humildes principios, proviene aquel desarrollo lento, pero seguro, de la familia, tal cual más tarde la veremos divinizada en los mitos varios y sublimes de India y Grecia. La cooptación del sexo bello en las apoteosis ó divinizaciones del sexo fuerte representadas por los antiguos dioses, prueba una vez más cuánto el respeto y el amor debido á las mujeres crece con la marcha del tiempo y la cultura del espíritu en las humanas sociedades. El principio de la continuidad histórica no se desmiente jamás en el desarrollo de las condiciones progresivas alcanzadas por la mujer, como no se desmiente jamás en el desarrollo de ningunas otras condiciones humanas. En el mundo superior de la historia, siquier la libertad sobre sus inmensos dominios impere, no marra la universal é incontrastable ley de la serie, como no marra tampoco en el mundo material é inferior, aunque reinen allí la fatalidad y la fuerza. Si falta en el desarrollo histórico algún término representante del dialéctico enlace siempre sistemático, débese, no á que la ley se haya desmentido, á que lo desconoce nuestra grande ignorancia. El principio de la continuidad histórica perfecciona y completa el principio de la solidaridad humana. Continuidad no quiere decir de ningún modo repetición de los mismos hechos en parajes y tiempos distintos; quiere decir su desarrollo en serie lógica y con sus conse-

cuencias inevitables. Si todo natural desarrollo supone un germen primero é indistinto, donde no hay diferencia, también supone un progresivo enriquecimiento de términos cada día mayor, y una expansión cada día más lata. Por consecuencia, dentro de la historia trazada, historia demostrativa del humano progreso, encontramos un lógico y natural encadenamiento de capitales hechos que mejoran y prosperan al sexo débil en sus condiciones fundamentales.

Como la esclavitud infligida por los vencedores al vencido supone un progreso manifiesto sobre su exterminio, usado en los antiguos tiempos y pueblos, la poligamia, no obstante ser una forma inferior é inmoral de la familia, supone sobre la poliandra un progreso. La muerte ó desaparición de las mujeres en las primitivas tribus carniceras quiere decir tan sólo que reina en aquel estado social una guerra de asolador exterminio, la cual no perdona en su crueldad á seres tan tiernos como hermosos. La poliandra representa el amor pasajero y fugaz, la satisfacción física de los instintos sexuales, una mera unión semejante á la existente allá en las especies inferiores, y que sólo responde á una suprema necesidad, á la necesidad ínfima de perpetuarlas y entenderlas. Historiadores de tiempos primitivos afirman, para demostrar la fugacidad apenas concebible de los amores prehistóricos, la ignorancia en ciertas tribus salvajes del beso. Todo esto demuestra cuán lento resulta el desarrollo de la humanidad, y cómo la poligamia, que hoy nos parece fundadamente, y con razón, cosa horri-

ble por extremo, fija un tanto la familia y supone un relativo progreso respecto de otros usos y hábitos sociales mucho más cercanos á la naturaleza y mucho más distantes de todo grande y fijo concepto moral.

Sin embargo, la poligamia indica un estado trisísimo de servidumbre ó esclavitud en la mujer. Un harén equivale á una cárcel, y una sultana equivale á una sierva. Pero así como en los tiempos primitivos y de verdadero exterminio el número de hombres naturalmente supera, y en mucho, al número de mujeres, cuando la civilización se fija y á consecuencia de todo esto se mejoran y endulzan las costumbres, el número de mujeres en mucho supera también naturalmente al número de hombres. El patriarcado aparece como la fórmula de un régimen indispensable á las primitivas sociedades en su infancia. Las mujeres, débiles y tiernas de suyo, tendrán que buscar amparo y refugio en el hombre, y el hombre, ó sea el patriarca, tendrá que pedirles una entrega discrecional como tributo debido á su absoluta soberanía. Tal razón preside á esos inmensos imperios orientales de Asiria y Babilonia, donde la corte femenil suele componerse de numeroso ejército, sellado todo él con la marca indeleble de una irremisible servidumbre. Ya lo hemos visto en Caldea, y en Asiria, y en el mismo Egipto: un templo se come al palacio, un palacio se come al cuartel, un cuartel se come á la ciudad, y el sacerdocio que habita el templo, y la monarquía que habita el palacio, y la milicia que habita el cuartel, esta viviente trinidad de necesarias

entidades, levántase á una sobre las genmonias de los siervos y sobre los harenes de las mujeres.

Por eso nos parece tan digna de un saludo la grande aparición de nuestra gente, ó sea, de nuestra raza en el mundo. Cuando los arios bajan, como bajan los semitas, desde las mesetas centrales del Asia, por las orillas de los grandes ríos, al golfo Pérsico y al golfo Indio, llevan ya consigo el matrimonio, la monogamia, es decir, la forma verdadera y santa de la familia humana. Nunca se admirará, cual merece de suyo, el concepto de hogar que los arios tienen, y su enlace con el reconocimiento de que sobre la piedra encendida y sacrosanta de un hogar verdadero sólo debe alzarse una divinidad femenina, la esposa y madre, destinada en la religión y en las leyes á guardar y garantir con la unidad espiritual de la familia todas sus indispensables y santas legitimidades. Lo mismo en las obras ó libros védicos de la India, que en los libros persas del Zendavesta, la familia está revestida por completo de la monogamia, y la monogamia les da y les asegura ese ministerio de libertad que nuestra raza ejerce desde sus tribus y dioses indios hasta sus mitologías y ciudades helenas en todo el mundo. Si el bahamanismo trae á las tribus, esclarecidas antes por los vedas, un retroceso que corrompe, cual todos los retrocesos, á la mujer; y si el contacto de los persas con las razas semíticas de Caldea ó Asiria les pega en algunas ocasiones los hábitos del harén, todos estos enflaquecimientos y todas estas decadencias circunstanciales no quitan á nuestra raza el inmarcesible honor de haber fun-

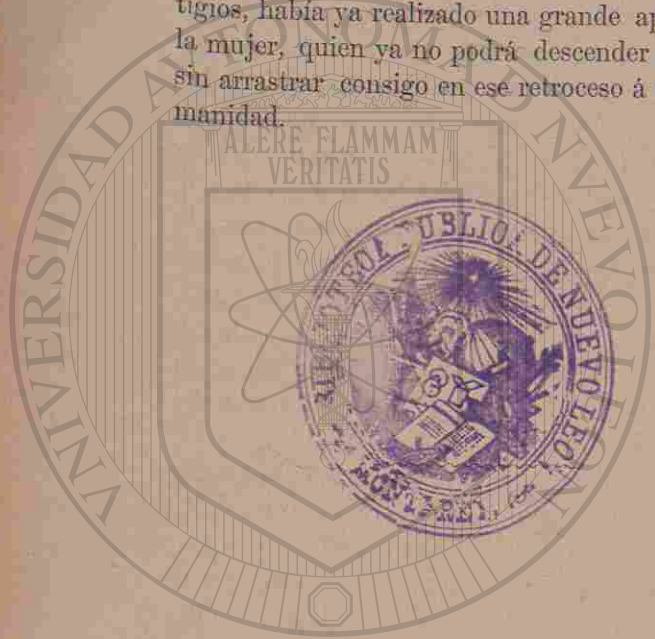
dado la monogamia sobre nuestro misérrimo planeta.

La prueba de cuán superiores condiciones ofrece á la mujer nuestra raza, encuéntrase de lleno en los ejemplos que nos da el pueblo hebreo. La superioridad indiscutible de su moral, cuyos mandamientos fundamentales rigen aún hoy nuestra vida, no empece á una organización de la familia, inferior, completamente inferior, á la que tuviera esta misma institución entre nuestros padres, los arios. Cualquiera diría que lleva el patriarcado aparejada consigo la poligamia, cuando la encontramos entre los viejos patriarcas, á quienes denomina santos nuestra misma liturgia. Ese Abraham, á cuya descendencia tantos bienes promete la elección divina, posee varias mujeres, entre quienes prefiere ó repudia, según caprichos dignos de un sultán, á cualquiera. Ese rey David, cuyos salmos de penitencia y arrepentimiento resuenan con sublimes cadencias bajo las bóvedas altísimas de nuestros magníficos templos, llora un crimen que no podrán lavar todas las aguas fluidas de montes ó nubes, la muerte dada cruelmente á un capitán de su guardia por arrancarle, con violencia y dolo, su mujer. El rey Salomón, á quien tantas y tan bellas porciones de la Biblia se atribuyen, aseméjase, por su harén y por su palacio, á cualquiera de aquellos déspotas asirios que tantas veces maldijeron los profetas. No puede, no, dudarse ni un momento, á la simple lectura de los libros históricos y religiosos, cuánto supera en dignidad la mujer helena, vista en las antiguas instituciones y en las antiguas artes, á esa

mujer hebrea, encerrada, para su desgracia, en verdaderos harenos.

La república, la libertad, la democracia surgen tales como podían aquellos tiempos consentirlas en el seno de Grecia. Y así como la forma del mundo asiático resulta en último término el patriarcado, la forma del mundo griego resulta en último término la ciudad. Y esta ciudad se compondrá de tribus fijas y cultas, como estas tribus ó gentes por su parte se compondrán de familias presididas por matrimonios monógamos. El hogar se confundirá con verdadero templo; la piedra donde la centelleante lumbre arde con ara de los altares, y la esposa con una verdadera sacerdotisa. Verdad, gran verdad que su religión antropomórfica no sube del suelo y no se cierne allá en lo infinito; las habitaciones de sus dioses apenas pasan de los altos montes; pero verdad también, gran verdad, que todas estas montañas se hallan como henchidas completamente de una divinización por todos consagrada en aquellos tiempos y en aquellos pueblos al ideal femenino. Las diosas comparten con los dioses las cumbres del Olimpo; las musas, desde su monte Parnaso, tan bello, sugieren á los mortales inspiraciones inmortales; uncen las Horas el caballo, que siembra los resplandores diurnos, al carro del sol; prevee, y presiente, y profetiza, desde su trono de Delfos, bajo su amplio solio de laureles, al ingreso de misteriosa caverna, la Pitonisa; en las olas del mar se descubre á la celeste nereida y en las ondas del arroyo á la canora ninfa; por Helena dos civilizaciones chocan; y en aquel teatro y en aquellos

poemas, no sabe uno qué admirar más, si los héroes del combate ó las heroínas del amor, pues al concluirse la civilización griega con todos sus prestigios, había ya realizado una grande apoteosis de la mujer, quien ya no podrá descender de su altar sin arrastrar consigo en ese retroceso á toda la humanidad.



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

